LEVANTANDO LA CORTINA

de

Rodolfo Benavides

NOVELA

Nota del editor

Recomendamos al lector revisar la prensa mundial, muy particularmente la norteamericana, desde mediados de 1952 en adelante, en la que encontrará noticias procedentes de diversos orígenes científicos y oficiales, que han venido a confirmar parte de lo anunciado en Levantando la Cortina.

Recientemente la prensa ha hablado varias veces de la desintegración de los hielos polares del Norte, que están poniendo en serio peligro a la navegación del Atlántico. Este fenómeno fue anunciado en el mes de noviembre de 1952 por primera vez y a la fecha aún no se ha explicado la razón física del fenómeno, habiéndose llegado a atribuir a las explosiones atómicas unas veces, y otras a la lluvia artificial a que recientemente se ha recurrido en gran escala para combatir la sequía que está matando la agricultura de Norte América.

A lo anterior hay que agregar las frecuentísimas perturbaciones atmosféricas que han producido tantas inundaciones y desastres en los últimos meses, como los recientes torbellinos (junio 10 de 1953) que tan tremendo saldo de muerte y ruina han dejado en gran parte de Estados Unidos.

Así también, es digno de atención el fenómeno reportado en el sentido de que ciertas costas de Alaska Canadá y Estados Unidos, están siendo invadidas lentamente por el mar, y no se sabe si es el mar que se está hinchando, o son esas tierras que se están hundiendo.

En México mismo, hay costas en las que las aguas se van retirando, y en el golfo de Guinea en el Atlántico, ante los ojos asombrados de marinos y de pilotos aéreos, emergió el fondo del mar tomando la forma de isla con elevadas montañas, (junio 5, 1953.)

Por último, todo el mundo recuerda los recientes terremotos y volcanes aparecidos en Centro y Sur América, particularmente en Chile, fenómenos que aumentan grandemente de importancia, cuando se comparan con lo que este libre Levantando la Cortina dice, especialmente en el Capítulo Nº 17 de la Segunda Parte titulado Las Corrientes del Golfo.

Debe tenerse muy en cuenta que este libro fue terminado de escribir por el autor en el mes de julio de 1950 y que la impresión de la primera edición se terminó en septiembre de 1951; todo lo cual quiere decir que los fenómenos a que aludimos, simplemente han venido a ser cumplimiento de lo escrito dos años antes. ¿Serán sólo coincidencias? ¿Y si en realidad se tratara de profecías a corto plazo? ¿Qué opina el lector del último capítulo de esta obra? ¿Será sólo fantasía? ¿No será éste el detalle del Apocalipsis tan anunciado?

*** * ***

LO QUE LA CRÍTICA DICE DE BENAVIDES:
"EL DOBLE NUEVE"

("Novedades", 24 de abril de 1949.)

"...El mérito de la obra de Benavides está en la acción y en el reflejo de la vida de los mineros...

"...Lo extraordinario en el autor se revela cuando atiende al mismo tiempo todos los frentes de la acción precisamente en el momento de la tragedia, al sobrevenir la explosión, Benavides nos otorga el don de la ubicuidad, pues nos hallamos en el túnel de Xico, podemos asomamos al tiro donde trabaja Armando; nos es dable presenciar las escenas del patio de la mina, e ir hasta la casa lejana de Cuca...
"...Con Benavides, la novela mexicana afianza un rango que pronto dará lugar a una corriente de categoría universal..."

("El Nacional", 6 de marzo de 1949.)
"...La novelística mexicana acredita ahora la presencia de Rodolfo Benavides, quien con su novela "El Doble Nueve" se coloca en un sitio importante en las letras nacionales..."
El Sindicato de Mineros, en circular Nº 879 de 16 de marzo de 1949, dice:
"...El Comité Ejecutivo General considera que la obra de que se trata reviste un interés particular para los trabajadores mineros, por lo que nos permitimos recomendarla a nuestros compañeros..."

(Revista "Tiempo", del 18 de marzo de 1949.)
"...Pero ha sido capaz de estructurar un libro como "El Doble Nueve", relato agudo de la vida de los mineros, víctimas de la injusticia..."
El Sindicato de Petroleros en diversos oficios del mes de abril dirigidos a organizaciones obreras dice:
"...El libro en cuestión, leído por nosotros, lo encontramos una obra de verdadero mérito social..."

("El Nacional", 12 de noviembre de 1950.)
"En 'LA VERTIENTE" encontramos la historia de una región minera desde la época de la invasión francesa hasta los días en que la Revolución Mexicana se levantó como una promesa de liberación y de justicia para el pueblo. El autor ha conjugado en su obra un gran número de elementos novelísticos, mas es la mina la que alcanza mayor relieve determinándolo todo con su terrible y agobiante presencia. Allí están las miserias y el dolor de quienes, en contacto permanente con la tierra y sus tesoros, no poseen sino lo indispensable para vegetar esperando la muerte que llegará de manera violenta si sobreviene un derrumbe...
"...Benavides alienta a lo largo de "LA VERTIENTE" un anhelo de justicia social...
"... Impresa queda, sin embargo, la dura realidad de los trabajadores mineros que Rodolfo Benavides conoce tan íntimamente. En sus futuras novelas, de próxima aparición, esperamos ver superada su ya considerable obra literaria..."

("El Popular", de enero de 1949.)
"...Rodolfo Benavides, ex minero, nos da en este drama de una realidad conmovedora, uno de los aspecto de la bárbara prehistoria de nuestros campos aceitíferos..."

("El Nacional", marzo de 1950.)

"..."Memorias de un maldito", subtítulo de esta novela "Las Cuentas de mi Rosario", de Rodolfo Benavides, expresa mejor que el propio título el contenido de la obra. En ella, Benavides confirma su prestigio como novelista...
"Hay que decir, en justicia, que Benavides se ha documentado a conciencia para ofrecemos la imagen de un México del siglo pasado que se mantiene fiel a la realidad. Y el panorama histórico y político, desde los tiempos de Santa Anna hasta los días que los siguieron, pasan ante el lector con los vivos colores que el autor les supo dar..."

("El Nacional", 1º de abril de 1951.)
(Hablando de "Evasión".) "...Rodolfo Benavides escogió como tema la vida de un grupo de presidiarios en el penal de... (cualquier penal) del que uno de ellos, Carlos Viderique, consigue escapar.
"...Con tan simple motivo, el autor hace su novela que no es sino una serie de relatos...
"...Sin embargo, ¡cuánta riqueza de materia prima! ¡Qué de temas acumulados aquí, cual si se tratara de tantos relatos como capítulos constituyen este libro!..."

(Revista "Todo", 12 de julio de 1951.)
Esta revista apoda a Benavides: "EL HOMBRE ACCIÓN", y luego dice, entre otras muchas cosas:
"Ahora, habiéndose encontrado a si mismo, sintiendo dentro de su propia inspiración la realidad trágica de las emociones sociales, nos ofrece entre otras, la notable obra que encierra en la gama de colores y armonía que sabe Rodolfo darle a sus frases, las intervenciones amadas de las tropas americanas y francesas, las indecisiones trágicas de Maximiliano, más víctima de la propia casa de Austria que de sí mismo; la titánica lucha del indio sublime de Guelatao y tantos hechos reales que aumentan el vigor de su historia, el imponderable estilo del escritor. Tal "Las Cuentas de mi Rosario", la historia hecha novela que pone al autor en el tercer peldaño de aquella famosa escala de que hablara el maestro Santos Chocano... y en la bíblica escala de un Jacob extenuado...
"... Y la fuerza pictórica literaria de Benavides nos da el regocijo espiritual de gozar de las percepciones de un cuadro con frases que son de un colorido trágico... tal es el caso de la catástrofe que ocurre en el interior de una mina y que nos relata Rodolfo en su elogiada novela que titula con la ironía fina de un "crupier" de Montecarlo: "El Doble Nueve".
"...y por último, he de citar la obra de más reciente aparición de la línea literaria benavidesca... "EVASIÓN", la más profunda de sus concepciones psicológicas de la sociedad y del pueblo, de ese pueblo bajo, hez y escoria de todos los países, donde los hombres dejan de serlo para convertirse en fieras; fieras que están, como los tigres de los Sunderbunds, en guerra constante contra el hombre..."

PRIMERA PARTE

1
AGUSTÍN CALLADO

Una vez más el pueblo de Cobán, cerca de la frontera entre Guatemala y México, despertaba aquella madrugada al son de balacera endiablada, gritos estentóreos y canciones destempladas.

-¡Es Agustín! -decía el marido, que asomando por la vidriera lamentaba no andar en la juerga, y cuya esposa rechinaba los dientes a espaldas de él.

-¡Es Agustín! -decían maliciosamente las muchachas casaderas, suspirando al hablar.

-¡Es ese borracho indecente! -gruñían las viejas mojigatas metiéndose de nuevo en la cama.

A la mañana siguiente se comentaba el acontecimiento:

-Ese Agustín Callado ha vuelto a las andadas -decían unos.

-No sé de dónde le viene lo de Callado, porque arma cada merequetengue... -decían otros.

En las tabernas se comentaba que Agustín le ganó a Melquíades todas sus propiedades.

-¿Cómo fue eso? -preguntaban los curiosos, y no faltaba quien quisiera dar detalles.

Efectivamente, varias semanas antes, a eso del mediodía, Agustín pasaba por una de las callejas del pueblo y presenció cómo era lanzada con todos sus miserables trebejos la viuda de Manrique, el carpintero, quien le dejó como única herencia tres hijos, enfermizos y flacos como la madre.

Durante largo rato Agustín contempló desde lejos a Melquíades, el viejo avaro, propietario de ésa y otras casas. Observó la forma altanera con que trataba a la infeliz mujer para quien no había una palabra decente, mientras ella no hacía más que llorar.

Ese Melquíades era poco estimado en el pueblo. Toda su fortuna, según se decía, la tenía invertida en casas y su característica era la poca consideración hacia los inquilinos. No era capaz ni de vestirse decentemente. Sin embargo, de vez en cuando gustaba de arriesgar unos pesillos a la baraja. Se le conocía por poquitero y rajón, pues se retiraba en cuanto la ganancia era tentadora para él, y si perdía, bajaba el monto de las apuestas y pronto dejaba de jugar.

Agustín vio desde lejos la miseria humana representada en aquellos dos seres: la viuda desvalida y el tacaño repugnante. No dijo una sola palabra y se retiró meditando el desquite.

Durante varios días, Agustín anduvo cazando a Melquíades sin que éste se diera cuenta, hasta que lo encontró de vena para el juego; y usando de toda su labia, le invitó a jugar a la baraja.

Los amigos de Agustín se sorprendieron por lo opuesto de los personajes, y de antemano preveían que el viejo perdería; pero apenas lo suficiente para pagar una tanda de copas. Melquíades conocía la fama que Agustín tenía de buen jugador y la suerte que casi siempre le acompañaba, de manera que se resistía; pero al fin cedió

y empezó la partida. Las apuestas eran ridículas, ganando casi siempre Melquíades. Allá una que otra vez Agustín se llevaba el monte.
-Dinero llama dinero -comentaba Agustín-. No cabe duda de que usted lo tiene como para parar un tren.
-No tanto, no tanto, señor. Las propiedades de usted valen por lo menos diez veces más que las mías -replicaba el vejete con sonrisa de avaro.
-Sí, es verdad, mi padre acaba de otorgarme mi herencia... -aseguraba Agustín usando de fanfarronería no acostumbrada, pues generalmente no hablaba de su dinero, de su abolengo, ni de nada que lo presentara como superior ante los demás.
La noche avanzaba. Agustín había agotado el efectivo de su bolsillo y el de los presentes; luego siguió con vales respaldados por el dueño de la taberna, pues el miserable Melquíades se resistía a aceptar vales directos de él. Las sumas acumuladas frente a Melquíades eran considerables y éste las acariciaba con sus dedos largos y nudosos, encorvados hacia adelante. La concurrencia comentaba, desde lejos, la falta de tino de Agustín aquella noche, y los que estaban cerca no hacían más que mover la cabeza sin pronunciar palabra, abriendo los ojos llenos de sorpresa.
-Hoy está verdaderamente desconocido, ¡no sé qué le pasa! -decía alguien lejos del grupo, hablando en secreto.
-¡Vámonos, Agustín!, ya has perdido demasiado; hoy tienes el santo de lado -rogaba algún amigo del perdidoso.
-¡No molestes, que he de seguir jugando aunque me quede sin camisa! -contestaba Agustín.
Su actitud era nerviosa y descontrolada, jugando imprudentemente, a veces hasta mostrando las cartas.
Para Melquíades aquello tenía dos explicaciones: que su contrincante había bebido demasiado y que a él le favorecía la suerte, misma que no debía desperdiciar.
Pasaba de la media noche. Agustín manifestaba un descontrol absoluto, nadie le quería aceptar vales y entonces en tono de desesperación, gritó:
-¡Mi herencia contra sus casas y todo lo que tiene sobre la mesa...!
El tono de su voz produjo un estado de tensión nerviosa indescriptible. Las cabezas se apiñaban por encima de la mesa de juego y de los jugadores. El aire era fétido, pesado e irrespirable, las miradas se cruzaban interrogantes. Melquíades se pasaba la lengua por los labios resecos, miraba con codicia el montón de oro y su mente enloquecía al sentirse ya dueño no sólo de esa fortuna, sino de la finca cafetera del Callado.
-"¡Anda, anda, juega, que serás muy rico, te bastarán sólo unos minutos...!" -decía en su interior el avaro. Agustín repitió:
-¡Dije que va todo lo que tengo a cambio de sus casas y lo que hay sobre la mesa!
Aún hubo un momento de vacilación; pero el viejo, casi fuera de sí, sin saber por completo lo que hacía, empujó el oro hacia el centro de la mesa diciendo:
-¡Va!
Este va temblaba; era un ruego, un sollozo, un lamento de desgracia.
Bastaron unos cuantos minutos, increíblemente cortos, para que el viejo Melquíades se quedara completamente en la calle, para que dejara de ser

propietario del último adobe de sus casas.
No soportó tan terrible golpe. Primero no quiso creer lo que ocurría y luego se desplomó sin sentido, casi muerto.
Como por encanto, el estado de ánimo de Agustín cambió totalmente y sonriendo devolvió a los presente cuanto le habían prestado. Pidió vino para todos y salió con ellos a recorrer calles escandalizando. Llegaron a la casa del notario del pueblo.
-¿Qué sucede? ¿Por qué me despiertan a estas lloras? -gruñó enfadado el profesionista asomándose por una ventana enrejada.
-Mire, licenciado -contestó Agustín-, vengo para que me haga el favor de arreglar el papeleo de las propiedades de don Melquíades. Ahora son mías y quiero ponerlas a nombre de los inquilinos. A la viuda de Manrique le da usted la casa que antes tenía, de donde la echaron, y también la de la esquina, que ahora está vacía.
-¿Estoy sonando? ¡No entiendo una palabra de todo ese enjuago! ¿Cómo ha llegado usted a ser el dueño de esas fincas?
-Después le aclaro lo que guste, licenciado, pero ahora arregle el asunto como le he dicho, y que sea a primera hora...
-¿Dice usted que la casa de la esquina es para la viuda? ¿Y qué va ha hacer esa mujer con semejante caserón? -interrumpió el notario.
-¿Qué hace usted con el suyo? -preguntó maliciosamente Agustín.
No hubo más explicaciones, porque la pandilla de borrachos se retiró cantando, gritando y echando balazos al aire.
Esto motivó que varios vecinos pidieran el auxilio de la policía y los escandalosos fueron encarcelados. Pero es el caso que en las primeras horas de la mañana en que se supo lo ocurrido, doble cantidad de vecinos, y muy particularmente los inquilinos, nuevos propietarios, invadieron las oficinas de policía exigiendo la inmediata libertad de los detenidos.
-¡Ese Agustín Callado se va convirtiendo en una especie de leyenda! -comentaba alguien en la taberna.
-Yo estuve presente en el juego -repuso otro- y estoy seguro de que todos sus aspavientos fueron puras payasadas para engatusar al pobre viejo, que a estas horas se estará muriendo. Hubo jugadas tan torpes que no eran ni de un principiante.
-¿Luego cree usted que todo fue premeditado?
-¡Absolutamente! Y ahora se dice que desde hace tiempo Agustín tenía entre ojos a Melquíades, y que le colmó el plato el día que lanzaron a la viuda.
-De todas maneras estuvo en peligro de quedarse en la calle. Imagínese que le hubieran salido mal las cosas, ¿qué habría hecho? Pero lo más probable y que todavía me admira que no haya ocurrido, es que el viejo no se retirara antes de llegar a ese extremo.
-Todo eso era probable; pero ya lo conoce usted, así es Agustín de despreocupado y payaso. Está muy poco pegado al mundo.
El pueblo de Cobán está situado en un terreno accidentado y pedregoso, sus calles son torcidas y descuidadas. Es el centro comercial de vasta región y por su proximidad a la frontera tiene gran movimiento. Agustín no vivía en el pueblo; habitaba en la finca cafetera de su padre, distante de Cobán una hora a caballo.

Diariamente iba de la finca al pueblo, y en la noche o en la madrugada del pueblo a la finca.
El padre de Agustín, hombre enérgico, pero amable en el fondo, ya había agotado todos los medios de persuasión para que el hijo volviera al buen camino. En un principio le pegó y hasta llegó a echarlo de la hacienda, pero se opuso Josefa, la madre. Después trato de ganárselo por la buena, con palabras, ejemplos, doctrinas y, en fin, con todo lo que suponía le daría buen resultado.
Los hechos de la noche anterior se supieron en la finca con todos sus detalles a primera hora del día, y el padre, la madre y Joaquín, el hermano mayor, hacían comentarios, a cual más lleno de justificada indignación, aunque el padre, en el fondo, sentía cierto orgullo que no se atrevía a expresar.
Estos tres personajes esperaron inútilmente todo el día con las palabras de reprimenda en la punta de la lengua para soltarlas en cuanto llegara el perdulario; pero éste no se presentó. Y seguros estaban de que aquella noche tampoco iría a dormir cuando los perros del patio empezaron a ladrar anunciando la presencia de alguien; luego se callaron y no volvieron a molestar.
Agustín se había detenido en la garita del vigilante nocturno y allí permaneció charlando hasta que los perros, haciéndole fiestas, le reconocieron y se aquietaron. Luego, deslizándose entre las sombras, saltó por la ventana y se tendió en la cama.
Joaquín oyó ruido, y sospechando, puesto que no era la primera vez que sucedía, fue a la recámara de Agustín y, al verlo aparentemente roncando, se puso en jarras y empezó la catilinaria:
-¡No hagas papelitos! ¡Acabas de llegar y supongo que vienes borracho!
Hubo un breve silencio y luego, enderezándose Agustín en la cama, preguntó ingenuamente:
-¿De dónde salen esas deducciones?
-Sencillamente de que sólo un borracho puede acostarse vestido con todo y botas.
-Vaya, hombre, eso está más sencillo de lo que me imaginé... Oye... ¿está muy enojado mi papá?
-¿Enojado? ¡Está furioso! Está arrepentido de haberte dado tu herencia y jura que va a ver la manera de deshacer lo hecho.
-¿Quitarme la herencia?
-¡Eso es!
-Entonces te la pasaría a ti, puesto que no tengo más hermanos, y por mi parte... ¡conforme! ¿Sabes una cosa? Eso de tener propiedades complica la vida, obliga a que uno se sienta un poco responsable, tiene que estar pensando en muchas cosas, sobre todo, en cómo fregar a los demás para sostener la propiedad... Por otra parte, si tú te quedas con ella sé que tengo asegurada casa y comida, mientras que del otro modo, en un chico rato no tengo nada.
-¡Claro, con barbaridades como la de anoche, pronto te quedarás hasta sin pellejo! ¡Jugar la finca a una carta...! Eso es lo más ridículo que un hombre puede hacer.
-No digo que no, ¿para qué?, al fin es cierto. Pero ¡si vieras las ganas que tenía de torcer a ese viejo tacaño! ¿Para-qué quiere el dinero si está ya por clavar el pico y no tiene a quien dejarle sus riquezas? ¡Ahora sí sirven de algo!
-¡No te comprendo! ¿Qué te importan las viudas con hijos y que otros sean ricos a

costa de la miseria de sus semejantes? Así es la Humanidad, y seguirá siendo. Creo que se cumple con Dios siendo justo y equitativo con los demás, pero sin ir a extremos quijotescos que pueden costar hasta la vida.
-¿Y qué es la vida? ¿Vale más el dinero que la vida? Nuestro abuelo vino de Castilla y pasó privaciones sin cuento para levantar esta finca y crear una riqueza para sus descendientes y... ¿que ha sucedido? Mi padre y su hermana se convirtieron en esclavos de la propiedad para sostenerla; y tú, eres otro esclavo sin libertad, porque siempre hay algo que cuidar, tantos más cuantos pesos que pueden perderse si se les quita la vista de encima.
-Eso no sería si tú te preocuparas un poco; pero en vez de ayudar en el trabajo vas a quitar el tiempo a la peonada, retozando con ellos de igual a igual.
-¿Luego no somos iguales? ¿Hay médicos especializados en blancos y otros en indios porque las anatomías sean diferentes?
-No digo eso, hombre, no me exasperes. No te llagas el inocente, no somos iguales socialmente hablando. Y basta de discusiones tontas. Debes corregirte, te estás convirtiendo en la vergüenza de la familia, debes sentar cabeza...
-Ya vas a empezar con la cantaleta de mi madre: que me case, ¿no es eso?
-Ella tiene razón y no debes discutirla.
--Nunca he pensado que no tenga razón, se la concedo; pero es el caso que no siento ganas de casarme.
Estas discusiones eran frecuentísimas. Agustín callaba a su madre a besos; al padre se le escondía y volvía a las andadas.

2
NUEVA ALHARACA

Unos días después Agustín dio motivo para una nueva alharaca. ¿Cómo se supo? ¡Quién sabe!, pero se repetían los hechos en todos sus detalles: un grupo de las más respetables señoras del pueblo se presentó ante la autoridad exigiendo que encarcelara a ese borracho majadero, que andaba incitando a la rebelión a los indios, y que hasta les proporcionaba armas.
-¿Pues qué fue lo que ocurrió? -se preguntaba la gente en la calle.
La noche anterior iba Agustín con sus copas entre pecho y espalda cuando se encontró a un indio leñador, medio desnudo, acurrucado junto a su tercio de leña. Hacía un frío de mil diablos y el borracho le ordenó que se parara, y después de barrerlo con la vista de arriba abajo, observando sus desnudeces, se quitó chaqueta y camisa y se las entregó diciendo:
-Ponte esto.
El indio estaba asustado, pero aceptó el obsequio. Mientras tanto, Agustín le dijo en tono de reproche:
-¿Por qué son ustedes tan brutos que aguantan esa miseria? ¡Toma, ve y roba, pero no vivas como un perro! -Así dijo y le dio su pistola.
El indio sonreía melancólico sin quitar la vista del cuchillo de monte que Agustín llevaba en el cinto...

-¡Qué! ¿No quieres la pistola?
-¡Pistola no da de comer, cuchillo sirve en el monte! -contestó tímidamente el infeliz.
-¡Prefieres el trabajo... allá tú! -le contestó alargándole el cuchillo, y siguió su camino en camiseta.
Como no faltó quien dijera haber escuchado este diálogo, las viejas mojigatas murmuraban que andaba incitando a los indios a dedicarse al robo.
Era tanto lo que el padre quería decir a su hijo, que optaba por no decirle nada. Visitó a su abogado, para ver cómo podría quitarle la propiedad hasta que considerara oportuno devolvérsela. El abogado llamó al interesado pensando que eso iba a ser motivo de agrias disputas; pero se encontró con que Agustín se sintió realmente contento de saber que la herencia pasaría a poder de su hermano. Antes de retirarse, dijo con sana alegría:
-Licenciado, dígame dónde he de firmar, que me voy.
-No hay nada que firmar todavía, lo llamaré en su oportunidad.
Luego fue el padre a ver al licenciado, quien le dijo:
-Creo que pierde usted el tiempo al quitarle la propiedad.
-¡Cómo! ¿Se ha negado a entrar en razón?
-No, simplemente, que no le importa la tal propiedad. Dice que nunca la ha considerado como suya.
-¿No? Entonces ¿de quién?
-No me aclaró ese punto; pero por lo que me dijo, parece que piensa que los indios tienen más derecho a la propiedad que él mismo. ¿Sabe usted? Aunque no tenga manifestaciones visibles... pienso que está medio chiflado.
-¿Usted cree que está medio?... ¡Yo creo que lo está completo!

3
FILOMENO EL CIEGO

Se contaban de agustín detalles curiosos, quizá exagerados, pero basados en hechos reales.
Cuando era niño, llegó al pueblo un pordiosero con la cara y cabeza llenas de chipotes que producían asco, y cuyos ojos destilaban un líquido sanguinolento. Su aspecto general producía tal repulsión que la gente, por no acercársele, tampoco le daba limosna; de suerte que el infeliz recibía apenas lo necesario para subsistir.
Agustín vio al mendigo, y sintiendo compasión, decidió darle alimentos de vez en cuando. Por este motivo trabó amistad con el hombre, quien le contaba cuentos y leyendas. Un día se le ocurrió: "¿por qué no traerle a vivir cerca de la finca?" Allí había espacio de sobra y llevarle la comida sería fácil. El pordiosero repitió varias veces que para él carecía de importancia el dinero y lo que necesitaba era alimento para vivir, mientras que Dios decidía su suerte.
Agustín fue reprendido por su madre cuando supo que alternaba con mendigos; pero el disgusto no tuvo límites cuando la mujer se enteró que había llevado a vivir por allí cerca, aprovechando un jacal abandonado, al pordiosero que en el pueblo causaba tanta repugnancia.

-¡Te prohibí que te acercaras a él!... ¿Por qué no solamente me has desobedecido, sino que lo has traído a la finca?
-No sé mamá... Será por lástima; el pobre casi no come. La gente le tiene miedo porque dicen que es lepra... que es...
-¡Yo sé lo que es! ¡Algún castigo de Dios por sus maldades...!
Agustín permanecía silencioso sin comprender por qué todo el mundo huía de aquel infeliz.
-Lo que hace Agustín es noble, y no veo por qué se le ha de reprender -decía el padre de Agustín a Josefa que se mostraba inquieta.
-Nobleza o no nobleza, lo importante es que nuestro hijo no vaya a contraer esa horrible enfermedad, que Dios sabe cuál será su origen. Yo no quiero ver ciego a mi hijo, y que Dios me perdone; pero he de sacar a ese pordiosero de la finca y mandarlo muy lejos.
-Harás mal, porque eso es sembrar en el muchacho el egoísmo, el despotismo, el concepto de una superioridad que yo no estoy muy seguro. ..
-¡Otra vez con tus ideas tontas! -replicaba la mujer-. ¿Por qué no repartes tu propiedad para igualarte a la peonada?
-¡Muy sencillo! Me es más cómodo vivir holgadamente que trabajar como ganan y mis flaquezas son más fuertes que mis conceptos.
La madre de Agustín cedió en parte y ya no pidió que corrieran al mendigo; pero prohibió a su hijo que volviera a visitarlo.
-¿Y quién le llevará de comer? -interrogaba el muchacho.
-¡Eso va de mi cuenta! -contestó con severidad la madre, y después ordenó en la cocina que de las sobras de la casa se llevara bastante al mendigo para que no pereciera de hambre.
Las sirvientas modificaron la orden a su antojo y, diariamente-, de lo que juntaban para los puercos en engorda, aparcaban lo necesario para el mendigo y se lo llevaban con una batea, que una de las criadas acercaba desde lejos con una horqueta.
Durante algún tiempo Agustín no se enteró de que a su protegido se le hubiera colocado en situación semejante a los puercos; pero un día vio que apartaban en una pequeña batea cierta cantidad de bazofia.
-¿Y eso qué es? -interrogó sospechando algo desagradable.
-¡Para el Podrido! -fue la contestación de la sirvienta.
Le apodaban el Podrido porque se decía que en los chipotes tenía gusanera. ¿Cómo se supo o quién lo vio? ¡quién sabe!, pero se sabía.
Agustín quedó perplejo y no creyendo lo que se le decía, siguió de lejos a la criada y presenció cuando ésta, manifestando una repugnancia apenas contenida, empujaba la batea de desperdicios como si se tratara de dar de comer a una fiera.
El resto de ese día Agustín estuvo cabizbajo a la sombra de una palmera. No se atrevió a visitar a su protegido, porque se avergonzaba de si mismo y de su familia.
Por la noche, a la hora de la cena; Agustín reunió sus platos en una charola y delante de todos se dispuso a salir del comedor. Sus padres lo detuvieron.
-¿A donde vas?
-¡A darle de comer a un hombre!

-Te prohíbo que salgas -ordenó la madre en tono enérgico y asustado.
-Prometiste que se le daría de comer -replicó el muchacho ya en la puerta.
-¡Así se ha hecho! -gritó la madre sintiendo que le quemaba el reproche.
-Sí, comida de los cochinos... ¡No creo ni quiero creer que tú, mi mamá, hayas ordenado que se le diera eso y en esa forma...!
Agustín salió del comedor llevando en las maños la charola. La familia se quedó sin saber qué hacer. La mujer sentía sobre si miradas de reproche que la quemaban, y no se atrevía a levantar la vista.
A partir de entonces, Agustín se hizo cargo personalmente de llevarle la comida al ciego, y cuando él no podía, la mandaba con Andrés, el hijo del pastor, con quien congeniaba a maravilla.
Corrió el tiempo, y cuando Agustín tuvo que irse al colegio de la capital, junto con su hermano, fue a la casa de Andrés, y estando éste con su padre, el pastor, les dijo:
-Tengo que irme a la escuela y ya no podré llevar de comer a Filomeno. Vengo para hacerles el encargo de que ustedes le lleven lo necesario sin faltar ni un solo día. Si en la casa no les dan la comida, denle de la de ustedes, que cuando yo vuelva la pagaré al doble.
Ni el pastor ni su hijo ponían en duda la promesa. Nunca fue necesario que contrajeran un compromiso para que el muchacho les anduviera regalando cuanto caía en sus maños.

4
EN LA ESCUELA

Al mismo colegio de la capital asistían otros muchachos del pueblo de Cobán, uno de ellos llamado Tarquino, a quien algunos apodaban el Dormido, debido a su carácter callado y misántropo. Era quizá el más estudioso de la escuela, y siempre se le veía alejado de todo grupo y de toda conversación, en actitud contemplativa; pero no obstante su retraimiento hizo mucha amistad con Agustín.
La mayor parte de la gente nacida en el campo está siempre ansiando volver a él, y tipos de carácter inquieto como Agustín, mucho más, porque en el campo se sienten positivamente libres.
Tarquino pensaba de manera distinta y dedicaba gran parte de su tiempo libre a meditar, a soñar despierto, a pensar en cosas que solamente él sabía. Los maestros le llamaban frecuentemente la atención por sus constantes abstracciones. El sabía que por ser pobre no podría hacer grandes estudios, y consciente de esa realidad, aprovechaba el tiempo mientras podía ir a la escuela.

5
DE REGRESO A LA FINCA

Años atrás cuando Agustín y su hermano mayor, Joaquín, decidieron dejar el estudio para dedicarse al campo y volvieron a la finca, se encontraron con que el

ciego ocupaba un jacal bien acondicionado y con los muebles necesarios para hacerle más llevadera la vida. Lo que sucedió es que Josefa, deseosa de reparar el mal hecho, ordenó la construcción de ese jacal y lo proveyó de muebles viejos, pero útiles. Filomeno era ya un anciano muy agotado. La enfermedad que le aquejaba le había enflaquecido hasta dejarlo en los puros huesos. Agustín sospechó que no se le hubiera dado de comer y fue a la casa de Andrés.

-Le juro patroncito que ni un día ha pasado sin que se le lleve de comer como asté lo ordenó -aseguraba el pastor.

-¿Que clase de comida se le ha dado? -interrogó Agustín.

-Buena, buena... Al principio las fregonas gruñían, pero les dije que las acusaría con asté y con la patrona. Crío que ella estaba oyendo, porque asigún supe las maltrató.

-¿Qué les dijo?

-No sé muy bien; pero una de ellas me vino a reclamar dizque por chismoso, porque l'ama dijo que quien no quisiera obedecer las órdenes de su hijo, aunque estuviera lejos, que se largara...

Agustín se quedó pensativo. Sabía que su madre era buena, que su madrecita no podía ser mala...; simplemente lo quería todo para él, y sentía miedo al pensar que su hijo Agustín, se fuera a contagiar; pero no, no era mala...

Después, Agustín visitó frecuentemente a Filomeno. La conversación era de lo más simple. Casi se reducía a agradecimientos del infeliz hacia su bienhechor. A veces le daba consejos paternales:

-En verdad, es poco lo que te puedo aconsejar para las cosas de este mundo, porque desde joven he pasado la vida entre tinieblas. En un principio hubo quien me ayudó y seguí estudiando; pero después ya no fue posible... Desde entonces, cuando el dolor me lo ha permitido, no he hecho otra cosa que meditar.

Agustín, mientras trazaba figuras en el suelo con una vara, le dijo:

-Hace tiempo oí decir que lo que usted padece y sufre es un castigo de Dios. ¿Usted qué opina?

-¿Castigo de Dios? -interrogó el ciego-. ¡Eso es blasfemar! ¡Para la lengua no hay leyes en la Tierra! Si Dios es capaz de castigarme hasta el grado de lo que he sufrido, ¿qué clase de Dios puede ser? ¿No piensas que eso sería descender hasta mi nivel, que, en verdad, no puede estar más bajo? ¿No crees que es tonto y ridículo imaginar que un Dios, tan grande que no se le comprende, se fije en seres como yo para ejercer venganzas?

-¿Entonces usted no cree en el castigo de Dios?

-Escúchame: Supongamos que logras crear artificialmente la vida en algunos seres; ya sean éstos: larvas, aves, cuadrúpedos o lo que gustes, y que envanecido de tu obra, les exiges que te adoren, que te hagan sacrificios y te ofrezcan regalos. ¿No te parece que serías altamente ridículo?

-Así es, pero, ¿qué quiere usted decir con eso?

-Quiero decir, que el Dios en quien yo creo no puede ser defectuoso hasta el grado de ejercer sobre sus hijos la ira, la venganza y otras pasiones similares, que son muy naturales en el hombre, pero incompatibles en un Ser que ha creado el Universo.

-Creo que hay mucho de verdad en eso... pero entonces, ¿usted por qué sufre

tanto?
-No lo sé, ni he tratado nunca de comprenderlo. La Naturaleza es sabia y nada sucede por casualidad.
-Pero usted para juzgar así, debe haber estudiado...
-Sí, cuando iba a la escuela era de los más aventajados, ya te lo dije. A raíz de mi enfermedad traté de proseguir los estudios con la ayuda de algunos compañeros; luego me interné en una escuela para ciegos, de donde me echaron por temor al contagio, pues el rumor público dice que cuando aparece una persona con el mal que yo tengo pronto se multiplican a su alrededor los casos en forma epidémica. Después anduve rodando hasta que te encontré.
Y repetía las palabras de agradecimiento que Agustín no soportaba y por ello se retiraba con cualquier pretexto.
Estas conversaciones tan simples tomaron importancia a partir del día que Tarquino volvió al pueblo, ya de regreso de la escuela. El hubiera querido seguir estudiando pero su padre, un comerciante pobre, no pudo sostenerlo.
Tarquino y Agustín, inseparables como lo fueron en la escuela, lo siguieron siendo en el pueblo, y Agustín a veces se quedaba embobado oyendo disertar a su amigo.
A Filomeno le gustaba platicar con Tarquino a la sombra de una palmera, porque el ciego preguntaba y Tarquino describía con tal precisión lo que le rodeaba, que hasta Agustín se sorprendía de no haber notado ciertos detalles.
Con frecuencia el ciego hacía recaer la conversación sobre la luz, e interrogaba ansioso para saber cómo se matizaba en el cielo, en la vegetación, en las montañas, en las flores y, al fin, se adentraban en explicaciones difíciles:
-¿Qué es la luz? -interrogaba el ciego.
-Según lo último que he leído, son vibraciones que en forma de onda penetran en la atmósfera y se reflejan por las partículas que les interceptan el paso.
Agustín no entendía, por eso preguntaba:
-¿Quieres decir que en el vacío no se ve la luz? El ciego le contestó:
-Si te refieres a un vació practicado en un recipiente de cristal, por ejemplo, sí se verá, puesto que consta de paredes que la interceptarán, pero si te refieres al paso de rayos paralelos por un recipiente negro, libre de toda partícula, encontrarás que esa luz entra por un lado y sale por el otro, sin iluminar el interior de la caja en que se haga el experimento. ¿Estás conforme, Tarquino?
- Absolutamente -contestó el interpelado. Agustín, no muy satisfecho, interrogó:
-Pongamos por caso el espacio existente entre la Tierra y la Luna. ¿Está o no iluminado?
Tanto el ciego como Tarquino guardaron largo silencio, esperando cada uno que el otro contestara. Agustín insistió:
-¿Es difícil la pregunta? Esta vez contestó Tarquino:
-No es difícil, si continuamos con el ejemplo de la caja oscura de que ya hablamos.
-¿Que quieres decir?
-Que la luz solamente se refleja, es decir la vemos a partir del momento en que penetra en la atmósfera y cuando choca contra la Tierra, para volver al espacio y remontarse quién sabe hasta dónde.
-¿Entonces es noche eterna en el éter?

-Naturalmente, y la mejor manera de llegar a esa conclusión son nuestras noches. ¿Por qué podemos ver las estrellas? Porque aunque los rayos solares pasen entre nosotros y ellas, pasan de largo sin estorbar nuestra visualidad. Al fin llegan a chocar con algún cuerpo celeste, y es lo primero que vemos..., al menos yo así lo pienso, ¿no le parece a usted, Filomeno?
-Es poco lo que puedo opinar; aunque apoyándome en el razonamiento, creo que así debe de ser.
Agustín no se sentía satisfecho y volvió a interrogar:
-Muy bien, pero ¿qué es la luz? Esta vez, como la anterior, hubo un largo silencio, al fin roto por Tarquino, quien dijo:
-¿Sabes una cosa? ¡Estoy pensando que en todo el mundo no encontrarás quien te conteste esa pregunta!
-¿No? ¿Que no se sabe lo que es la luz del Sol? ¿No es el fuego en que se consume?
El ciego contestó:
-Podría ser, ¿por qué no? Pero a mí no me deja satisfecho esa explicación. ¿Y a ti, Tarquino?
-Menos aún, puesto que ya hay muchos que lo dudan.
-¿Que el Sol no es una gran bola de fuego? ¿Y su calor? ¿Y...?
El ciego interrumpió diciendo:
-Cuando yo era chico, gustaba de atrapar en mi sombrero las luciérnagas de la época de verano, y te juro que nunca me quemé los dedos, y yo me digo: Si estos seres no necesitan fuego para iluminar, ¿por qué lo han de necesitar por obligación el Sol y los otros astros?

6
UNA DEFUNCIÓN

Estas conversaciones no eran muy atractivas para Agustín, quien empezó a frecuentar amistades poco recomendables y tabernas muy concurridas, aunque esto en nada afectaba la alimentación que había ordenado se diera al mendigo. Dar de comer a ese hombre pasó a ser una de las obligaciones de la servidumbre.
En cierta ocasión, estando Agustín medio borracho en una cantina, jugaba a la baraja como de costumbre. Afuera hacia un frío de invierno. Entre los jugadores había uno que llevaba un grueso poncho de pura lana, con vistosos dibujos tejidos en colores muy vivos.
-Va contra el poncho -dijo Agustín, apostando cierta cantidad.
A los presentes les llamó la atención que apostara contra un cobertor como aquel, habiendo dinero en abundancia sobre la mesa.
-¡Va! -contestó el del poncho, quien unos minutos después lo tuvo que entregar.
En plena madrugada, a caballo envuelto en el poncho, iba Agustín rumbo a su finca cantando escandalosamente. Se llegó al jacal de Filomeno y le entregó el poncho sin ceremonias. Luego se fue a dormir la mona.
Pocas semanas después, la sirvienta que diariamente le llevaba de comer, regresó corriendo a la casa para avisar que el Podrido estaba muerto.

Algunos amigos insistían en hacer comentarios en relación con el desaparecido, pero Agustín llevaba el asunto por otro lado diciendo:
-Todos tenemos derecho a la vida íntima, ¿no?
-Naturalmente -contestaba algún amigo preguntón que pretendía adentrarse en el asunto del mendigo.
-Bien, pues no te metas en mi vida privada, que yo no me meto en la tuya -replicaba Agustín.
Ese interés de comentar en relación con el ciego, tenía su razón de ser; pues sucede que esa enfermedad, ese mal, como la gente lo llamaba, aunque ya era conocido de tiempo atrás, porque de vez en cuando aparecía algún indígena en tránsito que lo sufría, de todas maneras nunca fue tan virulento ni tan frecuentes los casos como en esos días; y no faltaba quien asegurara que desde que apareció Filomeno por el rumbo los casos de chipotes agusanados en la cabeza y luego la ceguera a veces purulenta, debido a infecciones por querer curarse con remedios caseros, eran muy frecuentes, hasta llegar a alarmar a los timoratos, quienes culpaban a Agustín, pues decían que si él hubiera protegido al Podrido, el mal hubiera sido extirpado desde mucho tiempo antes.
A partir de entonces, la oncocercosis tomó el camino de epidemia alarmante, y los médicos pueblerinos, sintiéndose incapaces de combatirla con éxito, empezaron a solicitar ayuda del exterior, llamando la atención de las altas autoridades sanitarias para que fueran en su auxilio.
Oficialmente, nunca se creyó que fuera Filomeno el responsable de que el mal se hubiera extendido, como sucedió, ni mucho menos figuró en los informes la ayuda de Agustín, a pesar de que en Cobán todo el mundo recuerda hoy en día esos hechos y personajes.

7
TARQUINO

Desde que murió el ciego Filomeno, los caminos de Agustín y Tarquino empezaron a separarse, pues aunque siguieron siendo amigos, las aficiones, las tendencias y las costumbres de cada cual, los llevaban a lugares distintos.
Así como Agustín iba adquiriendo personalidad y nombre, aunque no fuera muy limpio, Tarquino se iba distinguiendo por sus hábitos misántropos y de estudio constante.
Una vez visitó las ruinas de Chichón Itzá y Uxmal, en Yucatán, y esto lo hizo pensar muy profundamente: ¿De dónde procedía esa gente? ¿Cuándo llegaron los primeros mayas? ¿Cómo nació su cultura y civilización?
Alguien le dijo que procedían de la América Central y que a medida que avanzaron hacia México fueron perdiendo determinadas características de su civilización.
Tiempo después visitó Monte Albán, en Oaxaca, y las interrogaciones volvieron. Entonces alguien le aseguró que ésa fue una raza negra; pero de facciones delicadas, exquisitas, quizá hasta hermosas.
-¿De dónde pudieron haber llegado estas gentes? -interrogaba al guía de turistas, y

éste, encogiéndose de hombros, contestó:
-Se dicen muchas cosas pero nada se asegura. Después, frecuentemente se iba a sentar a la orilla del río para sumirse en hondas reflexiones. Meditar, se había convenido en un hábito para él. Meditar sobre todo lo que había visto, oído y leído. ¿De dónde vendrán estas aguas? ¿Cuál será el destino de aquella gotita que acaba de saltar al chocar con unas piedras? ¿Ya dónde irá la misma gotita?
Tampoco aquí encontraría quien le contestara esta interrogación, pues esa gota de agua, seguramente tenía su origen en el principio de los tiempos, en los inicios del mundo, y si con el mundo vino, con el mundo se iría.
Aquel medio pueblerino no satisfacía las ansias de Tarquino, puesto que ni siquiera había quien lo entendiera. Decidió trasladarse a la ciudad de México, suponiendo que allí encontraría una campo de acción más amplio. Para lograr este propósito empezó por escribir a un pariente que disfrutaba de mediana posición como empleado al servicio del Estado; pero es el caso que pasaban los meses sin que pudiese realizar su deseo.

8
LUISA

Cierto día llegó al pueblo de Cobán la señorita Luisa, muchacha perteneciente a una de las más encopetadas familias. Unos decían que era hermosa, otros, que era guapa, los más, que era simpática, y las muchachas aseguraban que era boba, empalagosa, presumida y otras lindezas por el estilo. Vestía con verdadera elegancia, resultante de llegar de la capital, donde se sabe mucho de modas y cosméticos.
Luisa se convirtió en una gota de miel entre aquel enjambre de jóvenes pueblerinos; el más típico de todos: Agustín Callado. Tarquino era sólo un admirador, un enamorado platónico. Los demás la buscaban con ideas más o menos morbosas. Tarquino veía en ella la armonía y la belleza.
En la sombría casa de las tías de Luisa hubo una fiesta de recepción a la que asistieron personas muy escogidas, entre las cuales estuvo Joaquín, hermano mayor de Agustín.
Al principio, Agustín no dio la menor importancia a la recién llegada. Pero tanto oyó ponderar sus encantos, que decidió acercársele, aunque no podía pensar en entrar en la casa, porque hacía mucho tiempo que esa familia le había cerrado las puertas.
Entre sorbo y sorbo con los amigos, Agustín comentaba:
-Si es libre, puede ser mía, ¿por qué no?
-Varios andan ya tan cerca que si no te apuras llegarás tarde -le contestaban sentenciosamente.
-¡Bah! Con una mujer nunca se llega tarde cuando ella quiere. Puedes ser el último, y a la vez el preferido, o el primero y el rechazado. Así que dejemos correr el tiempo, ya habrá una oportunidad.
Pasaron varias semanas, y, al fin, la vio en la calle.
-¡Hum!... Pues sí que es un verdadero bocado -comentó Agustín golpeándose la

pierna con una vara que llevaba en la mano.
-Creo que es mejor decírtelo -aseguró uno que lo acompañaba.
-¿Qué me vas a decir?
-Ya es fruta prohibida, por lo menos para ti.
-¿Y por qué para mí?
-Porque Joaquín parece haberse interesado por ella. Esto lo sé por otros que han sido desahuciados, y más que todo, por la hija de Rivadavia, que la otra noche lo comentaba en casa con mi hermana.
-¿Te refieres a la novia de Joaquín?... Bueno, no precisamente novia, sino que ella lo quisiera ser, pero él no se ha dejado engatusar.
-La misma. Hablaba con un despecho que lo decía todo.
-De todas maneras no es fruta prohibida para mí, porque aún no se han casado.
-¿Piensas quitársela?
-¿Quitársela? ¡No! Simplemente presentarme para que ella decida. Pero, eso si, yo juego limpio; hoy mismo habló con Joaquín.
Efectivamente, ese día regresó inhabitualmente temprano a su casa. Se encontró con ciertos preparativos no precisamente de fiesta, pero sí como de quien espera visitas distinguidas.
-¿Por qué no se me avisó? -interrogó reprochando a su madre.
-Mira, hijito, hay cosas que no se deben hacer. Hoy viene esa señorita recién llegada, porque tu hermano la ha invitado. Vendrá acompañada de sus tías, y tú sabes que - no eres santo de su devoción. Es más, creo que serías la mosca en la leche si estuvieras presente. Lamento mucho tener que hablarte así, pero tus actos poco recomendables te han alejado de la buena sociedad, y llegará el día en que sólo se te abran las puertas de las tabernas, y Dios quiera que no sean las de la cárcel.
Agustín escuchaba la catilinaria de su madre pensativo. Aquel reproche le llegaba muy adentro. Pensaba que ya no era el preferido de la única mujer que hasta entonces le había importado: su madre. Ella lo iba desechando de la casa y de su corazón. Esto le dolía más que el desprecio de todo el mundo o que el insulto del mejor amigo. ¿Qué era lo que motivaba este fenómeno? ¿La recién llegada? ¿Es que ella estaba en un plaño superior a él? Sí, así debía de ser. Su hermano Joaquín siempre estuvo en un plaño superior: se pasaba las noches entre libracos que a él le resultaban sosos e inútiles. Ambos fueron al mismo tiempo a la escuela y juntos decidieron dejarla para vivir la vida del campo. Pero Joaquín trabajaba y él se divertía. Hubo problemas serios: sequías, plagas, tierra empobrecida por tantos años de explotación y Joaquín decidió luchar para vencerlos con la ciencia, metiendo la cabeza entre las páginas de libros que le llegaban de todas partes del Continente. Agustín lo respetaba casi tanto como a su padre y Joaquín se mostraba tan consciente, sereno y paternal, casi como su progenitor. Estaba visto que había descendido demasiado y ahora no sabía cómo subir, y lo mejor que se le ocurrió fue disputarle la novia al hermano.
Llegó la joven a la casa, hubo música y algo de fiesta. Agustín recurrió a su mejor presentación y a todo su ingenio para llamar la atención de la joven, y cuando comprendió que no era ya un extraño para ella, llamó al hermano al patio para

hablarle:
-Hasta el cansancio ustedes me han recomendado que debo casarme. Bien; creo que ahora lo haré. Quiero ser honrado contigo: parece que te interesa Luisa, y la verdad es que también a mí me interesa. Quiero jugar en buena lid; haz lo que te parezca conveniente y que ella decida. ¿Conformes?
Este discurso dejó anonadado a Joaquín que no supo qué contestar.
Luisa pasó varios días en la finca, encantada de poder alejarse de la casa de las tías, casa triste y sombría a pesar del clima casi tropical, oscurecida por las pesadas cortinas que impedían el paso de la luz y del aire. Luisa no ocultaba que le interesaba Joaquín, pero tampoco escondía que Agustín la divertía.
Estando las cosas en este plaño, Joaquín cometió el error de no proponerle seriamente relaciones. Si lo hubiera hecho, quizá la muchacha habría reaccionado negándose a Agustín; pero no lo hizo y, prácticamente sin propuesta, los hechos mismos establecieron las relaciones amorosas entre Luisa y Agustín. Las tías decidieron que Luisa debía regresar a su casa materna, pues no simpatizaban con esas relaciones que, aunque ella no las confesaba, todos se daban cuenta de que existían. Por eso, paseándose nerviosamente de uno a otro lado, perdiéndose a veces entre las sombras debido a las ropas negras que siempre usaban, a gritos le reprochaban:
-Es lamentable que tú, una señorita decente, con escuela, con principios morales, aceptes a ese borracho indecente. Pronto tu nombre andará en las tabernas más inmundas y en los peores lugares, en boca de esas... mujeres pintarrajeadas que te celarán... ¿Cómo has podido llegar a esto? ¿De qué te sirvieron nuestras prevenciones? ¿No estás viendo que es la vergüenza de su familia...?
-Ahora mismo sales para la capital -intervenía la otra tía-. ¡No queremos echamos encima responsabilidades de esa índole!
Luisa replicó:
-No veo razón alguna en sus temores. Soy mayor de edad y me sé cuidar. Les ruego que me dejen decidir libremente, al fin las consecuencias caerán sobre mí...

-Eres una desagradecida... ¡Tenemos la culpa por tratar de defenderte!
-Y yo que soñaba con que serías la esposa de Joaquín...
-¿Y quién ha dicho que no se llegará a eso? -interrumpió bruscamente la muchacha.
-¿Pero no sostienes relaciones con Agustín?
-En verdad, no sé. Yo esperaba que Joaquín me hablara y aún no lo ha hecho; pero creo que lo hará...
-¿Y tú, querida sobrina, aceptarías a Joaquín? ¿Lo aceptarías? ¡Debo decirte que ése es un partido inmejorable, es lo que puede recomendarse para un buen marido!
-No insistan. Tanto me han hablado de él, aun antes de venir yo aquí, que creo conocerle mucho más que ustedes.
Las tías confortadas por estas explicaciones no insistieron. Pero es el caso que iban pasando los días y los hechos las convencían de que era una torpeza dejar a la muchacha en el pueblo, por lo cual reanudaron la discusión sobre ese tema que se iba haciendo monótono y aburrido, pero sin lograr sus propósitos.
-¡Arregla tus cosas que sales ahora mismo! Has tratado de engañarnos y ya escribí a tu madre diciéndole la verdad, para que ella sepa qué hacer en cuanto llegues…
-¡No me voy! -contestó Luisa.
-¿Cómo que no te vas? ¿Te opones a nuestra orden?
-Miren, no quiero que me juzguen ustedes altanera, pero están partiendo de suposiciones completamente falsas; me están juzgando mal, y eso me indigna. Ya dije que soy mayor de edad y, por lo tanto, estoy en aptitud de decidir por mí misma lo que más me convenga. Me quedo en el pueblo, porqué me gusta. Y si ustedes me echan de casa, ya encontraré donde meterme. Les aseguro que no me cerrarán las puertas de la hacienda del Callado.
Una de ellas contestó poniéndose en jarras, sacudiendo la cabeza a riesgo de que se le cayeran al suelo los pequeños lentes ovalados:
-¡Naturalmente que no lo harán! Pero, ¿es que te has vuelto loca? ¿Has perdido la vergüenza? ¿Has aceptado ya a ese perdido?
Luisa sonrió contestando maliciosa y lentamente:
-Sí; hemos decidido casarnos.
-¡Dios santísimo! -exclamó la más nerviosa de las enlutadas, dejándose caer en una silla mecedora de bejuco. La otra le hizo coro llevándose las maños a la cabeza:
-¡Esto es una catástrofe!
La primera, moviéndose nerviosa en su silla mecedora, mirando a veces al suelo, a veces a su hermana, replicó:
-Mira, hermana, creo que perdemos el tiempo discutiendo siempre lo mismo. Ella lo quiere, pues que sea. Y debemos felicitamos que al menos haya hablado de casamiento... ¡pudo haber sido peor...!

*** * ***

Agustín iba cambiando notablemente de carácter durante el noviazgo, pues ya se interesaba por el campo, y lo recorría desde muy de mañana. Pero para el ojo experto de Joaquín ese cambio era forzado; no era natural ni espontáneo, sino obligado por el razonamiento y, por ello, a veces se preguntaba a si mismo: "¿Qué

ocurrirá el día que ese débil propósito se desvanezca por efecto del vino? ¿Resistirá su cuerpo una prolongada y definitiva abstinencia?"
Uno de esos días, Agustín decidió acompañar a su hermano para vigilar las faenas. Al montar a caballo, con voz de resignación le dijo a éste:
-Creo que vas a tener que enseñarme algo de eso que has aprendido en los libros y todo lo que sepas del trabajo.
Los caballos emprendieron el camino hacia la plantación. Joaquín contestó con una leve ironía:
-¿Piensas ponerte a trabajar en firme?
-Aún no lo sé, no estoy muy seguro.
-Eso se ve a leguas... ¡La verdad es que no te comprendo! ¿No anunciaste ya tu compromiso? Si no empiezas ahora no sé cuándo lo vas a hacer. Supongo que debes conocer por lo menos tu propiedad y lo que se hace en ella…, -¡Mi propiedad! Si vieras lo raro que me suenan esas palabras. Siempre dijimos desde chicos: mi casa, mi finca, mis plantaciones. Debía estar ya acostumbrado a esa expresión y, sin embargo, no es así.
Se percibía ya el ruido del escape de un tractor. Joaquín moviendo la cabeza dijo muy bajo:
-No te comprendo.
-Me siento desligado de todo esto, y no concibo exactamente en qué consiste que sea mío.
Joaquín se sentía molesto. Volvió la cabeza para ver a su hermano y agachó el cuerpo para no golpearse la cara con la rama de un árbol, tan baja que casi rozó la silla del caballo. Se acomodó de nuevo en la montura, diciendo:
-¡Qué ideas más tontas! Es tuya esta parte, y del otro lado de la mojonera está la mía...; es nuestra propiedad, porque nuestros antepasados la trabajaron para nosotros, y nosotros a la vez debemos cuidarla para nuestros descendientes.
-Ese razonamiento es lo que se acepta como costumbre, y a pesar de todo no me parece justo; pero en fin, así se vive -replicó Agustín.
-¿Qué quieres decir con que no te parece justo? ¿De quién crees que sean estas tierras?
-Pues de sus primitivos dueños, los indios.
-¡Bah! ¿No has visto el pensamiento que tengo en el despacho de la finca? -dijo Joaquín.
-¿Cuál de todos? Porque he visto varios.
-Ese que dice: hombres o pueblos se convierten fatalmente en servidumbre cuando se rezagan en el ritmo del progreso que los rodea. ¿Qué te parece? ¿No he atinado a la realidad de la vida? Si los españoles no hubieran venido a colonizar estas tierras, lo más probable es que ellos y los indios estuviesen todavía en el estado primitivo de hace siglos.
Joaquín hizo una pausa deteniendo su caballo. Estaban tan cerca del tractor que las explosiones les dificultaban la plática. Se sentó de lado en la silla de su caballo y dijo a su hermano, titubeando, pero con gran cariño:
-Mira, Agustín, he pretendido hablar en serio contigo desde hace varios días. Deseo hacerte una pregunta, que espero me contestarás con toda sinceridad.

Agustín no contestó. Contempló con fijeza a su hermano que lo escudriñaba con mirada penetrante. Los caballos cabeceaban sudorosos.
Joaquín, acomodándose en la montura, preguntó bruscamente:
-¿Quieres en verdad a Luisa?
Seguramente que Agustín ya esperaba algo por el estilo, pues contestó con presteza:
-¡Porque la quiero voy a casarme con ella!
-¿Y ella te quiere a ti?
Agustín dio un ligero azote a su bestia a la vez que contestaba:
-Así lo supongo, de otra manera no sé cómo podría aceptarme. Pero dime, ¿por qué esas preguntas tan... tan...? Tú me comprendes.
En ese momento llegaron al tractor Caterpillar amarillo, que tiraba de un enorme tanque acondicionado sobre un remolque. Las ruedas de hule, de dibujos tosquísimos, eran enormes. El tractor se detenía al lado de una pequeña palmera de coco, el operador accionaba una palanca, y grueso chorro de agua caía en la base de la palmera. Después de un minuto o algo así, cerraba la válvula, arrastraba el remolque hasta la palmera siguiente y repetía la operación. Los dos hermanos siguieron al tractor; el operador se quitó el sombrero de palma para limpiarse el sudor y explicó:
-Pintan bonito, patrón. ¿Ya vio que algunas quieren ensayar este año?
-Si, he visto algunas-le contestó Joaquín teniendo su mente muy lejos de allí.
Aquella era una finca fundamentalmente cafetera; pero algunos años antes Joaquín y su padre habían resuelto sembrar coco en la tierra baja, cerca del río.
-Mire, patrón. El año entrante vamos a tener coco hasta pa'aventar pa'arriba. Esta plantación se nos ha dado como una bendición de Dios... Claro que el tractor quiere decir mucho; pero si Dios no hubiera querido...
Joaquín simplemente movió la cabeza en señal de asentimiento y picó con las espuelas a su bestia para seguir el camino. El operador del tractor no dio importancia a esa inhabitual indiferencia y siguió su labor.
Los caballos caminaban en sentido contrario del que seguía el tractor, de manera que los ruidos del escape se iban alejando. Joaquín quería volver al asunto que había iniciado y empezó lentamente:
-He reflexionado mucho sobre el caso, llegando a varias conclusiones. Supongamos que solamente quieres satisfacer un capricho...
-Bien, supongamos sin conceder -contestó Agustín.
-La harías desgraciada si en verdad te ama. Pero supongamos que no te ama y que tú tampoco la quieres, es decir, que no la amas con la intensidad necesaria para soportar el matrimonio... Entonces, date cuenta, Agustín, los dos seríais desgraciados...
Esta vez Agustín no contestó. Ahora meditaba mirando de reojo de vez en cuando a su hermano; hizo un gesto y tiró de la rienda de su caballo para que éste cambiara de dirección y al compás de los cascos de su animal siguió pensando: "¿Pero es que de veras la quiero? ¿Me ama ella? ¡Muchas veces he creído que solamente la divierto! ¿No he sentido con frecuencia la necesidad de renunciar porque ella no es para mi suficiente atracción?"

En estas meditaciones continuó largamente. Entró en el terreno donde la plantación de coco era ya vieja. Apoyándose en los estribos alcanzó uno. Sacó el machete que colgaba de su montura y de un certero tajo arrancó un pedazo de la corteza quedando al descubierto la pulpa blanca del interior. Con la punta del machete hizo un agujero y lo llevó a la boca para sorber el agua. Después se bajó del caballo y se tiró en el suelo a la sombra de esa misma palmera y allí permaneció pensativo largamente.

Agustín no estaba ofendido por las palabras de su hermano. Le rehuía, porque se sentía hasta cierto punto avergonzado de sí mismo, de su actitud que reconocía poco sincera, y en el fondo le agradecía que le hubiera hablado de esa manera. Sí, porque ahora meditaba muy seriamente las cosas.

Resolvió hacer las preguntas de Joaquín, simplemente un poco cambiadas, a la propia Luisa. A él le gustaba hablar con ella por la reja del balcón; pero las tías siempre se opusieron terminantemente y lo obligaron a que entrara en la casa y que la conversación fuera en la sala, oscura y oliente a cosas viejas, llena de fotografías antiquísimas, de cuadros medio descascarados y con juguetes de porcelana por todas partes. Se sentaba en los muebles de bambú procurando no maltratar los tejido de hilo hechos a maño, y escondía los pies para que no le vieran los botines sucios, lodosos, armados de enormes espuelas. Se veía obligado a hablar en voz bajísima, porque aquel ambiente así lo imponía.

-Dime con sinceridad. Luisa, ¿en verdad me quieres? -le dijo a la muchacha.

Luisa era jovial y despreocupada en la calle y en la finca; pero allí en ese antro, adquiría mucho de la severidad neurótica de las tías y se contagiaba del medio que la obligaba a contestar como quien reza.

-¡Porque te quiero he aceptado el matrimonio! ¿Por qué me lo preguntas?

-Tengo dudas... A veces me ha parecido que muestras por Joaquín más interés que por mí... y eso podría ser que tú misma no sabes a quién realmente quieres, si a él, o a mí.

Luisa le contestó como quien no está muy segura de lo que dice:

-No niego que Joaquín me interesa, pero... ¿Cómo dijera? Me inspira cierto respeto...; tal vez me produce alguna admiración..., pero eso es todo.

Con evasivas, fue toda la conversación de esa tarde. Agustín se retiró más intranquilo de como había llegado. Cuantas veces volvió a abordar ese tema en los días siguientes, más se convenció de que entre su hermano y Luisa había sentimientos ocultos y reprimidos por ambos lados, y eso lo llevó a la certeza de que un día saldría a flote la verdad, y entonces quizás se produciría una tragedia.

Esta conclusión le obligó a posponer dos veces seguidas la fecha del casamiento, con la consiguiente indignación y reproches de las tías que ahora se le encaraban gritando y manoteando:

-¡Es usted un canalla!-y al decirlo la mujer tenía que reacomodarse la mantilla negra que siempre llevaba sobre los hombros, a pesar del calor que hiciera.

-Si hubiera hombres en esta casa sería otra su actitud; pero somos mujeres... ¡Ya leo en sus ojos perversas intenciones! -decía la otra hermana acomodándose los lentes y continuaba en el mismo tono-: ¿Piensa que puede hacer de las suyas? ¿Cree que no soy capaz de manejar una escopeta y llenarle el cuerpo de postas?

-¡No se exciten, señoras, por favor...!
-¡Señoritas!
-Como ustedes gusten. Aquí hay una mala interpretación, y para demostrarles lo equivocadas que están, dejo a su elección la fecha de la boda, advirtiendo que no permitiré que nada ni nadie la impida.
Agustín salió de la casa aturdido y sudando más que de costumbre. No por la catilinaria que le soltaron, sino por la decisión tomada que fue sin pensarla bastante, y ahora tenía que sostenerla. "Pero, ¿por qué no huir? ¡El mundo es muy grande para no volver a ver a ese par de lechuzas! ¡Malhaya lo que le importaba la propiedad y el dinero y todas esas za randajas! ¡Con su caballo que le quedara tenía bastante! ¡Ah! Y una baraja en el bolsillo. Pero ¿y su madre?, ¿su madrecita? ¿Con qué cara volvería algún día a verla? ¿Y si regresaba derrotado, miserable y hambriento? ¿Y si perdía algún día la cabeza e iba a dar al presidio? Aquí tenía amigos por todas partes. Los hijos de los gendarmes y hasta éstos mismos recibieron favores, por eso la policía lo molestaba poco y cuando lo encontraban borracho lo llevaban a dormir, a veces a sus propias casas. Los politiquillos pueblerinos le debían también algunos favores, porque contando con su amistad obtenían mucho, votos; pero, ¿esto sería igual en otra parte? ¿En la capital, donde nadie lo conocía? ¿En el puerto? ¿En el extranjero?" Esto iba pensando Agustín hasta que su caballo se detuvo frente al portón de la hacienda, esperando a que el guardián fuera abrirlo.

9
BODA TRÁGICA

LLegó la fecha de la boda, para la cual se organizó una ceremonia según es costumbre por el rumbo, y una fiesta en la que había mesa para todo el que quisiera comer.
La novia estaba radiante y más hermosa que nunca. Agustín vestía ropa blanca, de tela tropical y sombrero panamá. Joaquín ayudaba en todo lo de la fiesta y no se daba un momento de reposo.
La capilla estaba adornada con esplendor y en el campanario no cabían más muchachos, algunos cuidando enormes rrollos de cohetones listos para ser lanzados al aire en el momento que terminara la ceremonia, según orden del sacerdote.
Dentro de la capilla no había sino invitados y familiares de los contrayentes, todos personas principales. El lugar de la ceremonia era demasiado pequeño para dar cupo a tanta gente como se había reunido.
Estando en plena ceremonia, Agustín sorprendió una mirada de su hermano, dirigida a la novia, quien iba hacia el altar. Era una mirada de tristeza profunda, de dolor inmenso. No eran celos, envidia ni rencor, sino la mirada del que se despide de la vida.
Las almas de estos dos hermanos eran demasiado afines para que pasara inadvertido un sentimiento tan profundo. Agustín pensó rebelarse en el primer

instante, luego, por primera vez, se sintió superior a Joaquín, y por último, se reprochó su actitud poco sincera. Esta última idea se clavó en su mente hasta el momento mismo en que el sacerdote le preguntaba si la aceptaba por esposa. Sus labios dijeron: "La recibo por esposa..." mientras que a su conciencia le preguntaba: "¿De verdad la quiero por esposa?"

Terminada la ceremonia en la capilla, poco distante de la finca, novios e invitados se fueron a la casa en coches y carretas adornados con flores. Los cohetones atronaban el espacio y las mesas esperaban a la sombra de árboles frutales. Todo era bullicio y alegría. Los novios, sin cambiarse de ropa, ocuparon los asientos de la cabecera. Los padres de Agustín y Joaquín, al lado derecho de la mesa, y los familiares de la novia, al lado izquierdo.

Alguien notó que Agustín se mostraba pensativo y cabizbajo, abstraído del ambiente sonriendo cuando alguien le llamaba la atención; pero volviendo rápidamente a ese rarísimo estado de ánimo, que si en Joaquín era común y corriente, en cambio en él no era habitual, al menos hasta unos días antes.

Ya estaba todo el mundo sentado a la mesa; pero aún nadie había probado el vino ni ningún alimento. Los novios, por su parte, ni siquiera habían almorzado. El maestro de escuela del pueblo, alisándose los bigotes y carraspeando de vez en cuando, pronunciaba un sesudo discurso. Agustín parecía adormecerse con él, y en su mente bullía lo que una vez dijo con toda sinceridad:

"...Cosas tontas hago muchas, pero nunca haré una conscientemente que me avergüence..."

Un gritó de Josefa cortó el discurso y la concurrencia se puso en movimiento.

-¡Agustín, hijito...!

Agustín iba desplomándose de lado hasta dar de bruces con la cabeza en el suelo, y allí quedó, inmóvil, aparentemente muerto.

Rápidamente fue levantado del suelo y llevado a una cama. Salieron velozmente coches y caballos hacia el pueblo en busca de médicos. Se le aplicaron friegas de alcohol y remedios caseros. Por fin llegó un médico, después otro, y más tarde otro.

-Ataque cardiaco -aseguraba uno.

-Asfixia -resumía otro.

-No, catalepsia; observen que el cuerpo se mantiene flexible, afirmó uno de ellos, señalando al cuerpo inerte de Agustín.

Y las especulaciones de los tres hombres de ciencia se multiplicaban con nombres raros y palabras que sonaban a misterio; pero no encontraban el origen del mal para poder curarlo.

Fuera de la recámara todo eran carreras y tronar de dedos. Luisa lloraba amargamente, y Joaquín, metida la cabeza entre las manos con las cuales se mesaba el pelo, tenía una expresión de profundo dolor.

Todos los festejos fueron suspendidos. Ya no atronaron el espacio los cohetes. Los hijos de la peonada se llevaban los adornos. Los perros subían a la mesa y se comían lo que ni siquiera fue tocado.

*** * ***

La tarde avanzaba, oscurecía, y los médicos seguían usando palabras raras, aplicando algunos medicamentos y esperando alguna reacción del cuerpo, pero ésta no llegaba a producirse.
Los amigos eran cada minuto menos quedando sólo los más íntimos, entre ellos Tarquino.
Las tías, de vez en cuando cruzaban palabras en voz muy baja:
-¡Es el milagro que tanto le pedí a Dios! ¡Es un milagro! Y la otra decía:
-¿No será una parálisis repentina? ¿Y si queda así para siempre? ¡Sería horrible para ella!
-¡Al menos no tendría que aguantar a un borracho! -replicaba la primera.

*** * ***

Y la noche avanzaba. Ya solamente quedaban los familiares: la madre, que no se daba un instante de reposo y que valientemente soportaba su inmenso dolor; el padre que nerviosamente fumaba un cigarrillo tras otro, y Joaquín que auxiliaba a los médicos en lo que podía.
Pasó la madrugada, y ya corriendo el nuevo día, uno de los médicos aseguró:
-Estamos perdiendo el tiempo: ya es un perfecto cadáver.
-Lo sería si hubiera entrado en la rigidez natural de ese caso, pero vea usted la flexibilidad de sus miembros. Insisto en que es catalepsia.
-Yo no me atrevo a asegurar nada- intervino el tercero-. Tiene los síntomas de un cadáver, menos la rigidez y otro más...
-¿Cuál?
-Para el tiempo que lleva, debería percibirse ya cierto olor...
-Es verdad..., es verdad...

*** * ***

Y siguió corriendo el día, la tarde, la noche, la madrugada. El sufrimiento era ya insoportable para los familiares, particularmente para su madre que no comía, ni dormía, ni reposaba, deseosa de estar enterada al minuto de cualquier novedad, sin que se produjera ninguna.
Empezaba el tercer día de angustia. Ya nadie lo soportaba y Josefa, a gritos pedía a Dios pusiera fin a tan enorme suplicio. Los médicos aún no lograban llegar a un acuerdo. El cuerpo, que en aquel clima cálido debía estar ya en el principio de la putrefacción, se conservaba como el primer día. Los músculos tenían cierta elasticidad y, sin embargo, hacia ya casi setenta y dos horas que el corazón había dejado de latir, que la sangre no circulaba, y que ese cuerpo no respiraba.
-¡Dios mío!, ten misericordia de mi hijo, ten compasión de nosotros, ¡Dios mío! -repetía la madre agotada y envejecida.
Las tías no quisieron perder detalle y permanecieron en la casa, comentando misteriosamente:
-¿Ves?, fue tan malvado que ni la muerte lo recibe. Su juicio se prolonga, porque

estarán decidiendo mandarlo al infierno... No me extrañaría que la tierra lo escupiera cuando sea enterrado...
Al fin los médicos sentenciaron que la muerte era definitiva... Al fin Dios atendió a los ruegos y los médicos declararon que ya era cadáver. No obstante ni ellos quisieron renunciar a ser testigos de ese raro caso que tanto los intrigaba, ni los familiares lo permitieron, sino hasta después de haber sido bajado el cuerpo a la fosa, pues hasta el último momento existió la duda.
-Murió Agustín Callado -se decía en el pueblo con verdadero sentimiento.
-¡Tan buen hombre que era! -aseguraban los más; y hasta las tías de Luisa decían, cuando los enterradores echaban las paladas de tierra:
-En el fondo era un buen hombre.
Después de la última palada, Luisa, vestida de negro, derramó abundante llanto sobre el hombro de Joaquín que le acariciaba el cabello para tranquilizarla.
También Tarquino salía del panteón lentamente, lloroso y triste.

* * * * * * *

SEGUNDA PARTE

1
TARQUINO EN MÉXICO

Tiempo después de la muerte de Agustín, Tarquino recibió carta de su pariente en la que le urgía se presentara a ocupar su puesto en un empleo que le había conseguido en la ciudad de México. Tarquino se apresuró a cumplir la orden trasladándose por avión a la capital, y allí el pariente le dijo:
-Creerás que no hacía caso a tus repetidas cartas en que me pedías ayuda; pero la verdad es que no había podido conseguirte nada, porque para cada plaza vacante hay siempre una veintena de aspirantes, algunos de ellos con recomendaciones de mucho peso; pero mira, lo que es para cada quien, va derecho. Hace pocos días me enteré que había una vacante de auxiliar de bibliotecario. Presenté solicitud a tu nombre, y me contestaron que había tres aspirantes con muy buenas recomendaciones; pero he aquí que el primero no pudo con el puesto, el segundo dijo que quería algo mejor, de acuerdo con la personalidad de la recomendación, y el tercero ni siquiera se presentó; en tal virtud, quedaste tú como candidato único y debes presentarte de inmediato.
Económicamente, aquel puesto resultaba muy pobre; pero, dado el carácter y aspiraciones de Tarquino, sencillamente no podía haber encontrado mejor colocación, pues allí tenía lo que ansiaba: libros donde investigar, tiempo para hacerlo y quietud sin interrupciones.
En este medio conoció a un viejecito con quien hizo gran amistad. Este hombre visitaba la biblioteca por lo menos dos veces a la semana y siempre pedía libros raros. Tarquino sabía que su nuevo amigo era espiritista y que preparaba cierto

trabajo sobre este tema. Al muchacho no le interesaba el espiritismo como estudio, simplemente deseaba presenciar algunos fenómenos, por eso aceptó la invitación de su nuevo amigo, que era director de un centro.
Había asistido ya a varias sesiones cuando cierta noche recibió una gran sorpresa. La reducida concurrencia del centro guardaba silencio en espera de que la médium entrara en trance para dar posesión a un ser desencarnado, cuando se oyó una alegre y sincera voz que decía:
-¡Salud, Agustín Callado con ustedes! La sorpresa de Tarquino fue tal que casi saltó del asiento, pero no se atrevió a articular palabra.
-Soy conocido solamente de uno... ¿te sorprende? -dijo dirigiéndose a Tarquino.
-Ciertamente, estoy muy sorprendido, hermano -contestó el interpelado.
-No te ocurría lo mismo cuando me acompañabas... Humm... cambian los tiempos. Mi presencia obedece no a una casualidad, ni a un capricho, sino a una petición tuya.
-¿Mía? Hace tiempo que no te recordaba -dijo Tarquino.
-Eso ya lo sé, muchos me han olvidado. Pero tu petición no ha sido que yo viniera, sino para que alguien contestara una pregunta que te inquieta desde hace varios días: ¿qué es la muerte?
-Efectivamente -contestó Tarquino-, desde la primera sesión a que asistí, ésa ha sido mi pregunta. He dudado mucho de cuanto aquí se dice y se hace; pero ahora con tu presencia no sé qué pensar.
-Bien, amigos, hablemos de mi historia como muerto, que empieza minutos antes de producirse la caída de mi cuerpo, durante el brindis que no llegó a terminarse.
Agustín hizo una pausa y siguió diciendo:
-Hacia muchos días que me agitaban hondas preocupaciones. Varias veces me sentí impulsado a dar por terminadas las relaciones con Luisa, a fin de recuperar mi libertad que sentía coartada. En el momento de la ceremonia estuve a punto de decir no, pero me faltó valor y llegué hasta el fin. Cuando nos sentamos a la mesa tuve momentos de inconsciencia absoluta, y parece que mi madre se dio cuenta. Los demás estaban demasiado metidos en la fiesta para observar si mi estado de ánimo era anormal o no. Entonces no me daba cuenta de lo que me ocurría, pero después, todo se me ha mostrado muy claro. ¡Tuve un desdoblamiento! Si, abandoné la materia por breves instantes y, al hacerlo, me encontré al espíritu doliente de Joaquín que decía a Luisa:
"-Has faltado a tu promesa: en espíritu nos prometimos para cumplir una misión. Parte de ella, era dar vida a estos seres que me rodean y que están aquí como testigos. Cuando salgas de ese deslumbramiento en que te encuentras descubrirás tu error, y si yo para entonces viviera, se provocaría quizá una tragedia sangrienta; por eso, por amor a mi hermano y dejándote la responsabilidad de los hechos, me retiro, pues quien debió ser mi compañera en el camino de esta vida me ha abandonado."
Agustín, suspirando, siguió diciendo:
-Cuando mi hermano terminó de decir tales frases poseído de profundo dolor volvió a recluirse en su cuerpo, mientras que el espíritu de ella se atormentaba comprendiendo que ya todo era irremediable. Entonces recobré algo de conciencia,

comprendí lo monstruoso de mi egoísta actitud y en un arranque de sinceridad pedí al Padre, a la Ley, a la Justicia, me quitara de en medio; pedí mi muerte, única forma de evitar el desastre. Entonces, una voz cerca de mí me aclaró algunas ideas:
"-Siglos tardaste en limar las asperezas que hubo entre tú y tu hermano, y ahora, por tu torpe egoísmo, echas a rodar todo este trabajo de siglos, pues volverá a levantarse el odio mucho más potente... ¿Has olvidado quien fue tu hermano antes de ahora?"
Al decir así, Agustín parecía sufrir. Continuó:
-Ante mí desfiló rápidamente una larga historia de reencarnaciones ligadas todas a mi hermano. Sufrí lo increíble al ver cómo se derrumbaba tan intenso trabajo y volví a pedir al Creador, a la Ley y a la Justicia, me permitieran la desencarnación para no ser un estorbo.
Tarquino preguntó:
-¿Basta desearlo para desencarnar?
-Es potestativo del espíritu desencarnar cuando ha terminado la misión señalada o cuando su presencia es perjudicial a sus semejantes. Mi presencia como encamado obedecía a una sola causa: saciar instintos y vicios que detenían muy seriamente mi progreso espiritual. El espíritu reencarna siempre con un programa que lo impulsa al progreso; pero hay veces que lleva un lastre demasiado pesado, lastre de instintos que impiden el progreso: pasiones no satisfechas y vicios no colmados; entonces, la encarnación es para saciar todo eso, y arrojarlo como cosa inútil.
-¿Fue ése tu caso? -interrogó Tarquino.
-Sí. Di un tirón que casi rompió el alma, liga que existe entre el cuerpo y el espíritu, y mi cuerpo fue desplomándose, ya sin vida. Los médicos que intervinieron nunca tuvieron una idea ni siquiera aproximada de lo que ocurría, y no porque fueran médicos de pueblo, sino porque la medicina aún no ha tomado en cuenta la intervención del espíritu en la vida del hombre.
Después de un corto silencio, el comunicante continuó:
-Vi cómo mi cuerpo se desplomaba hasta llegar al suelo, y cómo fue levantado y llevado a una cama. Por un momento reflexioné que era el mío, luego supuse que era alguien muy parecido a mí; después no comprendí nada. Mis familiares, particularmente mi madre, lloraba desconsoladamente llamándome, y era esto lo que me retenía en la casa, pues sentía el impulso espontáneo de abandonarla. Observé que mi hermano sufría intensamente, lo mismo que Luisa. Durante las horas de agitación estos dos espíritus estuvieron demasiado ocupados, pero cuando ya nada había que hacer sino esperar y entraron en cierto reposo, el espíritu de Joaquín llegó hasta mí y vibrando de emoción y gratitud dijo abrazándome largamente: "Gracias, gracias hermano mío."
Agustín hizo un profundo suspiro y siguió diciendo:
-Ella también se me acercó, tomó mi maño y la apretó contra su rostro lloroso. Los espíritus de ambos hacían esto con plena lucidez. Yo me encontraba en semiturbación que me impedía darme exacta cuenta del sentido de la escena. Sólo recuerdo que a pesar del deseo de abandonar la casa, no podía. Iba de un lado a otro tratando de hablar con mis viejos conocidos, con mi madre que tanto lloraba; pero todo inútil, nadie me hacía caso. Quería decirles que era injustificado el dolor,

puesto que yo vivía y allí estaba, pero todos habíanse vuelto repentinamente ciegos y sordos y nadie me veía, ni escuchaba. Esto me hundía por momentos en pesadumbre e iba a acariciar a mi madre, que aumentaba sus lamentos y voces de dolor. Yo veía todo lo que se intentaba por hacer revivir el cuerpo y no le encontraba sentido, pues me daba la impresión de que trataban de dar vida a la ropa sucia que uno se quita para ser lavada. Sentía que era absurdo que se pretendiera reanimar a ese cuerpo cuando yo estaba allí, absolutamente vivo, con todas mis facultades.
Transcurrieron los días, convirtiéndose el lugar en casa de dolor; me sentía hasta cierto punto responsable, pero no lo comprendí hasta que oí que alguien pedía mi muerte y en mi turbación creí que era mi madre. ¿Muerte?, ¿muerte?, me preguntaba atormentado. ¡Piden mi muerte...! Nuevamente aquella primera voz se me acercó diciendo:
"-No piden tu muerte, sino que termines lo que has empezado, sin lo cual el sufrimiento continuará indefinidamente.
"-¿Y qué es lo que debo hace?" -pregunté.
"-Romper el último hilo de tu alma que aún te liga al cuerpo" -me contestaron.
-¿Y eso es posible? ¿Cómo ocurre? -preguntó Tarquino. El comunicante siguió explicando:
-Entonces no sabía qué era eso; pero ahora lo sé: no es dando tirones, como quien trata de romper una cuerda, como se rompe la liga entre el espíritu y el cuerpo, no, es deseándolo intensa, profunda y sinceramente. Para los que viven muy pegados a la tierra, este esfuerzo tiene que ser gigantesco, porque el alma no está ligada solamente al cuerpo, sino a la tierra, a los intereses mezquinos, al oro; en fin, a todo aquello que ha materializado y metalizado al hombre, pero yo viví flotando. Para mí, las propiedades, la riqueza y todo lo que a otros deslumbra tanto, fueron palabras vanas. Por eso, cuando quise desligarme de mi materia, me bastó sólo un impulso sincero y, como resultante, el cuerpo entró en rigidez de cadáver.
Agustín entró en corto silencio. Suspirando continuó:
-A pesar del escenario, las gentes enlutadas, los lamentos y el dolor, yo empezaba a recuperar el buen humor, particularmente cuando sacaron el féretro, porque comprendí que aquello ponía fin a un capítulo que pudo haber terminado en horrible tragedia. Después he comprendido que esa satisfacción que sentía, se debía a las vibraciones de agradecimiento que me llegaban de mi hermano y de Luisa.
Salió el cortejo fúnebre y yo entre la gente. Iba de uno a otro lado haciendo el payaso, tratando de alegrar los corazones y de que volvieran las sonrisas a los labios; pero todo era inútil porque nadie me veía ni escuchaba. Quise asustar a las mulas para detener la carroza; ¡inútil! Subime sobre la caja y gritaba, pero todo era en vano. Una vez a la orilla de la tumba, también eché mi puñado de tierra, o por lo menos intenté echarlo, queriendo ser irónico.
Hubo una pausa que hablaba de recuerdos y luego Agustín aseguró:
-Me atormentaba ver cómo lloraban a un cuerpo muerto, mientras me despreciaban a mí; entre ellos, tú, Tarquino. Me dolía; porque lo más que anhelé como encarnado fue hacer amistades y para lograrlas traté siempre de ser sincero. Esta vez la médium sonrió tristemente.
-Me paseaba por el cementerio de un lado a otro cavilando qué era aquella batahola,

y me detenía frente a la tumba cubierta de llores marchitas, sin cambiar un ápice mis reflexiones. No sé cuánto tiempo permanecería en ese estado de inconsciencia. No obstante, observé que las flores se convertían en basura y luego ésta desapareció. Eran detalles insignificantes, casi sin sentido, pero que me hicieron pensar un poco. Varias veces sentí intensa atracción para ir a mi casa, pero no me decidía. Por fin me abandoné a ese impulso y volví. Mi madre me llamaba llorando desconsoladamente, de modo tal, que me estremecía. Lloraba frente a un cabo de vela gorda, de las usadas durante el velorio.
Se notaba en el rostro de la médium el dolor, al grado que empezaron a rodar de sus ojos cerrados algunas lágrimas. Siguió diciendo:
-Traté de consolar a mi madre haciéndole comprender que no había razón para tal llanto y dolor, puesto que allí estaba yo, absolutamente sano, y la acariciaba y miraba, pero ella aumentaba sus lamentos, como si estuviera en ese momento frente al cadáver. Yo anhelaba que aquello terminara, porque a mi vez sufría, y haciendo un esfuerzo y tomando energía de ella misma, logre materializarme, quedando completamente a su vista. Al verme, fue presa de pánico, hizo la señal de la cruz maldiciendo con el corazón aquella visión horrible, y huyó aterrorizada.
Esta vez el médium se sacudió fuertemente entrando en silencio. Al fin se recuperó y Agustín continuó:
-Esto fue para mí un golpe mortal. ¿Cómo era que primero me llamaba y luego me maldecía y huía? Después se hicieron varias misas de difuntos en todas las cuales se hablaba de mí como de un fantasma indeseable, como de un alma en pena, y se pedía mi descanso, siendo que yo no sentía la menor necesidad de que se rindieran tales tributos. Ahora la médium suspiraba hondamente.
- No quise volver a mi casa, ¿para qué? Sentí una gran desilusión al ver que se me trataba mucho peor que antes cuando vivía emborrachándome. Entonces se me toleraba, ahora nadie quería siquiera entrar a mi recámara. Fui a la casa de Luisa y oí conversaciones terribles acerca de mí, no de ella, sino de las tías:
"-¿No te lo dije? Fue tan malvado que ni en el infierno lo aceptan, por eso anda su alma en pena, apareciéndose en la finca."
-"¿Cuál alma y cuál pena? ¡Bola de idiotas! -me decía a mí mismo–. No se que les pasa, se han vuelto locos, sordos y ciegos". No fue una decisión consciente, pero volví a mi casa v allí permanecí no sé cuánto tiempo. Una noche, cuando todos dormían y yo me pascaba por el patio, confundido en ideas absurdas, me encontré a mi abuelo que hacia cosa igual. Hasta entonces no me di cuenta que había visto multitud de gente extraña, y que, sin embargo, no me habían llamado la atención. Ahora, con la presencia de mi abuelo, venía a mi mente todo eso: aquella anciana tan parecida a mi abuela, algunos personajes vistiendo ropas de principio del siglo pasado, aquel peón Andrés, con quien solía jugar y que cierta mañana desgraciada fue destrozado por un rebaño de vacas asustadas. Todos esos personajes, graves y silenciosos, se paseaban por el patio tal como lo hacia yo, y entonces me saltó una idea que me asustó: ¿Cómo es que nos hallamos aquí? ¿Cómo es que estamos en las mismas condiciones si ellos murieron?
"-¿Por qué no hablas con ellos?" -me dijo la misma voz de otras veces.
-No contesté, simplemente me dirigí a mi abuelo:

"-Buenas noches, abuelito" -le dije en el tono más cariñoso que pude.
"-¿Quién es usted que se atreve" a llamarme abuelito?" -me preguntó manifiestamente ofendido, con su acento castellano.
"-¿No me reconoces? ¡Es natural, moriste cuando yo era pequeño!
"-¿Que morí? ¡Usted está loco! ¿No ve que estoy vivo? ¡Quítese de delante; no quiero alternar con majaderos!
"-Pero, abuelito, ¿no te acuerdas de cuando me sentabas en tus piernas y me dabas a comer huevo pasado por agua con el rabo de una cuchara?
"-Eso lo hago con mi nieto menor y nada tiene que ver con usted.
"-¿Lo haces? ¿Sigues dando de comer a tu nieto? ¿Dónde está?
"-El pillastre se me ha escondido; pero lo he de encontrar.
"-¿Cuánto tiempo hace que no lo ves?
"-¡Humm!... serán minutos..."
-Al oír estas afirmaciones me quedé realmente sorprendido; si, porque yo tenía plena conciencia de que él había muerto, y sin embargo, decía estar vivo, y yo a mi vez me sentía vivo; pero es el caso que estaba como él y esto bien quería decir que yo, igual que él, estaba muerto. Entonces, haciendo un esfuerzo para convencerlo de que estaba muerto, lo invité a entrar en la casa para mostrarle un calendario y que viera el año en que estábamos.
"-Dime abuelito, ¿en qué año estamos?
"-¡Qué pregunta! ¡En 1911!
"-¡Mira, mira el calendario, abuelito; dice que estamos en 1940...! ¡Caramba! Y yo creía que estábamos en 1936... Esto es asombroso... Vamos a ver: yo me iba a casar o me casé en abril de 1936, ¿cómo es que estamos en julio de 1940?
"-¿Qué sucede? -interrogó el anciano-. Me trajiste para mostrarme algo que creo te ha confundido más a ti que a mi.
"-¿Es decir, que a ti no te sorprende el año en que estamos?
"-No me sorprende, porque no lo creo y basta. Me voy porque tengo mucho que hacer."
-El abuelo se fue dejándome plantado. Es verdad que mi confusión aumentó; pero a la vez penetró en mí un rayo de luz que me hizo razonar un poco. Volví a salir de la casa y me llegué hasta Andrés:
'-¿Qué haces a estas horas?" -le interrogué.
"-Ando buscando las reses que se salieron del corral.
"-¡Cómo! ¿Luego ya no te acuerdas que moriste entre las patas, precisamente de esas reses que asustasteis entre tú y el perro?"
-El peón se santiguó mirándome asustado, concretándose a decir:
"-¡Ay, patroncito...!"
-Me retiré más confundido que nunca y pensando: "Es evidente que yo también estoy muerto, y si ellos no se dan cuenta de su estado, yo tampoco, pero al menos, yo ya voy entendiendo algo de este chisme..."
"-¡Muy pensativo estás...! ¿Sucede algo grave?" -interrogó la misma voz de las veces anteriores, con la diferencia de que ahora se presentó a mi vista un individuo.
"-Sí, sucede algo y mucho... mucho, incomprensible... Mi mente se atormenta..." -contesté.

"-¿Por qué no das un paseo para distraerte?
"-Es buena idea: voy a emborracharme; quiero salir de aquí.
"Vamos adonde gustes.
"-Conozco un lugar donde se puede olvidar todo" -contesté rememorando, y fuimos a la taberna.
-No sentía el impulso de beber ni de comer, me bastaba con el ambiente; pero me exasperaba que nadie se ocupara de mí. Aquellas mujeres que otrora me siguieron y acariciaron ahora no se daban por enteradas de mi presencia, ni pronunciaban mi nombre. Mi carácter ligero y poco sentimental me defendía un poco contra esa ofensa, ese desprecio, que no dejaba de dolerme. Una taberna puede ser agradable cuando hay amigos con quienes charlar y alcohol con que alucinarse. Pero si nadie hace caso de uno, ni se puede ingerir alcohol, ni se puede charlar, el ambiente acaba por hacerse aburrido y hasta repugnante. Eso fue lo que me ocurrió. Mi nuevo amigo simplemente me acompañaba, pero no me distraía, y pronto me fastidié. Pedí ir a otra cantina, y a otra y a otra más, y en cada nueva visita que hacíamos permanecía menos tiempo, porque más pronto me aburría, sintiéndome cada vez más y más fuera de mi elemento. Y no es que sintiera asfixia por el humo y el olor fétido de las tabernas, pues no sentía ni frío ni calor, ni hambre ni sed. Lo que sentía era una especie de opresión en todo mi ser que me impedía pensar, y que sólo disminuía cuando me encontraba fuera de aquel ambiente. Por eso, en cada caso decía a mi acompañante:
"-Oye, esto se va poniendo de lo más aburrido; vámonos a otra parte, ¿qué te parece?
"-Voy contigo adonde gustes" -contestaba él. "-¿Y qué hacemos de dinero?" -se me ocurrió preguntarle. "-No te apures, yo tengo más del que tú puedes gastar"' -me contestó sonriente.
¿Gastar? -resonaba en mi interior- ¿Gastar? ¿En qué y cómo? Yo antes lo he cogido todo y nadie me ha detenido y creo que incluso ni me han visto. ¡Qué raro! -me decía a mí mismo.
"-Bien, ¿adonde vamos?" -insistió mi guía.
"-Vamos de juerga. Recorramos todo lo que conozco del pueblo" -le contesté entusiasmado por la idea. Pero no había transcurrido mucho tiempo cuando ya nuevamente estaba aburrido.
"-Oye, ¿qué diablos me sucede? Antes me podía pasar días y días en estas ocupaciones y ahora me resulta de lo más fastidioso. ¿Qué es lo que sucede?
"-Quizá ya no te interesan estas diversiones y buscas algo más importante.
"-¿Más importante? ¿Cómo qué?... ¡Ah! Si, hay una cosa que siempre he deseado.
"-¿Cuál?
"-Viajar.
"-¿Y por qué no lo has hecho?
"-No lo sé. Nunca me atreví a alejarme mucho de la casa; pero ahora me siento libre y con unas ganas tremendas de viajar. ¿Qué te parece si vamos a la capital? Después tal vez podamos ir un poco más lejos, a Río de Janeiro, quizá hasta la Argentina.
"-Adonde gustes. ¿Empezamos?" -preguntó el guía. "-Oye: tú pareces dispuesto a ir

a todas partes sin objetar. "-Soy tu amigo. Vamos adonde te dé la gana. "-Tu actitud contrasta con la de todas las gentes a quienes he encontrado recientemente después de esa pesadilla en la que dicen que morí y que me enterraron. Y ya que te prestas, tomemos el tren."

-Tomamos efectivamente el tren, pero el tiempo que tardaba en avanzar se me hacia una eternidad. Me sentía demasiado ligero para lo pesado del ferrocarril.

"-¿Podríamos ir también a Europa?" -interrogué soñando. "-¡Claro!, ya te he dicho que adonde gustes. "-Pero es que a este paso no llegaríamos nunca. "-No tanto como nunca, pero ciertamente, es lento. Si quieres, podemos adelantarnos.

"-¿Adelantarnos al tren? ¿estás loco? "-¿Por qué no pruebas? Nada pierdes.

"--Bueno, una puntada... ¿verdad?"

-Mi sorpresa no tuvo límites cuando nos adelantamos al tren y bruscamente nos encontramos en la capital. Recorrimos la ciudad que yo ya conocía, y entonces sugerí:

"-¿Vamos a Río?

"-¿Río de Janeiro? ¡Ya estamos en Río!" -contestó mi acompañante con cierta ironía que me lastimó.

-Al encontrarme en esa ciudad, buscaba la relación que hubiera entre mi pueblo, la capital y Río de Janeiro, adonde acababa de llegar tan inopinadamente sin medios de locomoción. Allí también visitamos lugares. Me interesaron monumentos y museos, más que tabernas; pero a todas partes adonde iba, encontraba siempre la indiferencia de la gente, pues aunque les hablara, nadie me hacía caso. Traté de burlarme de un policía y él no se dio por aludido. Iba a los restaurantes; la comida no me producía ninguna satisfacción y en todas partes me dominaba una interrogación constante: ¿Qué es todo esto? No quería pedir explicaciones, porque sospechaba que estaba siendo objeto de burla. Decidí poner a prueba a mi amigo y le pedí ir a Europa.

"-¡Bien, si lo deseas, vamos!" -me dijo indiferente.

"-Porque lo deseo lo pido" -contesté molesto.

"-¿A dónde quieres ir? Ya estamos en Francia"- fue la contestación, dada con tal indiferencia que me exaltó.

"-¿Estamos en Francia? ¿No estábamos en Río?...

"-No te inquietes. Estamos en Europa."

-Recorríamos París; pero yo estaba inquieto, nervioso, y me decidí a enfrentarme a mi acompañante:

"-Oye, aquí hay gato encerrado. Todo esto me huele a tomadura de pelo. ¿Cómo es que podemos viajar así como así y pasar de un lugar a otro tan rápida y tranquilamente? ¡Si pudimos viajar hasta aquí, supongo que lo mismo podríamos ir a China o al Polo Norte!

"-Exactamente. Si te interesa China o el Polo Norte, todo está en que lo digas y vamos...

"-No me moveré de aquí si antes no me explicas qué significa todo esto, y que sea de manera que lo entienda ¿eh?" -dije ya indignado. Mi acompañante contestó serenamente:

"--Este es el momento necesario a que teníamos que llegar para poder explicarte

cuanto te ocurre. Si deseas ir a un lugar basta que lo quieras para que se te realice. Así también, si deseas saber lo que te ocurre y que para t es de la mayor importancia, también lo sabrás; pero debes empezar por despojarte de prejuicios. ¿Recuerdas aquella caída de tu cuerpo?
"-¡Caramba! ¿Quién puede olvidarlo? ¡A partir de ese momento me han estado sucediendo cosas inexplicables!
"-¿Recuerdas que te metieron en un féretro entre cuatro velas y luego te enterraron?
"-Recuerdo todo eso; pero me parece absurdo que digas que me metieron en un féretro y me enterraron.
"-¿Por qué te parece absurdo?
"-Simple y sencillamente porque estoy aquí.
"-Estás tú, pero sin el vestido que hasta hace poco usabas.
"-¿A qué vestido te refieres?
"-A tu cuerpo de carne y hueso...
"-Oye, oye... ¡Explícate! ¿Quieres decir que ya no tengo cuerpo? ¿Y entonces esta forma que tengo qué es?
"-Es tu alma, el cuerpo se quedó en el cementerio de tu pueblo.
"-¿Con eso quieres decir que estoy muerto? ¡Bah! Hombre, es estupendo. ¡Yo muerto!... ¿Y cómo es que me muevo, hablo, pienso, y hasta te puedo insultar si me da la gana?
"-Sucede, que todo eso que haces, piensas y dices, es obra del espíritu, de ti mismo, y tu cuerpo es lo que yace cadáver. Eso de que muere, ya lo aclararemos."
-Para mí toda aquella explicación carecía de sentido. "-¡Quiero volver a mi pueblo, esto no me divierte!" aseguré.
"-¡Volvamos!" -dijo con calma mi amigo.
-Y antes de tener tiempo de razonarlo, me encontraba ya en el patio de mi casa dando vueltas y más vueltas, meditando, tratando de entender ese embrollo. Ignoro cuánto tiempo duraría en esa actitud pensativa. Sólo recuerdo que hubo un momento en que sinceramente pedí la presencia de mi nuevo amigo que se presentó, muy amable:
"-¿Me hablabas?
"-¡Si! Estoy dispuesto a entrar en razón, si me la demuestras. Eso de que estoy muerto me suena fantástico. Sin embargo, algo me está diciendo que es cierto."
-El guía contestó lentamente:
"-Empecemos por reconocer que la muerte no existe, pues tú sabes que la materia sólo se transforma para dar vida a nuevos seres.
"-Es cierto, lo aprendí en la primaria.
"-Bien. Si la materia, digamos un árbol, no muere sino que se transforma, ¿cómo ha de aceptarse que muera el hombre?" -dijo el guía dando énfasis a sus palabras.
-Yo le contesté:
"-Si te refieres al cuerpo, es evidente que se transforma.
Esto no se puede negar, pues seguirá viviendo en otras manifestaciones. Pero el individuo propiamente dicho, es decir, Agustín Callado, ése sí ha muerto.
"-Acepto -contestó el guía con un movimiento de cabeza-. Al desaparecer Agustín

Callado de la vida de los encarnados, es porque ha muerto; pero, ¿Agustín Callado consta solamente de cuerpo?
"-¡Naturalmente! ¿Luego de qué más?
"-¿Y la vida que manifestó por la cual se le pudo nombrar Agustín Callado, qué es?
"-¿Qué es la vida? Sé que un cuerpo se destruye aparentemente para transformarse en otro y la vida del anterior la encontramos en el nuevo ser...; pero ¿qué es la vida?" -volvía a preguntar al entrar en confusión.
-El guía me sacó de la turbación:
"-Exacto, ¿qué es la vida? ¿Crees que sería justo el Creador si diera tan efímera existencia a un ser para quien todo son desvelos, y que en final de cuentas fuera a parar a un agujero perdiéndose todo su trabajo y mérito? ¡No! ¡Eso sería injusticia! Tenemos que reconocer que el impulso del hombre hacia el progreso es una energía superior a las groseras necesidades de su cuerpo, y ese algo, esa energía que lo impulsa, es la vida.
"-Pero, ¿qué es la vida?" -preguntaba yo confundido.
"-¡Eres tú! ¡Es el espíritu que anima a cada persona!"
-Guardé silencio porque me sorprendió aquella afirmación. Después razoné en voz alta:
"-Luego, debo aceptar que yo, Agustín Callado, no he muerto porque en mí llevo la vida, es decir, soy inmortal... y ese cuerpo que vi que enterraron fue mío.
"-Fue tuyo, como una vestidura; pero sabes que los vestidos son a veces resistentes y duraderos, mas no eternos, pues se destruyen y transforman. Eso es lo que ha ocurrido a tu cuerpo: existió mientras prestó servicio y ahora se va destruyendo hasta que por completo desaparezca, de la vista humana." -Una vez más guarde largo silencio para luego interrogar:
"-¿Y entonces qué es ero o cómo existe esa forma humana y hasta con ropajes que te veo y me veo?
"-Es el alma.
"- ¡Caramba! ¿No es lo mismo alma que espíritu? "- ¡No!
"- ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué es una y qué es el otro? "-Esa pregunta nos llevaría a explicaciones demasiado complicadas. Cuando adquieras completa lucidez, comprenderás mejor, por ahora te puedo adelantar algo: el alma es materia también, como lo es el cuerpo, nada más que en un grado muy superior de progreso. "-¿Materia?
"-Sí, ¡materia! Te pondré un ejemplo vulgar que te lo hará comprender. Tomemos por caso el petróleo crudo. Este es maloliente, negro, pesado y de reducidas aplicaciones. Pero si se le somete a un proceso de refinación, verás cómo se obtienen productos toscos y pesados como asfalto, y productos cristalinos y ligerísimos como la gasolina para avión. Y más aún, como el gas combustible, que en estado de libertad ni siquiera se le ve. Pues bien; el cuerpo humano viene a ser el asfalto, y el alma el gas. Si vuelves a unir el asfalto y la gasolina, verás que son tan afines que se diluye uno en el otro confundiéndose. Eso mismo ocurre entre el cuerpo y el alma debido a que son materia de dos, y es tal esta afinidad que se funde uno en el otro, hasta el grado de proporcionar la sensibilidad que hace sufrir o gozar al hombre."

-Interrumpí a mi guía para rebatirle:
"-Según lo que dices sin el alma el cuerpo carece de sensibilidad, y eso equivale a decir que un golpe, un pinchazo o cualquier herida, quien la siente es el alma.
"-Exactamente, así es.
"- ¿No es la carne la que siente? ¿Y entonces el sistema nervioso?
"-La carne no siente. Y una demostración es: que el cuerpo de un cadáver no hace ningún estremecimiento cuando lo desgarran en los anfiteatros y escuelas de medicina. Si el cuerpo sintiera de por si no soportaría las cuchilladas de los aprendices de cirugía.
"-Pero esto me lleva a formular una pregunta: ¿Los animales sienten?
"-Naturalmente, pégale a un perro y lo verás.
"- ¿Entonces tienen también alma? De ser así, ¿cuál es la diferencia con el hombre?
"-La diferencia es que los perros no tienen espíritu individualizado.
"-Y su alma, ¿es individual?
"-Naturalmente; ésa es la razón de la evolución de las especies y que dentro de cada especie haya unos animales más inteligentes y evolucionados que otros. Te explicaré a grandes rasgos. Todo lo sutil de la materia, siguiendo el ejemplo del petróleo crudo, se eleva formando capas o planos de materia en distinto grado de evolución, capas que vienen a ser la Vida Universal, y cada plaño corresponde a una especie distinta y aun a cada grado de evolución dentro de una especie. Eso es lo que comúnmente llaman la nada. La nada que Existe en los espacios interplanetarios y solares; y ya ves, ahora resulta que lo que se ha dado en llamar la nada, viene a ser el todo, puesto que es la vida misma, de donde reciben la vitalidad los animales, las plantas y el mundo que toma de ahí su energía. De donde los espíritus toman su partícula de alma que después, por el trabajo y las afinidades, van agrandando y sutilizando cuando se trata de espíritus de trabajo y estudio.
"- ¿Sabes una cosa? ¡No entiendo nada de cuanto me dices! Eso es, no entiendo ni pizca; pero me interesa y me propongo entenderlo" -contesté.
Al llegar a este punto, el espíritu de Agustín Callado, que hablaba por la médium, hizo una pausa y luego continuó:
-Es llegada la hora de marcharme. Me están pidiendo con urgencia que me separe, porque en esto de las sesiones espiritas existe un reglamento para los médiums y no deben salirse de él. Veo que se formula una interrogación en las mentes de los presentes. Es verdad que en este centro y en otros muchos, dicho reglamento es desconocido porque no ha sido divulgado en letras de molde; pero los espíritus maestros lo han dado a conocer, y si no se respeta, de todas maneras existe.
- ¿Me permites una pregunta hermano Agustín? -interrogó Tarquino antes de que se retirara el espíritu comunicante.
-Di, pero abreviando.
- ¿Podrías continuar tu plática en una ocasión próxima?
-Siempre que la Ley lo permita. Es más, debo hablar de estas experiencias, para aclarar muchas dudas que nublan la razón del hombre. Buenas noches, que la paz sea con vosotros...
Estuvo a punto de no terminar la frase, y un minuto escaso después la médium se recuperaba volviendo poco a poco a la normalidad.

Tarquino meditaba: "¿Qué pensará ahora Agustín de Luisa y Joaquín que ya se casaron y hasta tienen familia?"

2
HECHOS INSÓLITOS

Trabajo le costó a Tarquino acostumbrarse a la idea de que era una realidad haber escuchado a su difunto amigo. Deseaba con impaciencia que llegara cuanto antes la nueva sesión. El domingo muy de mañana se presentó en su casa don Rodrigo:
-Vengo a invitarte para que asistas hoy en la tarde a una sesión -le dijo.
Para entonces, ambos ya se tuteaban, según es costumbre entre espiritistas.
-¿Hoy domingo? ¿No se celebran las reuniones los viernes? -preguntó Tarquino.
-Los domingos tenemos también trabajos. Los de hoy son interesantísimos. Me avisaron que están aquí dos médiums muy especiales: Martínez como médium de aportes y efectos físicos, y O'Clay que es un médium curativo. Yo ya los he visto trabajar, y te aseguro que son una maravilla cuando se reúnen.
-¿Luego no va a ser en tu casa? -exclamó Tarquino.
-No. Esta vez será en La Unión. Se hace así por la amplitud del local, para que puedan asistir elementos de todos los centros que lo deseen.
-¿En qué consiste lo maravilloso de lo que hacen?
-Asiste y recibirás muy gratas sorpresas. Cada uno de ellos es un gran médium; pero reunidos, ya te dije que no tienen paralelo.
Efectivamente, la reunión principió a las cuatro de la tarde, y un cuarto de hora antes estaba ya completamente lleno el salón llamado de La Unión.
El local era amplio, sin adornos llamativos, ni siquiera flores y con capacidad como para doscientas personas sentadas.
Al fondo había una plataforma reducida en la que los lugares eran ocupados por el cuerpo directivo y dos sillas al centro en las que tomaron asiento los médiums ya mencionados. El director, poniéndose de pie, ordenó un corto silencio, y para lograr la concentración general se puso a funcionar una victrola con música lenta y sedante. Insensiblemente Tarquino iba perdiendo la noción de sí, cuando uno de los médiums, Martínez, de nacionalidad española, hizo un ademán de que se suspendiera, porque se encontraba en trance.
-Buenas tardes, Ildefonso, a vuestras órdenes -fueron sus primeras palabras. Hizo una pausa y continuó:
-Hasta antes de Allan Kardec, el espiritismo fue charlatanería y modus vivendi de muchos, por lo cual se desprestigió hasta el grado de que nadie lo aceptara como verdadera ciencia.
El médium adoptó la actitud de un conferenciante y siguió diciendo:
-Kardec señaló el camino del espiritismo científico, sentó las bases para su estudio y análisis, y ahora existe una evidente diferencia entre el espiritualismo charlatán, mercantilista y mentiroso, que practica la inmensa mayoría de personas analfabetas o poco menos, y el espiritismo científico de Kardec.
El médium hablaba con energía y su voz vibrante sacudía las mentes, hablaba

como quien no admite réplica y continuó en el mismo tono:
-Pero un solo hombre no habría bastado para tan inmensa labor, por eso surgió otro filósofo del espiritismo (Joaquín Trincado), y alrededor de uno y otro muchos adeptos se responsabilizan en ayudar a la difusión y comprensión de la ciencia espírita.
El médium pareció escudriñar la impresión que sus palabras causaban en el público y siguió diciendo como lo haría un fiscal:
-Lamentablemente, los espiritistas se han dividido en tres grupos principales: los Kardecianos, los trincadistas y los líricos, que provocan el fenómeno más por curiosidad y morbosidad que por interés de estudio, sin comprender ninguno de los tres que quienes han hablado científicamente de estas cosas lo han hecho por misión, y que cada uno ha venido a plantear un aspecto distinto del problema conforme a un programa.
El comunicante parecía estar acusando a alguien. Hizo una profunda respiración y sentenciosamente agregó:
-Por tal razón, levantar banderas es absurdo y hará mucho mejor quien estudie los males tratando de comprenderlos. Es incompatible ser espiritista y levantar fronteras dentro de la filosofía espirita. Debe entenderse de una buena vez que no hay trincadismo ni kardecianismo; lo que hay son grados de un mismo curso. Ellos se complementan entre sí, porque Kardec nunca dijo ser el único, y Trincado reconoce que Kardec llegó primero para abrir la brecha y escribir el ABC. Cuando alguien ataca al que no es su ídolo, está reconociendo públicamente que ignora lo que el otro ha dicho, pues si lo hubiera estudiado antes estaría enterado de que entre ellos no hay discrepancia fundamental.
Esas palabras produjeron cierto malestar en algunos de los presentes, debido a la muy humana tendencia de convertir e n ídolos a los hombres y en dogma lo que esos hombres dijeron. El comunicante sonreía ligeramente, tal vez con algo de iro nía, y en tono muy distinto aseguró:
-Estos dos maestros particularmente, sin ser los únicos, en sus obras analizan los diversos fenómenos que se pueden producir por medio del espiritismo y nosotros, aprovechando la facultad mediumnímica de los hermanos Martínez y O'Clay vamos a tratar de producir algunos de ellos. Se recomienda la concentración del pensamiento y la atención fija en lo que se hace. Algunos de los fenómenos les parecerán actos teatrales, y lo son en verdad, con la diferencia de que en el teatro abundan los trucos y aquí no hay ninguno, pues todo se deja a la acción del espíritu. Empecemos: ¿Qué son los aportes? El traslado de material de cualquier índole, sin importar la distancia.
El médium se puso de pie, y frotándose las maños mostró que estaban vacías. Dijo:
-Traeremos una piedra. Podría ser de cualquier parte, pero eso restaría importancia al fenómeno. Así, pues, que la piedra sea del Jordán.
El médium seguía frotándose las maños, moviendo conti nuamente los dedos, hasta que apareció en la palma derecha una piedra boluda de río. Hubo una exclamación general. Al lado de Tarquino se oyeron voces escépticas, y él, por su parte, tampoco creía que fuese verdad lo que sus ojos veían, pues era fácil guardarse una piedra en el bolsillo y sacarla en el mo mento que se deseara. El médium dijo:

-Hay hermanos que no creen. Decid, exponed vuestras dudas que yo os escucho.
-No creo -aseguró alguien del público poniéndose de pie en actitud resucita-. Si se ha traído una piedra del Jordán, ¿sería posible traer una flor del Japón?
-Indudablemente, si la flor existe.
-Pues quisiera flores de cerezo enano del Japón. Las conozco bien, y me convencerá la prueba.
Mientras el escéptico hablaba, el médium repitió sus movimientos, aparentemente nervioso de las manos y los dedos, y poco a poco de entre ellos fue saliendo un ramillete que se agrandaba, y luego se percibió en la sala intensísimo perfume. Tarquino jamás había visto esa clase de flores.
El médium interrogó:
- ¿Es esto lo que pedís? Notaréis que el perfume de estas flores no bastaría para toda la sala, y en tal virtud, lo hemos tenido que concentrar de los jardines para que todos los presentes lo perciban.
El escéptico permaneció en silencio sin atreverse a reconocer la realidad de los hechos.
-Ese ha de ser un palero -decía en voz baja alguien de la sala. Tarquino también creía que era truco combinado con un cómplice.
-Estamos escogiendo al más escéptico de los presentes para hacerle una demostración que no olvidará nunca. Mientras tanto, continuemos con los experimentos. ¿Habéis visto a los magos de teatro que se dejan amarrar y meter en una caja, a su vez fuertemente atada, y que a pesar de todo se pueden soltar?... Algo por el estilo sucederá a la vista del público. Se ruega a varias personas que pasen a atarme contra una silla.
Cuatro espontáneos obedecieron la orden en la mitad del estrado a la vista del público. En seguida empezó a desfilar gran cantidad de espectadores para cerciorarse de la efectividad de los nudos que se habían hecho. Tarquino fue uno de los curiosos. Alguien sugirió que se lacraran los nudos y así se hizo, para lo cual se encendió una vela de parafina. Terminados de lacrar, se entregó la vela al propio médium amarrado, quien tenía dificultades para sostenerla. Cuando ya sólo algunos espectadores quedaban cerca para certificar los hechos, la vela, inopinadamente empezó a girar alrededor del hombre atado, flotando en el espacio sin intervención física alguna.
Esto puso los pelos de punta a muchos espectadores. No podía pensarse que estuviera colgada de un hilo o cosa semejante, porque no existían tramoyas de ninguna especie, pues el techo donde se encontraba el estrado era el mismo de todo el salón: losa de concreto armado y yeso pulido, con instalación eléctrica oculta. El fondo era sencillamente la pared pintada de aceite en color crema y, por último, la iluminación era tan intensa que no había probabilidades de que se pudieran ocultar los elementos para efectuar el truco. Este fenómeno fue el primero que impresionó a Tarquino hasta casi asustarlo, pues el médium hizo un movimiento de convulsión y bruscamente quedó libre de las ataduras, a un metro de distancia de la silla, fuera de la órbita de la vela que seguía girando. Nadie se dio cuenta exacta de cómo ocurrió aquello. Tarquino estuvo atento sin quitarle la vista de encima, y a pesar de eso no supo qué fue lo que sucedió. Supongo que hubo un instante en que el cuerpo

desapareció de su vista para luego aparecer ya de pie, completamente libre de ataduras. Empuñando la vela, el médium comentó:
-Cuántas más demostraciones se hacen menos son creídas; ello es debido a que los neófitos se confunden. Cuando estos fenómenos ocurren sin haberse realizado serios estudios, generalmente más confunden que convencen. En fin, continuemos con los experimentos.
El médium tomó otra vela que encendió con la anterior, y soltando ambas, fueron a colocarse en sendos candelabros previamente puestos a la entrada, a espaldas del público. Para realizar este fenómeno las velas tuvieron que recorrer todo lo largo del salón siguiendo el pasillo que había entre las bancas del público, y a una altura como de una persona de gran estatura que las llevara con los brazos estirados hacia arriba.
Hubo exclamaciones en la sala. El médium siguió diciendo:
-Este fenómeno que podemos llamar transporte de materiales, y el anterior de sacar un cuerpo de las ataduras, es el mismo. En el aporte, la piedra fue traída de muy lejos; en el de las ataduras, la materia que sirve de médium fue trasladada de la silla a este lugar donde ahora se encuentra. Explicar científicamente este fenómeno, y, sobre todo, demostrarlo, es complicado porque tenemos que referimos a cosas que en la Tierra aún no se aceptan. De todas maneras, intentaré dar una idea general: La materia sufre una dilatación tan grande que sus moléculas quedan separadas por distancias enormes en comparación con las normales, de donde resulta que el material de que se trata, desaparece de la vista de los encarnados convirtiéndose en fluido capaz de atravesar no solamente distancias, sino muros de cualquier material. Esto parece increíble, y, sin embargo, hay mundos donde existen actualmente como un medio ordinario de transporte.
Se escucharon en la sala exclamaciones reprimidas y voces que, no pudiendo contenerse, hacían comentarios. El médium continuó diciendo:
-Así es, aunque no lo queráis creer. En el mundo Tierra, se hacen estos experimentos con la intervención de espíritus y de médiums especiales; pero en otros mundos, el fenómeno se produce por medios mecánicos comparables a los ferrocarriles, los autobuses o los aviones. ¿Quién habría aceptado como posible que la voz pudiera trasladarse a tan enormes distancias como ocurre con la radio? Y, sin embargo, eso es ahora tan común que todo el mundo lo acepta como cosa natural. Pues bien, eso que ustedes han visto como aparte de una piedra, lo mismo que el transporte invisible de objetos o de personas, presentado aquí, más como una curiosidad que como un estudio, en otros mundos se realiza por medio del electromagno como cosa ordinaria, anulando las distancias. Creeréis que esto es absurdo porque no tengo manera de demostrarlo materialmente; pero llegará el día en que esto dejará de ser fantasía para convertirse en realidad. Seguramente algunos habréis visto, en casas llamadas de espantos, cómo inopinadamente, sin intervención física de nadie, son lanzados objetos de uno a otro lado, ¿no es así? Pues bien, eso mismo acabáis de ver con las velas. Estas pudieron haber sido simplemente arrojadas; pero esos son movimientos incontrolados. En cambio, el movimiento controlado es muy distinto.
Terminado de decir esto, un pizarrón que permanecía enrollado sobre la mesa,

extendiose contra la pared trabándose de dos clavos. El médium ató con un hilo un gis a una vara de membrillo, lo dejó sobre la mesa, y un segundo después el gis se movió, flotando en el espacio hasta llegar al pizarrón donde escribió: El Respeto al Derecho Ajeno es la Paz.
El médium continuó explicando:
-No, no es Juárez el que acaba de escribir esa sabia sentencia. Algunos de los presentes piensan que para este efecto es menester la intervención de un espíritu ayudante y eso no es verdad. Todos los fenómenos que habéis presenciado y los que sigan, los provoco exclusivamente yo, valiéndome de las facultades tan especiales de los hermanos Martínez y O'Clay, aunque sí puede hacerse intervenir a otros seres, como recordarán quienes presenciaron los experimentos de hace unos meses, cuando un espíritu escribió sobre ese mismo pizarrón recomendaciones a sus familiares encarnados. Bien, a continuación vamos a cumplir nuestra promesa de hacer una demostración dedicada al más escéptico de la sala.
El médium guardó silencio, y pasados unos minutos, un señor del público, poniéndose de pie, se dirigió al estrado caminando como un sonámbulo; se detuvo al llegar frente al médium y se fue recostando lentamente en el aire, levantando los pies del suelo sin bajar la cabeza, sirviéndole ésta de eje. Una vez tomada la posición horizontal, todo el cuerpo siguió elevándose aproximadamente hasta la altura donde poco antes flotaron las velas, y siguió lentamente el mismo recorrido.
Ese fenómeno produjo escalofrío en los presentes, no obstante que la mayoría eran personas familiarizadas con el ambiente. En algunas se produjo una crisis nerviosa, que pudo haberse convertido en pánico, si los demás no se hubieran controlado.
Aquello era contra la lógica, contra todo razonamiento y contra las leyes físicas. Daba la sensación de un cadáver que flotaba en el aire. Y cuando el cuerpo llegó al extremo de la sala, sin que el médium ni nadie se hubieran movido de su lugar, volvió a tomar la posición vertical, y ayudado por dos de los presentes, se le sentó en una butaca donde quedó profundamente dormido. Entonces el médium volvió a hablar.
-A este fenómeno se le llama levitación. Buscad la explicación científica en la literatura espírita.
La concurrencia era toda atención. El disertante, después de corta pausa, siguió explicando:
-Estos fenómenos son tan antiguos como el hombre, puesto que son producidos por el espíritu del hombre, pero en la Antigüedad eran solamente del dominio de ciertas personas, generalmente llamadas "iniciados", entre los que se cuenta a Jesús. Y podemos asegurar que nunca hubo "iniciados" que no hayan sido médiums. Alrededor de estos hombres y fenómenos se han formado grupos y filosofías que en unos casos se llaman religiones y en otros ocultismo.
El que hablaba hizo una larga pausa y continuó:
-Es conveniente aclarar que han surgido grupos, sectas y escuelas que se han abrogado la propiedad de la filosofía y la verdad. Así, cada cual ha inventado a su manera grados de sabiduría y poder dentro de su respectiva escuela, haciendo creer a la gente que en cada uno de esos grados adquiere el individuo más poder del ordinario y tales o cuales facultades sobrenaturales de carácter misterioso,

siempre dentro del ocultismo más hermético. La verdad es que el hombre se halla ya dentro de un grado de progreso según ha sido su esfuerzo en el trabajo y el estudio durante sus encarnaciones anteriores, y que la labor, sobre todo intensa, lo puede hacer comprender cosas desconocidas para los que no estudian; pero de ninguna manera convertirlo en un mago, maestro o cosa semejante, aunque los grados dentro de su secta sean muchos y aunque en cada grado se estudien cientos de libros de una sola filosofía.
El comunicante volvía la cabeza a todos lados para observar si el auditorio lo escuchaba y siguió diciendo:
-Hay que agregar que, generalmente, las escuelas que esto hacen prohíben a sus alumnos estudiar otras filosofías, porque las consideran erróneas y faltas de verdad, de donde nace un principio de dogma y, por lo tanto, es a la vez el principio de un fanatismo que cierra las mentes a todo razonamiento, puesto que no aceptan que se discutan sus conceptos, porque juzgan que son la verdad pura. Quienes dogmatizan cualquier idea aislándola del análisis y del razonamiento, dan la sensación de que temen ser descubiertos en el fraude que están cometiendo; como el que no deja que se haga luz en su casa para evitar ser descubierto como un falsario.
Por ahora, hemos terminado. Solamente me resta pedir que abandonen la sala quienes no tengan necesidad de consultar al hermano O'Clay. No deben hacerse ruidos bruscos e innecesarios. Que la paz sea con vosotros. Vuestro hermano Ildefonso, guía de médiums autorizados.
El médium apenas tuvo tiempo para sentarse cuando se produjo le separación del espíritu comunicante. En la sala hubo movimiento y la gente empezó a salir apresuradamente. Tarquino decidió quedarse para ver el final.

3
CURACIONES MARAVILLOSAS

Cuando todo volvió a la quietud y al silencio, el médium llamado O'Clay entró en trance diciendo:
-Que la paz sea con vosotros, Benoit, a vuestras órdenes. Sentado en una silla de ruedas fue acercado un anciano. El espíritu comunicante dijo con amabilidad:
- ¿Para qué venís si no hacéis caso a mis indicaciones?
- ¿Por qué, maestro? -pregunto el anciano.
-Os he dicho repetidamente que vuestro mal está en el café que tomáis exageradamente y que es tan malo como el tabaco cuando se usa en demasía.
-Ya casi dejé el cigarro, maestro.
-Debíais quitar el casi y abandonar el café. Os he recomendado alimentos a base de frutas, particularmente de ciruela pasa.
Mientras el comunicante instruía, el médium daba pases recorriendo con sus manos el cuerpo del enfermo. Siguió hablando:
-Contra males materiales no hay más que remedios materiales. Estáis intoxicado por materias nocivas, y sin la intervención activa de la voluntad es inútil toda

medicina. De aquí saldréis reconfortado por la influencia del ambiente que os acompañará por algún tiempo; pero después, ya sabéis: ¡fuerza de voluntad o seguir sufriendo! Que pase la hermana Mercedes.
Una muchacha de unos 23 años llegose al maestro, quien le puso la maño derecha sobre la cabeza a la vez que decía:
-Lo que voy a decir es para que sirva de lección a los demás. Esta hermana es víctima de esos frecuentísimos errores producto del prejuicio social, y la madre fue la principal responsable. Ya desencarnó, y ahora está aquí, sufriendo, llorando y tratando de reparar lo destruido, pero es tarde. El mal es tal que sólo con un ansia infinita de vivir, la hermana Mercedes se podrá recuperar físicamente, pero nunca moralmente.
Al hablar, el médium pasaba las maños por la cabeza de la muchacha, con pases que parecían caricias.
-Sucede que, en sus días de ilusión, sostenía relaciones con un joven cuyo principal "defecto" era ser pobre. La madre de Mercedes quería para su hija lo que ha dado en llamarse un príncipe de sangre azul y prohibió enérgicamente las relaciones, llegando al extremo de encerrarla. Pero ella no podía resignarse a vivir de aquella manera y logró huir, refugiándose en casa del novio. Vivieron escondidos varias semanas, y cuando al fin se les localizó, el muchacho sostuvo una pelea con sus perseguidores, en la cual le dieron tal golpe que le causó la muerte. El médico descubrió que la muchacha iba a ser madre y tenía instrucciones de provocar el aborto. Fracasaron varios de los intentos; pero al final consiguieron arrancar de la matriz al nuevo ser, y he aquí las consecuencias. Esta hermana ha perdido todo interés por la vida; y, a quien no quiere vivir, ¿cómo se le puede obligar?
La muchacha tenía la cara pálida y angulosa con la mirada triste y sin ver hacia parte alguna. Probablemente ni siquiera oía lo que se decía de ella.
El comunicante, sin dejar de dar pases dijo:
-Ahora veamos el mismo fenómeno; pero desde el punto de vista espiritual, para que veáis hasta qué grado es criminal quien provoca un aborto y quien se interpone entre existencias que nada tienen que ver con la suya. Los espíritus, antes de encarnar, trazan un programa de lo que habrán de realizar durante su encarnación, y, naturalmente, se planea el matrimonio y quienes serán los espíritus que encarnarán como hijos para pagar de esta manera deudas de amor o para ensanchar las afinidades. Se reúnen los interesados y celebran el compromiso, esperando cada cual su turno. Para el espíritu, las promesas son deudas. Para la Ley del Universo no existen conveniencias ni prejuicios sociales; simplemente existe el cumplimiento de los compromisos contraídos. El espíritu de la hermana Mercedes tenía compromiso de acompañar durante la presente existencia a otro espíritu, y entre ambos debían propiciar la encarnación a cuatro espíritus.
- ¿En condiciones de hijos? -preguntó Tarquino.
-Sí. El espíritu que debió haber encarnado primero era el de mayor afinidad con la hermana Mercedes y a la vez el que más exigía el pago de una deuda que a ambos estorbaba para seguir progresando. Esto explica su rebeldía para abandonar la matriz y, si al fin se consiguió tan criminal propósito, fue porque ella estuvo a punto de desencarnar víctima de envenenamiento por tantas substancias que la obligaron

a ingerir. El espíritu que esperaba encarnar entró en turbación, resultado de haber asesinado su naciente cuerpo. Y como al fin y al cabo su alma se había fundido ya con la de la madre, no se ha vuelto a separar de ella, pese al médico que arrancó el feto, y aquí tenéis ahora a esta víctima: con su programa roto, con el organismo destruido y con su espíritu que se mantiene continuamente alejado de una materia ya inservible.

Varias personas del público movieron la cabeza como quien se lamenta de algo. El médium, con ademanes de interrogación continuó diciendo:

- ¿Cómo podremos rehacer esta vida? ¿Qué pueden lograr los médicos que provocan los abortos? ¿Qué conseguirán las drogas cuando el mal principal no está en la materia sino en el alma herida? ¿Cómo obligar al espíritu a que vitalice su cuerpo si permanece constantemente en desdoblamiento para no encontrarse con la madre criminal? Esto que hago con los pases fluídicos es para mitigar algunos dolores, no para curarla, ni sanarla; es un paliativo para hacerle más llevaderos los días que le faltan, pues si estaba escrito que llegara a los sesenta y que viera a sus nietos, ya veis, el programa fue cortado en la tercera parte.

Hizo un corto silencio porque tomó del esterilizador una jeringa y una aguja hipodérmica; la levantó por encima de sus ojos, contra la luz del foco eléctrico, y fue sacando lentamente el émbolo a la vez que un líquido ligeramente turbio penetraba del espacio, por la aguja, en la jeringa de cristal.

-Un nuevo aporte, hermanos -aseguró sonriendo el comunicante, y luego aplicó la inyección en el brazo derecho de la enferma.

Después de esta paciente siguieron otros muchos. El comunicante decía:

-El caso de la hermana Mercedes es muy frecuente aunque las causas sean distintas, y hay ocasiones en que la enfermedad de la víctima llega a la locura. El espiritismo enseña que la locura, en la mayoría de los casos, no obedece a deficiencias físicas, sino a lo que conocemos por anotar, o sea, que un espíritu se posesiona de un cuerpo que no es el suyo, dejando fuera al verdadero propietario, lo cual produce una interferencia que desequilibra el organismo. Los momentos de lucidez son el efecto de que el espíritu propietario del cuerpo, por conducto de su alma, se hace sentir, imponiéndose relativamente sobre el usurpador, y los momentos de locura son las manifestaciones del intruso, que por no tener un control sobre el cuerpo no puede dirigirlo como quisiera. En otros casos, el intruso logra un control casi absoluto; pero se resiste a actuar con cordura y entonces se convierte en furioso, haciendo que la materia choque entre si hasta destrozarse, ya que al fin al intruso nada le duele, puesto que su alma no está posesionada de ese cuerpo martirizado.

El médium hizo una corta pausa mientras llegaba un nuevo enfermo a quien dar pases.

Después de haber sumergido las manos en una palangana de agua fría, continuó:

-Veo en diversos rostros que formulan interrogaciones y trataré de contestar a todas.

El fenómeno de que hablamos es la demostración práctica de que una inmensa mayoría de las personas poseen la facultad mediumnímica, puesto que han podido retirarse los espíritus dando la oportunidad al usurpador de posesionarse de la materia. Pero recuérdese, que la locura nunca la provoca un espíritu avanzado,

digamos un maestro, sino que invariablemente la producen espíritus negativos, tercos y atrasados que van obsesionando a las personas, cada vez más, hasta posesionarse de ellas, y las razones que tienen pueden ser, por ejemplo: los celos, la venganza, el odio y aun el arrepentimiento y el amor. Tomemos por ejemplo casos que nos constan por haberlos curado: un espíritu que repentinamente encuentra encamado a un viejo enemigo. Se le acerca con el propósito de hacerle todo el daño posible, y lo obsesiona hasta arrebatarle su materia.

El médium interrumpió lo que decía para enjuagarse las maños mientras se le acercaba otro enfermo.

-Otro caso: un espíritu que hace varios siglos asesinó por consigna a una persona. Ese espíritu progresó, y recientemente, luchando por una causa justa, se encontró con que por la misma causa luchaba aquel que fue su victima. El asesino de siglos antes, esta vez cayó asesinado y, durante su turbación en el espacio, buscó a su antigua víctima para jurarle que ningún odio le había inducido al crimen, sino que simplemente había obedecido órdenes. Su turbación era grande y no había manera de apartarlo de aquél a quien quería convencer hasta el grado de haberle empezado a producir trastornos mentales que pronto habrían llegado a la locura si no hubiera venido a visitamos. Aquí lo curamos en sólo una visita. ¿Cómo? Luchamos con el turbador para separarlo de su antigua víctima; luego lo convencimos de su nuevo estado, le dimos luz haciéndole ver que no solamente perturbaba el progreso ajeno, sino el propio suyo. Y como era un espíritu ya en franca marcha ascendente, logramos nuestro propósito con tanto éxito que a los pocos días volvió a visitar a su antigua víctima y le juró que haría lo posible por reparar el mal causado. Ha cumplido su palabra y el resultado es que se constituyó en un protector más. El hermano antes enfermo está presente y reconoce que su lucidez ha aumentado muchísimo desde que lo curamos del avalar.

Uno de los presentes aseguró:

-Lo que el maestro dice es muy cierto, porque eso me sucedió a mí.

El comunicante contestó:

-Gracias hermano. Sigamos. Hay otros casos de este fenómeno en que una persona, por viciosa, abandona su cuerpo hasta casi dejarlo morir y algún espíritu a veces turbado, a veces consciente, a veces con malas intenciones, otras de buena fe, se posesiona del cuerpo abandonado, que desde luego manifiesta desequilibrio mental. Exactamente esto mismo ocurre en el caso de personas tan afligidas que su espíritu está en constante desdoblamiento, abandonando su cuerpo. Hay otro caso que ante la ley divina no tiene atenuantes, es decir, cuando un espíritu, conscientemente, abandona su cuerpo por convenio con otro, para que éste lo ocupe y haga de él lo que le dé la gana. En este caso precisamente, está Hitler, personaje histórico de gran personalidad en nuestra época, quien siendo un oscuro artesano del pincel, llegó a ser por unos días el hombre más poderoso de la Tierra, pues se impuso por su audacia y el pánico que sembró entre los pueblos. El espíritu propietario de ese hombre trajo a la Tierra un programa muy distinto; pero sucede que durante muchas encarnaciones había sido siempre un servil de cierto espíritu que ha figurado, cuando no como emperador, como capitán, como gran dignatario de la Iglesia o como guerrero triunfante. Entonces estaba desencarnado, y al

encontrar a su viejo sirviente lo convenció de que le prestara su materia por unos días, y el otro la prestó con los resultados que el mundo conoce. Frecuentemente el intruso tenía que retirarse para dar relativo descanso al cuerpo, y entonces volvía el espíritu propietario que no sabía lo que ocurría a su alrededor. ¡No en balde se dijo de ese hombre que estaba loco!

El comunicante hizo una pausa para continuar:

-Naturalmente que no excluimos la existencia de locos por razones absolutamente materiales y biológicas. Pero es justo aclarar que los manicomios no estarían tan llenos si en ellos hubiera médicos que, por conocer a fondo el espiritismo, estuvieran en condiciones de hacer la distinción precisa entre los enfermos del cuerpo y los del espíritu, con la absoluta seguridad de que todos los enfermos del espíritu serían curados radicalmente cuando el médico supiera cómo hacerlo. Ya hemos relatado en otras ocasiones un hecho curioso, contado precisamente por dos "loqueros": Ocurrió que fue internado un muchacho de unos 25 años con alternativas de loco furioso y pacífico, adoptando notablemente una personalidad distinta en cada caso. A los empleados les llamó la atención las conversaciones que el loco sostenía con su padre, que lo visitaba frecuentemente, pues el viejo a veces le decía hermano y a veces hijo, correspondiendo el tratamiento a un estado especial del enfermo. Por ejemplo, una de las conversaciones fue:

"-hermano, por favor deja de obsesionar a mi hijo. El ha jurado darte la vida que te debe; pero no ha encontrado su afín para cumplir la ley. Sé razonable. Te prometo que pondré lo que esté de mi parte. Si tú deseas que él sea tu padre, ¿cómo es que lo golpeas tanto? ¿No te das cuenta de que su materia se debilita y sufre?

-El loco contestaba:

"-No me importan tus argumentos, pues él ha faltado a un compromiso y yo simplemente me cobro una deuda. Solamente le creeré cuando su espíritu se me acerque para prometer el cumplimiento de su palabra." El médium hizo una pausa mientras pasaba frente a él otro enfermo y continuó:

-Ya comprenderán ustedes lo que los "loqueros" pensaron de esos dos personajes. A los pocos días volvió el viejo, observó al muchacho, y luego le dijo:

"- ¿Cómo te sientes hijito?" -el aludido le contestó muy quedo:

"-Muy mal papá; no sé qué me sucede, pierdo la conciencia y luego me siento adolorido, golpeado. Estoy completamente loco, no tengo una noción clara de lo que hago ni aun en momentos como éste, pues siento como si estuviera hablando desde lejos.

"-Mira, hijito: tú eres el único responsable de lo que te sucede, pues no eres un ignorante del espiritismo. Ya se te había advertido que a ese ser le asiste la justicia, y que exige le pagues la vida que le debes. Recurrirá a todo lo que sea necesario para obligarte a cumplir el compromiso. Es menester que reflexiones y te decidas. No tienes que hacer otra cosa que fundar un hogar y dar vida a ese ser que la reclama."

-Estas visitas hacían que los "loqueros" se interesaran cada día más por escuchar la conversación, que les pareció la de un mediador entre dos personas distintas. Al fin, en una de las visitas, el viejo encontró a su hijo sangrando y en pleno estado de furia. Los "loqueros" no lo dejaban entrar en la celda de castigo; pero el loco, calmándose,

gritó desde detrás de las rejas:
"-Déjenlo entrar, que tengo que hablar con él." El médium hizo una pausa y continuó:
-Esto lo dice cualquier loco. Pero la reacción del viejo fue lo notable, pues rogó que lo dejaran entrar, absolutamente seguro de que nada le sucedería. Los empleados accedieron, pero a condición de permanecer a un metro de distancia del enfermo, y así se hizo empezando la conversación:
"-Mira, hermano, cómo has puesto ese pobre cuerpo... Por favor, él me ha asegurado que las cosas cambiarán... -dijo el viejo en tono de ruego.
"-Si, ya he hablado con él, y lo mismo me dijo. Hemos tenido una lucha, por eso está como lo ves; pero no ha sido mía la culpa, pues él quería que lo dejara en cuanto terminó de prometer, y yo insistí en hablar contigo, tenía que hacerlo así para que hubiera un testigo. Muy bien; que él haga su parte y la mía consistirá en no volverlo a molestar...; pero... ya me entiendes.
"-Absolutamente, hermano, absolutamente.
"-Bueno, abuelo, hasta la vista..."
-El enfermo se desplomó sin sentido y los empleados iban a intervenir, pero el viejo lo impidió. Y después de una larguísima hora o quizá más, el muchacho fue volviendo en si, completamente distinto, como quien despierta de una borrachera. Se apretaba la cabeza con las maños interrogando dónde estaba y qué hacía allí. Luego pidió de comer y agua. En fin, que dejó a los empleados que no sabían quién de los dos era el verdadero loco. El viejo salió de la celda hacia la administración del manicomio para suplicar que lo dejaran llevarse a su hijo al momento, lo que, naturalmente, no se le permitió. Se puso en observación al enfermo mientras se curaban las heridas y varios días después, ya dado de alta, tomaba el camino a su casa. Los empleados, intrigados, quisieron saber a qué se debía aquello de hermano, hijo y abuelo, y, para averiguarlo, visitaron al viejo, quien los trajo al medio espirita, y ahora ellos saben cómo tratar a los locos.
-Pero, maestro, ¿cómo podría remediarse eso desde el punto de vista médico? -preguntó Tarquino.
-Muy fácilmente: Los psiquiatras deberían ser fundamentalmente espiritistas convencidos y suficientemente estudiosos, para resolver esos casos, con lo cual aliviarían más males que todas las drogas existentes. Un enfermo debería visitar en primer término a uno de los psiquiatras ideales, para que él determinara si pertenece al grupo de los enfermos del espíritu o al de los enfermos del cuerpo. Después de este examen los médicos podrían ir más a la segura, evitando lamentabilísimos errores. Pero se debe empezar por admitir que el verdadero médico no se hace, sino que nace médico por misión de su espíritu y no por el anhelo de enriquecerse.
El médium que hablaba respiró con fuerza; se enjuagó las maños en la palangana llena de agua fría, y lentamente volvió a insistir:
-El espiritismo científico no es curanderismo ni milagrería. Es una verdad en la que muchos encuentran alivio, y deben saber por qué. En primer lugar, están los hipocondríacos, que se atribuyen todas las enfermedades de que tienen noticia. Estos no son verdaderos enfermos del cuerpo, sino enfermos de la mente. Si los

enseñamos a controlarse y les tranquilizamos el espíritu se alivian, a veces a la primera curación, y después relatan maravillas, cuando son ellos mismos quienes se han curado. Hay otros, cuyo cuerpo sufre como reflejo los males del espíritu. Por ejemplo: Cuando el espíritu odia a un enemigo al grado de que desatiende a su materia por estar en desdoblamiento buscando la manera de hacer alguna maldad. En este caso, sufre tanto el que quiere perjudicar como el perjudicado. A estos enfermos también los hemos curado radicalmente, en algunos casos a la primera vez. ¿Cómo? Haciéndoles ver su error y haciendo que fraternicen borrando todo el pasado odioso. En estos casos, estando el espíritu tranquilo puede dedicar más tiempo a su propio cuerpo y a sus propios asuntos. Ya veis que tampoco es curanderismo, si no mejor lógica.

Nuevamente el médium se enjuagó las manos para dar lugar a que llegara ante él un nuevo paciente. Siguió instruyendo:

-El hombre ya debería saber que los males del espíritu son curables sólo con el espiritismo, y que los males de la materia, sólo con productos de la materia se curan. Hay ocasiones en que curamos males de la materia, pero esto no es frecuente, porque los males de la materia son parte del programa de cada espíritu, y, por lo tanto, duraran el tiempo previsto. Pondré el ejemplo de un verdugo. Las leyes del mundo lo protegieron, pero eso no impide que la Ley de Eloí registre los hechos y en su oportunidad cobre la deuda por el mal cometido. Ese verdugo debe venir al mundo y sufrir los dolores que hizo padecer a sus víctimas, y como no los soportaría todos en una sola existencia, tiene que recurrir a varias encamaciones, escogiendo, para cada una, algunos de los tormentos que antes aplicó. Pongamos por caso el que introducía estiletes entre las uñas. A ése, se le pudrirán los dedos o algo parecido que, sin perderlos, lo harán sufrir por la suma de lo que sufrieron sus víctimas, y si tal cantidad de dolor es insoportable para un cuerpo humano, entonces se divide en varias encarnaciones. Si el sufrimiento se pudiera pesar, les diría: kilo por kilo. Ya Jesús dijo: Con la vara que midiereis seréis medidos. La Ley del talión dice: ojo por ojo y diente por diente. Pongamos otro ejemplo: El que sacaba los ojos a sus víctimas. Ese debe sufrir de la vista toda su encamación y perderla con grandes sufrimientos. Otro: El que se dedicaba a romper piernas o brazos o cualquiera otra parte del cuerpo. Ese sufrirá re umas o quebraduras que lo inutilicen, o cualquier otra enfermedad que lo haga sufrir por la suma de carne humana que él torturó. Esas personas deformes, maltrechas, que arrastran su miseria humana por las calles, van denunciando un triste y quizá odioso pasado de primitivas encarnaciones.

Entre los presentes se encontraba un hombre con las piernas paralíticas, que bajó la vista al suelo como quien pretende esconder la cara.

En forma completamente espontánea, varias miradas se dirigieron a él.

El comunicante afirmó:

-Ya veis; siendo estos males de la materia, tienen su origen en el espíritu. Son incurables, porque si hay quien los cure, ese tendría que ser alguien tan poderoso que pudiera violar las leyes del universo, para favorecer a unos en perjuicio de otros. Si, porque el hombre que roba, tortura y asesina, no está ofendiendo a Dios, a la Ley, sino sólo al hermano víctima. ¿Cómo, pues, puede perdonarlo Dios violando su

propia Ley, dejando impunes sus crímenes? Si así fuera, las leyes humanas serían mejores, puesto que rigen que un delito se juzgue de oficio y se castigue al culpable aun sin que existan acusadores. No, hermanos; no hay quien pueda violar la Ley Divina. ¿Que algunas medicinas curan? ¡Es verdad! ¿Pero, por qué? Porque en algunos casos el mal es del espíritu y no queriendo intoxicar su cuerpo prefiere hacer conciencia. En otros, porque llegado el plazo de justicia es permitido que la materia se recupere refaccionándola con otra nueva; y sobre todo, a que estando el mundo en plena liquidación, se está quitando todo su lastre, a medida que los hombres van cumpliendo su cometido. ¿A qué se debe que mientras para unos una droga resulta ser un medicamento maravilloso, para otros es de efectos completamente nulos y hasta perjudiciales? ¡A que las deudas de unos no son iguales a las de los otros! Yo sé que los médicos atacan mucho este punto de vista, y es natural. El día que la Humanidad sepa usar el médico que lleva dentro para curarse a sí misma, disminuirán los profesionales en medicina y desaparecerán los charlatanes. Y para unos y otros va esta advertencia: Los enriquecidos con el dolor ajeno tendrán después que enriquecer a otros con su propio dolor. Y entonces clamarán y hablarán de injusticia, de redención, de libertad, y hasta habrá quienes maldigan a Dios porque lo consideren parcial, o que le recen hasta el hostigamiento en espera de que haga una excepción de su caso en el universo. Esos serán también enfermos del espíritu que se pueden curar, si se les lleva a su archivo personal y se les muestran sus pasadas existencias. Curarán de momento su desesperación, no su mal físico, al reconocer que lo que sufren es de justicia, pues sólo están pagando antiguas deudas.

Sin dejar de hablar, el médium pasaba las manos a poca distancia del enfermo, haciendo suponer que pretendía aislarlo, quitarle algo que luego arrojaba lejos de si. Después hacía movimientos propios de quien rocía algo sobre el cuerpo que tiene enfrente. Esto es, que con unos movimientos quitaba y con otros daba.

Al terminar de curar a una persona sumergía las manos en un aguamanil con agua fría, y volvía a la operación con el nuevo paciente.

Todo esto sugirió a Tarquino varias interrogaciones que no se atrevía a formular en voz alta; pero el médium, que leía en su pensamiento, ordenó:

-Di, hermano, te escucho.

- ¿Quieres explicarme lo relacionado con estos pases que das a los enfermos? -pidió Tarquino.

-Con mucho gusto. ¿Saben los hermanos lo que es la electricidad estática? Algunos, sí, y otros, no. Esta electricidad se manifiesta muy particularmente en los automóviles. Sucede que con la fricción del aire en la carrera, acumulan electricidad que no pueden descargar porque están aislados por las llantas de hule. Es muy conocido este fenómeno, pues los vehículos que transportan combustibles peligrosos, como gasolina o explosivos, usan una cadena de fierro que arrastran por el suelo para descargar por medio de ella la corriente de que hablamos, y así evitar riesgos de incendió. Pues bien; así como los vehículos se cargan de electricidad tan sólo por circular, así también una persona se carga de influencias extrañas tan sólo por vivir en cierto medio. ¿Se entiende lo que digo? Varias personas asintieron con la cabeza. -Pues bien; el que vive en un ambiente de vicio estará cargado de esa

influencia, aunque su manera de pensar sea contraria. El que vive en un medio místico, estará fuertemente influido por ese sentimiento, aunque él quisiera ser de otra manera. Así se explica el pésimo estado de ánimo permanente de muchas personas que no se sienten a gusto donde están y se desquitan peleando. Esto es tan conocido que muchos dicen: No es mi ambiente. Estudiando esto, es muy fácil comprender lo que significan los pases que ustedes observan. Muchos de los que nos visitan vienen enfermos precisamente de eso, de vivir en un mal ambiente o en un ambiente contrario a sus propias inclinaciones, lo cual les produce un choque constante que los enferma. Para curar o por lo menos fortalecer a una persona con influencias benéficas, yo tengo que empezar por aislarla completamente de las que la perjudican, que por no ser suyas, las lleva superpuestas, tal como la electricidad de que hablamos. Y para quitárselas me mojo las maños en agua fría. Con esto estoy produciendo el mismo fenómeno de la cadena que arrastra por el suelo para descargar la corriente del vehículo, es decir, estoy recogiendo con las maños frías y húmedas las influencias agregadas al individuo y luego las descargo de mí arrojándolas lejos. Una vez conseguido esto, que en verdad es limpiar a una persona de influencias ajenas dejándola desnuda propiamente dicho, ya puedo transmitirle influencias que le sean afines para que la fortalezcan y que a la vez la ayuden a repeler, por lo menos durante cierto tiempo, a las influencias perjudiciales.

-Pero dime, maestro -interrogó Tarquino-: ¿Qué efecto persiguen al seguir este proceso?

-Estas influencias que yo trasmito no son mías, ni del médium, ni de nadie en particular de los presentes, sino influencias atraídas del cosmos, pues desde antes de el primer enfermo pongo al médium completamente aislado del ambiente y en contacto con planos superiores.

-No comprendo la idea -aseguró Tarquino.

- ¿No? Imagínate que el médium es la terminal de un largo cable por donde baja un tipo especial de fluido desde los planos astrales, y que al aplicarlo al enfermo, lo fortalece. Por eso dije antes que muchas de las personas que vienen aquí y que espontáneamente aceptan el ambiente, se fortalecen con él, porque las aísla durante algún tiempo de todo aquello que las perjudica. Hay quienes quieren ver en todo esto algo de magia, de misterio, de milagro y, en fin, de superchería; pero no hay tal, cuando se practica con el exclusivo propósito de beneficiar a sus semejantes, sin violar ninguna ley, sin pretender que un espíritu deje de cumplir la obligación que tiene de pagar sus deudas, ni restar ninguna responsabilidad a la persona que pide la ayuda. Pondremos un ejemplo accesible. Supongamos que uno de los aquí presentes va por la calle en madrugada helada y ve a uno de esos niños sin hogar que se muere de frío por sus desnudeces y falta de alimento. Lo levanta, lo envuelve con su ropa y se le acerca para darle parte de su calor, y, al fin, lo revive, le da algunos alimentos, lo alecciona para que trate de levantar su vida, y lo deja ir para que sea de su mérito superarse o de su responsabilidad hundirse. El niño, así tratado, recuperará la vida por efecto de calor ajeno. Y si quiere, con esfuerzo propio puede levantarse; si no quiere, volverá a caer. Lo mismo hacemos aquí: damos calor con nuestra influencia personal y, sobre todo, con las fuerzas que la justicia nos permite otorgar, y damos alimento con nuestras prédicas y enseñanzas. El que

quiere, se levanta, y el que no, simplemente vuelve a caer. El que hace luz en su mente siente que se alivia; el que rechaza la luz siente que empeora. ¿Me he explicado bastante claro?
-Si, maestro, muchas gracias -contestó Tarquino. Así terminó aquella serie de enseñanzas, memorable para Tarquino, aunque para gran parte de los asistentes no haya sido más que una sesión más.

4
COMENTARIOS

El día siguiente de los experimentos, el neófito recibió la visita del amigo que se iba convirtiendo en su maestro:
- ¿Que te parecieron los trabajos de ayer? Tarquino contestó:
-Creo que la importancia de un hecho se puede apreciar solamente cuando se le entiende, aunque sea parcialmente; pero yo, sólo vislumbro algo, pero no entiendo nada. Todo esto que he visto me resulta raro y desequilibrado.
-Los experimentos que presenciaste ¿no te convencieron?
- ¡Tengo mis dudas! He visto muchas exhibiciones de magia e ilusionismo que me han parecido más espectaculares que las de ayer, con la diferencia de que en aquéllas se acepta de antemano la existencia del truco y la habilidad del artista, cuyas manos son más veloces que la vista. En el caso de ayer no queda la misma sensación de gusto o admiración, sino la del terror a lo desconocido.
-Es cuestión de costumbre y estudio -contestó el maestro-. Si hojeas un poco a Kardec, Joaquín Trincado, Carlos Richet o a cualquier otro autor que habla de estos fenómenos, pronto pasarán a ser cosa común en ti y no te sobresaltará que te hablen de espíritus y de muertos reencarnados.
Tarquino replicó:
-Eso de reencarnar, no lo entiendo. ¿No confiesan los mismos espíritus que siendo ya desencarnados siguen creyendo que están vivos como encarnados?
-Te aclararé esa confusión. Supongamos que se acepta la existencia del espíritu, esto es, que existen dos vidas: la de encamados y la de espíritus libres.
-Bien; aceptémoslo sin conceder.
-Si ambas son vidas, morir es nacer en la otra. ¿No es así?
-Creo que sí.
-Cuando un hombre muere, va a dar a la fosa, es decir, al seno, al vientre de la tierra que es su madre ¿No te parece?
-Sí.
-Como no vemos lo que sigue, pensamos que ya murió definitivamente. Ahora dejemos ese cadáver e imaginemos a un espíritu que desaparece en el vientre de su madre. ¿No tienen entonces derecho los espíritus al verlo desaparecer a pensar que ha muerto?
-Eso está muy complicado.
-Después nace un niño. ¿Acaso se da cuenta inmediatamente de su nuevo estado? ¡No!, no se da cuenta. El espíritu el encarnar entra en un estado de turbación que le

impide razonar claramente, y por eso, por no estar completamente adaptado al nuevo medio, duerme la mayor parte del tiempo y, mientras tanto, el espíritu sigue creyendo que es aún libre. Pero el tiempo avanza, y el espíritu, por medio del alma se adhiere al cuerpo completamente; va haciendo afinidades materiales que lo unen a la tierra y acaba por adquirir plena conciencia de sí mismo. Ahora mira las cosas por el otro lado. Al desencarnar, el espíritu cambia totalmente de medio, de ambiente, de peso, de afinidades materiales, de intereses. El cambio es tan radical, que se produce en él un estado de turbación. Es de advertirse que esto ocurre sin excepción a todos los espíritus, no importa su grado de progreso. Lo que varía es únicamente, el tiempo que dura esa turbación. Recuerda que Jesús prometió a sus discípulos resucitar al tercer día.

-A ver, a ver, cómo está eso que no entendí bien.

-Cuando Jesús habló así, se refirió a la resurrección del espíritu; no quiso decir a la vida de encarnado. Y lo dijo porque sabía que para desligarse completamente de su materia tenía que pasar un lapso, corto pero necesario.

-Siguiendo tu ejemplo de la turbación de un espíritu al nacer con la carne, y que transcurren alrededor de siete años, ¿es el mismo tiempo que le lleva al desencarnar?

-No, en este caso varía mucho, dependiendo del progreso del espíritu. Pongamos, por ejemplo: alguien que jamás ha oído hablar una palabra de espíritus ni de espiritismo, y que, además, es un retrasado respecto del promedio intelectual existente en la Tierra. En este caso, trabajo costará a sus guías y protectores hacerle ver su nueva situación, y para lograrlo quizás se necesiten siglos...

- ¿Siglos?

-Naturalmente. Hay espíritus que hace dieciocho, veinte siglos o más que no han vuelto a encarnar. Unos porque aún se encuentran en turbación, y otros, porque siendo maestros, en ley está que continúen desencarnados para vigilar el cumplimiento del programa del mundo.

-Hablas en tal forma, maestro, que me das la impresión de que eres un espíritu. ¿Cómo puedes afirmar problemas tan intrincados de manera rotunda?

-Leyendo y escuchando a los maestros comunicantes -replicó don Rodrigo.

-Y hablando de comunicantes, maestro, ¿quieres explicarme lo relativo a la tabla "Quija"? He oído decir que también por ese procedimiento se manifiestan los espíritus, ¿es verdad?

-Sí, es verdad. Déjame que te explique brevemente. La tabla "Quija", las mesitas y otros medios semejantes, vienen de muy antiguo; ya los primitivos asirio-caldeos los conocían. Efectivamente, allí hay un fenómeno espirita; pero, ¿de qué calidad? ¡Eso es lo que nos debe importar!

-Naturalmente -contestó Tarquino.

-Bien; explicar el porqué y el cómo del funcionamiento, nos obligaría a profundizar en el tema, y yo no lo puedo hacer ahora porque tengo un asunto que atender. Por hoy, bastará que sepas que ésa es la forma más elemental e imperfecta del espiritismo. Los seres que se presentan estánen estrechísima relación y afinidad en primer lugar, con la persona que opera la tabla, en segundo, con el medio. Si se juntan viciosos, no podrán recibir mensajes más que de espíritus que fueron vicio-

sos y que siguen buscando ese ambiente. Si los que se reúnen son políticos, no se presentarán más que políticos. Si la casa tiene altares, santos, etc., no se presentarán más que afines en ese sentido. Así, pues, hay una mutua correspondencia. Y debes saber que en estos menesteres, si se reúnen por ejemplo filósofos o científicos de mucha categoría, no obtendrán correspondencia de la misma altura, porque los maestros espirituales sólo excepcionalmente aceptan comunicarse por estos procedimientos. El resultado es que esos sistemas se prestan mucho para el fraude, no nada más de los encarnados, sino también de los desencarnados, quienes para divertirse dan nombres falsos.
-Eso sí que es malo, maestro.
-Pues claro que lo es. Por otra parte, como la comunicación no es, propiamente dicho, directa, sino que pasa a través de cerebros en estado de vigilia, se tiñe fuertemente de la manera de pensar de los operadores o del medio en que se produce el fenómeno. Estos y otros muchos problemas son resultantes de que el nivel de progreso de los comunicantes es normalmente muy bajo. Frecuentemente son espíritus aún en turbación y otras veces son espíritus de encarnados que se ponen en estado de desdoblamiento, solamente para hacer daño.
-Pero, maestro, ¿esas prácticas son inofensivas o entrañan algún peligro?
-Entrañan un serio peligro, desde luego, porque los consejos pueden ser de lo peor, simplemente dorados por la hipocresía. Por otra parte, si las personas que se reúnen carecen de conocimientos y, por lo tanto, no se saben defender, poseídos por la admiración pueden entrar en abstracción profunda o sea en desdoblamiento, y entonces algún espíritu canalla aprovechar la oportunidad para posesionarse de ese cuerpo.
- ¿Pero eso es posible?
_Absolutamente. Entonces se manifiesta como locura, o por lo menos como caos mental. Este fenómeno en la vida ordinaria es muy frecuente, y en esas reuniones a que nos referimos el medio es completamente propicio para que ocurra. Por lo tanto, es de aconsejarse procurar el desarrollo de verdaderos médiums en vez de jugar con la "Quija", que si no llega a producir ningún mal serio, tampoco es apta para dar un beneficio importante.
Don Rodrigo, disponiéndose a abandonar la oficina de Tarquino dijo:
- ¿Piensas volver a las reuniones?
-Sí. Lo que oí de Agustín Callado la otra noche me interesó y quiero seguir escuchando el relato.

5
UN MUNDO INCREÍBLE

El día de trabajos Tarquino fue de los primeros en llegar a la casa de su amigo.
Los médiums, como de costumbre, se sentaron en el estrado. La asistencia no llegaba a veinte personas. El director se caló los lentes, echó un vistazo a la concurrencia, primero, y a su reloj, después.
-Son los ocho de la noche. Ruego al hermano Aurelio que cierre la puerta. Ya nadie

debe entrar. Guardemos silencio para lograr la concentración del pensamiento.
En la sala se hizo un silencio tan absoluto que podían escucharse ruidos lejanos a los que de otra manera nadie habría prestado atención. El director, con voz grave, dijo:
-Continuemos la lectura de El Espiritismo en su Asiento. Si es de justicia, tendremos comunicación.
Hizo una corta pausa, volvió a echar una rápida mirada sobre los asistentes y empezó a leer el libro.
Al entrar la médium en trance se produjo un movimiento de acomodamiento en la sala:
- ¡Salud! Agustín Callado con ustedes -fue el saludo del espíritu comunicante:
-Buenas noches, hermano -contestaron los asistentes.
-Si a ustedes les parece, continuaremos la charla, empezando en el punto donde habíamos terminado la otra noche. ¿Recuerdan? Hablábamos del alma Universal. ¿No es verdad?
-Sí, hermano, lo recordamos todos- aseguró don Rodrigo.
-Pues bien, el personaje que todo aquello explicaba, me dejó descansar a fin de que yo asimilara, y cuando volvía a él interrogándole sobre nuevos problemas, me dijo:
"-Te propongo un viaje en el que podrás formular muchas interrogaciones, que al pretender contestarlas te harán trabajar y estudiar.
"- ¿Viaje? ¿A dónde?
"-Tenías un amigo llamado Filomeno. ¿Lo recuerdas?
"-Si, cómo no. Todos mis amigos me habrán olvidado, pero lo que es yo no he olvidado a ninguno. Ese de que hablas no era propiamente un amigo, sino alguien a quien siempre tuve mucho respeto. Yo me sentía frente a él más fuerte, pero no mejor; más rico, pero no más feliz. Le notaba algo superior no solamente respecto a mí, sino respecto de otros muchos que me rodeaban. No podría explicar el porqué de estos sentimientos, pero así eran. El estoicismo con que soportaba su desgracia me admiró siempre.
"-Fue él quien sugirió la idea del viaje" -afirmó el guía.
"- ¡Humm!... El murió y ahora vive como espíritu. Mira, ya voy aceptando la realidad ¿eh? Oye, sinceramente me agradaría saludarlo y ver cómo está ahora. Si yo soy el mismo, supongo que él a su vez tampoco habrá cambiado. ¿Su alma estará llagada como lo estaba su cuerpo?
"-No te adelantaré nada; eso debe ser una sorpresa.
"-Magnífico. ¿Hablas de viaje? ¿A qué país?
"-Hablaba de ir a otro mundo."
"-Me quedé mirándole incrédulo y lentamente contesté:
"- ¿A otro mundo?
"- ¡Exacto! ¿Creerás que la Tierra es la única morada del Universo?
"-Mira, yo nunca profundicé en ninguna materia, pues mi habilidad se limitó a manejar el dominio, el cubilete y los naipes... Cierto que algunas veces he pensado que es muy pobre la idea de que el mundo Tierra sea el único; pero en fin, mientras no haya quien demuestre lo contrario, habrá que creerlo.
"-Los hombres no aceptan más que lo que conocen a través de sus sentidos; pero

los espíritus no necesitamos telescopios para ver lo que sucede en una nebulosa, sencillamente porque podemos ir hasta ella, y ése es el viaje de que te estoy hablando.
"- ¿Ir a una nebulosa? ¿A cuál de ellas?... ¡Bah! Mi pregunta es tonta. ¿De qué me serviría que dijeras el nombre si no soy capaz de identificar ninguna?
"- ¿Has oído hablar de "Las Cabrillas"?
"-Sí, creo que es un grupo de siete estrellas o algo así.
"-Esas siete son las más conocidas debido a que se les puede distinguir a simple vista.
"- ¡Qué! ¿Iremos a una de ellas?
"-No; iremos a una de las estrellas de esa nebulosa que no se ve ni siquiera a través del telescopio a pesar de ser más grande que la Tierra.
"-Estoy impaciente por emprender el viaje"- contesté, a la vez que me sentía trasladado de la Tierra que se alejaba a velocidad indescriptible, tomando un color anaranjado opaco y después un poco brillante; pero era tal la velocidad a que viajábamos que me fue imposible formular preguntas, y desapareció de mi vista confundiéndose con los millones de estrellas. Al mismo tiempo sentí un choque tremendo, como si me fuera a desintegrar. Perdí momentáneamente la conciencia y luego pregunté, sufriendo:
"- ¿Qué ha sido eso?
"-La influencia que la Tierra ejercía sobre tu alma. Acabamos de traspasar el límite de esa influencia para entrar a la de otros planetas y soles.
"- ¿Quieres decir que ya no ejerce atracción la Tierra sobre nosotros? Entonces ¿cómo regresaremos?
"-No he querido decir que su atracción haya terminado de manera absoluta, pues adonde quiera que vayamos siempre seremos atraídos por la Tierra, porque es nuestra casa. Lo que quiero decir es que hemos entrado en la esfera de atracción de otros cuerpos celestes. Pero no perdamos el tiempo; vamos hacia el mundo que nos espera."
-Veía yo una gigantesca espiral luminosa que dejaba de serlo a medida que avanzábamos, porque se desintegraba en innumerables cuerpos como granos de arena fosforescente. Me fui acostumbrando a sentir la influencia de los cuerpos celestes por donde pasaba, que luego podía identificar perfectamente. Llegamos al mundo que nos esperaba y unos segundos después poníamos la planta sobre tierra firme. Y noté que desde mucho antes de pisar aquel mundo, varios espíritus nos seguían. Lo atribuí a mera curiosidad, pero luego me di cuenta de que se trataba de una comitiva que iba a recibimos.
"-Nos invitan a pasar a una de las casas" -aseguró el guía. "-Vamos" -contesté sorprendido al observar que los hombres encarnados se diferenciaban muy poco de los espíritus, y que unos y otros convivían, charlaban y se veían con la mayor naturalidad.
-Nos recibieron con gran alborozo en una fiesta a la cual asistían lo mismo encarnados que desencarnados en gran cantidad. Los encarnados se distinguían por las vestiduras de tela y porque no flotaban en el espacio como nosotros, cuando así lo queríamos. Para trasladarse de uno a otro lado, tenían que valerse de sus

piernas, ni más ni menos que como lo hace cualquier persona de la Tierra, mientras que los desencarnados podían moverse con gran agilidad y no se detenían ante muros, techos ni distancias.
"-Bien venido a esta tu casa" -dijo el que parecía ser el jefe de la familia, a la vez que me presentaba a su esposa y a varios niños, entre los cuales estaba uno como de ocho años terrestres, por quien sentí gran atracción.
"-Oye -dije a mi acompañante-. ¿Cómo es que entiendo el idioma de estas personas y ellos el mío? Me da la impresión de que hablan español."
-Mi guía contestó:
"-Es fácil de explicar. El lenguaje hablado es sólo una manera de expresar las sensaciones. Sin la sensación no se puede hablar, porque no habría de qué, y las sensaciones, por su parte, son vibraciones del alma. Pongamos por caso el amor. La sensación es la misma para todos los seres en cualquier parte del mundo. El miedo, el terror, el valor, el placer, en fin, úsese el vocablo que se desee, la sensación es para todos la misma, sólo que es más o menos intensa según sea la naturaleza del individuo. Al venir tú aquí, no percibes un lenguaje hablado, sino que oyes las vibraciones que todos estos seres emiten, y al recibirlas en tu alma se traducen en palabras que te hacen comprender las cosas. ¿Has entendido?
"-Creo que algo. ¿Entonces los espíritus no necesitan el lenguaje?
"-No, porque les basta la vibración para entenderse. Bien; estas personas que te han invitado a su casa, por lo cual están aquí, son los padres de este niño, ahora de ocho años terrestres aproximadamente, y el espíritu del niño es el mismo de Filomeno."
-Fue tan brusco el choque de esta aseveración, que no acerté a contestar.
"-No te sorprendas -atajó el guía-. Este mundo le lleva al tuyo muchos miles de siglos de progreso. El espíritu más atrasado de este mundo es un maestro en la Tierra.
"- ¿Maestro en la Tierra? ¿Y cómo puede ser si yo conocí a Filomeno en aquellas condiciones tan miserables..., tan repugnantes, para decir verdad?
"- ¿Crees que es maestro solamente el que viste levita y usa lentes de oro?
"-No, no tanto así, pero…
"-Óyelo bien: ¡Maestros son los que dejan en la Humanidad una estela de sabiduría y amor!
"- ¿Es ése el caso de Filomeno?
"-Voy a explicarte a qué fue Filomeno a la Tierra. Todo en la Creación está sujeto a la evolución, tal como ocurre en el hombre. Sean minerales, vegetales o animales; sean microorganismos o planetas, todos están sujetos a esa evolución. Los microbios son originados por la materia de cierto estado de evolución que necesita llegar a su madurez para dar su esencia y después declinar. Luchar para dominar a los microbios es parte del trabajo de los espíritus cuando están encarnados; pero para combatirlos es menester que aquéllos hayan llegado a su madurez, y que esté en justicia, en ley, que el planeta de que se trate se despoje de ese lastre. Entonces se dice que está en justicia vencer una enfermedad; y eso ocurre cuando la materia del microbio ya dio su esencia. ¿Me comprendes?
"-No muy exactamente.

"-Trataré de ser sencillo. Debes saber que el mundo Tierra ha entrado ya en el período señalado por la ley para empezar a soltar lastre, pues debe elevarse a un plaño mayor. Por eso, muchas de las enfermedades que durante siglos aquejaron a la Humanidad, al fin pueden ser combatidas con gran éxito. Los microbios son materia, y con productos de la materia se les debe combatir. Esa es la razón de los recientes descubrimientos médicos que sirven eficazmente para reducir a la impotencia a muchas plagas. Pero, para estudiar al microbio debe hacerse un cultivo. Es menester conocer a fondo sus costumbres, sus gustos, su elemento, en fin, desenquistarlo, sacarlo a la luz, conocer toda su vida íntima a fin de lograr su destrucción. Para estos casos el hombre ha levantado interesantes laboratorios de cultivo. Pero cuando el mismo hombre descuida detalles importantes y una materia debe cumplir su misión para luego desaparecer, interviene la ley, que marca el limite de vida de un lastre, y entonces tienen que ir al mundo de que se trate, maestros, misioneros de otros mundos, para ayudar al término de la obra. Esa fue la modesta labor de Filomeno. La oncocercosis era poco conocida, la ciencia no se había ocupado lo bastante para combatirla con eficacia. La filaria vegetaba endémica, a veces ocasionando graves males, luego ocultándose, y así pudo haber subsistido indefinidamente, encubriéndose siempre a la investigación científica. Pero esa materia debía cumplir su finalidad, y como se hace siempre en estos casos, se planteó la situación al Universo de esta manera: el hombre terrestre ha sido derrotado hasta ahora, es menester la solidaridad. Los espíritus de buena voluntad tienen la palabra.

"-Ya entiendo; entonces fue Filomeno quien contestó, haciéndose cargo de la tarea.

"-Exactamente, así fue. Y ahí tienes que Filomeno hizo lo que no había hecho nadie en la Tierra. Siendo espíritu, estudió en el mundo cuidadosamente lo relacionado con la filaria y sus efectos, hasta que supo a fondo lo que era, cómo era, sus hábitos, medios de reproducción y contagio y, por lo tanto, supo la forma de combatirla. Mucho sabría el hombre si en tus días ya supiera lo que el espíritu de Filomeno sabía acerca de la filaría. Pues bien; ya con estos conocimientos organizó su cuerpo, y al fin apareció encarnado siendo en verdad un cultivo ambulante sujeto a un plan. Si, había constituido su organismo con los elementos necesarios para que la filaria se desarrollara cómodamente y evolucionara en poco tiempo hasta su madurez. Ese organismo estuvo dedicado al cultivo de la larva traidora que, a partir de ese momento, ya no podría escapar al ojo científico. Ya sabes ahora quién fue Filomeno: un maestro salido de este mundo para salvar al hombre, calladamente, de un mal terrible. Lo que el hombre le debe vale muchas veces más que todos los guerreros que tanto se glorifican, y, sin embargo, nadie sabe siquiera que existió Filomeno, cerca de Cobán.

"- ¡Eso es maravilloso, maestro!

"-Me alegro que lo comprendas. Ahora voy a referirte la razón de la invitación que se te hace, y de este recibimiento. La misión del maestro estuvo a punto de fracasar por falta de alimento, porque el egoísmo humano se lo negaba. Pero llegaste tú, y la oncocercosis tuvo de qué vivir. Atormentando a aquel hombre, es cierto, pero cumpliendo éste con su misión. Tu acto aparentemente despreocupado, ha sido tomado en cuenta por la ley que te premia permitiendo esta visita. ¿Hay medallas u

honores de más valor que la propia satisfacción del deber cumplido?"
-Mi estado de ánimo se había exasperado hasta hacer crisis en forma de lágrimas que no pude contener. Mi guía siguió diciendo:
"-No creas que recibir estas muestras de cariño y estos honores, que más de cuatro figurones quisieran para sí en tu mundo, es gratuito y que ya puedes acostarte a dormir sobre tus laureles. No; la Ley del Universo no permite la haraganería, y cuanto más conoce un espíritu, mayor es su responsabilidad. Esto habrá acabado de despertarte, de hacerte reconocer tu verdadero estado actual y eso te da gran responsabilidad. Debes continuar los trabajos iniciados en existencias anteriores y que tuviste que suspender provisionalmente, mientras ibas desprendiéndote del pesado lastre de pasiones que te abrumaban. Eso ya pasó. Ahora, ¡de nuevo al trabajo!"
-Reconocí que ya había aclimatado ciento por ciento mi estado de espíritu y que no necesitaba más explicaciones, pues ante mí aparecían cosas antes tan raras como naturales ahora. Yasén Yasén, no se separaba de mí un instante. Sus padres no hacían otra cosa que sonreírme y yo sentía la vibración de su gratitud. Otros muchos espíritus llegaron, y uno de ellos, de gran, magnetismo dijo:
"- ¡Salud! ¡Tu mundo progresa!... Ojalá fuera más de prisa. Aquí creemos que actualmente se encuentra con un retraso de varios siglos respecto de su programa, y para recuperar el tiempo perdido, van a tener que trabajar duro.
"- ¿Pero ustedes saben cómo vivimos?" -interrogué azorado.
"- ¿Y cómo no lo hemos de saber? ¿Qué o quién puede impedírnoslo?
"- ¡Caramba! ¡La distancia! Creo que ninguno de nuestros telescopios alcanza a este mundo, y suponiendo que ustedes tuvieran alguno veinte veces más potente que el nuestro del Monte Palomar, tampoco se enterarían de gran cosa.
"-Es que tú ves las cosas como las veías antes. Las retinas humanas alcanzan poco. Los cristales un poco más. Después inventarán ustedes un aparato exento de cristales que, sin embargo, no tendrá mucho mayor alcance que el del Monte Palomar. Pero debo advertirte que ninguno de estos medios materiales dará al hombre un conocimiento tan completo de lo que investiga, como se lo puede dar el espíritu. Y tú eres un ejemplo. ¿Has necesitado de telescopios para venir aquí y ver lo que estás contemplando?
"-Precisamente ahí está el problema; necesita uno morirse para ver esto" -contesté.
"-Ahora, si, porque el hombre aún no acepta la existencia del espíritu y prefiere encerrase en su coraza de carne opaca, pero, queriéndolo o no, eso ha de terminar. Antes de que el mundo llamado Tierra toque a su fin, los hombres podrán hacer lo que ahora hacemos nosotros: confundirnos en la vida ordinaria espíritus encarnados y desencarnados. Nosotros, si lo deseamos, podemos entrar en desdoblamiento e ir tan lejos como nuestro progreso nos lo permita, y así ver y oír, comprobar y ser un receptor de noticias buenas o malas. Veo que esto te resulta absurdo. Sin embargo, ya tendrás oportunidad de comprobar que nosotros, lo mismo que espíritus de cualquier otro mundo, visitamos la Tierra y nos comunicamos con los encarnados valiéndonos de los médiums, única forma actual que ustedes tienen. Y no creas que al hablar de la Tierra lo diga como cosa especial, porque ésta represente un valor de importancia en el Universo. No. Me refiero a ella

porque de allí vienes. Debes saber que el intercambio de ideas y experiencias en todo el Universo, es continuo."-Otro de los recién llegados intervino:
"-Supongo que al hermano le interesará conocer más de cerca nuestra ciudad. ¿No es verdad?
"-Si, naturalmente" -contesté entusiasmado, pues hacía rato que no pensaba en otra cosa. Uno de los nativos explicó:
"-En primer término, la materia no puede alimentarse más que de materia, y nosotros nos alimentamos de un fruto como éste, que aquí abunda, siempre y cuando se le trabaje."
"-El fruto que me mostraba tenía la forma aproximada de la chirimoya, de un tamaño mayor, pero de gran ligereza.
"-¿Es todo lo que comen?
"-¿Y para qué necesitamos más? Nuestra misión no estriba en comer. En tu mundo hay una mayoría que dedica muchas encarnaciones nada más que para alimentar el cuerpo que siempre le está exigiendo más, sin saciarse nunca. Nosotros ya hemos trascendido esa etapa. Ahora nuestro organismo se alimenta en gran parte del ambiente, de la atmósfera y de frutos como éste que son sólo un complemento."
-Nos encontrábamos en pleno recorrido de la ciudad, cuando pregunté:
"-¿Entonces a qué dedican el tiempo, que en esas condiciones debe ser larguísimo?
"-Cultivamos el arte, organizando la vida para que ésta sea hermosa. Mira -dijo mostrándome un jardín gigantesco donde jugaban centenares de niños y abundaban los pintores."
-Hasta nosotros llegaban armonías que no conocía. Franqueamos el jardín y observé que las construcciones tenían gran parecido con la arquitectura de la época gloriosa de Roma, con la diferencia de que los materiales de su construcción eran translúcidos en su mayor parte, y cuando eran opacos no por eso impedían el paso de la luz. Siguiendo el camellón, muy allá se veían elevadas columnas doradas que brillaban intensamente. Otras eran blancas, de mármol; pero en todas esas construcciones advertí la tendencia de aprovechar al máximo la luz solar de ese mundo. El espíritu nativo que me había recibido, explicó:
"-Eso que observas tiene su razón de ser. El espíritu vive contento en cavernas oscuras cuando su alma es también oscura y teme a la luz; pero a medida que el hombre progresa, su alma se ilumina y entonces el espíritu quiere que la luz esté en relación con la que alumbra su vida interior. El progreso en el Universo se manifiesta de esa manera: con luz y más luz. En tu mundo, las ratas y las fieras se esconden en cavernas. Los hombres más atrasados visten de negro, e imitan a las bestias, construyendo edificios espesos y oscuros donde la luz no puede penetrar, donde un espíritu de progreso no puede vivir, o vive atormentado. A medida que el espíritu progresa, exige más y más luz. Eso ocurre con nosotros: amamos la luz, y en este mundo no encontrarás en parte alguna esas construcciones mezquinas que oprimen la vida. En tu mundo siguen reinando las sombras, porque esa humanidad ha avanzado mucho en lo material, pero ha retrocedido increíblemente en lo espiritual. El hombre aún está completamente dominado por las pasiones y es más lo que destruye que lo que construye.

"-¿Te refieres a las guerras?
"-Sí. Y no sólo a las guerras, sino también a la lucha por la vida. Es que el hombre jamás ha aprendido aquel ordenamiento de la Ley de arriba que dice: ...y amaras a Dios sobre todas las cosas... Es decir, amar las cosas como principio en la vida, usándolas como escala para llegar a Dios y entenderlo y amarlo. Pero, ¿cómo podrán amarlo y entenderlo cuando sólo saben destruir, lo mismo la Naturaleza que las manifestaciones del pensamiento humano? Y luego se quejan del dolor sin tratar de penetrar en su origen, que es el egoísmo, por el desconocimiento que cada cual tiene de sí mismo. Pero, ¿para qué hablar de esto si no se entiende?
"-Dime, maestro, desde el punto de vista del espíritu ¿cuál sería el remedio para los males del mundo?" -pregunté.
"-El hombre enemistado en la Tierra debe empezar por hacer una distribución equitativa de la riqueza para que haya igualdad en los derechos humanos, desapareciendo las banderas y las fronteras. Entonces el hombre podrá dar el mérito que corresponda a los valores anímicos.
"-Según creo, precisamente en eso consiste la lucha actual. ¿No es verdad? "-Muy cierto, y las palabras de amor, fraternidad y espíritu se olvidan pronto, porque un hombre con hambre siempre odiará al que lo tiene todo y siempre estará analizando cómo y por qué lo tiene todo. Bueno, continuemos nuestro paseo" -dijo mi interlocutor.
-Al deambular por las calles, nos encontramos personas encarnadas que con un saludo y sonrisa nos cedían el paso, y espíritus que se aglomeraban por momentos, hacían comentarios y luego se dispersaban. El color de ellos y el mío eran completamente distintos. Ellos tenían tendencia a los colores claros, abundando el rosa, luego seguía el azul, que aunque tenía muchos grados ninguno llegaba al oscuro. Seguimos caminando por el camellón que terminaba en un edificio gigantesco consistente casi exclusivamente de enormes columnas que juzgué de oro y que sostenían un techo de cristal. Tal suntuosidad en la Tierra habría sido un lujo inusitado que no es para describirse.
"-¿Y esto qué es?" -interrogué sorprendido.
"-Es lo que tú llamarías Palacio de Gobierno.
"-¡Caramba! En mi mundo ningún gobernante se permitiría semejante lujo.
"-Ni en éste. Aquí no es un hombre individualmente quien hace y deshace de la vida y destino de los demás. Ese palacio es para deliberar y tomar decisiones de interés colectivo. Un amanuense toma nota de las órdenes para proceder en consecuencia. Aquí la política ya desapareció por inútil.
"-¿No hay política?
"-No, por una razón: la política vulgar que se practica en casi todos los lugares de la Tierra se basa en el interés individual del enriquecimiento y el poder. De no existir estos dos estímulos, ¿qué interés puede tener el hombre en encumbrarse? En este mundo nadie se pelearía por el oro, porque lo hay en gran abundancia; esas columnas que ya ves son de oro. Nadie tampoco acumula esos frutos que has visto, dado que abundan tanto con un poco de trabajo que, al igual que el oro, han perdido por completo toda importancia de acaparamiento. Es más: nos podemos pasar sin frutos, porque el aire nos da lo necesario para la vida. Si nuestro sol completa lo que

hemos de menester, ¿quién puede acumular estos elementos para sustraerlos de la vida y enriquecerse con ellos? Esta explicación, partiendo de los principios que rigen en la Tierra, se hace porque nosotros ya perdimos por completo el interés por cosas materiales. Aquí valen los hombres de ciencia, de trabajo y de estudio. Sí, porque de nuestra humanidad fueron expulsados hace muchísimos siglos todos los zánganos.

"-¿Qué quieres decir con esta frase?

"-Quiero decir, que cuando la familia espiritual de este mundo llegó al grado de progreso aproximado al que disfruta tu mundo, pidió a la Ley la extirpación de todo lo que le enfermaba. Cuando los espíritus hablan así, se refieren también a espíritus que no queriendo el trabajo y el estudio, se constituyen en parásitos que estorban. La Ley oye las razones, llama al orden a los morosos, les da un tiempo razonable para que rectifiquen y, vencido el plazo, a volar, como dicen ustedes. Esa es la palabra: a volar hacia otros mundos que estén en relación con sus costumbres, deseos y pasiones. Así, la Humanidad se limpia de parásitos y entonces la vida no se cifra más que en el trabajo y el estudio diario y continuo. Al que le interesan las matemáticas astronómicas, nunca le podrán interesar las traiciones políticas, al que le gusta cultivar flores, multiplicar sus especies y coleccionarlas, no puede importarle el mando de tropas para defender o rebasar líneas imaginarias que dividen artificialmente a una familia.

"-¿Qué importancia tiene entre vosotros el cultivo de las flores?

"-En tu mundo es muy reducida dado que es difícil hacer nacer flores en charcos de sangre; pero en mundos superiores es tan importante como el de las matemáticas o el estudio de cualquier ciencia. ¿Te has preguntado alguna vez cómo nació la vegetación en tu mundo? ¿Cómo aparecieron las flores?

"-No, en verdad, eso es demasiado profundo para mí.

"-Pues en tu mundo y en cualquier otro, nacen por el mismo procedimiento: por el germen de vida salido de otros mundos. Bien: ¿te interesa algo en particular?

"-Sí, me gustaría conocer cómo funciona tu gobierno. " -En tu país hay una frase que lo resume todo: El respeto al derecho ajeno, es la paz. Y esa frase es norma de la vida en muchos mundos, como lo es en el nuestro. Ustedes tuvieron no hace mucho un maestro que les dijo: Ama a tu hermano. El amor es todo. Estas frases dicen lo mismo. Si tú amas a tu semejante, ¿le harías algún mal?; y si él te ama a ti, ¿cómo podría hacerte daño? Luego, dime: ¿para qué queremos leguleyos, policías, soldados, cárceles y gobernantes que no son más que un cúmulo de parásitos?"

-Esas ideas me daban vueltas en la cabeza vertiginosamente. Adivinaba más que comprendía que aquel espíritu tenía razón; sin embargo, no se la daba, porque me parecía que querer aplicar esas ideas a mi mundo, venía a ser lo mismo que pretender encerrar un rayo de sol en una botella oscura.

Seguíamos andando y mis ojos se hacían ascuas. A ambos lados de la calle abundaban los edificios-habitación. No era necesario verlos dentro para darse cuenta de que eran espaciosos y casi transparentes. Uno me llamó la atención porque era majestuoso, mucho más que aquel donde radicaba el gobierno. Su arquitectura consistía casi totalmente de gruesas y elevadas columnas labradas, unidas por arcos, unos de oro, otros de mármol, artísticamente distribuidos, dando

forma a una especie de herradura, en cuya parte abierta se levantaba un edificio de arquitectura similar a la de los muchos que habíamos visto como habitación. Entre una y otra columna, había estatuas, y donde no las había, la esbeltez de un pedestal hacía suponer que esperaba la estatua. Lo mismo dentro que alrededor de la columnata, todo eran prados cubiertos de flores a cual más hermosas; muchas de ellas muy parecidas a las de la Tierra. El grandioso espectáculo me impulsó a interrogar:

"-¿Radica aquí algún otro tribunal o gobierno?"-No, porque en nuestro sistema de vida no necesitamos más que un tribunal y unos cuantos hombres que lo atiendan. Ese edificio que tanto admiras y otros muchos más o menos majestuosos, son templos del saber. Han sido levantados por los mismos estudiantes que a ellos asisten, y su apariencia exterior indica el grado de aprovechamiento, pues el tribunal no permite la construcción de un edificio que sea sólo elemento de ostentación. Cuando el edificio es grande, es porque los que lo habitan lo son también, todo está en relación. Esto es precisamente lo que a unos y a otros impulsa al trabajo y al estudio. Para los estudiantes de un edificio insignificante no hay mayor satisfacción que destruir su pobre casa para levantar en su lugar un palacio. Así aplicamos aquí la justicia.

"-¿Sabes una cosa, hermano?

"-Di.

"-Me gustaría visitar una de sus aulas.

"-Muy bien; vayamos a la clase en que estudia Yasén Yasén, es decir, Filomeno, para que veas lo que su espíritu sabía cuando vivió en Cobán. Entremos en la clase."

-El alumnado se puso de pie y vino a saludarme.

"-Un visitante de la Tierra" -fue la presentación.

"-¿De la Tierra? ¡No hay muchos por aquí!" -aseguró el profesor.

El que nos guiaba dijo refiriéndose a mí:

"-El hermano vendrá con frecuencia, porque nosotros, particularmente Yasén Yasén, se lo hemos pedido... ¿Sabe usted de quien se trata?

"-¡Humm!... -contestó pensativo el profesor-. ¿Será aquel que siendo encarnado ayudó en la lucha contra la oncocercosis?

"-El mismo.

"-¡Magnífico, magnífico! ¡Visítanos, claro que sí! Nos gustará mucho estrechar tu mano con frecuencia."

-Me confundían aquellas manifestaciones de agradecimiento. Yo jamás concedí ninguna importancia al hecho de dar de comer a aquel infeliz y, por lo tanto, me parecían exageradas aquellas expresiones. Echamos a andar hacia la columnata a la vez que el jefe de la comitiva decía:

"-Recordarás que te hablé de las flores. Sí, aquí es un héroe el que logra importar o exportar a otra constelación, o cuando menos a otro mundo del propio sistema, una creación propia tratándose de flores. Así, pues, ya comprenderás el respeto que sentimos por el que, con su propio sufrimiento, cultiva una enfermedad para sacar a flote el microbio que la produce, a fin de ser combatido y aniquilado, para que deje de ser causa de dolor humano, para que esa materia rinda lo que debe rendir,

cumpla su misión, entregue su esencia y el resto pase al montón de los lastres y escorias. Y ese héroe, en este caso, es Yasén Yasén, que, al regresar triunfante fue recibido con palmas por todos, encarnados y desencarnados, y su nombre ha dado la vuelta a este mundo, junto con el de Agustín Callado; sí, porque ya te dije que estuvo a punto de fracasar y con tu ayuda pudo llevar a término su gran misión. El no necesitaba en tu mundo más que una cosa: ¡alimentos! Todo lo demás lo llevaba en su organismo desde antes de nacer. El había preparado su cuerpo para que hiciera florecer esa especie de gusano que produce la ceguera. Y para que te cerciores de la verdad, te ruego me sigas."

-Caminamos por un ancho camellón perfectamente cuidado. Todo era calma, tranquilidad, que sugería la felicidad absoluta, exenta de dolor, y como contraste, esa gente sólo hablaba de trabajo y sacrificio. Esta contradicción que se forjó en mi mente, me hizo interrogar:

"-Tengo entendido que para ustedes el trabajo y sacrificio son básicos, y siendo así, ¿cuándo o cómo son felices?"

-Me contestó un anciano de aspecto venerable que había permanecido silencioso. Usaba palabras lentas que al hacerme vibrar me satisfacían:

"-Para los hombres de todos los mundos, no importa su grado de progreso, el origen de la felicidad es el mismo: mientras el hombre no penetra más allá de su burda materia, persigue la felicidad con afán inconsciente, como quien busca una aguja en un pajar, creyendo que la felicidad tiene forma sin ser cuerpo, porque no es materia; y en su desesperación se va de bruces cayendo en el placer abyecto. Buscar artificialmente la felicidad y degenerar en el placer, es perder el tiempo. Pretender definirla sin pensar en el espíritu, es ignorarse a sí mismo, porque la felicidad no es sino el reflejo de la luz divina, que al penetrar en las sombras llega hasta los espíritus y los tranquiliza poniéndolos en armonía con la Ley. ¡Esa es la felicidad que los espíritus encarnados no deben esperar, porque estando en el mundo de las formas físicas están en el trabajo! ¡La carne no es más que un vestido de trabajo! Debe recordarse siempre el mandato del Padre que dice a todos los espíritus de los infinitos mundos: Id, hijos míos, y acrecentad la creación; después volved a mí, que yo siempre os espero. Esta orden del Padre repercute eternamente muy adentro de cada uno de nosotros, y aunque la carne pretenda ignorarlo, si no cumplimos con la gran Ley, estamos en franca contradicción con el mandato, y ello nos hace infelices; nos sume en nuestras propias sombras, escondiéndonos de los reflejos divinos; en cambio, cuando trabajamos, sentimos la satisfacción del deber cumplido, porque nos ponemos en armonía con el mandato, y entonces percibimos el principio de la felicidad, que solamente se puede disfrutar plenamente estando el espíritu libre, porque hay absoluta conciencia de todo. El buen obrero se siente a gusto en la labor penosa, porque se está ganando el sustento. Ese es el mérito del hombre: sentirse feliz mientras lucha contra la adversidad, que cumpliendo de buena voluntad, la mejor retribución será sentirse en armonía con las fuerzas superiores, con el supremo mandato que nadie puede eludir."

-El anciano guardó silencio, dando lugar a que yo comprendiera. Mientras tanto, seguíamos caminando lentamente. Niños de muy corta edad jugaban en el jardín a la vista de personas mayores que me sonreían amables al pasar cerca de nosotros.

No me observaban con la curiosidad egoísta e ignorante que generalmente se usa ante los figurones del mundo, sino con amabilidad y positivo cariño. No me lo decían, pero yo sentía sus vibraciones que me hacían realmente feliz, satisfecho de mi mismo. Y mientras seguíamos nuestro camino, formulé una interrogación sugerida por el discurso anterior:

"-¿Debe el hombre sufrir con resignación la injusticia, puesto que, según lo que he oído, en el espiritismo se parte del principio de que el ser humano paga deudas anteriormente contraídas? ¿No es eso renunciar a la lucha por elevarse?

"-¡No, eso nunca! -contestó bruscamente uno de los acompañantes-. La injusticia, el crimen, el vicio y todo lo que afea a la Humanidad, son imperfecciones que hay que corregir. Luchar con entusiasmo hasta la muerte por mejorar un mundo, es el deber de todo espíritu. Resignarse al sufrimiento y a la injusticia, es detenerse en el progreso. ¡Sufrir y dar la sangre para que el sufrimiento se acabe, o por lo menos disminuya, es la gran labor que todos tenemos por delante! Quienes recomiendan la resignación sin analizar el origen del sufrimiento, no hacen más que contribuir al estancamiento de esa Humanidad; más aún, a su retroceso. La resignación inconsciente y pasiva es la antítesis del progreso. El espíritu, particularmente el encarnado, debe reconocer que sus culpas lo hacen sufrir; pero no por eso debe resignarse para volver a caer más tarde en el mismo error. Sufrir y a la vez luchar para levantarse y levantar a los demás; ¡he aquí la gran tarea!

"-¡Francamente, me entusiasmas, maestro!" -contesté animadamente.

-El siguió diciendo:

"-El espíritu solamente puede levantarse evolucionando y revolucionando. La inquietud que se manifiesta en estos días en tu mundo es un reflejo del deseo de los espíritus de sacudirse todo el lastre que les estorba. Luchan grandes mayorías contra el hambre y el despotismo, porque en alguna de sus muchas encarnaciones cada uno de ellos fue déspota y hambreador, cuando no un criminal sanguinario o un embaucador mítico; pero han reconocido ya que eso los detiene y quieren arrojarlo del mundo en que viven para olvidarlo cuanto antes. Allí tienes a millones de hombres que se levantan sobre el sufrimiento personal luchando a muerte para sacudírselo colectivamente, ¡y hacen bien!, de lo contrario, la cadena continuaría indefinidamente, y según el programa de la Tierra, los tiempos están ya vencidos. Y para que normalices tu criterio te diré, que en estos momentos, pedirles a esas grandes masas, que anhelan su emancipación, que acepten la resignación y se sometan a sufrimiento perenne, equivale a pedir a los espíritus de esos mismos hombres que desoigan el mandato del Padre que acabas de escuchar. Pero ellos no harán caso, porque quienes se petrifican en la contemplación de los acontecimientos pensando que todo debe resolverse desde arriba, se hunden en sus propias sombras y no reciben las vibraciones de armonía de los mundos que se levantan y, por lo tanto, se sienten infelices, muy infelices; por eso ruegan y recomiendan que otros nieguen por ellos. En cambio, los que entregan su corazón a una causa justa como es la de la redención humana, en lo más rudo de la lucha se sienten felices, porque están cumpliendo con el mandato del Padre. Y ahora ofrecen su vida, porque antes la quitaron, y son heridos, porque antes hirieron, y volverán a la lucha hasta triunfar, porque ésa es su redención.

"-Analizando así las cosas, se explica uno el porqué de muchas de las inquietudes humanas" -contesté.
"-Los que luchan por una causa justa triunfarán sin lugar a dudas. Intranquilos deben estar los que pretenden detener este justo avance, porque, aunque no crean en su propio espíritu, éste inútilmente ira a buscar la felicidad a los mundos Sammar y Yale que ya te mostraran, y la promesa de viaje a esos mundos tristes no es para largo plazo, sino que entrará en vigor en el momento mismo de su próxima desencarnación.
"-¡Eso me suena a sentencia ya dictada!" -afirmé.
"-Así es, y no se salvarán los asesinos ni mucho menos los que han armado las manos de los asesinos. En su oportunidad se te mostrará el porqué de estas aseveraciones, y llegarás a la conclusión de que es un error seguir fabricando armas que incitan a la muerte, pues si el hombre quiere la muerte, la muerte tendrá; ¡pero qué muerte! La verán todos cara a cara y morirán mil veces antes de sucumbir definitivamente. Los instantes serán siglos de angustia y los jóvenes envejecerán en minutos, y no habrá ídolos que puedan salvar a los retrasados, ni oro que compre la vida. En su vorágine de pasiones, el hombre ha olvidado todo lo que se le ha dicho; pero llegado el caso volverá a escuchar aquello de no quedará piedra sobre piedra, que no fueron palabras simbólicas, ni parábola para interpretar, sino una frase que habla bien claro para que más tarde no se alegue ignorancia."
-Yo hubiera querido que el guía ampliara las explicaciones, pero en ese momento llegamos a un patio rodeado de columnas enormes que sostenían arcos gigantescos, algunos de los cuales no estaban aún terminados. Atravesamos el jardín y llegamos a una columna. Entonces, uno de los que me acompañaban dijo:
"-Observa lo que dicen esas letras grabadas en la piedra, allá arriba en el remate de la columna."
-Levanté la vista, y me sorprendió leer: "Yasén Yasén". Un poco más abajo, en español, Loor a la Tierra. Otra línea con letras del idioma local repetía la frase, y, por fin, en la base de la columna: Agustín Callado.
No pude evitar un estremecimiento por la emoción que me agitó. Las lágrimas se me soltaron y sufría en vez de gozar. Algo me decía en mi interior que yo no merecía aquello, y sinceramente, suplicando avergonzado, pedí que se borrara mi nombre.
"-La Ley no olvida los hechos por insignificantes que sean, y nosotros tratamos de acercarnos a la Ley" -me contestó.
"-Estas construcciones son simbólicas -me aseguró el maestro de la escuela, que nos acompañaba-. Cada columna representa al alumno que hizo algo importante. Una escuela sin columnas es muy pobre y no expresa nuestro sistema. En la parte superior de cada columna aparece el nombre del alumno, en seguida el del mundo de que se trate y al final el de quien realizó la parte importante del hecho, por eso tu nombre está en la base. Para nosotros es héroe el que sale a luchar, pero más el que hace llevadera la lucha, el que auxilia dándose a una causa justa. En tu mundo, la emulación es entre hombres, entre pueblos y países; por ejemplo, cuando se trata de justas atléticas, en éste y otros mundos, también ese tipo de lucha existe, muy particularmente entre la niñez y la juventud; pero a los mayores nos agrada más entrar en competencia con otros mundos y aquí la lucha consiste en saber quién ha

hecho más y mejor por el progreso del Universo. Lo hecho por Yasén Yasén cuenta mucho para nosotros; pero no sabemos aún qué tanto cuenta para toda la nebulosa; eso se verá cuando llegue el balance. Las columnas son para hablar sólo de hechos ocurridos fuera del mundo; las estatuas son para los que hacen algo importante dentro del propio mundo; pero debe entenderse por importante lo que realmente lo es.

"-¿Quieres ser un poco más explícito en este asunto?" -interrogué deseando un ejemplo.

"-Naturalmente. La importancia de un acto no lo juzga un tribunal ni un grupo, sino todo el planeta, pero la estatua sólo debe levantarla la escuela de donde salió el héroe, o donde hizo su trabajo. Como un ejemplo, citaré a Edison: el espíritu que por sus inventos dio más luz a tu mundo. Esa es la clase de héroes que aquí merecen las pequeñas estatuas."

-A partir del momento en que vi mi nombre en aquella columna, ya no estuve a gusto; me sentí avergonzado, y deseaba dar por terminada la visita. El guía lo notó y comprendiendo mi inquietud nos despedimos, asegurando que pronto volveríamos. El maestro de la escuela interrogó:

"-¿No querías ver como y de qué manera enseñamos?"-Ciertamente ---conteste---, pero creo que será en otra ocasión."

-No insistieron dado que recibían mis vibraciones, y con grandes manifestaciones de cariño se despidieron de mí. Se había reunido a nuestro alrededor gran cantidad de desencarnados, que nos acompañaron hasta muy lejos. Yo veía la luz rosa de ese mundo que se alejaba y sentía que el dolor me embargaba, por lo cual rompí a llorar y, verdaderamente apenado, dije a mi guía:

"-Estas buenas personas son tan inocentes, que a cualquier cosa le dan gran importancia. ¡Poner mi nombre en una columna! Es lo más tonto que he visto en mi vida. Es tan ridículo como aquel militar que mandó colocar estatuas de su persona por toda la ciudad."

-El guía me contestó:

"-El ejemplo no encaja, porque no te pidieron opinión para escribir tu nombre donde lo hicieron.

"-Pero pienso que llevar el nombre de un tipo como yo, un borracho, un infeliz, "y ponerlo allí... eso quiere decir que las tías de Luisa tenían más sentido común al no aceptarme como marido de su sobrina, porque era un..., bueno..., todo lo que dijeron y seguramente siguen diciendo.

"-Te diré: ¿Quién niega que fuiste lo que fuiste? ¿Crees que Filomeno lo ignoraba y que no lo saben los demás?

"-¿Se los habrá dicho?

"-¡Tú sí que eres inocente! ¿Crees que sus más afines no fueron a visitarlo para ver cómo iba su trabajo? ¿Crees que no les dolía lo que se hacía con él? ¿Supones que no te vieron muchas veces cuando le llevabas de comer? ¡Si supieras que aprovecharon tu inclinación natural para intuirte que hicieras lo que hiciste! ¡Y ahora piensas que no saben nada de tu vida...! Es que ellos ven las cosas con naturalidad. Saben que por las buenas obras se te debe premiar, y que por las malas, ya te llegará el turno de ser castigado; ellos no tienen por qué hablar de lo que sólo a la

Ley le toca decidir, y para que comprendas tu error, te diré algo importante: En existencias anteriores tú no fuiste el borracho perdulario que resultó ser Agustín Callado.
"-¿No? ¿Entonces qué era?
"-Trata de rememorar tu historia como espíritu y lo verás con claridad. Esta existencia, tan pobre como resultó ser, era necesaria, y no estoy muy seguro de que haya sido bastante. Ojalá sea que si, por tu propio bien."
-Esas explicaciones, en vez de aclarar mis ideas tuvieron la virtud de oscurecerlas. Yo ya no discutía si era o no espíritu. Para mí, eso era tan cierto y natural como que antes fui el borracho Agustín Callado, cuyo cuerpo fue sepultado en un cementerio de Cobán, de modo que esas dudas ya no me inquietaban. Ahora me preocupaba saber si era realmente digno de que mi nombre figurara en aquella columna o no; y de no serlo, me proponía resolver el caso, y con toda energía exigir que fuera borrado. Esto es, pensaba hacer un juicio de mi mismo empezando por despojarme de prejuicios y vanidad, para retroceder en mi vida de espíritu y saber por qué esa existencia, así como fue, me era necesaria. Volví a preguntar al que me acompañaba:
"-Oye: Hace tiempo que me tortura esta interrogación:
¿Quién eres tú, que me has guiado de esta manera como quien conduce los primeros pasos de un niño? "-Soy tu guía" -fue la contestación. Agustín hizo una corta pausa, y siguió diciendo:
-Queridos hermanos: El tiempo se ha agotado y debo retirarme. Si desean que continuemos la charla, por sus llamadas lo sabré. Si nadie se acuerda de mí y no interesa mi relato, eso quiere decir que no tengo para qué seguir el cuento. Buenas noches.
-Buenas noches y gracias, hermano Agustín -contestaron algunas voces.
La médium se recuperó después de un ligero estremecimiento. El director del centro pidió un momento de silencio y en seguida dio por terminados los trabajos.
La mayor parte del público permaneció largo rato en la sala haciendo comentarios. Tarquino se retiró a su domicilio poseído de un cúmulo de ideas complicadas que no sabía cómo desenredar.

6
LOS CADÁVERES DEBEN SER INCINERADOS

El día de la nueva sesión, Tarquino iba dispuesto a formular varias preguntas, por eso, antes de empezar los trabajos se acercó a don Rodrigo para interrogarle:
-¿Puede uno hacer preguntas a los seres que se presenten?
-Naturalmente, siempre y cuando sean discretas.
-¿Qué quiere decir "cuando sean discretas"?
-Sí, que sean de utilidad general, como punto de estudio y análisis. Aclaro esto porque, generalmente, las personas que se inician quieren hacer preguntas de interés exclusivamente personal: como, por ejemplo, saber su suerte en amores, conocer los números de loterías o de cualquier otro juego de azar; y lo que es más

común: que invoquen a familias para hablar de intimidades frecuentemente relacionadas con herencias, enterraditos, etcétera.
Tarquino replicó:
-Pues mira lo que son las cosas: mis preguntas no se re fieren a eso, y, sin embargo, me parece muy justificado el interés, quizá morboso. ¿No es muy humano querer enrriqucerse rápidamente al saber el número de la lotería que va a salir premiado? ¿No es propio del hombre querer enterarse si fulana está enamorada o si le está engañando a uno?
La sala se iba llenando, tomando cada cual su asiento y haciendo comentarios entre sí los asistentes a la sesión. El director observaba que todo estuviese en orden, a la vez que contestaba:
-Exactamente; y por ser muy humano, los espíritus nada tienen que ver en ello. Para ellos hay cosas de mucho más valor en qué ocuparse. Como ejemplo te citaré un caso: Sir Arthur Conan Doyle, que fue un ferviente espiritista, prometió que se comunicaría después de muerto, para escribir novelas de esas que le dieron nombre y que son inconfundibles. No hace mucho tiempo se presentó en este centro y le preguntamos a qué obedecía q ue no hubiera cumplido su promesa, pues considerábamos que cumplirla equivalía a una demostración al mundo de que la ciencia espírita es una verdad incontrovertible, y él, manifestando gran tristeza, nos dijo:
"-Ya en el espacio se ven las cosas desde otro punto de vista. Divertí con mi trabajo; pero hay otras muchas cosas de qué hablar y escribir, mejor que de crímenes y miserias mundanas, las cuales, más pronto de lo que muchos se imaginan deben desaparecer de la faz de la Tierra. ¿Para qué seguir hablando de ellas? Por otra parte, yo me equivoqué al creer que convencería por ese medio. Si, ya que los impugnadores siempre hallarían un medio para negar que fuesen obras mías. Se diría que previamente a mi muerte las había escrito. Podría argüirse que mi hijo o el familiar que las recibiera había sido previamente educado; en fin, de nada serviría. La única manera de que una persona se convenza de que la ciencia espirita es el eje de todas las ciencias, es el estudio analítico de donde se deriva toda explicación de lo que es la vida y el Universo. De modo, como ya ven, hermanos, que seguir en espíritu escribiendo novelas policíacas no reportaría ningún beneficio a la Humanidad ni a mí mismo. Sin embargo, no he fallado en mi promesa de volver a mis hermanos y hablarles de lo que sé, y la mejor prueba es que aquí estoy."
-Ya ves -siguió diciendo el director del centro a Tarquino- que para el espíritu hay cosas más trascendentales de lo que los encarnados se imaginan. Algunos creen que después de muerto un hombre su espíritu va a vivir la eternidad entre llamaradas. Otros piensan que no tienen más ocupación que andar espantando a la gente como fantasmas chocarreros. Estos suponen que viven junto a su carroña en loe cementerios y la verdad es que ninguno acierta.
- ¿No hay espíritus en los cementerios? -interrogó Tarquino sorprendido.
-Excepcionalmente, y sólo mientras un desencarnado hace conciencia. Una vez que se da cuenta de su nuevo estado, abandona el panteón, y puedo asegurarte que no hay sitio más vacío de espíritus que un cementerio. ¿A quién le gustaría observar su carne que se pudre, que se destruye y se desintegra, quedando sólo algunos

huesos que andan rodando por la Tierra, donde los sepultureros los botan y los perros los olfatean y orinan? No, hermano, no hay sitio más vacío de espíritus que los cementerios.
- ¿Entonces no hay para qué ir al panteón a recordar a un ser querido?
- ¡No! Al ser querido se le debe recordar con vibraciones amorosas para que acuda al llamado y ayude cuando esté en justicia hacerlo. Si alguien va al panteón a llamar a un espíritu pierde el tiempo, pues si el invocado ya hizo conciencia, no acudirá, por la simple razón de que no quiere ver la descomposición de su propia carne o restos con quienes tuvo tanta afinidad.
El neófito sabía que esa opinión chocaba con una tradición tan extendida como aceptada y que, por lo tanto, a nadie agradaría, por eso preguntó sorprendido:
- ¿Entonces qué debe hacerse con los difuntos?
-Debe legislarse para que desaparezcan los cementerios, que son motivo de tristeza en un mundo donde la mayor parte de la vida se compone de tristeza, desgracia y sufrimiento.
- ¿Y si no hay panteones, qué debe hacerse con los cadáveres?
-Incinerarlos. Eso, además de ser higiénico, hace que cumpla la materia con su misión de transformarse, y corta definitivamente toda liga entre la materia y el espíritu, permitiéndole dedicarse a ocupaciones más elevadas.
El director consultó su reloj y continuó en las explicaciones:
-Es realidad reconocida que muchísimas personas dadas por muertas han vuelto en sí encontrándose en la terrífica situación de estar enterradas. ¿No se te antoja criminal?
-Si, creo que hay algo de cierto en eso, y hasta se han inventado diversos medios de comprobar si la persona está bien muerta.
-Así es -contestó el director mirando nuevamente su reloj-, así es, y ya que la medicina es aún incompetente para resolver estos casos, debería legislarse para evitar esos martirios, que aunque no sean muy frecuentes, de todas maneras existen.
Tarquino se iba sintiendo molesto, porque el director consultaba su reloj cada vez con más frecuencia, pero no quería quedar con dudas e interrogó:
- ¿Qué propondrías en este caso?
-Ya lo dije: incinerar los cuerpos una vez que el médico responsable certifica la muerte.
- ¿Y si despierta entre el fuego?
-Si despierta, se le puede rescatar; pero el uso del fuego directo sería aplicado solamente en las regiones donde no haya electricidad, pues en las ciudades podría carbonizarse el cuerpo por medio de una elevada corriente eléctrica.
- ¿Electrocutar un cadáver?
-Exactamente; tendría la ventaja de garantizar la desencarnación, desligando totalmente al espíritu de la materia, cumpliendo cada cual con su misión.
El director cortó la conversación, se puso de pie mirando una vez más su reloj, y dijo en voz alta al público:
-hermanos, tomen asiento guardando silencio; nos quedan sólo cinco minutos para empezar los trabajos.

Con disciplina ejemplar, todo el mundo se acomodó entrando en quietud, y después de las palabras y música de rutina, la médium entró en trance tomando posesión un espíritu de nombre Daniel, quien exhortó a todos los presentes para que redoblaran sus esfuerzos en el trabajo de organizar el grupo, a fin de que la ciencia espírita se extendiera. Luego agregó:

-Está presente un hermano que ha formulado importantes preguntas a nuestro director. Estoy a sus órdenes para contestar -dijo, inclinando la cabeza hacia Tarquino, quien preguntó:

- ¿Puedo, como encarnado, desdoblarme e ir a lugares retirados en plan de investigación?

-Naturalmente. Lo has hecho casi a diario desde que naciste y muy particularmente desde que empezaste a visitar este centro.

- ¡Caramba! Eso es verdaderamente nuevo para mí, pues no lo sabía.

-Es verdad, porque tu materia es aún pesada y no todas las sensaciones del espíritu han sido transmitidas con fidelidad; pero algo te ha quedado. ¿No recuerdas tus sueños recientes?

-Sí, me han impresionado mucho; pero no les he dado mayor importancia que la que puede tener una pesadilla.

-No hay tal pesadilla; lo que ocurre es que tu organismo no está acondicionado para recibir las transmisiones del espíritu, por lo cual, al llegar las vibraciones a tu cerebro se entrelazan para el estado de vigilia; se acumulan en tu mente una multitud de imágenes enmarañadas. Te aconsejo sigas frecuentando el centro, y sobre todo, que inicies en serio el estudio de esta ciencia, donde encontrarás los métodos necesarios para desarrollarte y no te arrepentirás; puedes llegar a saber cosas de suma importancia.

- ¿Podría hacer un viaje a ese mundo de que nos ha hablado el hermano Agustín y recordarlo después?

-Sí, mediante la educación de tu organismo. Actualmente, y sin excepción, todo ser humano es médium más o menos desarrollado. Tú eres médium sin educación, y, por lo tanto, si la procuras, podrás hacer esos viajes que tanto te fascinan. Precisamente al ver tu interés, el hermano Agustín te ha estado invitando pero tu espíritu ha tenido miedo de abandonar la materia y se ha negado a salir del mundo. ¡Qué digo!, casi no ha salido siquiera del cuerpo.

Unos minutos después, se presentó Agustín Callado, con su saludo habitual:

- ¡Salud! Agustín Callado con ustedes. Buenas noches. Consecuente con mi promesa, aquí estoy, porque tengo la sensación de que a algunos hermanos ha interesado mi charla. Dije la vez anterior que decidí no volver a aquel mundo maravilloso sin antes hacer un balance de mi debe y haber, para juzgar si tenía o no derecho a los honores que me dispensaban. Hice un estudio de mi vida y me avergoncé de muchas cosas; pero a la vez sentime orgulloso de algunas otras. Con este motivo, mi guía dijo:

"-Un buen neófito acepta con gusto las excelentes calificaciones, luchando para que no desciendan, y si hay materias flojas, trabaja intensamente a fin de que se eleven al nivel de las más altas. Reconocer un error, es ya un paso; pero sumirse en la pesadumbre, es otro error que estorba al progreso. Para corregir tus errores tienes

la eternidad por delante que te ofrece los millones de existencias que necesites; de manera que, ¡a trabajar!"
-Esto me reconfortó muchísimo. Anhelaba volver a visitar aquel mundo, pero no quería ir solo. Era tan hermoso, tan maravilloso, que necesitaba más de dos ojos; necesitaba por lo menos cuatro. He andado buscando quien se atreva a renunciar un poco de su mísero mundo; pero hasta ahora no he encontrado a nadie entre mis afines. Y no crean que esta invitación sea toda bondad. No, en el fondo hay mucho de vanidad, vanidad que aún no puedo combatir. ¿Cómo he de silenciar que mi nombre figure como base, como pedestal en aquella columna en ese mundo tan adelantado? ¿Pero qué digo? ¿En ese mundo? ¡Me sentiría igualmente orgulloso si se tratara de un mundo inferior a la Tierra! ¿Quién no se siente orgulloso al ver que su nombre traspasa los umbrales de su casa, de su pueblo y de su país? ¿Por qué no he de sentir satisfacción si mi nombre ha trascendido los espacios siderales y es conocido en mundos donde los telescopios ni siquiera se imaginan que existe la vida? ¿Qué habrían sentido Colón, Cortés o cualquier otro aventurero, si al llegar al Nuevo Continente se hubieran encontrado que su nombre, no solamente era conocido, sino glorificado? Eso es: me siento altamente satisfecho, y lo único que lamento es que el nombre de Filomeno, el verdadero héroe, no lo tengamos aquí a la recíproca y que se encuentre sumido para el curso de la historia del mundo en el anónimo. He decidido volver; pero no pienso hacerlo solo. Quiero que alguien suficientemente despierto me acompañe para que, si lo recuerda en estado de vigilia, lo propale a los cuatro vientos. Ese es el compromiso que exijo de quien venga conmigo a ver el nombre de su casa de adobe llamada Tierra y que está en aquella columna de oro. Deseo, por este medio, que surjan hombres de buena voluntad dispuestos a entrar en la justa universal de crear héroes del bien y del saber. Héroes de verdad. Mi guía me ha asegurado, y le creo, que el mundo ha entrado ya en la fase superior de su historia, y que pese al peor enemigo del progreso, nada lo detendrá, porque todos los estorbos están siendo eliminados y pronto la Tierra dejará de ser lo que hasta ahora ha sido. ¿Quiénes quieren ser próceres de esa nueva etapa de la vida? ¿Dónde están los hombres dispuestos a pasar por locos ahora para perpetuar su nombre, si no en una columna de oro o de roca, sí en el archivo del Universo? Estos deben seguir la ruta que les indico.
- ¿Me permites algunas preguntas, hermano? -dijo Tarquino.
-Te escucho.
- ¿Qué debo hacer para lograr el desdoblamiento y poder acompañarte la próxima vez que me invites?
El médium entró en breve silencio, y luego contestó:
-Debes leer El Método Supremo y la Ley de Mediumnidades, de Joaquín Trincado. No te estorbará allegarte alguna otra literatura que trate sobre el tema; por ejemplo, de Allan Kardec, porque eso te hará ver la ciencia del espíritu desde varios puntos de vista, obligándote a analizar. Por las noches debes abstenerte de cenar. Te acuestas en posición cómoda, poniendo en completo relajamiento los músculos, evitando la más mínima tensión, y concentras la mente en lo que deseas pidiendo sinceramente, de todo corazón, a los maestros de la cosmogonía que te ayuden en el experimento; luego abandonando toda idea, haces el esfuerzo necesario por

poner la mente en blanco, esto es, no pensar absolutamente en nada, ¡nada! Todo esto es más difícil de lo que parece; pero lo conseguirás si persistes con empeño. Cada quien encuentra la forma de concentrar la mente en algo, sin tener que pensar, por ejemplo: fijarse en el tic tac de un reloj, en una gotera lejana, en fin, ya encontrarás el medio; pero recuerda que eso no debe ser motivo de pensamientos. No debes ir más allá del ruido sin analizarlo. Para obtener más rápida educación puedes concentrar la vista en algún punto o paco, no importa qué. Hay personas que usan una esfera de cristal, otras, un vaso de agua, y otras más, se contemplan en un espejo. Estas últimas, lo que en verdad hacen es autohipnotizarse. Esos ejercicios, ejecutados con toda regularidad, prolongando más la mente en blanco, cada día van independizándose de los movimientos del cuerpo respecto del espíritu, para que este pueda mover a voluntad y desde cualquier distancia a su materia. En esta práctica llega el espíritu a ver desde lejos su propio cuerpo y hasta logra moverlo con verdadero control. Asimismo, el espíritu se da cuenta que flota fuera de la materia, que ahora le sirve efectivamente como un instrumento. A eso debes llegar tú, antes de aspirar a otra cosa mejor, y para que te alegres te diré que tienes en ti lo necesario para triunfar si lo deseas. Me voy porque se ha hecho tarde. Muy buenas noches. -Buenas noches -contestaron varias voces.

Tarquino se quedó pensativo, por lo menos con una docena de interrogaciones que no tuvo tiempo de formular y que debía anotarlas para preguntarlas en otra oportunidad.

7
MÉDIUMS Y CHARLATANES

pensar en espíritus, en el más allá, en la muerte, en otros mundos y en todo aquello que está fuera de nuestros sentidos, es para desequilibrar a cualquiera, cuando se carece de la preparación que este tipo de estudios requiere. Eso fue lo que sucedió a Tarquino: después de esa última noche era mayor la confusión que la primera, y sentía la necesidad de ordenar sus ideas para conciliar lo que se le había explicado, con lo que él creía.

Decidió preguntar a su amigo qué libros le aconsejaba que leyera al respecto. Las noches siguientes abundaron en sueños y pesadillas que lo desasosegaban. Quería encontrar en la vida de ultratumba ese sentimiento de terror tan generalizado, esa creencia que hace pensar en fantasmas horribles, en calaveras y esqueletos, en rostros pálidos y demacrados, silenciosos y tristes, en personas enlutadas que ocultaban su cara; pero notaba que esas ideas e imágenes se borraban de su mente, pues contrastaban con lo que había oído decir:

Los muertos no radicaban en los panteones sino en las propias casas de los deudos, conviviendo con ellos, ayudando cuando se hallaban conscientes de su nuevo estado. No permanecían inútiles quemándose en algún lugar, ni vagaban asustando a la gente, sino que dedicaban el tiempo a un trabajo y estudio mucho más intenso que el que se puede recusar estando encarnado. No vivían tristes y llorosos con

caras demacradas, sino que miraban de frente al porvenir con un programa definido que los llevaría a tal o cual meta.

Este contraste de ideas tan brusco, lo hacia vacilar, pero a la vez, lo impulsaba a querer enterarse más y más de cuanto entrañaba esa ciencia.
En la noche, después de la plática con Agustín Callado, se desveló largas horas reproduciendo en su mente la escena de aquel mundo antes descrito, y veía las columnas, los arcos, el tribunal de oro y mármol, las aulas y los espíritus desencarnados confundiéndose con los encarnados. Recordó varias veces que los encarnados de aquel mundo podían desdoblarse, que para ellos eso de viajar interplanetariamente resultaba ser de lo más fácil. "¿Por qué ellos pueden hacer eso y nosotros no?" Esa fue su pregunta interna que después se convirtió en verdadera obsesión: "¿No sería maravilloso -se preguntaba Tarquino- acostarse a dormir e ir a visitar al familiar que vive a mil kilómetros de distancia? ¿No sería encantador ver la olimpíada de Berlín, la de Londres, la feria de Chicago, las cataratas del Niágara, el terremoto del Japón, la vida de los pingüinos en el Ártico, o la pesca de la ballena en el Antártico? En fin, ¿no sería maravilloso poder viajar a tan bajo costo en unos minutos hacia cualquier punto del planeta? ¡Caramba! bien vale la pena poseer esa facultad del desdoblamiento...; pero... ¿el cuerpo tiene conciencia de esos viajes? ¡No sé! Debo preguntarlo, y también preguntar qué hacer para lograrlo."
En su primera entrevista con don Rodrigo le planteó todas sus interrogaciones, y él contestó riendo a carcajadas:
-La inocencia y la sinceridad de tus preguntas son conmovedoras y debo darte esperanzas: Eso que deseas, algún día lo disfrutarás.
- ¿De veras? ¿Y qué debo hacer para lograrlo? ¿Cuánto tiempo tardaría en adiestrarme? -preguntó Tarquino anhelante.
-Supongo que aproximadamente el mismo tiempo que el resto de la Humanidad.
-Eso nada me aclara, y siento como si te estuvieras burlando.
-Te diré: La facultad mediúmnica es el producto natural del progreso logrado por el espíritu después de muchas encarnaciones de estudio y trabajo constante. No pienses que se pueda conseguir tan sólo con tomar un curso por correspondencia.
- ¿Entonces no debe uno aspirar a ser médium?
-Eso es otra cosa. Muchas personas lo son sin saberlo y todo lo que necesitan es desarrollarse, pero debes saber que los médiums no son seres humanos comunes y corrientes como generalmente se cree de ellos; son delicadísimos aparatos al servicio de la ciencia espirita, adiestrados durante muchas encarnaciones consecutivas, hasta que, al final del curso, la Ley les declara con capacidad y autoridad de médiums para servir de intermediarios entre los encamados y los espíritus, y eso, como comprenderás, entraña una gran responsabilidad.
Tarquino replicó:
-Eso me hace pensar que deben ser altamente morales, y creo que hay muchos que no lo son.
-Desgraciadamente no nos queda otro remedio que reconocerlo; y en la mayor parte de los casos es el resultado de la falta de estudio del médium, que se mueve en un pésimo ambiente que lo impulsa a enriquecerse de manera fácil; pero no creas que

la Ley se haga solidaria de estos hechos. Un médium lo es mientras trabaja en beneficio de la Humanidad; mientras usa la facultad exclusivamente para el servicio de la ciencia espirita, en cuanto el médium alarga la maño pidiendo dinero a cambio de la comunicación, la Ley le retira la facultad y, por lo tanto, deja de ser médium, o lo sigue siendo sólo para ser portavoz de espíritus negativos, atrasados y detractores.
-Caramba, entonces no entiendo cómo se habla de famosos médiums que, a su vez, se han enriquecido.
-Han ganado dinero debido a la credulidad de la gente ignorante. Pueden haber sido efectivamente grandes médiums, notables médiums; pero esa facultad la perdieron al mercantilizarla y lo que siguen haciendo no es más que engaño, estafa descarada, con lo cual nada tienen que ver ni los espíritus ni la ciencia espírita.
- ¿Y cómo puede saberse cuando están engañando?
-Es inconfundible. Primero: que cobran; segundo: que si se les somete a una prueba resultan ser tan ignorantes, que son incapaces de resolver ningún problema importante, pues, en verdad, lo que hacen es cerrar los ojos, afectar un poco el lenguaje y aumentar la soltura del cuerpo. Hay "médiums" tan descarados que ni siquiera recurren a ninguno de estos trucos.
- ¡Vaya! Pues esto va resultando más intrincado de lo que yo me imaginaba -contestó Tarquino despidiéndose en seguida del maestro.

8
FORMA Y COLOR DEL PENSAMIENTO

Tarquino siguió al pie de la letra las instrucciones. Estudió lo que necesitaba saber y, por las noches, aun con hambre, se acostaba cada vez más seguro de que el fenómeno ya se iba a realizar. La verdad es que sólo soñaba en suculentos platillos que comía sin descanso y sin llegar a satisfacer el apetito. Asistió a nuevas sesiones; pero por no presentarse Agustín, y haberse abordado temas que por el momento no le interesaron, las pasó por alto.
Durante esos días de esfuerzo continuo, tuvo algunos sueños que se le quedaron grabados en la mente, pero en forma imprecisa. Comentando con don Rodrigo sobre este tema, le preguntaba:
- ¿Qué son los sueños?
El interrogado, ordenando sus ideas, contestó con aplomo:
-Durante el estado de vigilia, o sea cuando el individuo está despierto, tiene su mente agitada por causas diversas. En estas condiciones no sueña, sino que piensa, y son las glándulas creativas las que más trabajan haciendo que el cerebro funcione como una pasta dúctil, susceptible de moldearse por efecto de cualquier presión producida por las hormonas. En cambio, cuando el individuo duerme, este trabajo hormónico no es dirigido, sino espontáneo, y de ahí resultan las figuras llamadas sueños. Me refiero a los sueños normales, efecto de la actividad hormónica y, por lo tanto, de origen físico. Pero tratándose de personas con facultad mediúmnica, las cosas son distintas, pues entonces interviene el espíritu, quien, al producir el

fenómeno de desdoblamiento, hace que las hormonas trabajen, no espontáneamente e impulsadas por la acción del trabajo cotidiano, sino por una energía dirigida y perfectamente controlada. Entonces, el sueño es, o son, las imágenes que el espíritu transmite al cuerpo, no importa la distancia a que se aleje. ¿Me has comprendido?

-No puedo contestar de momento; necesito reflexionar. Eso de la acción hormonal me resulta difícil de comprender.

-Te pondré un ejemplo muy simple: Suponte muchos autos que corren sin dirección desde sitios opuestos hacia un solo punto. Es seguro que acabarán por chocar, ¿no es cierto?

-Así supongo.

-Pues bien: En este caso los autos son las hormonas que convergen en las glándulas creativas y, con el choque, se producen las presiones de que ya te hablé, de donde nacen las imágenes conocidas por pensamientos. Esto es suponiendo que los vehículos están correctamente dirigidos y que, por lo tanto, los choques no son catastróficos; pero si el hombre no sabe o no puede controlarse debidamente, sus hormonas entran en choque brusco, que es el desequilibrio mental. Ahora, supongamos que los chóferes se permiten un descanso abandonando en la carrera el vehículo, que este sigue sin control. Esto es lo que sucede con el cuerpo cuando entra en reposo, y quiere decir, que los autos al seguir corriendo y producirse el choque en las glándulas creativas, dan origen a imágenes caricaturescas de lo que en el día fue pensamiento definido; o sea que se produce un reflejo de los propios pensamientos. Eso y no otra cosa son los sueños vulgares y las pesadillas. Pero ahora suponte que el chofer de cada auto, en vez de abandonarlo a su suerte, se lo entrega al copiloto, quien, fresco y descansado, le imprime la velocidad y dirección que le precisan.

- ¡Ya voy entendiendo: eso impedirá el choque descontrolado, y, por lo tanto, o no hay sueños o éstos son imágenes bien definidas según los deseos del operador!

-Ciertamente, y a ese tipo de sueño se le llama desdoblamiento. El copiloto de que hablamos, en este caso lo es el espíritu que ordena el funcionamiento de las hormonas, para regular la presión que deben producir. De ahí que los sueños, además de bien delineados, sean simbólicos y hasta profetices; pero debe entenderse que es indispensable la facultad mediúmnica en el individuo, porque ésa es la independencia del espíritu para manejar su organismo desde fuera. Cuanto más desarrollada sea la facultad, más fácil es el desdoblamiento del espíritu y más claras las imágenes. Precisamente esos fueron los fenómenos sufridos por los profetas y que los escriturarios han convertido en sueños inspirados por divinidades, cuando en realidad no fueron más allá de lo que puede ir un buen médium en la actualidad, ni tuvieron mayor relación con ningún dios, de la que cualquier médium moderno puede tener. Tarquino manifestaba claramente su entusiasmo, por lo cual dijo:

-Ya en ese plaño, explícame qué quiere decir lo siguiente:

Soñé la otra noche que subí a un techo, me lancé al aire y aunque pesadamente y con gran fatiga, pude volar.

El viejo espiritista le contestó:

-Hemos observado que posees una buena facultad, y si sabes desarrollarla puedes ir muy lejos. Por otra parte, tu sueño quiere decir que tu propósito va teniendo éxito, es el esfuerzo que tu espíritu está haciendo por independizarse un poco de la carne. Un psiquiatra te diría que ese sueño significa ansia de libertad a consecuencia de llevar una vida de represión, ya sea en lo moral, en lo material o en lo sexual. Sin embargo, yo no conozco los antecedentes, sé que va por ahí la explicación.

Es natural que estas conclusiones agradaran a Tarquino, y que por tales razones siguiera con gran entusiasmo en sus experimentos, pues tenía la mente fija en ese fantástico viaje que tanto se había prometido. Pronto su organismo se acostumbró a la falta de alimento por las noches, y dejaron de molestarle los sueños de platillos suculentos.

Pasaron algunos meses sin que Agustín volviera a presentarse en el centro espírita. Ya Tarquino había aprendido algo de todo aquello y los hermanos sonreían al preguntarle cómo iban los preparativos del viaje.

Cierta noche soñó a Agustín. Le hacía señas para que lo siguiera, como se hace con los niños que empiezan a hacer pinitos. Tarquino sentía que avanzaba, pero Agustín mantenía la distancia riendo a carcajadas, insistiendo en que lo alcanzara. Tarquino despertó tan bruscamente, que hasta saltó de la cama, y al encontrarse completamente despierto, reflexionó que aquello era la ayuda que le prestaban para poderse alejar cada vez más de su cuerpo, y hablando para sí decía:

- ¿Y por qué habré despertado tan bruscamente? -sonrió y siguió diciendo-: Sería que mi espíritu al retirarse del cuerpo estiró el alma como si fuera un resorte, hasta que llegó al limite máximo de elasticidad, y en un momento de descuido del espíritu, lo hizo retroceder con tal fuerza contra el cuerpo, que éste saltó -y al pensar en esto, reía satisfecho, pensando que de todas maneras, iba avanzando en su ruta.

Después, sus sueños fueron más frecuentes, y más claros:

En uno, visitó grandes siembras de maíz; en otro, que fue una verdadera pesadilla, sintió que se hundía en el fuego de un caldero gigantesco. Despertó bruscamente, pero pronto volvió a conciliar el sueño, y las imágenes interrumpidas volvieron al mismo punto donde antes se detuvieron. Ahora ya no estaba asustado, ni sentía asfixia y caminaba con toda confianza en el mineral líquido. Oyó una voz que le decía:

-Es el vientre de un volcán que está por explotar. Pasó ese corto sueño, y pasaron los días sin que él ni siquiera lo comentara; pero calcúlese su sorpresa cuando supo por la prensa que había nacido un volcán, al que pusieron por nombre Paricutín. Luego, al leer las descripciones del terreno donde apareció, reconoció aquellas campiñas que vio en sueños.

En la primera oportunidad interrogó a un espíritu comunicante:

- ¿Qué relación hay entre mis sueños y el Paricutín?

-Estuviste efectivamente en el vientre del volcán. Lo cierto es que tu guía te llevó. Eso carece de importancia para los demás; pero para ti, representa el premio a tu esfuerzo; y ahora no podrás decir que se trata de sueños disparatados, puesto que has recibido la confirmación, reconociendo el campo de labranza donde nació el volcán. De aquí en adelante todo se reduce a continuar en el esfuerzo, que muy pronto se verá coronado por el éxito.

En una de las sesiones se le recomendó que se abandonara al impulso de dormir cuando el cuerpo se lo pidiera, obedeciendo así a los guías que le ayudaban en la educación de la facultad. Estar siempre listo para el experimento debía ser su norma, pues estos fenómenos ocurren no cuando se desean, sino cuando la justicia los permite.

Una tarde Tarquino sintió el impulso de acostarse, y abandonando sus ocupaciones se tendió a dormir tranquilamente. La transición del estado de vigilia al sueño fue rapidísima. Ahora, como en veces anteriores, se sintió libre y poseedor de gran lucidez. Apareció a su vista Agustín, quien lo saludó y le presentó a un espíritu que lo acompañaba. Este personaje dijo:

"-Vas progresando, vas progresando. No perdamos el tiempo. Se me ha dado un breve pero jugoso programa para esta ocasión."

Tarquino sintió que era arrebatado y cuando se dio cuenta estaba en la calle comercial de una ciudad. La gente transitaba habitualmente deteniéndose frente a los escaparates, entrando a los comercios y tomando los vehículos que los transportarían. El guía preguntó:

"- ¿Qué notas de particular en la gente?

"- ¿En qué sentido?

"- ¿No percibes que se desprende cierta luminosidad que luego toma forma?

"- ¡Sí! sí, es verdad. No lo preciso con gran claridad, pero es verdad, y creo que por momentos me es más notable.

"-Tu percepción irá en aumento poco a poco. La idea es ir dándote detalles aislados en cada excursión, para que de ellos hagas la deducción y saques tus propias conclusiones. Por ahora vamos a ver qué es y cómo se manifiesta el pensamiento."

Tarquino sonrió sin contestar. Los tres se pararon en el extremo de un escaparate donde había gran cantidad de objetos: telas, vestidos de mujer y algo de joyería. Las mujeres se detenían largamente, unas veces comentando y otras en silencio. El neófito no pudo evitar la sorpresa cuando vio con toda claridad cierta fosforescencia, digámoslo así, que rodeaba a cada persona, y que se alargaba prolongándose sobre la cabeza y luego se curvaba hasta el objeto que más gustaba a la interesada, donde tomaba la visible forma de un gancho que trataba de sacar la prenda del escaparate; y en el movimiento de vaivén de esos ganchos, se adivinaba la intensidad del deseo; pero no todos eran del mismo color, y esto hizo que Tarquino interrogara:

"- ¿Qué significan los colores? Veo que cambian en una misma persona, aunque la forma de gancho no cambie o cambie muy poco.

"-Los colores representan la pasión que domina en el deseo. Mira aquella mujer que quisiera apropiarse esa tela; lanza sus ganchos azules, y es que desea la tela para premiar a su hija. Su anhelo es completamente espiritual, el color azul lo está diciendo; en cambio, aquella otra que está mirando el vestido descotado, mete sus ganchos mucho más definidos, porque en ella hay verdadera codicia, y son de color carne, porque la domina la sensualidad."

En el momento en que estaba dando estas explicaciones se escuchó el rechinido de unas llantas que se enfrenaban bruscamente, y los tres espíritus se volvieron a ver a la persona que estuvo a punto de ser atropellada, de la que centellaba una luz en

forma de medias lunas y rayas gruesas como si fueran de rojo sangre, y las explosiones iban disminuyendo a medida que todo volvía a la normalidad.
Del chofer que se había bajado del auto para reprender al imprudente peatón, se desprendían destellos de color sangre coagulada, y al insultar con las peores palabras, su roja fosforescencia se alargaba hasta el insultado en forma de dagas que lo atravesaban. Entre los curiosos se veían nubes sin forma, de un color amarillo, rosa y azul. En otros, las figuras eran bien claras.
"-Mira a ese señor que tiene sobre su cabeza una pequeña nube de color amarillo. Está razonando el caso con toda serenidad; en cambio aquel otro que tiene destellos negros, está a punto de intervenir, pues ha sentido un odio concentrado contra el que iba manejando el auto, y de estar en su maño, lo golpearía. Aquel que despide color azul pálido cuya forma es la de dos brazos abiertos, trata de reconciliar los ánimos. Ese, está despidiendo abnegación e interviene en la discusión con el noble ideal de fraternizar; en cambio, aquel que se junta contra el auto, está tratando de robar algo de su interior, ¿ves la firma de su pensamiento?
Tarquino contestó inmediatamente:
"-Si, si lo veo; su persona desprende unos grandes ganchos que van hasta el interior del carro y son de color amarillento gris, sucio. ¿Ese color simboliza trapacería, traición, delito pensado?"
Los tres espíritus estuvieron mirando los diversos colores, que cambiaban según los conceptos que se vertían, hasta que empezaron los golpes y, entonces, de los dos rijosos brotaban alternativamente los colores: rojo, rojo oscurísimo, rojo sangre, café veteado y salpicado de manchones rojos; anaranjado sucio y morado oscuro. Habló el guía:
"-Cada uno de esos colores expresa la sensación dominante: la cólera, el orgullo ofendido, el deseo de dar muerte y la impotencia de herir como se desea."
En ese instante se presentaron dos policías. De uno de ellos se desprendió primero un color anaranjado claro, luego el amarillo también claro, y por último, el verde claro, que se oscureció.
"- ¿Has visto los notables cambios de color en el policía?-interrogó el guía.
"-Sí, maestro. ¿Quieres decirme el significado?
"- ¡Naturalmente! El anaranjado claro es la capacidad mental que le ordena intervenir con energía. El amarillo, es el razonamiento de los hechos. El verde claro, se produjo cuando tuvo temor de que se repitieran los golpes en su presencia, y ahora, mira el verde un poco oscuro, es la simpatía que de él se desprende hacia ambos contrincantes."
Efectivamente, el policía daba palmadas en los hombros de los rijosos diciendo:
"- ¡Ya está bien, ya está bien! Cada cual a su casa y aquí no ha pasado nada."
Después de este interesante escenario, los tres observadores entraron en una taberna vulgar, donde la mayoría de los concurrentes estaban en estado de ebriedad. Allí, los pensamientos carecían de forma definida y tenían el tinte rojo sangre manchado de negro, o negro absoluto. El guía dijo:
"-Observa que la claridad del razonamiento se identifica por la limpieza delas líneas. Esos tres que están en el mostrador hablan de problemas de trabajo; sin embargo, sus pensamientos son sólo nubes deformes que nada dicen; en cambio si esos

mismos problemas los razona un ingeniero en su estudio, entonces adquieren una forma de líneas finas y perfectas. ¿Ves por qué de una taberna no pueden nunca salir grandes ideas?"

Tarquino escuchaba sin dejar de observar que cada vez que alguno de los bebedores decía salud, las aureolas rojas oscuras tomaban la forma de ganchos, que saliendo de la cabeza iban hasta la copa, llegando antes que la maño.

En un rincón discutían dos tipos completamente ebrios. De uno de ellos se desprendía una figura gris tendiendo al café, en forma de roca, y permanecía casi sin modificación, a pesar de estar moviendo la cabeza en asentimiento a todo lo que el otro decía de si mismo sin descanso. El que hablaba, tenía alrededor de la cabeza un disco de color anaranjado y amarillento; todo él sucio, oscurecido, del que salían lenguas como llamas que se alargaban no mucho y retomaban formando parte del disco que se ondulaba ligeramente en toda su constitución, dando la sensación de una substancia gelatinosa o de humo muy pesado. Estos movimientos hacían pensar en las volutas fantasmagóricas de las llamas de leña que arde en las patas de una araña horrible. El guía explicó:

"-Ese está diciendo que no hay nadie mejor que él, y lo cree tanto, que se encierra como una ostra en si mismo, hasta el grado de olvidar que existe su exterior; es decir, es un ególatra, un gran egoísta, exacerbado este sentimiento por el alcohol. En cambio el otro, véanlo ustedes, ha descendido al grado de la animalidad: no piensa en nada, ni entiende nada, ni sabe nada. Su pensamiento parece que se ha petrificado. Observen que casi no se mueve.

"- ¿Por qué dijiste que ha descendido al grado de la animalidad?" -interrogó Tarquino.

"-Porque cuando ustedes observen a los animales, encontrarán que en el promedio de ellos se produce sobre sus cabezas una forma apenas notable de color gris oscuro. En el caso de los anímales inteligentes y domesticados como los caballos de carrera, o los perros, esa nubecilla se levanta un poquito más de las cabezas; pero siempre del mismo o muy parecido color e invariablemente deforme, como una roca. En algunos casos, muy particularmente tratándose de perros, al ver al amo, la nubecilla tiende a tomar la forma de una silueta de hombre. Cuando más pobres son los pensamientos de una persona, más se asemejan a los de ese borracho que está en el mostrador con su pensamiento petrificado, sin cambios notables, ni en el color ni en la forma. Por eso dije que se acercaba a la animalidad, y eso equivale a renunciar al origen divino que tiene el ser humano."

En el extremo opuesto del mostrador empezó una reyerta, y otra vez, como había ocurrido en la calle, de las cabezas de los contendientes brotaron los colores ya dichos como si fueran dagas de odio, ganchos rojizos y líneas quebradas como rayos de color de carne podrida.

El guía iba explicando simultáneamente los hechos:

"-Miren el cantinero que de un brinco traspasa el mostrador para evitar el pleito. Lleva el color morado claro que tiende al rojo manchado. Es que primero sintió la sorpresa natural, luego el miedo a las consecuencias, y por último, lo ha dominado la cólera. Para él, lo ideal es que los hombres se emborrachen sin límite, hasta ahogarse; pero sin armar alboroto. El cantinero desea que sus parroquianos tengan

un pensamiento petrificado como aquél, mírenlo, y para lograrlo, cuida de que los bebedores no dejen de beber. Si fuera cierto que Dios se ofende, tendríamos que admitir que quienes más lo ofenden son los cantineros y los protectores de vicios, puesto que ellos hacen todo lo que pueden por degradar al hombre, por embrutecerlo, para que retorne a su época más primitiva."

Efectivamente, sobre la cabeza del borracho continuaba la nubecilla sin forma, mientras que seguía diciendo "sí" a todo cuanto escuchaba, a la vez que hacía esfuerzos inauditos por mantener abiertos los ojos. El guía hizo un ademán y salieron a la calle. Esta vez habló Agustín preguntando:

"- ¿A dónde vamos ahora?

"-A un templo" -fue la contestación.

No necesitaron caminar mucho, pues allí cerca habla uno. Entraron y se dieron a observar silenciosamente una por una, todas las personas que estaban rezando, o aparentando rezar. Por este medio, resultaba sumamente sencillo comprobar quiénes lo hacían con devoción y quiénes no; los que iban solamente por ostentación y los que pretendían engañar con oraciones absurdas, dichas maquinalmente, mientras sus pensamientos estaban imbuidos de lujuria o de avaricia. Así, también el morado claro que abundaba mucho, denunciaba a quienes iban a pedir ayuda para resolver algún problema moral, alguna situación económica, en fin, denunciaba a los que estaban allí exclusivamente en plan de queja, de lamento y de ruego.

El guía explicó:

"-El día que una mayoría de personas pueda ver normalmente este fenómeno, la gente tendrá que ser buena a la fuerza, pues la hipocresía, el crimen y todo lo que en el hombre es negativo, se denunciará por sí mismo.

"-Esto me sugiere una idea, maestro. ¿No podrá fotografiarse? Eso sería de gran valor en las investigaciones" -dijo Tarquino.

"-Sí, a eso se llegará y no falta mucho."

En casi todas las personas se apreciaba el color azul, más o menos intenso, cambiando sólo la forma, que se manifestaba como una llamita de vela; en otras como un disco, o como un cono cuyo vértice apuntaba al cielo. El maestro volvió a explicar:

"-La devoción se manifiesta por el color azul. Cuando más puro es el azul, más se eleva espiritualmente la persona. La claridad del concepto que el creyente tiene respeto de Dios o de los personajes a quienes reza, se manifiesta, como en todos los casos, por las líneas, perfectas. Pondremos por ejemplo a esa señora que está en el reclinatorio volviendo la cabeza con frecuencia, ¿qué le observan?"

Esta vez fue Agustín quien contestó rápidamente:

"-Sobre su cabeza flota intermitentemente una nubecilla o llamita, azul sin sostenerse con forma definida, cambiando frecuentemente de color, ¿ves tú también, Tarquino?" -interrogó el guía.

"-Sí, maestro, perfectamente, y creo que hasta yo puedo interpretar el porqué de esos cambios de color.

"-A ver, a ver, ¿qué es lo que opinas?

"-Pues que está rezando maquinalmente y cualquier cosa la distrae. Por ejemplo, si

ve a alguien a quien odia o envidia, el azul cambia a negro, anaranjado o rojo.
“- ¿Qué interpretaste cuando se tiñó de verde? ¡Mira, volvió a verse el destello verde!
“-Creo que entró en su visual alguien a quien ella estima.
“- ¡Exacto! Ahora veamos aquella anciana de la pequeña llamita sobre su cabeza. ¿Cuál es tu interpretación?
“-Supongo que en ella existe la fe, pero su oración no es muy ferviente.
“-Muy cierto -interrumpió el maestro-; es de las personas que creen que con recitar diariamente alguna oración, están bien con Dios para el día de su muerte. Acerquémonos un poco; allí hay una figura que quiero que interpreten.”
Avanzaron hasta un anciano miserable y sucio a pesar de vestir casimir. El sufrimiento estaba pintado en su rostro. Todo él estaba matizado de azul pálido, y este color aureolaba hasta muy arriba de su cabeza perfectamente definido como un cono, cuya punta se dirigía al cielo. El color, en general, era limpio y solamente por fugaces instantes cambiaba al lila manchado para volver al azul. El guía interrogó a los dos discípulos:
“- ¿Pueden leer lo que expresa esa figura?”
Ellos se miraron uno al otro y movieron negativamente la cabeza. Tarquino interrogó:
“- ¿quiere decir el cono?
“-Es el equivalente de los ganchos que vimos en el escaparate. El trata de allegarse las fuerzas astrales y se prolongaría mucho más ese cono si tuviera algunos conocimientos sobre la materia. Lo reducido de su mentalidad al respecto, se comprueba por el menguado tamaño del cono; es decir, que él quiere atraer las fuerzas exteriores, y, sin embargo, les cierra el paso.
"-No comprendo bien a idea" expresó Agustín.
"-Es muy sencillo: En todas las cosas mundanas se producen ganchos, porque es la reproducción de la figura que daría una maño al estirarse y apoderarse de un objeto; pero como a nadie se le ocurriría tratar de tener entre sus maños la gloria o como se le quiera llamar a la fuerza exterior que se desea alcanzar, entonces se producen figuras hacia arriba, como dequien quisiera escarbar en el firmamento. Cuanto más pequeña es la figura, más reducido es el concepto que se tiene de ese poder que se pretende. Todos piensan en Dios; pero una prueba de la confusión que existe, son esas figuras vacilantes que tratan de elevarse hasta El, y hay veces que se produce una especie de cilindro prolongado hacia el infinito. Quien así modela su pensamiento, es porque ya tiene nociones de las ciencias ocultas, y sabe que por ese canal, abierto en su parte superior, pueden descender las fuerzas que desea. Una persona así, tiene un concepto mucho más amplio de lo que es Dios, el Universo, y las fuerzas astrales. Busquemos hacia aquel lado a ver si encontramos algo importante.”
Recorrieron el templo hasta llegar a una mujer que vendía pan y reliquias. Cerca estaba un hombre arreglando un santo. Era el sacristán que cambiaba palabras discretamente con la mujer. El guía instruyó:
“- ¡Acérquense para que mejor observen!”
Agustín y Tarquino sonrieron. Sobre la cabeza de la mujer flotaba una nube rojiza

punteada de negro y café, que a veces se prolongaba hasta cerca del hombre, de quien salían varios ganchos del mismo color aproximadamente y que llegaban hasta la mujer. El guía comentó:
"-Aquí tienen ustedes la hipocresía viviente. Pueden ser personas sinceras quienes vienen al templo en busca de Dios; pero no quienes viven en y del templo, por lo cual suponen estarse codeando con Dios. Salgamos, que aquí ya nada tenemos que hacer. Ya ven ustedes si las oraciones escritas podrán tener algún valor particular en la sensibilidad universal; ¿qué Importa lo que los labios digan, cuando se puede penetrar en la verdad del pensamiento?"
Saliendo por una puerta lateral tomaron camino hacia espaldas de la basílica, subiendo por el cerro a donde hay un bien cuidado cementerio.
Cuando ya deambulaban entre los monumentos funerarios, el guía dijo irónicamente:
"-Ahora pueden ustedes comprobar si a los espíritus agrada rondar a sus antiguos cuerpos difuntos. Y hablo en plural, porque habrá seguramente espíritus con más de un cuerpo sepultado en un mismo cementerio."
Tarquino observó que solamente muy de vez en cuando, cerca de una tumba o paseándose, había algún espíritu. En general eran tan pocos los desencarnados, que con toda seguridad había allí mucha mayor cantidad de personas encarnadas que de espíritus, a pesar de ser día entre semana, y por lo tanto, poco concurrido el lugar. Agustín interrogó:
"- ¿Qué motivo detiene a los espíritus cerca de su tumba y qué es lo que los aleja?
"-Los detiene su estado de turbación y su afecto o afinidad a la materia que les sirvió de envoltura durante años. Los aleja su afecto y afinidad con otros seres, sean éstos de su familia o no. Un avaro, apenas desencarne, volverá al lado de su tesoro; un padre amoroso, tratará de permanecer junto a sus hijos; un criminal, visitará los centros de vicio; un estudioso, procurará entender lo que le ha sucedido, y una persona con nociones de espiritismo luchará por obtener lucidez. Ya ven ustedes que nada de esto puede ocurrir dentro de un cementerio."
Al ir caminando llegaron al lado de una mujer, aparentemente viuda, que acomodaba flores sobre una tumba. De su cabeza subía una nube morada lila, en algunos lugares estrangulada por franjas amarillas y rosas. Tarquino interrogó:
"- ¿Cuál puede ser la interpretación que se dé a esa nube tan deforme, de líneas poco definidas?"
El guía le contestó:
"-El color expresa la tremenda depresión que la agobia y la forma indefinida y variante nos demuestra que no tiene un concepto claro de lo que es la muerte; es decir, que no sabe a dónde ha ido su ser querido. Quizá no era tan malo como para ir al infierno ni tan bueno como para que esté en la gloria.
¿Habrá podido acercarse siquiera un poco a Dios? ¡Ese es en verdad su pensamiento!"
Cambiaron su lugar acercándose a una inhumación. Sobre la cabeza de uno de los presentes se dibujaba una estrella de cinco puntas perfectamente definida sobre un disco de color oro. De un caballero se desprendía una estrella como la llamada de Jacob, o sea de seis puntas: dos triángulos entrelazados de color totalmente azul

limpio. De una señora salía un cono azul muy parecido al que habían visto en el interior del templo; pero tan alargado hacia arriba, que no se le distinguía el ex tremo superior de donde bajaba otro cono invertido que bañaba al primero. Este último era de color verde oscuro; pero limpio, y su forma parecía más bien una ráfaga de luz. El guía explicó:

"-Estas dos personas deben pertenecer a algún grupo de estudios esotéricos. Sus conceptos, en relación con la muerte, son muy avanzados. Los que tienen sobre sus cabezas las estrellas, están pensando en el Creador, que se representa como algo tan sabio como inalcanzable. La señora del cono azul es seguramente la que mejor está aprovechando el momento en beneficio propio y extraño. Ella eleva su cono hacia las fuerzas astrales sin llegar a cerrar en punta, y de las fuerzas astrales descienden influencias que ustedes ven y que no solamente la bañan a ella, sino también a los más cercanos. No veo por aquí al espíritu de ese cuerpo convertido en cadáver; pero si estuviera, recibiría gran beneficio, se fortalecería y podría subir con facilidad por esa ráfaga hasta sus guías. La ascensión por la ráfaga significa desligarse de todo contacto con la tierra y, por lo tanto, adquirir rápidamente conciencia de su nuevo estado. Esa mujer debe ser alguien muy cercano al difunto, y ya ven ustedes, sin llorarle, sin aspavientos, apoyada en sus conocimientos y, naturalmente, con un fuerte desgaste psíquico, está atrayendo hacia si esas fuerzas que, desgraciadamente, el más interesado no aprovecha. Este es el fenómeno producido cuando los "iniciados" y los profetas se ponían en contacto con las fuerza superiores, lo que se produce cuando un hombre sinceramente siente dentro de sí palpitar aquella máxima de ama a tu hermano, es decir, cuando es capaz de cobijarlo con esas fuerzas astrales tan benéficas.

"- ¿Quieres explicarme, maestro, qué es eso de fuerzas astrales?" -interrogó Tarquino.

"-Estas excursiones son los primeros pasos de algo muy importante que hemos pensado mostrarte; no te daremos grandes explicaciones, debes conformarte con saber que las fuerza astrales y la solidaridad universal son la mismo cosa, y que ésta última se produce por los espíritus, o sea que éstos se unen por el amor. El hombre que ama a su hermano, está vibrando al unísono con todas las humanidades que así piensan, y, por lo tanto, pasa a formar parte de ese enorme ejército. El hombre que piensa contrariamente al interés universal está encastillado en si mismo, aislándose de los demás. ¿Te acuerdas del individuo que en la taberna hablaba nada más de sí mismo? Pues eso es: reduce el individuo su ambiente, tanto, que acaba por sentirse solo y abandonado. Bien: ahora ya tienen ustedes y particularmente tú, Tarquino, nociones generales de lo que son estos fenómenos. Si quieres ampliar tus conocimientos, investiga por tu cuenta.

"-Gracias, maestro, pero dime: ¿Por qué no se ven esos colores y figuras con los ojos de la carne?

"- ¿Que no se ven? ¡Estás en un error! Los ven muchos y otros tantos los sospechan. Cada día hay más personas que creen adivinar la intención de alguien; y es más: que empiezan a percibir e interpretar al menos las vibraciones más intensas del fenómeno. Tú sabes que hay colores después del rojo y también después del violeta que no los distingue el ojo huma no, y que, sin embargo, ya nadie se atrevería a

negar. Pues bien a este tipo de vibraciones que produce el color es al que pertenecen éstos, que muy pronto aparatos mecánicos empezarán a registrar, como antes te dije. Y ahora viene algo importante: la mezcla de los colores que se desprenden de los espíritus que habitan un mundo, lo mismo encarnados que desencarnados, da un promedio de color que representa la pasión dominante en ese mundo. Por lo tanto, a los observadores dejamos, ese color les expresa el grado de progreso del planeta de que se trate. Cuando esto lo sabe una Humanidad, su aguijón es cambiar de bandera, y cuando no lo sabe, sencillamente, nada le importa, como el pirata que se siente satisfecho al enarbolar una bandera negra con el símbolo de la muerte en el centro."

El guía hizo una pausa y continuó:

"-Ahora es fácil para ustedes comprender ciertos fenómenos como es el llamado de la transmisión del pensamiento, o sea la facultad que una persona tiene de saber dirigir sus pensamientos, y otra de saberlos percibir. En el primero de los casos, es un aparato transmisor, y en el segundo, es un receptor."

Tarquino interrogó al guía:

"- ¿Y hay probabilidades de que la transmisión del pensamiento se generalice?

"-Naturalmente, puesto que forma parte del programa del mundo. Ya en la actualidad son poquísimas las personas que no perciben la transmisión del pensamiento, y aunque de manera defectuosa, hay una inmensa mayoría que en forma natural y espontánea lo hace a diario. Toma como ejemplo el caso de un orador. ¿No es verdad que hay personas que se adelantan en la captación de sus palabras?

"-Muy cierto, maestro" -aseguró Tarquino.

"-Generalmente se cree que un auditorio se entera de los discursos exclusivamente por las palabras y eso es falso. La verdad es que por el oído no entra en la mente más de un 10% o, cuando mucho, un 20% de lo que rodea a la persona, llegando un 70% por la vista y el resto por los otros sentidos. Pero este 100% que entra por los sentidos físicos, sólo es bastante para captar la atención y ocupar el entendimiento, pero no para arrastrar al espectador a una reacción emocional, pues para eso se necesita que el orador sepa emitir vibraciones mentales y que el espectador tenga capacidad para recibirlas. ¿Me han entendido?" -preguntó el guía.

Los oyentes asintieron con la cabeza y el guía continuó de esta manera:

"-Todo lo explicado es la razón de que los discursos y hasta las enseñanzas por la radio, sean tan poco eficaces y que haya un poco de mejor resultado por la televisión. En fin, las vibraciones audibles sólo sirven para captar la atención y complementar las ideas emitidas como vibración mental, de manera que quienes no han sido capaces de percibir esas vibraciones mentales, simplemente no entenderán el discurso.

"-Ya entiendo, ya entiendo" -aseguro Tarquino interrumpiendo al maestro, quien continuó:

"-Generalmente, al tratarse de oradores, se dice de unos que tienen magnetismo y que otros no lo tienen, de donde resulta que los primeros logran captar la atención del público y los segundos, no. Lo que en verdad ocurre en el primer caso es, que las vibraciones mentales son dirigidas con tal fuerza y control, que logran penetrar

hasta lo más íntimo de los oyentes, quienes por esta razón se sienten impulsados a la acción. Es el caso de las personas que saben cómo hacer descender ayuda de los planos superiores y las que no lo saben. Es también el caso de los sordomudos, que se entienden más por la transmisión del pensamiento que por la mímica. Por hoy, ha concluido nuestro paseo" -afirmó el guía.
"-Me despido deseando que progreses" -dijo Agustín.
"- ¿Qué quieres decir? ¿Que te despides?
"-Si me despido, porque probablemente no nos volvamos a ver, pues me he trazado una nueva tarea en el mundo y próximamente me encontrarás de nuevo encarnado en la Tierra; así, pues, hasta la vista."
Tarquino interrumpió:
"---Hace tiempo quiero hacerte una pregunta, tonta si así la quieres llamar.
"-Di, te escucho" -aseguró Agustín.
"- ¿Cuáles son ahora tus sentimientos hacia Luisa?"
Agustín sonrió pensativo y contestó lentamente:
"-Ya están lejos muchas de mis pasiones, y sólo me queda amor y gratitud para mi hermano y Luisa; por eso voy a encarnar como hijo de ellos. ¿Podría encontrar lugar mejor? ¡Escríbeles, y diles que a mi nuevo cuerpo le pongan por nombre Agustín! Y ahora... ¡hasta la vista!"
Sin más palabras, ambos espíritus se abrazaron fuertemente, y bajo la influencia de esta sensación, Tarquino volvió al estado de vigilia, teniendo los ojos llorosos.
Al recuperarse completamente, resolvió escribir la carta pedida por su amigo; pero debía hacerla con mucho cuidado, puesto que le iba a hablar a esa familia de cosas raras; les iba a pronosticar que en un año tendrían un hijo y que era voluntad del espíritu de ese hijo que se le pusiera por nombre Agustín.
Y como era su costumbre en estos casos, antes de volver a conciliar el sueño, siguió pensando largamente en todo lo que había visto y oído.

9
UNA CONFERENCIA INQUIETANTE

Los que son espiritistas de verdad, jamás se conforman con el fenómeno espírita, no importa a qué tipo pertenezca, sino que siempre están buscando la verdad, para lo cual se valen de libros, lecturas, conferencias, etc., y en este sentido, don Rodrigo era incansable, pues procuraba que los adeptos a su grupo estuvieran siempre recibiendo nuevas enseñanzas. A esto se debe que en ese lugar hubiera frecuentes conferencias, a veces en oposición unas respecto de las otras y frecuentemente de tema distinto al espiritismo.
Unas semanas antes dio una conferencia un hindú. Habló de filosofía y de religión oriental afirmando que la India es el baluarte inexpugnable del movimiento espiritual en el mundo; que el día que la India caiga bajo la influencia del materialismo, la humanidad estará perdida para siempre. Al hablar así, puso un sinnúmero de ejemplos con los que intentó demostrar la existencia de Dios, del alma y del espíritu; pero la verdad según los posteriores comentarios en el público, sus conceptos

resultaron verdaderamente pobres, es decir, carentes de la fuerza que tendría una verdadera filosofía.

Hubo otra conferencia, esta vez a cargo de un escritor mexicano, quien recientemente había visitado la India. Esto hizo que desde temprana hora empezara a llegar el público entre el que estaba Tarquino.

Con puntualidad y una vez pasadas las presentaciones, el escritor, hablando con aplomo y sinceridad, empezó así:

"Ya ustedes me han escuchado veces anteriores, de manera que saben cual es mi ideología, o sea, que no soy enemigo del movimiento espiritual, antes por el contrario, intento reforzar lo. Así, pues, mis actuales conceptos sobre la India son absoluta mente producto de una cuidadosa observación de la Vida social y política de ese pueblo. A consecuencia de las preguntas que en otros lugares me han hecho alrededor del tema, ahora traigo mi exposición condensadamente escrita, para que los asistentes puedan tomar notas e interrumpir cuando lo deseen. Empecemos.

"1. -Por el fruto conoceréis el árbol, dice la parábola bíblica. Significa que el nivel social y político en que se desenvuelve un pueblo, revelará su progreso en todos los aspectos.

"2. -Partiendo de la anterior premisa, tenemos que confesar que en la India se vive muy mal. La pobreza es endémica. La miseria es lo normal. La suciedad, la mugre y la haraganería es lo que priva como forma normal de vida en muy alto porcentaje de la población. El resultado normal son las enfermedades epidémicas. El cólera, la fiebre amarilla, la disentería, la viruela, el cáncer y la lepra son enfermedades comunes sin que nada o muy poco se haga por combatirlas, entre otras razones, porque el gobierno carece de los presupuestos apropiados para ello. Por otra parte, entre el público se cree que esos males son enviados por el cielo para poner a prueba a los seres humanos y que, por lo tanto, no debe haber lucha, sino resignación.

"3. -A ese país podríamos llamarlo en justicia, El país de los sentados. Si, porque el 90% de la población vive sentada en 'posición de loto'. Los comerciantes ponen un pedazo de alfombra sobre una pequeña tarima y se rodean de todas sus mercaderías para que queden al alcance de la mano, y son tan haraganes, que lo que no pueden alcanzar sin dejar de estar sentados, no lo venden, así, pues, cambian de esa posición sólo para acostarse a dormir.

"4. -Muy frecuentemente, seres humanos mueren de hambre en la calle. La cantidad de limosneros que exigen se les dé dinero, es algo atormentador para el visitante que se apresura a ver lo que haya que ver para abandonar el país cuanto antes. La desnudez, disimulada con telas de lo más corriente y sucio, se puede decir que es completa.

"5. -La adoración a toda clase de fetiches revela un estado mental carente de calidad pensante. Lo primero para todo el mundo es la oración que dura cuanto tiempo el hombre está despierto. ¿Y para qué ora tanto? ¡Para que Dios les dé dinero, casa, comida, vestido, y en fin, todo aquello que los occidentales acostumbran obtener por medio del trabajo!

"6. -Es enorme la cantidad de gente sentada que vive de las limosnas de los creyentes a la entrada de los templos. Estos sentados frotan florecillas a los pies de

las estatuas, que, naturalmente, están al alcance de su maño y las entregaran a los creyentes a cambio de monedas. Cada estatua es un dios y nadie se pone a razonar sobre el caso.

"7. -Los lugares más concurridos son los templos, malolientes hasta lo increíble. Hay que quitarse los zapatos para caminar en el interior, lo cual es muy peligroso por los escupitajos que los 'creyentes' han arrojado. Estos escupitajos son fáciles de identificar, porque todo el mundo gusta de mascar una substancia roja, así que muros y pisos por todas partes están manchados de rojo.

"8. -La miseria moral, mental, política y económica son verdaderamente lamentables. Naturalmente, mucho de esto es culpa de los ingleses, quienes dominaron ese país desde 1877 hasta pasada la segunda guerra mundial. Los ingleses, en vez de intentar ayudar a levantarse a ese pueblo, por el contrario, procuraron el fanatismo religioso y la división política, ayudando a la creación de castas que se multiplicaron hasta lo increíble. Estas castas o capas sociales son un constante motivo de fricciones de toda índole, de discriminaciones y de injusticias.

"9. -Es poco lo que se puede señalar como creación propia del pueblo de la India. Esto se debe a que ha sido desde siempre tierra de invasión. Por allí han pasado en capacidad de conquistadores: dravidianos, tibetanos, mongoles, arios, hebreos, armenios, chinos, malayos, asirio-caldeos, fenicios, ingleses, franceses, holandeses, portugueses, etc. Como es fácil imaginar, cada una de las razas dejó su propia influencia, de ahí que los monumentos, los edificios en general, no registran gran antigüedad y por otra parte que manifiesten culturas diversas.

"10. -Es hasta muy recientemente que el pueblo indio ha empezado a liberarse de estas pesadas cadenas a consecuencia de que el actual gobierno es progresista y está haciendo que en las escuelas se intente acabar con la mitología. Entre la gente culta de la India, superar el brahmanismo y demás mitologías es una necesidad urgente.

"11. -Frente a este tétrico panorama, está la riqueza exuberante y fantástica de los privilegiados, de los poderosos, quienes al amparo de los ingleses acumularon fortunas gigantescas y llevan una vida de 'lujo oriental', mientras que en sus haciendas y propiedades, los pocos hombres que trabajan lo hacen en condiciones inferiores a la esclavitud, positivamente como bestias de carga. Allí también hay miseria mental, moral y espiritual. El esclavo vive resignado porque dice que está haciendo méritos para próximas encamaciones en las que le tocará vivir en las condiciones del potentado que ahora es su amo. Esta resignación, que en realidad es hija de la contemplación y abstracción en que gusta vivir el pueblo, es la causante del deplorable estado en que por tantos siglos ha vivido ese país.

"12. -El brahmanismo, con toda su idolatría, conceptos, rituales y liturgias fantásticas, viene desde mucho antes de Buda. Buda nació en la India y allí fundó el budismo como una forma de protestar y combatir la idolatría brahmánica. A consecuencia de la natural manera de ser de los indios, el budismo tomó auge, porque el indio se sugestiona fácilmente frente a la novedad, lo grandioso, fantástico y pueril; pero el budismo es una doctrina austera, activa y dinámica que no encajaba con la idiosincrasia del pueblo indio, por eso fue desapareciendo a la vez que resurgía el brahmanismo o hinduismo con toda su cauda de fetiches y fantasía. Hoy

en día son pocos los verdaderamente budistas.
“13. -No es ninguna exageración afirmar que ese pueblo está viviendo con un retraso de más de veinte siglos, y que lo que de allí salga con intenciones de enseñanza filosófica, por fuerza tiene que encontrarse a la altura de mentes mucho muy primitivas, adeptas a mitologías”.
Al llegar a este punto, se notó en la sala un malestar. El público hablaba en voz baja. Algunos hacían dengues de desagrado, mientras que otros sonreían con satisfacción.
El conferenciante hizo una pausa, luego afirmó:
“El malestar que ahora mismo estamos observando en la sala se debe a que las doctrinas orientalistas de origen indio han logrado algunos adeptos en Occidente. Entre estas personas abundan las que gustan de usar palabrejas raras, casi siempre sin entender lo que significan ni mucho menos conocer su etimología. Y la realidad es que esas doctrinas han hecho adeptos sólo desde el punto de vista mental y muy superficial, pues probablemente no se encuentre en todo México una sola persona que entienda y comulgue al mismo tiempo con la mitología brahmánica, o que al menos la acepte hasta el punto de practicarla, de adoptar y permanecer en actitud pasiva, expectante y de contemplación durante una existencia. Y es que en Occidente, tenemos un dicho vulgar que reza: Dios dice: Ayúdate, que yo te ayudaré. Y quienes gustan de vivir en la contemplación dicen: Si Dios me trajo al mundo, es El quien debe cuidar de mis necesidades.”
El orador continuaba en su exposición, no obstante que en la sala el malestar había crecido hasta manifestarse con fuertes voces
“En la época actual de las realizaciones científicas y de los cálculos, ya no es posible hablar del átomo ni de los sistemas estelares ni de las leyes naturales desde un punto de vista mecanicista. Así, pues, resulta verdaderamente ingenuo pretender demostrar la bondad de una religión y la existencia de Dios, por procedimientos mecanicistas, y hasta donde estoy enterado, la mayor parte de orientalistas recurren a este procedimiento.”
El conferenciante no estaba equivocado, pues exactamente fue esa la secuela que siguió el conferenciante hindú unas semanas antes durante su conferencia. El orador continuó imponiéndose al público:
“Ciertamente, para mentes poco preparadas, esos elementales ejemplos mecanicistas, resultan ‘lógicos’, y recuérdese aquel sofisma que dice: ‘lógico es todo lo que se entiende aunque no sea verdad’. Si, tienen la apariencia de verdad; pero no para la juventud estudiosa e investigadora que ya no se conforma con explicaciones simplistas, ni mucho menos para profesionales inteligentes.”
El conferenciante observó con calma el panorama, y en seguida dijo:
“Naturalmente, yo esperaba una reacción del público semejante a la que ya se manifiesta. Así, pues, prefiero continuar mi charla por el procedimiento de preguntas y respuestas. La asamblea tiene la palabra.”
Una señora de la concurrencia, nerviosa, sin poder hilvanar muy correctamente sus palabras, dijo:
“- Lo que oigo es de lo más sorprendente ¡Y siempre he creído que lo que queda de espiritualidad en el mundo se debe precisamente a la India! ¿Quiere usted decir que

la filosofía, comúnmente conocida como orientalista y que procede de la India no es buena?"
El orador, con toda calma contestó:
"-No he hecho semejante afirmación. Sin embargo, ocurre que de esa filosofía, los menos aprovechados son los indios. Seguramente muchas personas de la concurrencia saben que el budismo se levantó hace más de veinte siglos como una protesta del sentido común y del progreso en contra del brahmanismo que ya desde entonces se manifestaba decadente y anacrónico."
En la sala hubo varias afirmaciones en voz baja. El orador continuó:
"-Hagamos una poca de historia. La India, península del continente asiático, se llamó, muy en la Antigüedad: Indo o Sindhu. En la actualidad, quienes todo lo someten al encuadre religioso, afirman que el nombre se deriva de INDRA, que es uno de los dioses del brahmanismo. Sin embargo, está comprobado que el nombre original es de origen extranjero, así como lo son también los nombres de las diversas provincias. Con esto, estoy repitiendo que, en verdad, el país tiene muy poco que le sea propio."
Un señor de la sala interrumpió, preguntando:
"- ¿No es en la India donde nació el sánscrito y donde empieza el relato bíblico con Adán y Eva?
"-Sí -contestó el conferenciante-. Sí, al menos la primera parte de su pregunta, es decir, que el sánscrito nació en Bengala, aunque no se sabe con exactitud qué pueblo le dio vida. Del sánscrito se derivaron muchísimas lenguas de las que por lo menos 245 aún se hablan ampliamente. El bengalí o guare o hindi es probablemente la lengua más directa del sánscrito, al grado que se le conoce como 'sánscrito moderno', aunque, naturalmente, no es el sánscrito mismo ya que lo que de éste se conserva es de tipo religioso, como ocurre con el latín dentro del cristianismo. Estas muchas lenguas representan otros tantos grupos étnicos, de donde resultan muy serios problemas políticos, lo cual niega la probabilidad de que todo ese pueblo haya nacido de un solo tronco, que en este caso lo serían Adán y Eva. Sin embargo, debo advertir que en el Norte, más exacta mente, en Orisa, hasta hace muy pocos años, aún había tribus salvajes que usaban por todo vestido una hoja de planta, tal como se dice que lo hicieron Adán y Eva. Por otra parte, es de hacerse notar que es precisamente en la India donde menos se sabe del relato bíblico, o sea que se ignora la existencia de Adán y Eva. En cazo de haber existido estos personajes, habrán vivido unos 3000 años antes de Cristo, y lo curioso es que las huellas arqueológicas antiguas no llegan a esa época, sino cuando más, a unos 2500 años antes de la era actual, y está comprobado que desde la época más antigua ha sido Brahama y su religión quienes han imperado en toda la India."
Un joven de la sala pidió la palabra para preguntar:
"- ¿Qué es Brahama y qué es el brahmanismo?"
El orador contestó:
."-Brahama significa: alma universal. El brahmanismo o hinduismo dice que la misión del ser humano es volver al punto de su origen llamado Nirvana, que significa: 'aniquilamiento de sí mismo', o lo que es lo mismo, que el ser humano debe trabajar intensamente para algún día perder su personalidad y pasar por el aniquilamiento

para fundirse en Brahama. Pero para llegar a eso, el adepto tiene que pasar por un escalafón de divinidades místicas que finalmente le concederán el Nirvana. Algunas de las formas de llegar al Nirvana, y que por cierto son las más usadas, son la Meditación, la Contemplación y la Abstracción místicas. Esto explica la quietud, la inacción y el estancamiento de ese pueblo, mismo que supone que mientras que cumple con estos rituales, otros deben trabajar para procurarle lo necesario para vivir.

"- ¿Y qué nos puede usted decir del budismo?" -preguntó Tarquino.

"-El budismo -dijo el orador- es más dinámico, más activo y más austero. Les niega derecho de existencia a las múltiples divinidades y es, más que todo, un código de ética, de moral. El budismo enraizó en pueblos activos como el japonés el chino, mientras que fracasó entre los contempladores de la India. En la India hay muchos adeptos musulmanes como consecuencia de las muchas invasiones árabes que ha habido. Estos hombres son más activos, menos quietos y menos contemplativos, es decir, forman la parte activa del pueblo. Sin embargo, este movimiento no es muy fuerte, a consecuencia de la tendencia natural del nativo de la India que siente gran atracción y placer en seguir rituales místicos, esto, como consecuencia natural de las necesidades mentales y psíquicas del pueblo que exige dogmas vagos y sensuales pero que le produzcan admiración.

"- ¿Pero hay algo que compruebe lo que usted afirma?"-preguntó alguien de la sala.

"-Sí, naturalmente -contestó el conferenciante-. Todas las construcciones, templos o lo que sea que haya recibido alguna influencia mental y psicológica de los indios, revela un verdadero caos mental. En esas construcciones reina la fantasía más desbordante. El simbolismo llevado a la exageración, el dogma que parte de lo fabuloso, como, por ejemplo, el decir y creer que el río Ganges, en la Antigüedad tuvo su fuente de origen en el cielo y que de allí bajó, razón de que ahora sea sagrado. Estas concepciones ingenuas revelan mentes niñas, espíritus niños que a no salen de su primera edad, razón de que no se les pueda pedir razonamiento. Al visitar varios países, fácilmente se distingue cuáles son activos, dinámicos, que saben lo que quieren y hacia donde van, y cuáles viven en estado de somnolencia, sin rumbo ni programa, sin siquiera en tender lo que los rodea. India es uno de estos pueblos somnolientos que vive soñando, sentado, dormido."

La señora que en un principio pidió la palabra, esta vez volvió a hacer uso de ella para decir:

"-Sin embargo, después de lo dicho, yo sigo creyendo que la unidad religiosa que la humanidad necesita en estos momentos, está precisamente en la India y que ese país irradia al mundo espiritualidad sin la que el ser humano no podrá guiar sus pasos correctamente. Si la India sucumbe ante el materialismo, no sé qué irá a suceder en el mundo."

El orador había escuchado pacientemente y cuando la interventora terminó, él dijo:

"-Verdaderamente lamento no estar conforme con ese concepto. Y lo lamento porque hace algún tiempo, yo pensaba de manera semejante; pero ahora puedo decir que la religión o el concepto religioso o la actividad religiosa que en algunos pueblos ha dado cierta unidad, cierta cohesión, en la India ha servido precisamente de elemento de disolución, es decir, que disgrega al pueblo de manera tan definitiva,

que hasta hoy en día no ha podido superar este serio obstáculo. El fenómeno se ex plica cuando vemos que debido a lo primitivo de esa mentalidad, acepta toda clase de divinidades a las que hace intervenir en lo más mínimo y hasta grosero de la vida sometiéndolo todo a lo sobrenatural. El brahmanismo absorbe a todos los dioses sin dificultad y el creyente no se muestra exigente a tal o cual dios, pues está dispuesto a adorarle y ofrendarle sin importarle el nombre o lo que representa. Sin embargo, existen numerosas sectas de fanáticos que quieren llevar al extremo sus creencias y que proyectan su actividad hacia lo político, combinación explosiva que ha dado como resultado frecuentísimos crímenes, divisiones de regiones, divisiones sociales en castas que se aborrecen entre si"

El orador hizo una pausa mientras que buscaba con la vista a la señora que antes había hablado. Dirigiéndose a ella dijo:

"-Seguramente usted ha leído diversos libros procedentes de autores de la India, ¿no es verdad?

"-Sí -contestó ella-, particularmente a Ramacharaka.

"-Muy bien. Ahora, dígame: ¿Cree usted que alguno de ellos merezca ser considerado como un dios?"

La señora pareció alarmarse, mientras que algunas personas del público sonreían. Ella contestó:

"-No, ni remotamente, por muy buenos como puedan ser, resultaría absurdo elevarlos a divinidades.

"- ¿Cree usted que, concretamente, Ramacharaka podría equipararse a Jesús, por ejemplo?

"- ¡No, no! Sus enseñanzas son muy bellas y útiles; pero no creo que puedan tener de ninguna manera una influencia tan definitiva como la tuvo la palabra de Cristo.

"-Pues, muy estimada hermana, en la India, Ramacharaka tiene ya su templo, sus sacerdotes y su ritual. Los creyentes van por florecitas previamente friccionadas en los pies de la estatua de bronce de Raniacharaka. Ha pasado a formar parte del panteón de los dioses de la India, y como él, otros autores modernos. Corno usted puede apreciar, la cosa es más seria de lo que a primera vista parece, pues ese pueblo tiene una propensión exagerada a adorar todo aquello que le asombra, sin discriminar lo bueno de lo malo, lo real de lo imaginario, lo ingenuo de lo inteligente. No quiero terminar esta charla, sin señalar el hecho histórico ocurrido en 1857 con el coronel Nicholson, quien estando aún vivo y con mando de tropas, se le convirtió en deidad a la que le construyeron su templo, liturgia, himnos, ropajes, etc. El coronel, molesto, no solamente prohibió tal adoración, sino que hasta castigó a muchos de los adoradores, lo que sirvió para estimular el fervor. Es decir, que si lleváramos de la ciudad de México todas las estatuas que tenemos a lo largo del Paseo de la Reforma, cada una de ellas en poco tiempo pasaría a ser una deidad con adoradores, rituales, milagros y dogmas. La conclusión lógica en este caso es: ¿Podemos creer que la India sea efectivamente un faro luminoso de la espiritualidad?"

En el fondo de la sala se escucharon algunas voces que contestaron:

"- ¡No!"

El orador afirmó:

"-En verdad, es la India la que tiene mucho que aprender de Occidente, y al hablar de Occidente, hablo también de nosotros, México."
El orador, continuó:
"-Condeno los extremos. Seguramente que tan malo es el materialista recalcitrante, como el fanático intransigente. Entonces, lo indispensable es encontrar el justo medio, o sea la espiritualidad; pero como consecuencia de razonamiento, de conocimientos, de estudio y de trabajo, no resultante de actitud pasiva e inútil. Para terminar, contaré a ustedes un hecho. El profesor Elpidio López, quien envejeció en el trabajo de enseñanza, es un astrónomo de nota. Cuando se intenta abordar el tema religioso y de Dios, él lo soslaya diciendo poco más o menos: 'Mi Dios es tan perfecto que no lo entiendo. Quien haya creado esa maravilla que es el Universo, ese es mi Dios, entonces, mi religión tiene que ser el estudio, única forma de llegar a comprenderlo'. Este sabio concepto, en otras palabras, significa que cada dios es del tamaño de la mentalidad que lo concibe. Una mentalidad rústica e impreparada, no puede presentarnos de ninguna manera a un Dios capaz de crear un Universo. Esto nos lleva a dudar de las religiones de la India, pues si fueron creadas hace 26 o 27 siglos, o quizá antes, es lógico suponer que partieron de conceptos elementales demasiado infantiles, y, por ello, absolutamente en desacuerdo con la época que vivimos."
Con esto el orador dio por terminada su conferencia, invitando a los asistentes para que si lo deseaban, allí mismo continuaran discutiendo el tema; pero ya en forma de mesa redonda.

10
¡AL FIN!

LLegó el instante memorable. Era domingo y en vez de salir de paseo, Tarquino se dedicó a estudiar con positivo interés, tratando de comprender lo que hasta entonces le había ocurrido. Fue tal su excitación, que se pasó el día casi sin alimento. Al fin, agotado por el cansancio, vio cómo el día se disolvía y las sombras envolvían su alcoba. Reflexionó:
- ¿Por qué no ir de una vez a salir de dudas? Ir a ver es mejor que seguir oyendo a unos que afirman y a otros que niegan.
Se concentró, deteniendo a veces la respiración para aumentar su propio magnetismo, y pidió a las fuerzas que mueven y rigen a la Creación, a los maestros de la cosmogonía, como se decía en el centro espírita, que lo ayudaran en el intento. Tarquino trataba ahora de elevar su cono y bañarse en efluvios como lo había visto en las formas del pensamiento.
Hubo un momento en que entró en quietud absoluta, y como por encanto, desapareció el cansancio, recobró la lucidez y se sintió ligero. Su primera sensación fue la de que flotaba en el espacio, sin que esto le preocupara, pareciéndole la cosa más natural, aunque no dejó de sorprenderle que, sin saber lo que le sostenía, podía ver los techos de su casa y los de los vecinos, y los solares cercanos, y las campiñas lejanas.

Tanta era su alegría por aquella maravillosa libertad, que olvidó sus propósitos, y sólo pensaba en disfrutarla; pero una voz le llamó la atención:
--Muy alegre te sientes ¿verdad?
Se detuvo sorprendido, flotando siempre, y vio cerca de él a un individuo de aspecto respetable, que le pareció un profesor de escuela, o un médico viejo, de esos que con el rostro inspiran la confianza que el paciente necesita. Le pareció que lo rodeaba una aureola ligeramente rosada. Toda su persona era severa y amable a la vez. Vestía ropa corriente de la moda europea de fines del siglo XIX.
- ¿Ya olvidaste tu propósito? -dijo el aparecido.
-No, no lo he olvidado y me alegra encontrar alguien a quien consultar -afirmó Tarquino.
- ¿Que es lo que quieres preguntar?
-Deseo saber cómo ir a una de esas estrellas.
- ¿Tienes idea de lo que son esos puntitos luminosos?
-Son astros y planetas, según creo.
- ¿Conoces sus dimensiones?
-Tomando como punto de comparación la Tierra, algo comprendo.
- ¿Acaso eres de los que creen que esa maravilla, que toda esa grandeza ha sido creada para que algunos poetas la canten como fondo de un amor más o menos puro?
-No sé qué pensar, maestro.
-Pronto saldrás de tu error, y de eso me encargaré yo, te lo prometo. Mira, de todos esos puntitos luminosos que ves y otros muchos que no ves ni verías aunque vivieras un millón de años, no hay uno solo que no esté cumpliendo una alta misión. La mayor parte están habitados. Algunos, como la Luna, lo estuvieron cuando formaban parte del mundo, y otros, en fin, s mundos en preparación, donde se fundarán nuevas humanidades.
-Ardo en impaciencia por conocer estos mundos. ¿Puedo escoger a dónde ir? -dijo Tarquino emocionado.
-Tanto cómo eso no es posible.
- ¿Por qué no? ¿Por la distancia?
-No es posible, porque un espíritu no puede penetrar en un mundo cuyo progreso no esté en relación con su mentalidad. Es claro que se tolera alguna diferencia, pero siempre que no sea demasiada.
-No entiendo -dijo el original turista.
-Es fácil de explicar. Si convives en una aula donde se enseñan cosas que comprendes, te sentirás en tu elemento. Pero si asistes a una conferencia de catedráticos, donde se habla de altas matemáticas o cosas por el estilo, te sentirás tan fuera de tu ambiente, que te saldrías, sin que nadie te lo pidiera.
-Es verdad. Ya comprendo. ¿Hay habitantes en el Sol?
-dijo precipitadamente el aspirante a viajero.
-Si los hay.
-Pues allí desearía ir -dijo con voz firme.
-De nuestro sistema planetario, tal vez sea ése el único mundo donde no puedes entrar.

El neófito contestó con ironía no mal intencionada:
- ¿Qué lo impide? ¡Ya sé, el fuego que nos quemaría las alas!
-No te culpo de que así pienses; pero debes saber que en el Sol no hay tal fuego.
- ¿No? ¿A qué es debido entonces el calor y luz que de ese astro recibe la Tierra? -preguntó, esta vez sinceramente sorprendido.
-Ese mundo está habitado por grandes maestros y por eso no tienes cabida en él.
-No entiendo -dijo confuso.
-Hay muchas cosas que la humanidad no entiende ni entenderá mientras tenga como norma de sus actos no adentrarse en el secreto de cuanto nos rodea.
-Estando así las cosas, no seré yo quien pueda escoger adonde ir, sino que serás tú quien lo haga -replicó Tarquino, y el maestro le contestó con toda calma:
-Cierto; te llevaré a un mundo que tiene en su historia humana mucho parecido con la Tierra.
- ¿Está en nuestro sistema solar?
-Si; se llama Neptuno. Este mundo pasó hace ochenta y siete siglos terrestres, por los mismos días, tragedias y calamidades que vive ahora la Tierra. Los mismos odios, egoísmos y fronteras, las mismas guerras sangrientas, las mismas ambiciones. Pero, por fortuna para esa Humanidad, todo eso es sólo un mal recuerdo que tratan de retener sólo corno una lección de lo que no se debe hacer.
- ¡Según eso, ha progresado mucho! -dijo Tarquino.
-En cuanto una humanidad se decide a olvidar sus odios y ambiciones criminales, empieza su verdadero progreso y el desenvolvimiento es mayor y más veloz.
-Estoy ardiendo en impaciencia para conocerlo. ¡Vamos luego! -pidió el estudiante de lo raro.
-Si, pero sin mucha prisa. Hay cosas en el camino que quiero mostrarte -afirmó el guía.
Hasta ese momento Tarquino no se había dado cuenta de que estaba a muchos cientos de metros sobre la Tierra. Miro hacia abajo, o hacia arriba, que ya en el espacio es lo mismo, y tristemente se despidió de su hogar, que estaba perdido entre las sombras de la noche en el laberinto de arrugas del planeta.
- ¿Vamos? -dijo el amable maestro sacándolo de su contemplación.
-Vamos -contestó suspirando, como quien teme no volver.
En ese instante vio cómo la Tierra se alejaba a gran velocidad y muy pronto distinguió confusamente las sombras del continente americano, como si lo estuviera viendo en la esfera de su estudio.

11
UN VIAJE INSÓLITO

No parecían ser ellos quienes se alejaban sino el mundo que con rapidez se separaba de los viajeros. Habían salido de noche y tomado la dirección opuesta al Sol, de manera que en un principio, mientras estuvieron dentro del cono de sombra, el Sol no se veía; pero a la vista de Tarquino fue apareciendo un curioso fenómeno. A medida que se alejaban, a la Tierra se le iba formando una aureola luminosa más

notable a cada momento. Tarquino interrumpió el silencio de la observación para preguntar:
- ¿No es eso lo que se llama luz zodiacal?
-Ciertamente. ¿Sabes el porqué del fenómeno?
-No, maestro.
-Los rayos solares, en su viaje al infinito, chocan con la atmósfera de la Tierra y se quiebran en todas direcciones, produciendo ese resplandor que en el mundo se observa en noches tranquilas contra las montañas, o contra el horizonte. De allí nace la penumbra que impide que las noches sean totalmente obscuras.
- ¿Con eso quieres decir que el cono de sombra que se forma al anochecer no es completamente negro?
-Exactamente; pero siempre tratándose de la región afectada por la atmósfera, el resto es como todo el cosmos. Cuanto más te alejes de la Tierra, mayor será la oscuridad. Claro que, para comprobar esto, es menester que existan cuerpos que intercepten la luz. Observa que nosotros estamos ligeramente iluminados.
Efectivamente, ambos recibían luz directa que los iluminaba como lo haría la Luna en cuarto o poco más. La Tierra aparecía corno un disco negro contra el resplandor que se agrandaba a medida que se alejaban, pues el movimiento de avance se había iniciado de nuevo.
La silueta de la Tierra era perfecta, debido a una angosta cinta luminosa que había a su alrededor, efecto producido por el Sol que se encontraba detrás.
-Ya llegamos al vértice del cono, y ahora estarnos mucho más iluminados que antes. Dime, ¿qué piensas de cuanto has visto?
Tarquino guardó silencio mientras recorría con la vista esa maravilla de luz. El maestro lo dejó que observara a satisfacción. Al fin contestó:
-A pesar de ese halo luminoso tan intenso que se observa alrededor de la Tierra, se distinguen perfectamente las estrellas cercanas. ¿A qué se debe que la luz solar no las opaca?
- ¿Qué más observas?
-Ahora veo…, que de la Tierra se desprenden unas siluetas como si fueran lenguas veloces; algunas parecen ráfagas de fuego; cualquiera diría que está ardiendo...; y el disco negro, creo que va tomando una ligera coloración... Sí ese movimiento me sugiere las llamas de un incendio y la mezcla de colores que dan la sensación de que la Tierra cintila débil mente.
La acción de alejamiento de los viajeros volvió a tan gran velocidad, que en unos cuantos segundos la Tierra se empequeñeció, quedando sólo un puntito oscuro en el centro del enorme disco solar. La tristeza embargaba el alma del neófito, porque ahora temía saber la verdad. Todo aquello era tan grande en relación con su mundito, que éste le llegó a parecer ridículo. Volvieron a detenerse y Tarquino que no había dejado de observar el fenómeno, musitó:
- ¡Qué tristeza da cuando ve uno su casa tan pequeña! ¡Ahora me parece que la Tierra, en el espacio, no es más que un accidente! ¡Y pensar que un día se creyó sinceramente que era el centro, el eje del universo!
-Parece que te embarga la nostalgia, y si eso ocurre cuando empieza el viaje, no será lejos a donde puedas llegar. Volvamos al fenómeno. Dime, ¿cuáles son tus

observaciones?
Tarquino sacudió sus sentimientos y volvió a razonar:
-Veo que a pesar de la luz del Sol, las estrellas, pequeños discos de diversos colores, son fácilmente visibles cerca de él. El Sol es un disco perfectamente definido y a su alrededor, todo es de noche... ¡Qué raro! Diría que es un disco de papel azul..., sí, azul claro, contra un fondo negro. Y además, no es brillante como yo me lo imaginaba.
Tarquino hizo un silencio prolongado y continuó:
-Estamos completamente expuestos a la luz del Sol y, sin embargo, todo lo que nos rodea es como si estuviera fuera de mira; me basta volver un poco la cabeza, para dejar al Sol fuera de mi visual, y desde luego empiezo a ver las estrellas...
¡Qué raro es todo esto, nunca lo habría imaginado!
Al hablar, Tarquino se veía a sí mismo y a su guía. Ambos estaban iluminados de frente manifestando la tercera dimensión; pero había un límite que delineaba el perfil, que seguía el contorno del alma. Era una línea perfectamente marcada que parecía trazada con tinta china, y a partir de esa línea, hacía atrás, la oscuridad era completa.
-Observo -dijo el sorprendido neófito de la ciencia espírita - que tenemos una tercera dimensión, como cualquier cuerpo humano.
-Pues claro que sí. ¿Creías que éramos un cuerpo plaño o un hilo?
-No; pero eso me sugiere que somos también materia.
-Ciertamente que lo somos y a su tiempo se tratará ese punto. Por ahora, volvamos al fenómeno de la luz.
- ¿Por qué no existe en nosotros la penumbra? ¡Somos cuerpos tan pequeños que la luz debía abrasarnos e iluminar nos completamente! -dijo Tarquino.
El guía contestó sonriendo malicioso:
-Ahora te voy a contestar una pregunta anterior: Los rayos solares, no son ni luminosos ni calientes, la luz no es causa, es efecto.
- ¿No? -contestó Tarquino, grandemente sorprendido.
-No, son solamente rayos magnéticos.
- ¿Entonces qué es la luz manifestada por el rayo solar?
-Es la vibración de la materia afectada por esos rayos magnéticos. (Tengo que recurrir a ejemplos simples para que me comprendas.) Las partículas que flotan en la atmósfera, al sentir el magnetismo solar, vibran dándonos la sensación de luz. En nosotros no se produce la penumbra porque carecemos de atmósfera, y, por lo tanto, vibran solamente los rayos que nos tocan; los demás pasan de largo invisibles. Naturalmente, los rayos que nos están hiriendo, no son de la misma onda de los que ven los ojos humanos.
El guía hizo una pausa para continuar diciendo:
- ¿Recuerdas cuando vimos las formas del pensamiento?
-Sí, maestro, el pensamiento, según vimos entonces, es también luminoso, y las almas, según he visto como te veo a ti, también lo son.
-Todo eso es apariencia. La verdad es que nadie es luminoso.
Tarquino se paró en seco para observar al maestro y replicó:
-Pero tú así me lo has dicho, y yo así he creído verlo.

El guía sonrió amablemente y contestó:
-Comprenderás que no se pueden decir todas las cosas de una sola vez. Tenemos que ir por grados. Ahora ya sabes, por que lo estás comprobando, que los rayos solares son sólo magnéticos. También te puedo decir que las emisiones del pensamiento son magnéticas; y así como el rayo solar realiza un fenómeno físico que se manifiesta como luz, también el pensamiento produce idéntico fenómeno que es lo que has visto en ocasión anterior como forma del pensamiento. ¿Me has comprendido?
-Si, maestro, se van aclarando mis dudas.
-Me alegro, porque así comprenderás mejor lo que falta por mostrarte. Recuerdo que cuando se te dijo que la luz de los mundos, tratándose de luz propia y no reflejada es luz de los espíritus, te mostraste incrédulo; pero ahora, ya ves cuán fácil es comprender este fenómeno. Los espíritus no son más que chispas magnéticas nacidas del Creador, o centro vibratorio, que producen el fenómeno de luz según son las pasiones manifestadas por el alma. Si juntas todo ese magnetismo obtendrás una suma magnética, una suma de efectos físicos y, consecuentemente, una manifestación promediada de luz. ¿No te parece sencillo?
-Así como lo dices ahora me parece fácil de comprender -dijo Tarquino en actitud reflexiva.
-También has preguntado por qué a muy corta distancia del Sol puedes ver las estrellas, siendo que en la Tierra, de día, eso no es posible, y te lo voy a explicar. En la atmósfera de la Tierra, los rayos solares encuentran partículas que al vibrar producen y reproducen la luz, y son estas partículas las que impiden que se vean las estrellas. En la posición en que nos encontramos en este momento, la atmósfera terrestre está reducida a ese puntito obscuro e insignificante que ves en el centro del Sol, y por lo que se refiere a la atmósfera del propio astro, termina en los límites del disco; y ya ves, lo demás es obscuro, es noche eterna. Nos basta dar la espalda al Sol para ignorar que existe, pues de él no notamos absolutamente ninguna manifestación, a no ser que veamos algún cuerpo estelar o que nos hagamos extremadamente sensibles para sentir su fuerza de atracción; pero, en un caso así, sentiremos también la fuerza de las otras estrellas. De todas maneras, pronto percibirás ese fenómeno aunque no sea muy interesante. Ahora, nos moveremos lateralmente para procurar que el Sol quede fuera de nuestra visual y que la Tierra parezca una estrella más.
No había acabado de hablar el guía cuando ambos estaban mirando la Tierra a un lado del Sol, convertida en un puntito luminoso, ni más ni menos que como otra estrella cualquiera, quizás del tamaño de Venus como se observa desde la Tierra; pero su color tenía marcada tendencia al rojizo anaranjado, frecuentemente manchado de negro, como si fueran ráfagas de aire que mecieran de un lado a otro, las rojizas llamaradas. El Sol, por su tamaño y apariencia, hacía pensar en una Luna llena. Entonces, el aprendiz a espírita preguntó:
- ¿De dónde ha surgido ese color tan especial de la Tierra?
-Eso que ves, es la bandera de tu mundo, el promedio de luz de que hablábamos cuando vimos los colores y formas del pensamiento.
- ¿Quieres decir que es la luz de los espíritus?

-Exactamente.
- ¡Pero si cualquiera diría que está ardiendo! -dijo Tarquino.
-En sentido figurado, sí lo está, puesto que debido a las guerras así se puede interpretar; pero en sentido real sabes que la corteza terrestre tiene muchos siglos de haber dejado de estar en ignición. ¿Ya ves cuán engañosas son las apariencias? Si hubieras traído un espectroscopio para observar este fenómeno, ya estarías figurándote que la Tierra arde a tal o cual temperatura.
- ¿Qué es un espectroscopio?
-Es un aparato que por el color determina los grados de temperatura de un material, pues su uso impone la previa aceptación de que lo que se está observando está ardiendo. Pero si, por ejemplo, observas la luz de un cocuyo, te encontrarás con que el aparato no refleja la verdad, puesto que da una temperatura que no existe.
- ¿Es así como se ha obtenido la fantástica temperatura del Sol?
-Así es, y se ha llegado a esa conclusión porque se ha partido del principio de que el Sol está ardiendo. Si se admitiera que no está en ignición, el espectroscopio no podría usarse objetivamente en este caso.
-Pero en la observación de planetas como Venus, por ejemplo, que sabemos que no está ardiendo y que, sin embargo, es tan luminoso, ¿qué es lo que revela el espectroscopio?
-Muestra los rayos magnéticos solares que seguimos llamando luminosos para evitar confusiones, y que son, a su vez, el reflejo de otros soles.
--Entonces, ¿definitivamente podemos afirmar que el Sol no está ardiendo?
Efectivamente. Se dice que no hay estrella que no esté ardiendo, y pronto verás que es exactamente lo contrario, o sea que no hay estrella que esté ardiendo y que lo que sucede es que unas reflejan la luz de otras, como Venus refleja la del Sol.
-Eso quiere decir que fatalmente existe una primera estrella donde se originó la luz que después ha sido reflejada de uno en otro cuerpo hasta el infinito.
-Muy cierto, y se trata de nada menos que del centro vibratorio, origen de todo lo existente. Continuemos nuestro camino, que dado lo que nos falta, bien podemos decir que aún estamos al principio.
Tarquino se quedó pensativo. Ambos dieron la espalda al Sol y a velocidad superior a la de la luz, emprendieron la marcha. Tarquino había notado ciertas vibraciones musicales, por lo cual interrogó:
- ¿Estoy equivocado o es que se escucha una especie de música?
-Esa música procede de los mundos. Cada cual tiene su vibración, según sea su densidad. Las vibraciones sordas corresponden a los mundos pesados, las agudas, son de mundos ligeros.
- ¿No tiene que ver en ello el volumen?
-Nada tiene que ver el volumen con la densidad. Es más pesado un mundo cuanto más primitivo. A medida que avanza se sutiliza, porque va arrojando de sí las escorias, los lastres pesados.
- ¿Eso quiere decir que va cambiando de vibración?
-Tu mundo vibraba más vigoroso antes de nacer su primera luna, y vibrará mucho más sutil cuando nazca la segunda.
Tarquino se quedó callado sin comprender. Luego interrogó:

- ¿Y eso lo disminuye de tamaño?
-No. El volumen no disminuye en relación con la cantidad de escoria que arroja. Lo que ocurre es que la materia se va haciendo esponjosa, sutil, ligera.
-Eso me hace pensar en Saturno, que con tantas lunas, debe ser muy ligero.
-Lo es. Cualquier planeta de la densidad de Saturno flotaría en el agua de la Tierra como una pelota de hule, lo cual da idea del grado de trabajo que se ha realizado para sutilizarlo.
- ¿Y a qué se debe que no hemos percibido las vibraciones de la Tierra cuando nos íbamos alejando?
-Es que te falta mucho por desarrollar. Sin embargo, tus facultades se van haciendo más sensibles a medida que te adaptas al ambiente. Escapan a tu percepción detalles importantes; pero como no los ves, ni los sientes, no valdría la pena mencionártelos, como, por ejemplo, esto de las vibraciones que tú percibes muy confusamente. En cambio, los grandes maestros de la música han venido a estos planos para inspirarse, y es de aquí de donde han sacado sus notables obras y sus grandes enseñanzas. ¿No distingues cierta coincidencia en el hecho de que los planetas conocidos, incluyendo la propia Tierra, sean ocho y que las notas de una escala completa sean ocho también? O, si lo prefieres, siete planetas sacando la Tierra, y siete notas quitando el do alto.
-Ciertamente, maestro, que es una coincidencia; pero como nada sucede por casualidad, me gustaría una explicación al respecto.
-Para empezar a ilustrarte debes saber que el nombre de cada uno de los siete planetas conocidos se debe a que el respectivo descubridor de cada uno de ellos era originario de ese mundo, y que vino en fraternal misión para que la Humanidad terrestre no se sintiera sola, y se interesara por cosas que están fuera de su tierra.
- ¿Quieres decir que no son siete cuerpos todos los del sistema solar? -interrogó Tarquino con sorpresa.
- ¡No! ¡Ni remotamente! Son miles; pero el programa del mundo señala ese número como mínimo del conocimiento humano en esa materia, y ya ves: en esto se demuestra indiscutiblemente el espíritu, pues los hombres que mostraron al mundo tan profundo conocimiento no contaban con más aparato óptico que sus ojos. Y ahora volvamos a lo que hablábamos en relación con las vibraciones.
-Dime, maestro: ¿las ondas sonoras pueden viajar en el vacío?
-En primer término: esto que se cree vacío, no es tal. En segundo: un espíritu desencarnado no percibe exactamente lo mismo que un encarnado, esto es, que de las vibraciones que escucha la carne, se desprenden otras sutiles que son sólo para el espíritu, tal como ocurre con la luz y con todos los demás fenómenos. ¡Si tú supieras cuánto le debe la Humanidad a la música del cielo! Sí, ésa es la verdad, puesto que ahora estamos en el cielo y todos los cuerpos estelares se mueven precisamente en el cielo.
El guía hizo una pausa para ordenar sus ideas y continuó lentamente, con tal voz, que a Tarquino le pareció una armonía más:
-los maestros que supieron educar a la materia para poder ofrecer al hombre estas asociaciones armónicas de los sonidos, fueron los primeros antiguerreros. Cuando se sustituyeron los sones de guerra por las vibraciones y cadencias del arpa, el

instinto feroz del hombre se adormeció, al sentir que el cuerpo se sensibilizaba y el espíritu se remontaba a las regiones de las fantasías, el ensueño y la ciencia. ¡Cuánto le debe el hombre a la verdadera música...! Pero, como en todo, los espíritus extraviados que tratan de retroceder, han traído también su música, que incita a la barbarie y al desequilibrio mental, invitando a los excesos del placer y al aplastamiento del espíritu. En fin... continuemos el camino.

-Dime, maestro, ¿tenemos que pasar por la órbita de Saturno?

- ¡Ya comprendo lo que deseas!

-Sí, maestro, me agradaría ver cómo es su disco con sus lunas, del que tanto se habla y percibir su vibración. Poco después se detenían y el guía dijo:

-Ya estamos en la órbita del planeta que tanto querías ver.

- ¿Podemos ir a su encuentro? -interrogó el aprendiz de espírita.

No había terminado aún de interrogar cuando ya tenía a la vista el gigantesco planeta. Entonces pudieron ver que el disco está formado por rocas flotantes de todos tamaños, desde polvo microscópico hasta peñascos, verdaderos satélites, y eso sin contar con las lunas que dado su tamaño, han sido observadas por los telescopios. El guía ilustró:

-El número de lunas que se le atribuyen a Saturno es muy inferior al que realmente tiene.

-Supongo que la humanidad de Saturno estará encantada con tanta luna que les iluminarán las noches -comentó Tarquino.

-Quizá vivió encantada... -dijo el guía con malicia.

- ¿Qué quieres decir? ¿Ya no hay seres humanos en Saturno?

-Saturno es un mundo que ya terminó su misión. Ahora se encuentra en período de desintegración y próxima desaparición; la prueba es el disco. Muchas de sus lunas han estallado y se han convertido en el polvo flotante que ves.

-Dime, maestro, ¿por qué se desintegran los mundos, visto el problema desde un punto de vista de la astrofísica?

-Comprenderás que la cosa es complicada. Sin embargo, intentaré una explicación simple. Lo que se conoce por cielo y que se ha creído lleno de "éter", o la "nada" como también se le ha dicho, en verdad está "lleno" de energía eléctrica. Pero esta energía no está distribuida uniformemente, sino que por propia naturaleza tiende a agruparse, a formar núcleos. Cuando esto sucede inmediatamente se forman dos polos y el movimiento de rotación empieza, lo cual hace que la energía dispersa, lo mismo que la energía ya agrupada, tienda a hacer los núcleos cada vez mayores. Estos núcleos se convierten en altamente magnéticos, de manera que son fácilmente atraídos por los cuerpos estelares aun a grandes distancias. ¿Vas comprendiendo?

-Naturalmente, la explicación está muy clara.

-Pues bien; es así como los mundos se alimentan de energía. Muchos científicos se preguntan qué es lo que alimenta a los planetas para mantener su fuego vivo, su cohesión y su movimiento y, ya lo ves, la explicación no es muy difícil. Ahora bien; a medida que un mundo envejece, va perdiendo vitalidad, se va enfriando, disminuyendo así su capacidad de atracción de esta energía cósmica. Comprenderás que con eso, se va perdiendo la cohesión hasta que llega un día en

que empieza la desintegración que termina en lo atómico, para algún día volver a tomar parte de un nuevo cuerpo.
-Comprendo, maestro. Eso es lo mismo que decir que los mundos no viven de por si, sino que se alimentan de energía cósmica.
-Ni más ni menos. Y debes tener presente todo esto, porque más adelante vas a tener que recordarlo para entender lo que te mostrarán.
-Según lo que dices. Saturno es ya un planeta frío.
-En absoluto. Hablando de las familias espirituales, podemos clasificarlas, por un lado, en revoltosas y alborotadoras, y por otro, en trabajadoras y estudiosas. Pues bien; cuando una familia espiritual resulta alborotadora, su avance es lento y consume las energías de su mundo antes de llenar por completo el programa señalado; en cambio, cuando una familia es trabajadora, cumple su programa antes de que el mundo haya agotado sus energías. A eso se debe que haya mundos jóvenes muy adelantados como lo es Venus, y mundos viejos y poco aventajados como Saturno. Si se hiciera un balance, encontrarías que la Humanidad de Venus, no obstante ser de las más jóvenes en ciertos aspectos, es de las más adelantadas del sistema solar, y que su mundo aún tiene energía para muchos millones de siglos; en cambio, en Saturno, su humanidad agotó hasta su última partícula de energía antes de abandonar el planeta.
- ¿Y marcó cada una un grado de progreso? -preguntó el estudiante.
-Si. Cada luna es indicio de evolución progresiva, por eso siempre es sinónimo de aprovechamiento. Te pondré un ejemplo vulgar. Tomemos por caso un herrero que está forjando un hierro maleable y fino: Le bastará que lo caliente un poco para moldearlo a su gusto, y mientras tanto, el fuego seguirá activo, con toda su energía; pero supongamos que en vez de un fierro de buena clase, está tratando de forjar uno malo, que se abre continuamente con los golpes, que se quema y que no se le puede modelar, ¿qué sucederá al final?
-Supongo que aumentará el trabajo del artesano sin resultado positivo alguno -contestó Tarquino.
-Exactamente, le proporcionará mucho trabajo, con el respectivo desgaste de fuego, hasta que llegue un momento en que en vez de carbón encendido, no haya en la fragua más que escoria, que es necesario quitar. El herrero lo hace así, escogiendo el carbón aún bueno, reaviva el fuego y sigue trabajando. Esta operación puede repetirse muchas veces, hasta que el artesano termine su tarea. Eso son las lunas: escoria que se quita a los mundos para que éstos continúen siendo útiles a los espíritus.
-Muy bien, maestro. Siguiendo tus enseñanzas me encuentro con que Saturno es visible por su luz, y si ya no tiene espíritus que se la den, ¿de dónde sale?
-Es sabido que la luz se manifiesta como mínimo de dos maneras: la reflejada, como lo haría un espejo, y la propia, como la que desprende un foco eléctrico. El caso de Saturno es el de la luz reflejada, pues debido a su tamaño, sus lunas y su disco interceptan tanto el paso de la luz solar, que por ley rigurosa tiene que reflejarla. Si en lugar de ser materia sólida como es todo lo visible de Saturno fuera materia fuertemente gaseosa y oscura como el humo, por ejemplo, reflejaría muy poca o ninguna luz.

Tarquino quiso volver a interrogar, pero el maestro lo atajó diciendo:
-Ya te darás cuenta a grandes rasgos de cómo ocurre este fenómeno; y para ello bastará con que veas el paso de algunos de los fragmentos de lo que fue Saturno.
Una vez más Tarquino fijó la vista en el enorme disco constituido de rocas sueltas, que daban la sensación de arena. Luego siguió con la vista al planeta frío como lo había nombrado el maestro, sobre el cual la vegetación ya escaseaba, haciendo pensar en regiones desérticas de la Tierra.
Después de esta observación continuaron la marcha y el aprendiz de espirita interrogó:
-¿Qué es lo que sostiene a los cuerpos celestes girando como lo hacen?
-La ley del magnetismo y afinidad, más conocida por ley de gravitación desde los tiempos de Newton. Esta ley se compone de una energía de dos polos: el positivo y el negativo. El Sol contiene la energía positiva y los planetas la negativa. El positivo impide que los planetas se alejen y la fuerza centrífuga impide que se acerquen.
-¿La luz tiene relación con este fenómeno?
-La luz es nada menos que la manifestación visible de la gravitación. Y ya que estamos en este lugar de observación, dime: ¿Distingues con facilidad a tu mundo entre esa nube de estrellas?
Sin contestar, Tarquino fijó la mirada hacia donde se le indicaba. El maestro continuó:
-Se dice, que la célula es un universo en si mismo; pero no es más que un punto respecto del hombre. El hombre es un universo en sí mismo; pero no es más que un punto en relación con el mundo. El mundo es un universo en si mismo; pero no es más que un punto con respecto al sistema solar. El sistema solar es un universo en si mismo; pero no es más que un punto comparado con su nebulosa, y así sucesivamente hasta el infinito. Ya te das cuenta que desde este lugar el hombre no es ni siquiera un punto y que para ver a tu mundo hay que escudriñar mucho. Y ahora, compara la luz de tu pobre mundo con la de aquel astro que tú conoces con el nombre de Sirio y que nosotros llamamos Sión.
Tarquino fijó la vista en el lucero anaranjado, rojizo, que suponía era la Tierra, dado que se confundía con los millones de estrellas. Colocado como estaba Tarquino en aquel punto intermedio entre su mundo y la estrella que se le señalaba, no pudo menos que sorprenderse por la enorme diferencia de radiación y se agitó profundamente emocionado, entristecido por la gran pobreza de su viejo hogar, y con lágrimas en los ojos, se sintió impulsado, atraído por la llamada misteriosa de la Tierra.
-Un momento -dijo el guía-, no te dejes llevar de la emoción, o no harás el viaje completo. Aún no has visto nada en comparación de cuanto te falta por ver hasta terminar el viaje, y más vale que estés preparado para grandes sorpresas.
-¿No podríamos ir a Sión? -preguntó Tarquino con la inconsecuencia del niño que pasa frente a los juguetes pidiéndolo todo, sin saber lo que quiere.
-No, no podemos ir. Aquel es un Sol muchas veces mayor que el tuyo, y quienes allí viven y proyectan esa luz son maestros de los maestros de tu Sol y de otros soles. No comprenderías nada de lo que vieras, en el supuesto caso de que pudieras entrar en su ambiente. Pero a cambio de eso, pronto llegaremos al lugar que sí

entenderás y con facilidad porque por, allí pasó tu mundo y con él su Humanidad.
-¿Por qué dices tu mundo? ¿No es acaso también el tuyo?
-Lo fue por poco tiempo.
-¿Tu mundo es Neptuno? -insistió Tarquino.
-Sí, y cuando lo veas, querrás quedarte en él; pero antes, nos desviaremos para que conozcas algo muy interesante.

12
SAMMAR, UN MUNDO DE DESTIERRO

Instantes después la comitiva estaba frente a una gigantesca bola de humo, eran nubes negras que se agrupaban dejando grandes claros donde aparecían nubes blancas y ligeras como si fueran de vapor. Se detuvieron y el guía interrogó:
-¿Ves alguna luz en ese planeta? ¿Crees que de allí sale calor?
-Ciertamente creo que ni lo uno ni lo otro -contesto el aprendiz de espirita.
-Ahora comprobaras que este mundo está ardiendo por sus cuatro costados, y sin embrago, de él no sale ni luz ni calor.
Efectivamente, descendieron a la costra atravesando las espesas nubes. Las erupciones abundaban, y después de una búsqueda prolongada, encontraron algunas prominencias donde se amontonaban hombres y bestias en terrible confusión. En otros lugares, donde no había bestias, la lucha entre hombres era a muerte para lograr el control del pequeño reducto que los ponía a cubierto de las erupciones, de las inundaciones de la lava ardiente, con el fin de que les permitiera un corto respiro.
-¿Cómo es posible que puedan vivir en semejante temperatura? -preguntó Tarquino.
Sus organismos están adaptados al medio, son poco sensibles, porque la materia de que se componen se parece mucho al mineral de la tierra. Observa que son pesados y lentos en sus movimientos.
No había lugar a dudas. Aquellos eran hombres con la misma apariencia del ser humano terrestre, pero sus facciones distaban mucho de manifestar inteligencia, bondad, o cualquier atributo noble. Su cuerpo era tan encorvado que poco les faltaba para andar en cuatro extremidades, de las cuales, los brazos eran los más largos. Su lucha contra los elementos y por lograr la alimentación, era verdaderamente desesperada. La mortandad era tremenda; pero la natalidad superaba, puesto que reinaba la ley animal del más fuerte.
-¡Esto es horrible! ¡Cualquier infierno es realmente insignificante comparado con esta brutal lucha para la subsistencia! ¡Aquí no se queman las almas sino los cuerpos! -exclamó Tarquino.
-Así es; y lo que más te sorprenderá es que algunos de esos seres son exiliados de la Tierra.
-¿Qué? -interrogó estupefacto Tarquino sin comprender exactamente lo que le decían.
-Lo que oíste. Por salud pública la ley ha ido seleccionando de la Tierra a todos

aquellos espíritus que prefieren vivir en la maldad y el fango, debido a lo cual constituyen un lastre para el progreso impidiendo a la Humanidad desenvolverse, elevarse a la altura en que ya debía encontrarse.
-¡Qué horror! Este es un castigo espeluznante, es algo inconcebible.
-A medida que avancemos en este y otros viajes, verás que no es castigo, ni es injusto. Este es un mundo no en formación, sino en período de transformación, que lleva encima la humanidad que lo acompañará por muchos millones de siglos, formando parte de ella los desterrados de tu mundo que, por indeseables allá, vienen aquí como misioneros.
-No te entiendo, maestro, ¿qué insinúas?
-Los seres más malos, perversos conocidos por la Humanidad en lo que va del siglo XX, a medida que desencarnan, están siendo desterrados a varios mundos, uno de ellos es éste.
-¿Pero qué vienen a hacer aquí? -preguntó el estudiante.
-¡A cumplir con la Ley del Padre! ¡Ellos la negaron en la Tierra: mataron, robaron, engañaron y dieron vida a multitud de dioses y fetiches! ¿No es cierto? Pues bien, aquí vienen para darse gusto, para hartarse de vicio y sangre, para hastiarse en todo aquello que en la Tierra tanto los atrajo.
-Pero, maestro, ¿no es eso perpetuar el vicio y los peores instintos en un ser?
-No, por tres razones: La primera, porque llega un momento en que el espíritu ha saciado todas las pasiones; la segunda, porque estos desterrados ya conocen una vida mejor y no se resignan a vivir tan primitivamente; y, por último, porque siendo victimarios, vivían muy a su gusto. Pero aquí las cosas varían, pues a su vez son víctimas. Te pondré un caso. En el mundo hay tipos empistolados que deben tantas más cuantas muertes, y como viven al amparo de protectores poderosos no hay quien los ajusticie, porque los jueces les tienen miedo, y eso los envalentona y los hace más criminales aún. Pero dime, ¿qué haría uno de esos tipos si de castigo se le enviara al corazón de Australia a vivir entre tribus caníbales?
Tarquino rió maliciosamente y contestó:
-Es probable que invocara a Dios y que hablara de justicia y hasta predicara contra el salvajismo...
-Sí, haría cuanto fuera posible para salvarse hasta llegar a convertirse en prócer, en mártir, en positivo misionero. En el caso del valentón, el hombre no tiene más que esa vida. Pues ahora imagínate a un espíritu condenado a vivir en esas condiciones durante el resto de su existencia como espíritu, puesto que ahora su porvenir queda ligado para siempre a esa familia espiritual.
-¡Vaya solución, eso es terrífico!
-¡Claro que lo es! Se lo comerán sus padres cuando esté en la primera edad, morirá por diversas causas criminales, y al final reconocerá que la única manera de vivir tranquilo es, civilizar, redimir a toda esa familia. ¡Ya ves como del mal la Ley saca el bien! Y para que tengas idea más exacta de lo que es la vida del espíritu y cómo funciona la justicia universal escucha lo siguiente: Entre estos seres primitivos, nativos de este mundo, hay espíritus esforzados que se van distinguiendo por el ejemplo que dan a sus hermanos de mundo. Para estos próceres, la vida es difícil y el esfuerzo gigantesco, lo cual les da derecho a un premio que consiste en

permitirles algunas encarnaciones de recreo y aprendizaje a la vez, en mundos superiores. Naturalmente, por ley de afinidad, tienen que encarnar en un medio que esté al nivel de su propio progreso, y allí tienes a muchos espíritus premiados de este mundo Sammar, que viven actualmente como seres humanos en algunas regiones de Australia.

Tarquino hizo un gesto comprensivo y dijo:

-Ya decía yo que estas gentes se parecen mucho a ciertas tribus olvidadas de la civilización y que viven en el África, en Australia o en las islas del Pacífico, con la diferencia de que estos últimos viven tranquilos, mientras que en Sammar, según veo, la vida es un martirio.

El guía, sonriendo, le contestó:

-Ahora puedes comparar con facilidad el nivel a que han descendido los indeseables terrestres que ya se encuentran aquí. Tarquino hizo un gesto escéptico, el maestro continuó:

-Aunque te parezca increíble, así es. Aquellos que tanto gustan de producir la muerte, en estos mundos podrán darse gusto, y además sabrán lo que se siente cuando otro la produce. Quienes gustan del libertinaje sin restricciones, aquí lo encontrarán; a los que les ha gustado ver cómo la gente huía poseída de terror ante su maño armada, aquí se saciarán; pero ahora, ya no podrán ser solamente victimarios como lo han sido siempre en la Tierra, sino que a su vez también serán víctimas, y así aprenderán lo que es conocer el terror.

Hizo una pausa para obtener la reacción que sus palabras producían en al ánimo del aprendiz de espírita y aseguró:

-Veo que este espectáculo te produce más dolor que miedo.

-Si, maestro; es como si me asomara a una de aquellas odiosas prisiones antiguas o a mundos tétricos imaginados por mentes alucinadas.

-Pues ahora imagina lo que sintieron las almas sensibles de ciertos profetas que de esto hablaron, porque también lo vieron. No por casualidad hace siglos se dijo: ¡…

-ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas...! Y no en balde esas palabras han perdurado hasta tus días en que siguen viviendo a su gusto y manera los escribas y fariseos que pervierten la moral del mundo.

-¿Que siguen viviendo, dices? -exclamó Tarquino.

-Si, su última encamación en la Tierra, porque después tendrán la primera aquí, donde se les ajustará a la medida esa frase de compasión y sentencia a la vez.

Tarquino escuchaba sin quitar la vista de esos seres infelices, que se debatían en terrible lucha por conservar la vida. El guía siguió diciendo sentenciosamente:

-Observa a esos poseídos de pánico que se amontonan desorbitados sin comprender exactamente lo que les sucede. Entre ellos hay héroes de la espada, estrategos y generales, inventores de máquinas infernales que no sirven para otra cosa que para producir la muerte; embaucadores de toda laya, mercaderes y viciosos; pero lo mas curioso quizá es que ya están aquí muchos de esos que recientemente fueron conocidos como superhombres en tu mundo, a quienes aún les están levantando estatuas, al pie de las cuales las multitudes, generalmente indiferentes, rinden honores.

El maestro hizo una corta pausa, y continuó:

-En el medio de estos seres pesados y primitivos hay muchos conductores de hombres que traicionaron la confianza que en ellos se puso. Están los timadores, que en nombre de dioses impotentes, absurdos y mitológicos, han sacrificado vidas derramando sangre para tratar de detener el progreso. Están los adoradores del becerro de oro, del placer y del cadalso. Observa y ten presente que siempre se habló en futuro, y a veces ese futuro pareció lejano, mientras que ahora ya empezamos a hablar en pasado, pasado cercano, lo cual debería preocupar a quienes viven encarnados en el presente, porque la ley decidió darles su última oportunidad a los detractores del progreso, y en el siglo actual, esa oportunidad consiste en haberles entregado incondicionalmente el mando, el poder y la riqueza en todos los aspectos de la vida humana, para ver de qué son capaces.
-¡Ya comprendo, maestro! ¿Es por eso que se observa tanta hipocresía, corrupción, crimen impune, guerra, despotismo y miseria de los pueblos a cambio del enriquecimiento de unos pocos zánganos?
-Eso es, precisamente. Algunos, muy pocos, aprovechando lo que se ha puesto en sus manos, luchan por redimirse en el último momento, para que se cumpla aquello de: ...y los últimos serán los primeros... Pero la mayoría prefiere dejar huellas trágicas de su último minuto en la Tierra, y, para conseguirlo, provocan hecatombes sangrientas o acumulan riquezas que no podrán llevarse, empobreciendo a los pueblos que mueren de hambre. Para esos extraviados, su futuro, a partir de la próxima desencarnación, está en este mundo: Sammar.
-Lo que ahora me estás diciendo, maestro, entiendo que es efecto de una ley inmutable, ¿no es así?
-Muy cierto. Este es un procedimiento que se aplica universalmente, porque para que los hombres sean felices, es menester que su mundo esté poblado exclusivamente de espíritus que sepan proyectarse hacia el futuro, en vez de atarse al pasado, es decir, espíritus que sólo deseen el bien por el bien mismo. Pero como siempre hay detractores y sería una injusticia permitir que convirtieran en infierno la vida de los hombres buenos, entonces la Ley ordena grandes emigraciones.
-¿Y cómo se reúne a esos espíritus para sacarlos del mundo?
-Se les reúne por el orden de sus tendencias y pasiones, tarea fácil, puesto que el color los distingue, y luego cada uno de esos grupos va a formar parte de una Humanidad que se encuentre aproximadamente a su mismo nivel moral y con sus mismas tendencias y pasiones; en pocas palabras, con el mismo promedio de color.
-Bueno, maestro; pero el espíritu encarnado, ¿llega a darse cuenta de este fenómeno ocurrido en lo espiritual?
-Sí se da cuenta, por las repercusiones que ocasiona; pero mientras no tiene conciencia, lo atribuye a razones diversas, sin aceptar la única que es verdadera.
-¿Y cómo son esas manifestaciones en la vida ordinaria de los encarnados en la Tierra?
-Estas tienen lugar en un mundo que está en liquidación como en el caso de la Tierra; se dejan sentir cuando principia la emigración de los desterrados. Los niños manifiestan precocidad antes desconocida, y es que llegan con nuevas ideas, y grandes proyectos, porque se sienten reformadores. Discuten siempre con vistas al porvenir: hablan de un nuevo mundo y piensan en nuevas sociedades, cultura

moderna y civilización avanzada; pero viene la lucha terrible, porque los detractores que aún no han sido expulsados, tratan de apuntalar una sociedad en decadencia que está camino de la muerte. Es fácil identificar a los detractores, enemigos de la Humanidad, porque, contrariamente a los jóvenes, siempre hablan de tradiciones, pretenden vivir de recuerdos e insisten en sujetar las aspiraciones de la nueva generación a los viejos moldes. Esos espíritus que viven mirando hacia atrás, en tus días son, generalmente, gente conservadora, religiosa, obcecada, fanática, y a medida que desencarnan, son expulsados. Por el otro lado, los escogidos son jóvenes en su mayoría, porque pertenecen a la generación encargada de construir un nuevo mundo. Naturalmente, hay muchas gentes que maldicen y combaten los viejos sistemas, porque también ellos reconocieron la Ley. Estos hombres se encuentran en todos los campos; generalmente se les designa con los peores insultos y hasta se les encarcela y asesina. Ahí tienes ya, frente a frente, alas dos grandes tendencias; la dinámica y la estática. Estos son los dos grandes bandos que actualmente ensangrientan al mundo. Si la juventud tuviera plena conciencia de estas verdades, se uniría contra las viejas concepciones que tienen por símbolo la muerte; pero como carece de esa conciencia, se pone a las órdenes de esa influencia y el resultado es: lucha a muerte dentro del caos de las ideas. Las mentes anquilosadas, gente senil, insisten en sostener una sociedad ya muerta, y para evitar que la juventud despierte la arman y la mandan a la matanza. Se exacerban las pasiones en los jóvenes, se recrudecen los odios seniles y estallan las guerras fratricidas dirigidas por los viejos cuyo espíritu pertenece ya por entero a otro mundo, y no teóricamente, sino físicamente.

-¿Pero qué es lo que pretenden al producir la muerte? ¿Eso los salvará de la sentencia ya dictada? -preguntó Tarquino.

-Buscan el aniquilamiento de los nuevos hombres que ya los desplazan. Saben, como espíritus, que nada aventajan; pero satisfacen el instinto animal que dice: me muero; pero me llevo a muchos por delante -contestó el maestro.

-¡Eso es realmente criminal, maestro! -insistió Tarquino.

-¡Hay que comprenderlos! ¡Es su despedida! Esos vocingleros de la muerte nunca mueren de bala, porque siempre están en la retaguardia organizando las matanzas de los jóvenes que, a pesar de todo, los desplazarán. Por eso el caos no puede ser eterno y los causantes del mal morirán, aunque sea de viejos; y a medida que las defunciones ocurren, los espíritus malvados van tomando el camino que la Ley les ha señalado, sin siquiera darles tiempo de ver los honores que sus afines rinden a su materia ya muerta e inútil.

-Ese es un panorama terrífico, maestro. Creo que el solo hecho de saberlo, debía ser un escarmiento.

-En muy contados casos lo es. El mérito de los que se quedan está en haber sido víctimas una vez más del odio y del egoísmo, y en perjuicio de los que se van, está el haber sido por última vez en la Tierra victimarios y asesinos.

-He aquí una pregunta, maestro: ¿Cuántas generaciones precisarán para llevar a cabo esta transformación?

-Esa transición en el mundo Tierra principió con el siglo XX, y llevará aproximadamente más de tres generaciones, es decir, que al llegar el año 2000 no

debe quedar en la Tierra un sólo espíritu detractor, enemigo del progreso, ni encarnado ni desencarnado.
-¿Y a qué obedece que haya empezado la liquidación con el siglo?
-A que ya tuvo efecto el Juicio Final tan anunciado. Eso es algo que te mostraremos en detalle en su debida oportunidad.
-¿Entonces a eso se debe la pesadilla que llevamos viviendo lo que va del siglo?
-Exactamente.
-Eso quiere decir que debemos estar prevenidos para vivir lo mismo lo que queda de este siglo ¿no es verdad?
-No tanto así. El grupo de los malvados se va reduciendo, y aunque esto los exacerba y los torna multiplicadamente feroces y criminales, poco a poco van perdiendo el mando, y llegará un momento en que para terminar definitivamente con la influencia impuesta sobre grandes masas, entrará en acción la Ley para quitar los estorbos, y esto, aunque también sea doloroso, es la etapa final del dolor.
-¿Sugieres una gran epidemia, una guerra de exterminio o quizá una catástrofe?
-Muy pronto lo verás. Sé que los escépticos, los vanidosos y los fanáticos se reirán a carcajadas; pero piensen como piensen, y no importa lo que digan, jamás podrán impedir la acción de la Ley, como no podrían detener la marcha de un cometa.
El maestro hizo una pausa mientras ambos concentraban la atención en los seres torpes y primitivos de Sammar. Por la mente de Tarquino cruzaban veloces consideraciones: ¿Sería posible que entre esos desgraciados estuvieran los espíritus de aquellos terrestres cuyo nombre ha dado tantas vueltas al mundo? Y al reflexionar así, se iba sintiendo poseído de tal angustia, que reflejaba el dolor en su rostro. Las lágrimas querían brotar de sus ojos, y acto seguido pidió a su guía lo sacara de aquel infierno.
Viajando a tremenda velocidad quedó fuera de la atmósfera pesada y asfixiante de ese pobrísimo mundo. El guía le aseguró con firmeza:
-Esta Humanidad es dos grados inferior a la tuya. Ahora vamos a visitar una que está solamente a un grado más bajo que la de la Tierra.
Tarquino comentó manifiestamente aturdido:
-He sentido una terrible sacudida que me desconcertó.
-Es verdad. Estuvimos demasiado tiempo en un ambiente influido por espíritus recién llegados de la Tierra, que resultó muy afín a ti, haciéndote sentir en mínima parte lo que esos extraviados y rebeldes están sufriendo. ¿Ya te sientes mejor?
-Si, maestro.
-Entonces vayamos a hacer una visita al mundo Yale, sin viajar a gran velocidad, pues hay que dar tiempo a que te repongas. Mientras tanto tomarás algunos apuntes en relación con mucho de lo que se ha discutido sobre los habitantes de otros mundos, generalmente negándolos; y cuando se les acepta se hace desfigurándolos, haciendo de ellos animales, más que seres humanos. Este punto de vista no tiene más que el criterio de quien lo afirma, pues si a los terrestres les parece que alguien, por no ser exactamente de la misma constitución física que ellos, es un animal, imagínate qué podrán pensar esos mismos seres respecto del hombre terrestre.
-No trato de justificar a nadie, maestro; pero, dime, ¿qué otra cosa pueden hacer?

-Es increíble que se haya especulado tanto sobre este tema, cuando en la Tierra existen como habitantes terrestres muchos seres que antes habitaron otros mundos.
-¿Dices que en mi mundo existen habitantes de otros planetas?
-Eso precisamente acabo de decir. Los mundos en liquidación envían a otros inferiores, espíritus indeseables, tal como ya te lo expliqué; y éstos llegan a su lugar de destino en grupos más o menos numerosos, siendo, a veces, migraciones de millones de seres. Pues bien, para que investigues, te indicaré algunas de las migraciones más notables. La de los chinos, por ejemplo. Esta es una de las migraciones más antiguas, y tiene en su historia un caso curioso de repercusión actual. Esta migración china se dividió en dos bandos algunos siglos después de su llegada a la Tierra, y dirigido el grupo minoritario por un individuo, se fueron a ocupar las montañas del Tíbet, donde empezaron una existencia vegetativa. Al morir aquel líder, juró que, para no abandonar a su pueblo, se posesionaría su espíritu de un cuerpo joven y que así continuaría por la eternidad, dando con este principio en la que ahora es la tradición de los Lamas, que, según las creencias rezagadas de los tibetanos, se trata de un espíritu dios que gusta de vivir sólo en cuerpos adolescentes, naciendo así la adoración fanática a ciertos niños que en tus días se disputan el privilegio del mando, y ellos son el Panchen Lama y el Dalai Lama; pero llegaron recientemente al Tíbet los chinos con métodos ultramodernos, los obligaron a reintegrarse a su pueblo de origen y ahora tendrán que progresar a marchas forzadas. Otra migración: la de los mesopotamios, y otra más en América. ¿Conoces las características de éstos?
-No, Maestro, no tengo idea de a quienes te refieres.
-Son chaparros, gordos, cabeza grande, nariz puntiaguda Y no muy morenos.
--No, maestro, no identifico esta raza.
--Me refiero a los primitivos mayas.
-¿Quieres decir que fueron también mesopotamios?
-Eso mismo. Hace poco menos de ochenta siglos, Venus desterró a sus elementos indeseables, y esos espíritus invadieron la Mesopotamia, desplazando a toda otra raza. Poco tiempo después se dividieron en dos grupos principales, formándose una migración que llegó a América. Ese es el origen de la raza maya.
-¿Y sus características originales eran de los habitantes de Venus?
-Tal como lo has dicho. Naturalmente, al cruzarse con otras sangres la raza ha perdido mucho de sus características primarias.
-¿Y su lenguaje y escritura fueron también los mismos de Venus? Pregunto, porque, en ese caso, la lengua mesopotámica y la maya serían la misma
-Olvidas que en casos de destierro no todos salen del mismo país, pongamos por caso los desterrados que están saliendo de la Tierra, habrá de todas las lenguas y costumbres, ¿no es verdad? Y en ese caso, cada cual trata de imponer sus características, dominando al final los grupos más inteligentes o que se encuentren en mayoría. Precisamente porque no se entendían, porque eran enemigos desde su mundo de origen, fue por lo que se dividieron. El lenguaje y la escritura pro medio del mundo Venus no fueron trasplantados, porque, naturalmente, al llegar, encontraron ya un lenguaje que ellos evolucionaron rápidamente, influyéndolo del propio suyo.

En lo que sí dominaron fue en sus costumbres, industria, cultura, y, más que todo, en sus instintos guerreros.
-Una pregunta, maestro. ¿Y en el caso de los actuales yucatecos, siguen siendo los mismos espíritus procedentes de Venus?
-Comprenderás que la misión de los espíritus al llegar por primera vez a un mundo es crear afinidades, mezclarse con otras razas, esto es, que a medida que el tiempo transcurre, más se diluyen unos grupos en otros. De todas maneras hay espíritus que se aferran a su grupo y tradición. Si los quieres hallar, recuerda que quien mejor conserve las características de los primeros mayas es indudablemente un cuerpo habitado por un espíritu de Venus.
Tarquino parecía no admitir tal explicación, pero guardó silencio. El guía siguió diciendo:
-Hace un momento decíamos que Venus ha alcanzado algún grado de progreso en el arte y todas las manifestaciones del espíritu, y en tu propio país, México, hay manera de comparar a Venus con otros planetas, particularmente con Marte.
-¿Quieres decir que en mi país hay alguna raza animada por espíritus marcianos?
-Si; y tan fuertemente influida que sirve de buen ejemplo. Esta raza es la azteca. Compara la cultura y la civilización azteca con la maya y tendrás una idea muy aproximada de la manera de pensar y vivir de los marcianos y los venusianos. Claro está que los elementos que dieron forma a esas civilizaciones se quedaron allá, en sus mundos de origen; pero no indefinidamente, pues andando el tiempo muchos de ellos ya fueron reproducidos en la Tierra.
-¡Quién lo habría de decir, maestro! ¡Eso es fantástico!
-Sobre ese tema, hay mucho más que decir. Algunas personas, al oír hablar de las influencias astrológicas, se burlan negándolas, y otras, sabiendo que existen, ignoran su verdadero origen, que atribuyen a la masa que se conoce como planeta.
-Pues yo diría eso mismo, maestro.
-Y dirías mal, porque la influencia sobre la Humanidad la ejerce por magnetismo otra Humanidad. Si Marte ejerce influencia materialista sobre el hombre terrestre, se debe a que los marcianos han evolucionado más en las ciencias que en el arte. Han logrado una organización política y social que da al hombre todo cuanto puede necesitar en la materia, y, por el contrario, si Venus ejerce influencia espiritual se debe a que su Humanidad se ha desenvuelto principalmente en ese sentido. Estas influencias de unas humanidades sobre otras no son más que magnetismo. La Humanidad de cada planeta se encuentra en distinto grado de progreso, y por eso su influencia es distinta.
-¿Pero cómo pueden ejercer influencia sobre un planeta habitantes de otros mundos, cuando ni siquiera se acepta su existencia?
-Ejercen su influencia magnéticamente. Si ves su luz, estás recibiendo su magnetismo, y ellos, al ver la luz de la Tierra, se encuentran a la recíproca.
--Necesito tiempo para meditar y digerir tales enseñanzas -afirmó Tarquino.
-Mientras tanto -replicó el guía-, sigamos enumerando las razas migratorias. Los tirios y troyanos, ambos grupos proceden de un mismo mundo, en el que jamás pudieron ponerse de acuerdo. Esos, al llegar a la Tierra, encarnaron en regiones distintas; pero era tal su odio, que se buscaron para continuar la batalla que se

inmortalizó con el incendio y destrucción de Troya. Pero estos espíritus ahora se encuentran ligados a otra Humanidad, y necesitan de ella para continuar indefinidamente la lucha, cosa que no consiguieron porque los terrícolas acabaron por fastidiarse, reconociendo que nada tenían de común con los intereses de los recién llegados; y así fue como sus guerras terminaron. Algunas personas suponen que ésas y otras luchas de la Antigüedad tuvieron su origen en intereses económicos y políticos; pero ese concepto es erróneo, pues tal criterio es aplicable en parte a la época moderna, pero no lo es a la Antigüedad, cuando la gente frecuentemente peleaba por motivos fútiles o por sinrazones, al grado que resulta inexplicable tanto derramamiento de sangre, si no se va al origen de los odios, que está en los espíritus.

Guía y aprendiz de espirita viajaban en el espacio acercándose a un cuerpo estelar opaco. El guía siguió diciendo:

-La constitución física de los seres de estos cuerpos migratorios y su apariencia en general, se mantiene firme en sus rasgos más notables, respecto de la que tenían al salir de su mundo de origen, y llega a dominar totalmente cuando la migración es muy numerosa si durante muchas generaciones da vueltas en una corta extensión de la Tierra. Otro tanto ocurre con las tendencias, pasiones, pensamiento, lenguaje, escritura, etc. ¿Por qué seguir especulando respecto de si los habitantes de otros planetas son de esta o aquella manera? En esto sucede lo que con aquel profesor distraído que buscaba los lentes que llevaba sobre la frente.

-Dime, maestro, ¿cómo puede un grupo mantener sus características si fatalmente tiene que encarnar en una Humanidad ya formada?

-Cuando la migración es reducida, claro que mucho se diluye, pero cuando es numerosa, acaba por dominar, imponer sus características; en primer término físicas, y luego morales. El cuerpo tiene la forma que le da el alma, y, entonces, cada vez que un espíritu encarna, por la forma del cuerpo está mostrando la forma de su alma. ¿Y sabes por qué no se permiten estas deducciones tan lógicas?

-No, maestro.

-Porque el egoísmo dominante, lo impide. Algunos hombres se consideran superiores y, por lo tanto, con derecho a vida y muerte sobre los demás. En la Antigüedad la mujer era considerada como animal, de valor inferior a la serpiente. En los días de Jesús este criterio predominaba en todo el mundo. Y aún a la fecha la mujer sigue siendo considerada como inferior respecto del hombre, no obstante el papel importante que juega en la vida, que para ello basta sólo recordar su lunación de madre. La imposición de la criminal esclavitud, que; tan horrenda estela de sangre ha dejado en la historia, es otra demostración de que unos hombres se sienten superiores a otros; y por último, en la época actual, ¿no se mantienen las discriminaciones raciales, efecto de un falso concepto de superioridad de razas?

-Bueno, maestro, pero, ¿no hay probabilidades de que esos odiosos y falsos conceptos se corrijan?

-¡Esos defectos, llamados humanos, son fundamentalmente del alma y, por lo mismo, es el espíritu quien debe corregirlos! ¿Cómo? Encarnando frecuentemente para limar las asperezas y transformarse en sentido de elevación. Observa que por este medio la Ley junta a los seres de las mismas tendencias y pasiones, no importa

su lugar de origen, para que fraternicen y aprendan que los espíritus son hermanos porque son hijos del mismo Padre. Pero dejemos esto, que estamos por llegar a nuestra meta.
Efectivamente, estaban tan cerca del nuevo mundo a donde iban, que unos instantes después penetraban su atmósfera.

13
YALE, OTRO MUNDO DE DESTIERRO

-¡Ya estamos en Yale! -aseveró el maestro.
La vegetación era semejante, en su aspecto general, a la terrestre y se diferenciaba solamente por su tamaño gigantesco. La atmósfera tenía un tinte un poco oscuro, húmedo y frío, indudablemente porque se acercaba una tormenta.
Llegaron a una pobre y miserable aldehuela de casuchas de otate y paja que daba forma a calles sinuosas, sucias, terregosas y enfangadas. En algunos lugares del bosque parecía querer invadir la Ciudad, por lo cual muchísimas de las chozas estaban perdidas entre la vegetación.
Por esas calles, si es que podría dárseles tal nombre, transitaban libremente, entre la gente, bestias domésticas que hacían pensar en los cerdos y las vacas terrestres.
Al ver Tarquino el sistema de vida, las costumbres y los seres humanos tan parecidos al hombre terrestre, aseguró:
-Esto es fantástico; me parecen gente del mundo que yo habito.
-No dices mal, y es que muchos de ellos fueron habitantes de la Tierra.
El aprendiz de espirita, sin contestar, hizo un gesto escéptico como ya lo había hecho otras veces. Observaba las pésimas condiciones de higiene en que vivían esas gentes, pues chapoteaban entre el agua estancada y sucia levantando nubes de insectos.
Abandonando esa aldehuela caminaron en pendiente peligrosa hacia la cumbre del cerro, encontrando en la cima gran cantidad de chozas con pocas variantes en su arquitectura, aunque se notaba la tendencia a la construcción de edificios. Al fin llegaron a la meta, y Tarquino se quedó asombrado ante el espectáculo que apareció a su vista. Aquello era una región sumamente montañosa y se advertían abismos de profundidad aterradora. Abundaban las aves en el espacio y las corrientes de aire se enfriaban rápidamente.
-¿Esta es la temperatura media? -interrogó el eterno preguntón.
-Es la temperatura de estas alturas. Observarás que está por llover y aquí las lluvias son siempre torrenciales -contestó el maestro.
-Por lo que veo, esta población debe encontrarse a gran altura sobre el nivel del mar, si es que lo hay, ¿no es cierto?
-Correcta tu observación. Sí hay mar. ¿Adónde podría ir el agua que está por caer? Quizá no se te ocurre preguntar a qué se debe que vivan a tan elevada altura. Te lo voy a explicar. Aquí la vida es más difícil, pero más segura. Allá abajo la vida es más fácil, porque la tierra lo da todo sin grandes dificultades, por eso se amontona la gente y vienen las disputas, las rapiñas y todo lo que impide la tranquilidad.

-Eso me hace pensar en la Tierra, cerca de la costa.
-Ni más ni menos. Infórmate de cómo vivió el mundo hace unos sesenta siglos y tendrás un paisaje muy parecido a éste en todos sentidos. Digo, que esta gente es el exponente de la civilización de este mundo, porque ha tomado el camino del trabajo para poder vivir. No es fácil su labor; pero están a cubierto de las tribus rapaces que gustan de vivir del trabajo ajeno.
-¿Por qué están a cubierto de la rapiña?
-Porque la altura es en sí una defensa. Los enemigos tienen que escalar desfiladeros peligrosísimos antes de llegar, y estos moradores han organizado fuertes defensas para repeler ataques. En realidad, hace varias generaciones que no saben que es una matanza de su gente; en cambio los pocos enemigos que se han aventurado, conocen lo que es la muerte y derrota. Este pueblo tiene una mayoría de espíritus desterrados de la Tierra que ahora copian lo que despreciaron, llegado a la conclusión de que solamente mediante el trabajo pueden volver a tener lo que perdieron por su aberración.
Predican la fraternidad, porque estas guerras son simplemente masacres, crímenes en masa, asesinatos sin disculpa, pillaje, en fin terror en todas sus manifestaciones.
-¿Y todos los espíritus de la Tierra han adoptado esta actitud redentora?
-No. Son una minoría, los demás aún andan a salto de mata tratando de encontrar la manera de enseñorearse, de hacerse mandones, déspotas y criminales con fuero; pero como los espíritus nativos están más en su elemento y desean lo mismo, vencerá el que tenga menos escrúpulos, y la verdad es que los que han venido de la Tierra ya tienen un mínimo de conciencia, ya no matan por el solo placer de matar, sino movidos por algún estímulo, llámese éste poder o riqueza, ambos difíciles de conseguir, puesto que los nativos no necesitan ese estímulo para matar, y hasta comerse a sus víctimas. Ya ves ahora la importancia que tiene visitar este mundo, puesto que es uno e los que están recibiendo a los desterrados terrestres.
-¿Cómo en el caso de Sammar?
-Exactamente, con la diferencia de que aquí vienen los malos, los menos viciados y los menos fanatizados en dioses y fetiches.
-¿Qué quieres decir con eso de menos?
-Menos, en relación con ellos mismos, aunque lógicamente son los más en relación con toda la Humanidad. Los pobladores de este mundo distan mucho de ser civilizados, y fuera poblaciones, como ésta, que no abundan, todo es libertinaje, impune, violencia, adoración a los fetiches más estrafalarios, esclavitud para los débiles en beneficio de los déspotas; y en fin, un Edén para los parásitos y piratas llegados de la Tierra.
-Si es un paraíso, estarán encarnados -comentó Tarquino.
-Aquí ocurrirá lo mismo que en Sammar. Oye este viejo cuentecillo que te dará una idea más amplia: Había un rey avaro que pidió a un genio le diera la gracia de convertir en oro todo cuanto tocara. Le fue concedido este poder y, gozoso, se dio a la tarea de convertir en oro todo lo que le rodeaba; pero le llegó la hora del hambre, y no pudo comer, porque los manjares se le convirtieron en oro; tuvo sed, y el agua se solidificaba; quiso descansar y no pudo porque el lecho se le hizo duro y frío. En fin, que llegó un momento en que pedía a gritos ser el más pobre con tal de

satisfacer sus necesidades. Eso es lo que les ocurre a los espíritus desterrados de un mundo hacia otro menos adelantado, y es que aquí el vicio y la corrupción son superiores a lo que ellos desean. La totalidad de los nativos son peores, y entonces los desterrados tienen que pasar frecuentemente a la condición de víctimas, y para salir de este real infierno, ya conoces la regla: enseñar lo que saben de bueno, para regenerar a esa Humanidad y salir ellos del atolladero en que se han hundido.
Acompañando la acción a las palabras, tomaron hacia la boca de una cueva y cuando se disponían a entrar, el guía comentó:
-Este fue un antiquísimo río subterráneo. Observa cómo el agua se canalizó hasta formar una grieta que parte en dos al cerro.
Empezaron a descender apoyándose en escalones mal labrados en la roca. En el interior la luz escaseaba, porque la parte alta de la grieta a veces se cerraba y a veces se abría, variando continuamente la altura. La inclinación de ese pasaje era grandísima y por él transitaban continuamente, en ambos sentidos, lo mismo hombres que mujeres. Guía y aprendiz llegaron a una bifurcación del túnel donde había un letrero que decía con letras bien claras: Savore Turiche. Abajo dé estas letras había otras de menos tamaño, ya medio perdidas, que no se entendían.
Tarquino preguntó sorprendido:
-¿Usan aquí nuestro alfabeto?
-¿Y por qué no lo han de emplear si son espíritus de tu mundo?
-¿Y qué quiere decir ese aviso?
-Quiere decir: Es prisionero quien desea serlo, y las letras de abajo advierten que no se tome por la desviación porque es peligrosa.
-Aquí parecen afectos a las frases hechas -comentó Tarquino.
-Estos espíritus han encarnado agrupándose por afinidad de ideas y anhelan la libertad que antes rechazaron, por eso se sienten prisioneros. Para profundizar en su pensamiento necesitarías vivir entre ellos. También en la Tierra existen frases que no se comprenden hasta que se profundiza en la ciencia espírita.
-¿Puedes ponerme un ejemplo?
-Naturalmente: Ojo por ojo y diente por diente. Se interpretó que esa Ley debía ser aplicada por un hombre llamado verdugo, quien rodeado de fuerza y poder castigaba impunemente, siendo que ante las layes inmutables ese verdugo a su vez estaba cometiendo un delito. No, esa Ley inflexible no es para ser ejecutada por hombres. Es una Ley inmutable como la gravitación.
Ambos interlocutores tomaron hacia abajo, siguiendo la continua corriente de moradores que circulaban en ambos sentidos. La luz disminuía a medida que bajaban, por eso había varias antorchas encendidas proyectando luz rojiza, humeante y fúnebre. Muy cerca de la boca de la cueva se paseaban varios soldados armados de lanzas con apariencia de cobre. Allí, a la entrada de la cueva, habla otro letrero que decía: Zavore Juriche. Tarquino interrogó:
-¿Y ese letrero qué quiere decir?
-Entrada a la vida o a la muerte. Esta frase fue inspirada por espíritus terrestres, que rememorando su pasado tratan de aleccionar a los habitantes para hacer la vida más llevadera. Observa que hay numerosa guardia vigilando la entrada.
-Sí, maestro, ya lo había notado.

-Su misión consiste en identificar a los propios y exigir explicaciones a los extraños, para evitarse sorpresas. La cultura y civilización de este pueblo corresponden a lo que en la Tierra fue la primera Grecia, y ante este mundo, se está convirtiendo en ejemplo de inteligencia y trabajo.
Tarquino interrogó:
-Supongo que si un ejército numeroso llegara a atacar, le sería fácil aniquilar a esta reducida guardia.
-Eso mismo pensó hace tiempo un pueblo invasor, e intentó el ataque, dominó a la guardia y seprecipitó dentro del túnel como una jauría. Por centenares corrían túnel arriba aparentemente triunfantes, cuando fue abierta una compuerta en la parte alta dejando libre un torrente de agua que arrastró a los atacantes causándoles la muerte. Fue entonces cuando se puso el letrero, que quiere decir: Si vienes en paz, entrarás a la vida; si vienes en guerra, entrarás a la muerte.
Salieron del túnel, llegando a la pequeña población que habían visto desde lo alto de la montaña, y que si pudiera fotografiarse, se confundiría con cualquier aldehuela indígena de la América Central.
El vestido de las mujeres era floreado, a colores chillones en telas burdamente tejidas. Los amplios y pobres calzoncillos blancos de los habitantes del trópico, el color cobrizo delas carnes, el pelo negro y lacio, los sombreros de palma, y hasta el sistema de mercado indígena en que las mercancías se tienden en el suelo, eran iguales a cualquier villorrio de Centroamérica.
Ambos caminaron entre la tosca y pesada población de esa plazuela desde donde se podía ver un pesadísimo edificio carente de mérito arquitectónico, y que por su tamaño e importancia en el poblado, hacía pensar en un templo. En la parte alta de la enorme puerta había un letrero grabado en la roca que decía: Sartary barjon jor.
-¿Y qué quiere decir eso?
-Dios está contigo si lo deseas. Esa es la interpretación más aproximada que te puedo dar; aunque ellos entienden lo siguiente: Dios está aquí, y para verlo debes entrar.
-Observo que esta gente se parece mucho a la del pueblo de las alturas que hemos visitado.
-Naturalmente. En su mayoría son de ese pueblo. Ellos fundaron esta ciudad baja para venir a vender sus mercaderías y comprar lo que les hace falta. El comercio aún es a base de trueque; pero eso muy pronto se modificará, porque en la primera edad están encarnados mercaderes, famosos financieros, banqueros y judíos que con sus especulaciones mataban de hambre a la Humanidad en la Tierra, y ya lo ves: ahora se han convertido en elemento de progreso, porque empezarán por crear la moneda.
Tarquino se sentía dominado por encontradas interrogaciones, y el maestro, dándole unas palmaditas en el hombro, siguió diciendo:
-Los mundos, en mucho son copias unos de otros. La Tierra ha copiado las costumbres, algunas de las religiones, los símbolos místicos, y hasta la legislación política. ¿Por qué los mundos inferiores a la Tierra y habitados por desterrados de ésta no han de copiar también? En fin, sigamos adelante, que nuestra misión es llegar a Neptuno, el mundo de donde el hombre ha copiado casi todo lo existente.

-¿Neptuno? ¡Al fin!
-El mismo. Iremos a otros mundos después. Por ahora, con lo visto nos bastará para que tengas una idea de lo absurdo que resulta el egoísmo humano, que hace que cada hombre se encierre en si mismo rodeándose de fronteras. Debes tener presente que cuanto mayor es el progreso de un espíritu, más se puede desligar de su mundo y de su materia, es decir: mas amplios son sus horizontes, hasta que llega a reconocer que no tiene otra patria que el universo; que no existen más fronteras que su grado de progreso, y que absolutamente los hombres de todos los mundos, son hermanos. Bien; emprendamos el regreso -a nuestro sistema planetario.
Tarquino, suspirando contestó:
-Me duele profundamente ver las condiciones primitivas en que aquí se vive; pero a la vez creo que es meritoria la labor de redimir a una Humanidad que por lo que veo y me dices, está al principio del camino.
Ya para entonces se encontraban a la altura de las nubes que empezaban a deshacerse en lluvia.
Aquella tierra estaba poco menos que deshabitada, pues las aldeas eran pequeñas y pobres, perdidas en la gigantesca vegetación.
El guía volvió a hacer uso de la palabra:
-Te hemos mostrado estos mundos, inferiores en progreso a la Tierra, para que vayas completando tus ideas sin que en ellos puedas aprender mucho de nuevo. Visitarlos es deprimente; y como es probable que en adelante se te muestren solamente mundos superiores, voy a completar las ideas hasta aquí establecidas por lo que se refiere a los desterrados, porque observo que se ha formado una maraña en tu mente.
-Muy cierto, maestro; no estoy precisamente confundido, sino poseído de creciente curiosidad.
-Pues bien, cada una de esas migraciones de que hemos hablado, llega encabezada por espíritus misioneros, por maestros que tienen como tarea orientar la actividad hacia el progreso. A eso se debe que desde el principio de su llegada aparecen sus propios filósofos y sus hombres de ciencia, que por todos los medios tratan de fraternizar a los hombres haciendo que desaparezcan las rivalidades entre las razas y las divisiones artificiales. Esto es muy complicado y tengo que usar un ejemplo accesible a tu mentalidad. Supón que la Humanidad logra ponerse de acuerdo y reconoce que los sistemas penitenciarios, tal como existen, no dan ningún beneficio a nadie, antes al contrario, son un constante foco de contagio del mal, además de representar una carga para la sociedad. Al reconocerse esto, se dice también que hay islas olvidadas de la civilización donde la vida es primitiva.
-Comprendo, comprendo -afirmó Tarquino.
-Pues bien -continuó el maestro-; se legisla en el sentido de que el hombre no tiene derecho a encarcelar a nadie; pero como hay algunos a quienes les gusta infringir continuamente las leyes, se les debe enviar a esas islas, para que vivan como hombres libres, a su gusto y manera. Una vez allí, lo único que les hará pensar que están presos es que no tienen derecho de abandonar esa isla.
-¡Eso sería formidable, maestro!
-Sí, quizá algún día se llegue a eso; y ya verías a qué gran velocidad esos pueblos

primitivos se transformarían en todos sentidos, abandonando su inmovilidad. Se cruzarían las sangres, se dictarían leyes y, así, los delincuentes vendrían a ser próceres.
-¿Y no se produciría un caos resultando víctimas los nativos?
-Lo más probable es que si, al menos al principio; pero ese sacrificio vale la pena si con ello se les da un nivel de vida superior.
-Puede ser, maestro; creo que tiene probabilidades de éxito.
-¿Probabilidades? ¡No! ¡Segundad! Ese sistema no falla. Ya en la Tierra se ensayó una vez y nadie puede quejarse de los resultados finales.
-¿Se ensayó? ¿En dónde?
-Investiga cómo se colonizó Australia. Y ahora continue mos nuestro viaje.

14
URANO

Nuevamente se encontraron en el espacio, aparentemente estacionados y, sin embargo, viajaban a velocidad de espíritu. El achicamiento de unas estrellas que se diluían en la noche eterna, y el agrandamiento de otras que surgían de las nubes estelares, era lo único que indicaba que estaban en movimiento. Tarquino interrumpió el silencio para preguntar:
-¿No tenemos que pasar por la órbita de Urano?
-No, ahora estamos muy afuera de lo órbita de Neptuno, y lo que estamos haciendo es regresar. ¿Por qué lo preguntas?
-Porque me gustaría observarlo de cerca.
-Eso no es posible, porque Urano ya no existe. El joven se quedó mirando al maestro con sorpresa y replicó:
-¡Pero cómo! Yo sé que en noches oscuras y limpias se le puede observar a simple vista ¿No está a sólo dos horas luz de la Tierra?
-Poco más o menos, ¿y qué?
-¿Cómo es que los astrónomos no han armado un escándalo por su desaparición? ¡Ese fenómeno, sin lugar a dudas, habría ocasionado una revolución científica! ; -El hombre tiene al alcance de las manos y de los ojos, en la propia Tierra, fenómenos más importantes que la desaparición de Urano, y, sin embargo, no han sido causa de ninguna revolución científica. -¿Más importantes? ¿Cuáles son? -dijo el estudiante.
-Algo que empezó a gestarse en el interior de la Tierra hace algunos años, cuyos resultados pronto cogerán por sorpresa al mundo, incluyendo al científico.
-¿No puedes decirme en qué consiste ese algo?
-Sí puedo, y te lo explicaré en detalles dentro de un momento; por ahora, sólo te diré que en el Polo Sur, en plena región Antártica, hay un enorme lago de aguas templadas que permiten a un hombre bañarse cómodamente.
-¿Qué temperatura hay en esas regiones?
-Alrededor del lago de que hablamos, la temperatura varia entre 30 y 50 grados centígrados bajo cero, mientras que en el agua del lago es de 12 ó 15 grados

centígrados sobre cero.
-¡No me explicó el fenómeno, excepto que se trate del cráter de un volcán más o menos activo! -aseguró Tarquino.
-Mucho hay de eso. Hace sólo unos años este lago no existía, y ahora se va agrandando. Allí tienes, a sólo unas horas de vuelo en avión, o días en barco, una manifestación visible y tangible de lo que se está gestando en la Tierra, y ya ves que el mundo científico no ha hecho ninguna revolución.
Tarquino guardó silencio. El maestro continuó:
-¿Y qué me dices de los deshielos árticos que empezaron con el siglo, y continúan, cada día con mayor intensidad amenazando inundar gran parte de la Tierra? ¿Acaso los científicos se han preocupado por el fenómeno?
-¿Deshielos árticos, dices? -preguntó sorprendido el estudiante-. ¿Ya qué se deben?
El maestro contestó:
-Desde hace muchos años, en los océanos Atlántico y Pacífico se han venido abriendo grietas, o "fallas", como más comúnmente se les conoce. En un principio fueron sólo rompimientos aislados; pero posteriormente, al irse conectando unos con otros, han acabado por dar forma a dos gigantescos sistemas de grietas que comprenden, en un caso a todo el Atlántico, y en el otro, a todo el Pacífico, siendo este último el más avanzado; y por lo tanto el que mayor peligro representa...
Tarquino interrumpió:
-¿Pero tiene eso alguna relación con los volcanes de la Antártica a que te referías?
-Absolutamente, puesto que el sistema de fallas precisamente allí empieza; pero no nos adelantemos, que al fin eso lo veremos detalladamente en su oportunidad.
Tras un corto silencio, el maestro continuó:
-Pronto sabremos si al hombre le interesa más la destrucción de Urano que la de la propia Tierra.
El aprendiz de espirita esperó a que su guía ampliara los conceptos:
-¡Urano! ¡Urano! ¡Qué poco sabe el hombre de la verdad universal! El planeta Urano fue un mundo como cualquiera otro del sistema solar que terminó su misión como la terminó Saturno. Su humanidad abandonó su hogar y se dispuso a efectuar un viaje de placer mientras que el enorme globo se enfriaba para desintegrarse, entregar su esencia al Cosmos, regenerar su materia, y volver algún día a formar parte de un mundo nuevo.
-¡Lo que más me sorprende, maestro, es que los astrónomos no lo sepan! -replicó Tarquino.
-Algunos lo sospechan. La Tierra ya ha recibido pequeños fragmentos que le han llegado como mensajes de ese hermano que se despidió para siempre. Claro que jamás se ha relacionado la presencia de estos valiosos regalos con ciertos fenómenos estelares, y eso sucede porque lo que el hombre no puede explicarse satisfactoriamente lo atribuye a casualidad, coincidencia, misterio, o a milagro. De todas maneras, esto ha producido, por lo menos, curiosidad. Y tiempo vendrá en que al buscar al perdido encontrarán nuevos cuerpos estelares que derrumbarán viejas teorías. A la larga, el hombre acabará por reconocer que la facultad inherente al espíritu de desligarse de la materia para percibir la vida cósmica, se reduce en la medida en que aumenta la calidad y capacidad de los aparatos con que cuenta.

-Maestro, yo diría lo contrario, puesto que por esos medios el hombre está en condiciones de demostrar las cosas.
-En parte puede ser; pero es el caso que después el hombre no se atreve a razonar más allá de lo que tiene en sus manos, al alcance de los sentidos, o al de su capacidad física, dando esto como resultado una limitación al desdoblamiento, que aunque se niegue, es necesario, y al final llega a plantearse la cuestión de esta manera: Si no lo veo con este maravilloso aparato, es que no existe; si no puedo palparlo, es que no lo hay; y es así como se establece una especie de dogma materialista, apoyado exclusivamente en la capacidad de los pobres aparatos fabricados por los hombres. Y, ya ves, por este procedimiento la historia se repite: unos hombres fabrican su dios, y se arrodillan ante él para adorarlo ciegamente, y otros hombres fabrican aparatos y luego no creen más que en ellos. En fin, los hechos mismos van desengañando a los materialistas más escépticos, a quienes se puede preguntar: ¿Qué sucede? ¿Dónde está la gente de Urano? Y ya verás que se te quedan mirando escépticos y hasta burlones.
-¿Y qué sucedió con la familia espiritual de ese mundo ya desaparecido?
-Esa familia hizo lo que hacen todas cuando terminan un curso: se lanzan al espacio en viaje triunfal, para exhibir su luz. Y cuando ya han disfrutado esas cortas vacaciones, terminan el viaje en el mundo de su nueva residencia que es, naturalmente, muy joven. La Humanidad empieza su nueva vida, precisamente en el grado del mundo recién abandonado. Te pondré un ejemplo. Los muchachos de una escuela preparatoria terminan con éxito sus estudios y, gozosos, se van a recorrer el país para estimular a estudiantes de otras ciudades. Van alegres y satisfechos; viajan en ferrocarril y por donde pasan encuentran gente de ciudad que los comprenden y aplauden; pero también encuentran indígenas de aldea, simplemente curiosos, que no saben qué o por qué es aquello, antes bien, hasta pueden asustarse por la algazara que arman, y sacar de ahí supersticiones. Pues bien, los muchachos, no por descubrir tal ignorancia interrumpen su paseo que tiene como final la nueva escuela, que esta vez será profesional, cuya enseñanza empieza exactamente en el punto donde se terminó la anterior. ¿Me has comprendido?
-Sí, maestro, solamente me ha quedado una curiosidad:
¿Cómo se realiza ese maravilloso y envidiable paseo?
-Va a sorprenderte el contraste que existe entre mi contestación y la creencia general. Las familias que terminan un curso forman un grupo numerosísimo y compacto y, al lanzarse al espacio, dan forma luminosa a lo que se conoce por cierta clase de cometa, cuyo recorrido es el viaje de placer de los triunfadores. A su paso van encontrando mundos que los comprenden, saludan y aplauden, así como aldeas de indígenas analfabetos, que los observan sólo por curiosidad, cuando no los maldicen con miedo, que es lo que ocurre en la Tierra.
Tarquino permaneció expectante. El guía continuó:
-¿Ya te vas dando cuenta de lo ingrato que es culpar a los cometas de malas influencias, pestes y cosas semejantes? Es necesario insistir en que nada ocurre por casualidad, y la presencia de estos viajeros obedece siempre a una poderosa razón que es: estimular a sus hermanos de estudio, que lo son todos los espíritus

del universo, para seguir siempre hacia adelante, pues quien se detiene o vuelve la cabeza hacia atrás, para seguir viviendo y contemplando el pasado, acaba por convertirse en estatua de sal, que estorba en el gran camino, por lo cual tendrá que ser derribada para dar paso al porvenir.
-¿Todos los cometas pueden clasificarse de este modo? -preguntó Tarquino.
-No todos los cometas son de la misma constitución y ya verás por qué. Día llegará en que los sabios terrestres encuentren íntima relación entre la aparición de cierto cometa con la desaparición de Urano, pero cuando eso ocurra la Humanidad estará de tal manera en camino ascendente que le parecerá muy natural y no causará la sorpresa que provocaría en este momento, si alguien lo publicara.

15
EN NEPTUNO

Desde que empezaron a atravesar el espacio, Tarquino notó armonías y luz cuyo origen ignoraba. Ahora se mostraban de nuevo esos fenómenos.
El guía se percató de la interrogación mental de Tarquino y dijo:
-Complicarías tus ideas si nos detuviéramos a analizar. Para el programa de hoy es bastante con que lleguemos a Neptuno.
No hubo réplica, y un instante después se encontraban en un mundo tan parecido a la Tierra, que Tarquino buscaba la diferencia entre un mundo y otro sin encontrarla. Se detuvieron en una calle céntrica donde abundaban las siluetas de apariencia absolutamente humana, con excepción de la estatura cuyo promedio era un poco mayor. Vestían de manera semejante a la indumentaria blanca y libre que se usa entre los árabes.
Lo mismo hombres que mujeres mostraban cierta hermosura. Las facciones eran delicadas y sus materias ligeras. Ni aun entre los ancianos se veían cuerpos encorvados ni rostros demacrados. Una leve sonrisa animaba sus facciones.
Los edificios, algunos muy elevados, estaban totalmente construidos de un material transparente como el vidrio. Los vehículos abundaban, y con excepción de los colectivos, todos eran de tamaño reducido; pero ninguno tenía la apariencia de automóvil, sino que mejor se asemejaban a pequeños tranvías.
El ruido era insignificante; únicamente el producido por la fricción de las ruedas sobre el pavimento. No existían los timbres, silbatos ni bocinas.
El estudiante, poseído de gran curiosidad, interrogó:
-¿Que es lo que produce la fuerza motriz de estos vehículos? No se ven cables en las calles ni se percibe el escape de gases efecto de combustión interna.
-¡La electricidad! -contestó el guía.
-Me lo imaginaba. Pero ¿cómo la producen? ¿cómo se le utiliza?
-En tu mundo no se sabe de la electricidad más allá del A. B. C. Aquí ya conocemos, por lo menos, dos letras más. ¿Te gustaría viajar en uno de esos vehículos?
-¡Claro que me gustaría!
Ambos subieron en lo que puede llamarse un coche particular y se situaron en un asiento, frente al volante, tan parecido al de cualquier auto que Tarquino creía estar

en un automóvil. En el tablero había aparatos de apariencia complicada que hacían pensar en el tablero de un avión. El guía fue mostrándolos uno a uno:
-Una planta central lanza al aire ondas eléctricas que este sencillo aparato capta, tal y como lo hacen los radiorreceptores en la Tierra, y marca la entrada e intensidad en este cristal, con lo que notifica al operador que ya puede poner en movimiento su vehículo, el cual no tiene sino un pequeñísimo motor en el lugar en que los automóviles tienen el diferencial. Comprenderás que con esto casi han desaparecido los mecanismos complicados y, por tanto, las fallas y accidentes. Observa estos dos tubos de vidrio, semejantes a los que ustedes usan como indicador de la temperatura del agua del motor y que aquí sirven para indicar el paso de la corriente eléctrica que alimenta las necesidades del vehículo. Esta carátula con tres focos de colores distintos, indica la proximidad de otros vehículos o de obstáculos. Cuando un vehículo se acerca por la parte trasera se enciende uno de los focos laterales de la carátula, indicando el lado por donde va a rebasar.
-¿Y ese foco del centro para qué sirve?
-Es para indicar los obstáculos delanteros. Va aumentando su intensidad de luz según la proximidad a que se encuentre del obstáculo de que se trate.
-Es maravilloso; pero en cierta forma me parece más complicado que los automóviles nuestros.
-No es verdad, pero suponiendo que así fuera, la Humanidad de Neptuno ha alcanzado un grado mental mucho más elevado que el promedio de los hombres terrestres. Esto permite atender a más problemas simultáneamente. Desde luego, en la Tierra, la causa de la mayor parte de los desaguisados provienen del motor, y, concretamente, el de combustión interna, que es el más defectuoso de todos, porque consta de múltiples piezas que por cualquier causa se rompen o desajustan. En este tipo de vehículo el motor tiene menos piezas que las de cualquier motor de embobinado en tu mundo. No creas que todo se reduce a luces, no; hay un mecanismo automático que hace virar ligeramente la dirección del vehículo cuando el que se acerca rebasa el mínimo de distancia tolerable.
-Pero eso, ¿no obliga al vehículo a desviarse peligrosamente fuera del camino?
-Se supone que dentro hay una persona que lo opera, pues de no ser así, entonces el vehículo simplemente estaría estacionado. Ese mecanismo de que te hablo, indica y ayuda, pero no obliga. Si el operador quiere chocar el mecanismo no se lo impedirá.
-Parece que la explicación tiene su lógica; pero suponga mos que en una carretera o en una calle dos vehículos rebasan por ambos lados a un tercero. ¿Cómo se las arregla ese mecanismo?
-Muy sencillo. Las fuerzas se equilibran y lo saca de la zona de peligro, colocándolo en el justo medio. Naturalmente, que como los otros coches a su vez están equipados con aparatos similares, puesto que son obligatorios por ley, puede pre-venirse y evitar el accidente, excepto por absoluta imprudencia; pero esos casos son raros, debido a la eficiencia de estas máquinas.
-Pongamos por caso que dos vehículos, uno detrás de otro, van corriendo a cierta velocidad, y que el de adelante se detiene bruscamente. ¿Qué sucedería? -preguntó Tarquino.

-Desde luego se enciende a toda su intensidad el foco central del coche trasero, y por su parte el mecanismo automático enfrena a la misma velocidad a que ha enfrenado el delantero, a la vez que la dirección se quiebra razonablemente sacando el coche de la zona de peligro.
-Mirando las cosas con calma, en verdad todo esto es admirable y ahora ya no me parece tan complicado. ¿Y aquí hay aviones? -interrogó Tarquino.
-Sí, pero no de la forma ni tan voluminosos como los de tu mundo. Vayamos a ver uno.
Un instante después se encontraban en la cabina de un aparato esférico, sólo con muy pequeñas aletas. El guía instruyó:
-Varios de los aparatos con que cuenta el transporte neptuniano son similares a los que usan en la Tierra, por ejemplo, los que registran la altura, la velocidad, las perturbaciones atmosféricas, etc., y además están los que ya viste en el auto terrestre, que sirven para anunciar los obstáculos a fin de evitarlos. En los autos únicamente se anuncian los vehículos que se aproximan lateralmente, de frente y por detrás; en estos aviones se anuncian, además, los que puedan acercarse por arriba y por abajo, así como las montañas cercanas.
-¡Ah!, ya entiendo, eso es algo así como el radar.
-Muy parecido; pero más evolucionado. Además, aquí la televisión que en tu mundo está en pañales, es ya de uso tan común, que no hay avión que no la tenga, y muchos autos también, no todos, porque, éstos sólo se utilizan para muy cortas distancias, pues vienen a ser lo que en la Tierra las bicicletas o las carretas tiradas por bestias y que, naturalmente, perdurarán como transporte en las regiones apartadas, entre la población rural. Los aviones son para distancias mayores y el electro-magno para las superiores que requieren gran velocidad.
-¿Qué es el electro-magno? ¡Ya lo he oído mentar!
-El electro-magno, entre nosotros, se encuentra en su principio como sistema de transporte. De todas maneras, para ti resultará ser una sorpresa. Vayamos para que lo veas.
Una vez más cambiaron de sitio. Se encontraron en una espaciosa sala de espera como la de un gran ferrocarril, donde pululaban centenares de viajeros llevando maletas. El guía siguió diciendo:
-Tú sabes que Neptuno es casi cinco veces más grande que la Tierra; en tal virtud, las distancias son enormes. Pongamos por caso que alguien quisiera trasladarse a sus antípodas; imagínate el tiempo que tardaría, si ese recorrido lo hiciera en ferrocarril, en auto y aun en avión del tipo de los de tu mundo. Precisamente esta necesidad fue lo que nos obligó a buscar un transporte mucho más veloz que los aviones, de donde resultó que, para distancias cortas se emplean los autos y los transportes colectivos del tipo de los tranvías y ferrocarriles de tu mundo. Los aviones se usan para recorridos un poco mayores, particularmente hacia regiones poco habitadas, y el electro-magno para las distancias que requieren gran velocidad. Todos estos aparatos se mueven por electricidad, porque aquí ya desapareció la fuerza producida por cualquier otro medio. Hasta las casas más lejanas y sumidas en bosques o llanuras tienen electricidad, dado que todo se reduce a poseer un aparato receptor de onda eléctrica. Esta cantidad de transportes es necesaria debido a

que las ciudades son únicamente lugares de trabajo y diversión. En ellas se vinculan los centros directivos de las industrias, del gobierno y de la política, los centros de diversión y de aprovisionamiento; pero los citadinos, en proporción de noventa por ciento, viven en el campo en casas individuales. Esta estación central donde ahora nos encontramos, no es salida de ferrocarriles ni aviones. Ven para que la observes.
Después de recorrer la gigantesca sala llegaron a una puerta muy amplia que hizo pensar a Tarquino en un elevador de edificio. El maestro le explicó:
-¿Ves esa luz sobre la puerta? Los signos indican el lugar de destino de los viajeros.
El aprendiz de espirita estaba tan desconcertado que prefirió callar.
-Entremos para acompañar a esas personas cuyo viaje es muy largo.
Ambos entraron encontrando que aquello no era más que un aposento con asientos acojinados, que no pasarían de veinte. Tarquino dedujo que se parecía a una sala de espera de consultorio médico.
Aguardaron a que se ocuparan los asientos y entonces el operador cerró la puerta corrediza, tal como lo haría un elevadorista. El aprendiz de espírita sintió algo así como un choque brusco que lo hizo perder la conciencia. Cuando volvió en sí, vio que se abría de nuevo la puerta. Salieron y, ¡sorpresa!, estaban en una estación completamente distinta. Las personas con quienes entraron en la cabina eran las mismas, pero las que pululaban en la nueva estación eran tan distintas como si se hubieran cambiado repentinamente de Nueva York a China, o viceversa.
-¿Qué es lo que ha ocurrido? -interrogó estupefacto Tarquino.
-Hemos usado el electro-magno para transportarnos. Naturalmente, el espíritu no lo necesita; pero hemos acompañado a estos encarnados que sí necesitan de transportes materiales. La distancia recorrida en unos cuantos minutos terrestres corresponde a más de una vuelta de tu mundo.
-¡Caramba!, sí que es velocidad. Pero todavía no entiendo cómo pudo haberse realizado el viaje. Yo no vi nada que se moviera, ni ningún mecanismo considerado como transporte. Ambas salas, tanto la de salida como la de llegada, me parecen de construcción sólida y fija como cualquier edificio.
-Te lo voy a explicar hasta donde me sea posible, procurando que lo entiendas. Creo que ya viste en cierta ocasión cómo un médium presentaba el fenómeno conocido por aporte ¿no es verdad?
-Sí, es verdad.
-Mientras que los fenómenos se encuentran en período de investigación, de experimentación o de simple teoría, nadie o muy pocos dan crédito a lo que se asegura. Más tarde, cuando el descubrimiento o el invento pasa a ser de uso común, cuando ya nadie se ocupa de averiguar cómo se llegó a él, la burla no es para los "locos" que lo inventaron, sino para los que lo negaron. Así ocurre con los fenómenos del espiritismo científico y entre ellos el aporte. En tu mundo aún se niega, y aquí es ya de uso común, realizado por medios absolutamente físicos, valiéndonos de una fuerza magnética que en la Tierra aún no se explota industrialmente, pero que ya está en experimentación en los laboratorios. Y admírate, cabe el honor de ser los primeros en ver con claridad el principio de esta maravilla a científicos mexicanos, quienes lo han bautizado con el nombre de Euturión.

-¡Eso es lo más sorprendente para mi, maestro! Sí, porque no recuerdo haber oído decir nada al respecto.
-Hay razones poderosas para que permanezca en secreto por algún tiempo. Las fuerzas negras se opondrían por todos los medios a su alcance a que se divulgue, porque la sola teoría en que se basa destruiría todos los mitos religiosos sin excepción. Pero hay más: México no cuenta con los elementos necesarios para experimentar y desarrollar la idea, y como consecuencia, ésta pasaría a poder de los pulpos de sangre humana, a maños de los criminales internacionales que no se sacian nunca de propiciar guerras, quienes pretenderían hacer de este invento un arma fantástica jamás imaginada, que los convertiría en invencibles. Es aquí donde cabe la profecía de Julio Verne que se refiere a un país ambicioso que acabó por destruirse a sí mismo. ¿Me comprendes? ¡Dejemos que los hechos mismos despierten a la Humanidad! Decíamos que esa fuerza magnética tiene la virtud de ensanchar los espacios existentes entre molécula y molécula, y que otro tanto ocurre con sus componentes; de suerte que llega un momento en que sin necesidad de que el cuerpo haya perdido ninguna de sus condiciones se ha agrandado tanto que acaba por hacerse fluídico, invisible, y entonces se transporta por ondas eléctricas controladas.
-Por favor, maestro, necesito mayor ilustración- rogó Tarquino.
-Los átomos tienen mucho de sistemas planetarios y, por lo tanto, entre uno y otro existe un espacio enorme en relación con su tamaño, y lo mismo ocurre con sus componentes hasta llegar a la unidad de la materia. Estos espacios, a pesar de que sean invisibles, están llenos exactamente igual que los espacios interplanetarios, de éter, como vulgarmente se ha llamado a la vida, o Alma Universal.
-¡Eso es maravilloso, maestro!
-¡Claro que lo es! Una pequeña parte de esa energía interatómica, o interplanetaria, que para el caso es lo mismo, es lo que desgraciadamente se usó y volverá a usarse para destruir la existencia humana en la Tierra. ¡No la vida de soldados armados y dispuestos a matar, sino la vida de civiles, mujeres, niños y ancianos a quienes les llovió y volverá a llover la muerte! ¿No es de los peores crímenes concebibles, utilizar la energía que da vida y formas, precisamente para destruir la vida y deshacer las formas? ¿En qué condiciones crees que queden ante la Ley del Padre los científicos responsables y los que pagan por sembrar la tragedia y la desolación? ¿Hasta qué mundo tendrán que retroceder para aprender que el hombre nació para construir, para edificar y nunca para destruir?
-Ciertamente, maestro, me presentas un panorama dramático y espeluznante del cual no saldrán bien librados los responsables de tales hecatombes.
-Volvamos a nuestro asunto. Decíamos que las moléculas de los cuerpos se separan tanto que acaban por hacerse invisibles. En estas condiciones, lo mismo personas, herramientas, instrumentos, ropa o cualquier utensilio, pueden pasar a través de muros para llegar a su destino, siempre y cuando en él haya estación receptora.
-Eso me hace suponer que también pueden transportar carga pesada.
-Naturalmente. Hay cámaras gigantescas que se cargan de materiales, comestibles y demás elementos necesarios al hombre para ser transportados tal como has visto

que se hizo con las personas.
-¿Luego aquí los barcos de gran calado son innecesarios?
-Los mares son escasos. Los barcos sirven para cubrir cortas distancias, como ocurre con los aviones y los autos. Estos transportes podríamos llamarlos: para servicios rurales, y el electro-magno, para servicios urbanos de las grandes ciudades, y, sobre todo, para servicios de transportación mundial. Por este medio ha desaparecido el congestionamiento de vehículos en las grandes y populosas ciudades.
-Bien, bien -repetía el visitante positivamente sorprendido, sin saber exactamente qué seguir preguntando. Al fin aventuró:
-¿Y qué industrias existen? ¿En qué se trabaja?
-Las industrias son aproximadamente las mismas de tu mundo: telas para vestir, materiales para construir edificios, maquinaria de todas clases, instrumentos musicales, equipos deportivos, etc. La diferencia respecto de la Tierra está en las formas.
-¿Y en qué consiste la alimentación?
-Principalmente en productos agrícolas.
-¿No se come carne? ¿No hay animales?
-Sí hay animales; pero se les molesta poco, porque ya se va estableciendo la costumbre de alimentarse exclusivamente con lo que nuestras maños producen, no sacrificando seres que tienen tanto derecho a la vida como el hombre mismo. Esto aún es un ideal y se siguen sacrificando animales, muy especialmente para usos industriales. Muchísima gente está dedicada exclusivamente al trabajo del campo, y otra tanta en usos industriales. Pero todos tienen pequeñas siembras que rodean su casa. La escasez de alimento no se conoce más que por la historia. Hay sequías, inundaciones, plagas, cambios bruscos de temperatura, etc., pero todo eso lo podemos combatir con gran eficacia. Por ejemplo, una sequía se combate con lluvia artificial, que aquí es común y corriente. Una tormenta se desbarata con la misma facilidad con que se provoca la lluvia. Se ha previsto dónde pueden producirse inundaciones, y se han construido represas gigantescas, domando así las aguas, que se les obliga después a deslizarse lentamente para bañar las campiñas. En cuanto a las plagas, la química y la electricidad han terminado con ellas.
-¡Caramba! Pero eso requiere una administración perfecta.
-La hay, aunque no sea lo perfecta que deseamos.
-¿En qué consiste aquí el aspecto político?
-Desde luego, ocupan los puestos de mando los que nosotros señalamos. Ya sé..., ya sé que en tu mundo se dice lo mismo; pero la diferencia es que allá es la ambición de poder y riqueza lo que impulsa al hombre a ocupar esos puestos, mientras que aquí es el interés del mejoramiento colectivo.
-Pero eso requiere una evolución moral muy elevada.
-Sí, y requiere que el hombre no tenga como meta el acumulamiento de riquezas. Mientras exista como finalidad de la vida el enriquecimiento personal, no puede haber sinceridad política. Aquí no existen las riquezas, pues hace siglos que se legisló en el sentido de que el mundo es para todos; se rinde tributo al trabajo, y la colectividad, sin excepción, tiene derecho a comer, vestir, divertirse, estudiar. La

haraganería no existe porque está fuera de la ley. Simplemente no es ciudadano el que no trabaja, no tiene derecho a ir a ninguna parte, ni pedir nada. La vida para un parásito humano es imposible.
-¿Entonces no hay limosneros?
-La historia habla de ellos, como uno de los males que existieron cuando imperaba la sinrazón, a base de armas y muerte. Actualmente nadie es extranjero, y trabajando, todos tienen los mismos derechos civiles. Los ancianos no trabajan, pero ¿quién se lo va a pedir? Muchos llevan sobre el pecho condecoraciones por haber sido grandes trabajadores. Ahora, pues, corresponde a los jóvenes sostenerlos como ellos sostuvieron a sus hijos cuando eran pequeños. Pero no son limosneros. Está en la constitución política que un anciano tiene derecho a entrar a comer y descansar en la casa que le venga en gana. Y exactamente es lo mismo con los niños hasta la edad en que están en condiciones de valerse por sí mismos. Todos estos detalles los previene la ley, y no existen sanciones para quienes se nieguen a dar alojamiento a los ancianos o a los niños.
-¿No hay sanciones?
-La ley ordena que debe hacerse, pero no establece ninguna sanción; el que no quiere, no lo hace y se acabó. Es que aquí ya ha fraternizado la Humanidad al grado de que el individuo siente verdadero placer en servir a sus semejantes y no faltan los que repitan, a todo el que los quiera escuchar, que han tenido en su casa, aunque por breve tiempo, a un anciano que llevaba sobre el pecho tantas más cuantas y tales o cuales medallas por mérito en el trabajo.
-¿Ese sistema de vida es en todo Neptuno?
-Si, puesto que tenemos un gobierno único. Hace ya alrededor de ochenta siglos terrestres que desaparecieron las fronteras. Actualmente, para entender lo que eso quiere decir, los encarnados tienen que recurrir a ejemplos, pues como tampoco existe la propiedad privada, nadie tiene idea de lo que fue una frontera, y ahora resulta de lo más absurdo. Aquí, como en el mundo Tierra, hubo fronteras, y muchas más, por ser más grande el planeta y tener menos mares. Al desaparecer las fronteras desaparecieron los gérmenes de luchas sangrientas.
-Pero eso es fantástico. Si yo viviera aquí tendría mucho gusto en dejar mi casa fea y pobre, para posesionarme de la del vecino si ésta fuese un palacete.
-La ley prevé esa circunstancia. Tú tienes derecho a vivir en ese palacete si lo construyes y lo cuidas. También tienes derecho a él si por méritos en el trabajo un tribunal te lo concede como premio; pero debo advertirte que ese tipo de ambición, que en el fondo acusa mezquindad, ya casi se ha desterrado. Para que me entiendas: aquí la ambición de todos es figurar como el mejor, el más bueno, el más trabajador, el más estudioso, el más inteligente, el más sabio, el más bondadoso. Comprenderás que estos principios deben ser otros quienes lo digan, de tal suerte, que la lucha por conquistar esas metas es incesante y nadie quiere sentirse inferior a otro. Aun en este aspecto privan ciertas manifestaciones de mezquindad, de egoísmo; pero al menos no es tan baja la pasión como la de acumular riquezas y poder, en perjuicio de pueblos enteros. El resultado de esta justa es que el progreso avanza tan rápidamente, que se necesita estar muy despierto para no vivir retrasado de un día para otro. Tienes, por ejemplo, el caso del electro-magno, ese

sistema de transporte por dilatación de los cuerpos, que hace años, cuando aún estaba en experimentación, tenía, como es natural, muchos problemas que resolver. Se trataba de transportar animales, y llegaban muertos, o no llegaban. Entonces, a un trabajador, ya premiado por dos veces, se le ocurrió que el aparato podía servir desde luego, en tanto que se perfeccionaba. Construyó a su idea dos pesadas máquinas muy semejantes a los tractores. Una era estación transmisora y la otra receptora. La primera máquina, al avanzar, escarbaba la tierra echándola dentro de una cámara, que la desintegraba y la hacía salir en forma de polvo cósmico hasta la otra máquina que la condensaba e iba depositando a donde convenía. Esto fue una innovación que le produjo muchos aplausos y una nueva medalla, pues el problema de hacer canales, abrir carreteras, quitar cerros en donde estorbaban, llenar valles profundos en donde la vida era malsana, dragar ríos y puertos, se convirtió en verdadera diversión, puesto que cuatro hombres, dos en cada máquina, podían realizar el esfuerzo máximo de cientos de hombres y máquinas. Por entonces, la roca y la tierra así desintegradas, no podían ser arrojadas más allá de unos diez kilómetros terrestres, distancia en verdad corta, sobre todo aquí en Neptuno; pero era el primer paso, y entonces no faltaron los que estuvieron dispuestos a dar el segundo y el tercero y, al fin, caminar y luego correr, hasta lograr su perfeccionamiento.

-¡Caray, maestro, qué gran cosa sería esto en la Tierra!

-Lo sería en la Tierra y en cualquier mundo que aún no lo tenga. Este aparato evolucionó de la siguiente manera: Ahora ya no escarba ni mete la tierra en la cámara, sino que la desintegra valiéndose de un absorbedor con forma de embudo invertido. Este aditamento viene a ser como las barredoras mecánicas de las calles, que van girando y levantando la basura. Este de que te hablo, no gira, simplemente desintegra lo que encuentra a su paso hasta una profundidad variable, según se desee, y lo arroja a una distancia prácticamente ilimitada, naturalmente, dentro del planeta. Antes era menester una cámara receptora que recibiera el polvo cósmico, que lo desintegrara a su forma primitiva, o que en forma de polvo finísimo lo dejara caer adonde se deseara. Ahora, ese proceso es también distinto, pues la receptora lo hace condensar en el espacio dejándolo caer adonde se desee. Esto ha permitido rellenar barrancas peligrosas e inútiles, que actualmente son mesetas elevadas y fértiles. Otra forma de uso consiste en recibir el polvo cósmico y, por acción eléctrica, elevar su temperatura hasta licuarlo como una lava de volcán, que se va tendiendo del espesor que se desee sobre la brecha previamente abierta, y así se hace una carretera de piedra, con una resistencia ilimitada y de una perfección mayor de lo que se puede lograr con el concreto armado. Para que comprendas la utilidad, tengo que reducirlo todo a lo que ocurre en la Tierra, por eso te pondré un ejemplo. Cuatro hombres son los necesarios para manejar estas dos máquinas y pueden avanzar haciendo una carretera terrestre a razón de dos kilómetros por hora de trabajo terrestre.

-¿Y no varía el tiempo si encuentran elevadas montañas?

-No, porque si el trazo es escalando, simplemente caminan sobre ellas, y si hay que atravesarlas, hacen un túnel, desintegrando la roca, no importa su dureza. La máquina lo absorbe todo: agua, lodo, roca; en fin, todo sin excepción. Los canales

son totalmente recubiertos de roca fundida, que, ya terminada, queda lisa, tanto en el fondo como en los lados, impidiendo así la erosión de la tierra por las lluvias y, como consecuencia, el azolve. En los puertos es facilísimo, por este medio, hacer escolleras, muelles y malecones. En fin, se puede sacar del mar una montaña o trasladarla de la tierra al mar. Ya ves si aquel trabajador que dio el primer paso tuvo bien ganada la medalla. La cantidad de usos a que se destina este aparato es casi infinita; por ejemplo, en la construcción de edificios. Ya has visto que son casi totalmente de cristal, en partes opacos y en otras transparentes.

-Sí, ya lo había observado.

-Pues bien; se hacen formas semejantes a las que se utilizan para vaciar concreto armado, pero, en este caso, lo que se vacía es cristal líquido, que, al enfriar, adquiere la estructura que has podido observar. Otro uso: En los primeros días se perforaron pozos profundísimos en zonas frías, por donde descendían tubos que recogían el vapor caliente para utilizarlo como calefacción en las casas. Este procedimiento entró en desuso rápidamente, porque con la electricidad se resuelve el problema de la calefacción.

-Y ahora que hablas de electricidad, ¿ésta se produce por el mismo sistema que en la Tierra? :

-No, las turbinas hidráulicas o de cualquier otro tipo desaparecieron hace siglos. En los museos existen algunas tan bien conservadas, que si se ponen a trabajar dan servicio. Actualmente se obtiene energía por sistemas de desintegración. Te pondré un ejemplo accesible. ¿Has visto cómo las placas de un acumulador de auto, por el solo hecho de juntarse positivas y negativas producen electricidad?

-Sí, algo he oído hablar.

-Pues eso es todo. Se juntan varias substancias químicas que al desintegrarse producen la energía.

Ambos guardaron un corto silencio, porque se les acercó un espíritu luminoso, tendiendo fuertemente al color azul constante. Su rostro denotaba inteligencia y severidad a la vez. El guía de Tarquino lo saludó cariñosamente, sin palabras, valiéndose de vibraciones. El recién llegado dijo:

-Continúen su charla, haciendo caso omiso de mi presencia. Hablaré cuando me toque mi tumo.

Esto fue tan definitivo que a Tarquino no se le ocurrió contestar, conformándose con mirar de hito en hito al recién llegado. Al fin volvió a hablar:

-He observado que a pesar de la distancia y tamaño reducido del Sol, su luz se aprecia aquí como sí estuviéramos en la Tierra, y eso me sugiere que su calor tampoco varía gran cosa respecto de mi mundo.

-¿Acaso creías que estábamos en tinieblas y helándonos? -replicó el maestro.

-Antes de llegar, eso pensaba, a no ser que el planeta estuviera ardiendo... Bueno, se me complican las ideas. Yo pensaba que aquí habría menos luz que allá, y además, si no estaba ardiendo, era de suponerse que haría un frío glacial.

Tarquino manifestaba la confusión en que se encontraba v al decir allá, señalaba hacia arriba, hacia el cielo. El guía, sonriendo, sin dejar de caminar hacia los suburbios de la ciudad, contestó:

-No quiero complicarte las ideas dándote explicaciones anticipadas; simplemente

debes formularte esta pregunta: Si el calor de los mundos procede de los soles, tendrá que aceptarse que el Éter está caliente y ahora, si ya viste que entre planeta y planeta la temperatura es muy inferior a cero, más exactamente, a 273 grados bajo cero, según afirmación de los propios científicos, ¿cómo es que nosotros podemos recibir el calor? Ya viste que tenemos agua, y, sin embargo, no vivimos entre el hielo, excepto, naturalmente, en algunas regiones y alturas.
-Sí, maestro, todo eso es muy cierto.
-Pues bien, la pregunta es ésta: ¿Puede manifestarse el calor al otro lado de la zona fría?
-¿Qué quieres decir?-interrogó Tarquino estupefacto.
-Después, con calma, hazte esta pregunta y trata de contestarla: ¿Cómo puede manifestarse el calor solar en Neptuno después de haber atravesado tan enorme distancia fría y vacía?
-¡Me planteas un señor problema!
-Ahora veamos lo que se refiere a la luz. Si ya te dijimos que los rayos solares no son ni luminosos ni calientes, es de comprenderse que la distancia a que se encuentra el Sol nada tiene que ver con la intensidad de la luz dentro de la atmósfera de cada planeta, ¿no te parece?
-Yo no diría eso precisamente.
-De todas maneras, así es. Todo pertenece al mundo mismo: la luz y el calor. Todo depende de la composición química y física de la atmósfera. Las partículas, llamémoslas así, que flotan en nuestra atmósfera, están formadas para vibrar de tal modo que, al ser afectadas por los rayos magnéticos solares, dan una luz de intensidad semejante a la de la Tierra. Te pondré un ejemplo. Si la Tierra tuviera esta misma atmósfera, de noche quedaría iluminada por Sirio tan intensamente como en el día lo es por el Sol.
-¡Eso es fantástico e increíble, maestro!
-Si razonas un poco reconocerás que es una deducción correcta. Si cada mundo está en grado distinto de progreso, su materia, naturalmente, tiene que vibrar en relación y, por lo tanto, manifestar mayor o menor sensibilidad a la influencia solar, como sucede con las películas fotográficas, que son de distinta sensibilidad según la composición de sus materiales con que fueron fabricadas.
El maestro hizo una pausa dando tiempo a que el aprendiz a espirita reflexionará, y como no había dejado de caminar, en ese momento llegaron a los límites de la ciudad. .Avanzaron entonces sobre un terreno abandonado, en el que no se manifestaba el menor trabajo. Por tal motivo, la atención de Tarquino se concentró en ese panorama de contraste y de su mente surgieron interrogaciones complicadas. Y es que más allá se observaban ruinas de edificios, unos bajos, otros elevados, pero todo ruinas absolutamente deshabitadas, entre las cuales crecía la vegetación silvestre de todos tamaños.
Caminaban los tres personajes silenciosos. A Tarquino le faltaban ojos para captar el panorama en toda su terrible grandeza. Al fin exclamó como quien se siente invadido por el pánico:
-¡Esto es una ciudad abandonada y en ruinas! ¡Ruinas de siglos!
Esta vez contestó el personaje que los había seguido silencioso:

-Cuando llegué, tu interrogación fue la de saber quién era yo. Sépase aunque carezca de importancia. En la Tierra se me conoció, entre otras existencias, como Moisés en una y Sócrates en otra, y basta de presentación. Se te va a mostrar algo que es un positivo privilegio, y no porque se excluya a los demás hombres de verlo también, sino porque son muy pocos los encarnados que se deciden a desligarse de su materia lo bastante para llegar hasta aquí. Hemos invitado a toda la Humanidad a que venga; pero... nuestra invitación ha caído en el vacío... ¡Son tan pocos los que nos han seguido...! ¡Vamos adelante, observa con cuidado y razona!

Aquel espíritu usaba palabras cortantes que mal se pueden reproducir, y tan precisas que cada una expresaba por si sola grandes ideas. Aparentemente no le gustaba hablar sino de cosas importantes y dichas en el menor tiempo posible.

Tarquino estaba absorto en el espectáculo. Ahora caminaba por una calle que alguna vez fue pavimentada con materiales parecidos al cemento, sobre el cual no es posible que crezca la hierba. Los edificios eran elevadísimos, haciendo pensar en Nueva York, pero de una arquitectura distinta, pues abundaban las columnas cilíndricas y labradas del tipo de las usadas en la viejísima Roma. Las estatuas y los adornos recordaban a la Grecia en sus días gloriosos; pero todo presentaba un aspecto desolador: arcos en derrumbe, puertas medio caídas, techos hundidos, paredes cuarteadas y, en algunos casos, edificios completamente en ruinas. El que dijo ser Moisés, explicó:

-Esta ciudad floreció hace noventa siglos.

-¡Caramba!, y, sin embargo, aún sería habitable, más que algunas ciudades que conozco -replicó Tarquino.

Entraron en uno de los edificios. En apariencia y distribución interior eran tan semejantes a las construcciones terrestres del siglo XX, que Tarquino no podía disimular su asombro:

-Esto es tan parecido a mi mundo, que creo que estoy otra vez en la Tierra. Moisés contestó:

-Todo tiene su razón de ser, y mostrarte esto. es para que veas de dónde arranca su flamante civilización. Para que destruyas en tu mente ideas tan pobres, como creer que el hombre es el centro del universo, pues tu Humanidad ha hecho tan poco por sí sola, que ya lo estás viendo: hasta las construcciones ha copiado.

En ese momento llegaron frente a un edificio que, sin exageración, puede compararse al Instituto de Minería de la ciudad de México, variando muy poco, tanto en su arquitectura exterior como en su conjunto. El maestro Sócrates comentó:

-¡Este fue el palacio de justicia…; y si comparas su tamaño con las construcciones que lo rodean, te darás cuenta de lo pobre que era la justicia!

Esa era una idea tan vasta que, de momento, Tarquino no se atrevió a contestar. Al fin, dijo, reflexionando:

-¿Mencionaste noventa siglos? ¡En ese tiempo en la Tierra ya no quedarían ni vestigios de esta ciudad! ¿Qué es lo que la ha mantenido enhiesta? ¿Cómo se ha resguardado contra la natural destrucción?

-De una manera que te va a sorprender. A los delincuentes incorregibles se les impone como castigo venir a apuntalar esta ciudad. Son ellos quienes la han conservado; ellos quienes la vienen a limpiar para que las calles no se pierdan por la

vegetación, y en fin, que a los amantes del delito se debe que la ciudad se conserve como la ves.
El aprendiz de espirita no comprendía. El maestro recibió esas interrogaciones mentales y aseguró:
-Pronto estarás completamente enterado, y entonces verás lo horrible que es para un hombre el dedicarse a conservar estas ruinas.
-Pero juzgando por lo que veo, no es mucha la atención que actualmente se le presta -observó Tarquino.
-Ciertamente. Y la razón de ello la encontrarás en la cantidad de delincuentes que hay en este mundo, si, en todo el mundo, aunque te asombre, pues las ciudades contemporáneas ya desaparecieron. Esta es la única que se ha conservado como museo.
Así decía el maestro cuando llegaron al final de la calle que desembocaba en una plaza enorme, al centro de la cual se levantaba un edificio gigantesco, no tanto por su altura como por su extensión. Siguieron caminando, y en primer término encontraron un enrejado espeso y resistente que rodeaba a todo el edificio.
Ya desde antes, Tarquino había observado que sobre los edificios había swásticas, es decir, cruces de brazos retorcidos, iguales al símbolo nazi. No había dicho nada, pero al observar el edificio que ocupaba tan enorme extensión, no pudo menos que sorprenderse al ver que todas las cúpulas y remates del edificio estaban adornadas precisamente con la cruz gamada.
Transpusieron el enrejado, llegando a una arquería de piedra parecida al mármol, pero mucho más hermosa. A pesar del tiempo y del abandono, aún manifestaba su brillo. Esa arquería rodeaba al edificio y Tarquino ya no pudo guardar silencio:
-Veo que ese símbolo está en todas partes. En relieve, cincelado, dibujado; en fin, según parece, era muy popular.
Terminaron de atravesar la arquería, y Tarquino vio una gigantesca puerta de forma oval, aparentemente de oro. En la parte superior, sobresaliendo del muro, estaba otra enorme swástica, dando la sensación de esos anuncios luminosos de gas neón que de día parecen muertos.
-Juzgando por el lugar y manera en que está colocada esa cruz torcida -dijo Tarquino-, supongo que al iluminarse, se veía desde muy lejos.
-Eso es obvio. Ya lo estás viendo -contestó Moisés.
-Me parece de hierro. ¿Qué significa o significaba? Me interesa, porque esa figura es muy conocida en la Tierra.
-Ese símbolo no es de hierro, sino de una aleación parecida a las resistencias eléctricas, y funcionaba por el mismo procedimiento, dando la sensación no de una cruz luminosa, sino positivamente ardiente, con humo ligero, que la hacía aparecer más trágica aún.
-Esto me ha intrigado grandemente. ¿Quieres decirme qué simboliza?
-A eso hemos venido -contestó Moisés, acompañando a las palabras con un ademán para que Tarquino siguiera caminando hacia el interior del edificio. Continuó-: Ya se te dijo que este mundo vivió días horribles de guerra y todas las miserias consecuentes. Pues bien, estas ruinas, tanto de la ciudad como de este edificio que empieza a desmoronarse por la acción del tiempo, pero que un día se

hizo llamar ciudad invencible y eterna, también ese día fue albergue del odio y el rencor, nido de todas las pasiones que envolvían entonces a este pobre mundo. Este edificio, que en su tiempo fue majestuoso y que en la Tierra lo seguiría siendo, fue la habitación de la pandilla más feroz que jamás conocimos, de la haraganería más aborrecible y de las conciencias más oscuras y corrompidas. Durante siglos radicó aquí ese símbolo que tanto ha llamado tu atención.

-Muy bien, maestro, pero ¿qué quiere decir?

-En aquella época significaba: poder, imposición, violencia, represión del pensamiento, adoración ciega, y, en fin, todo lo que signifique estancamiento. Aquí nacieron los planes de dominación de todas sus manifestaciones: económicas, políticas y religiosas. Esa cruz gamada era símbolo de la piratería legalizada, era la bandera del oscurantismo, y donde dominaba, se imponía para ser adorada por grado o por fuerza, y los adoradores pasaban a ser esclavos indefensos, física y moralmente.

Entraron al edificio que tenía las características de un museo, aunque nadie lo cuidaba. El maestro siguió diciendo:

-Ya te dije que tu civilización nació en Neptuno, y lo peor de todo es que la pandilla que vivió aquí, en esta casona, es exactamente la misma que tan mal ha tratado al hombre en la Tierra, arrastrándolo a matanzas crueles. ¿Te acuerdas de ese símbolo?

-¿Te refieres a la swástica?

-A eso me refiero. Estudia su origen en la Tierra y encontrarás que se pierde en los tiempos. Averigua su trayectoria y sabrás que nunca fue un símbolo de fraternidad ni progreso, sino que recientemente también entre ustedes hizo derramar tanta sangre, como la que se derramó antes aquí.

-¿Quieres decir, maestro, que espíritus adoradores de esa cruz la llevaron de aquí a la Tierra?

-Eso mismo quiero decir. Sabrás que algunos se hicieron llamar arios, que adoptaron este símbolo maldito, y que alegaban ser la primera y más vieja raza de la Tierra.

-Creo que algo he oído decir de eso, maestro.

-Lo curioso del caso es que no mentían. Por ahora sólo te diré que la pandilla odiosa que fue expulsada por los habitantes de Neptuno pasó a la Tierra, reorganizándose alrededor de ese símbolo.

-Al expresarte así, maestro, me sugieres la idea de que hubo guerras de exterminio aún no conocidas en la Tierra, y, en ese caso, ¿a qué se debe que este edificio y toda la ciudad no haya sufrido destrucción?

-Es que en la mentalidad y tradiciones fanáticas estaban el respeto y la sumisión religiosa. Esta ciudad, y particularmente este edificio, eran venerados, porque en ellos radicaba el dios más cruel que Neptuno jamás tuvo. Los hombres, en su edad primitiva, siempre han estado dispuestos a destruir al hombre, que es obra del Creador, y, en cambio, han tenido miedo de destruir al dios que ellos han fabricado con sus propias manos y que han investido de poderes imaginarios. No creen ofender a Dios matando al hermano; pero, en cambio, creen ofenderlo destruyendo al ídolo. Por eso cierto profeta decía: cortáis un árbol: con la mitad os hacéis un dios,

y con la otra mitad os calentáis. Esas ruinas que has visto no son ruinas de la guerra, pues las guerras fueron totales hasta no dejar ni cimientos. Son ruinas del tiempo. Esta ciudad, no obstante haber sido el cuartel general del crimen y la barbarie, nunca fue atacada con las armas.
-Entonces ¿por qué se le abandonó?
-Porque la nueva legislación ordenó fuese abandonada, para lo cual se construyó la nueva ciudad que ya viste, y en la que la vida es progresiva. Se quiso dejar todo esto como ejemplo, como museo de lo que un día fue el poso negativo del espíritu.
-Y ahora ¿para qué sirve este edificio?
Empezaban en ese momento a recorrer galerías donde había abundantes objetos cuidadosamente colocados. Moisés contestó:
-Sirve de museo. En él se han concentrado las armas, los instrumentos de tortura, las invenciones que sirvieron exclusivamente para hacer derramar sangre, la literatura que destila odio, corrupción y oscurantismo; las banderas, las últimas monedas que circularon, y, en fin, dentro de este edificio está todo un pasado vergonzante, y nuestra satisfacción es que al fin se haya logrado aplastar el crimen reduciendo el mal a la impotencia, y la mejor prueba es el museo mismo. Los visitantes aseguran que se encuentran oprimidos al entrar y ver cómo fue posible que un día hubiera reinado tanta crueldad y maldad, y, al salir, sienten lo que el encarcelado al volver al aire libre de la calle.
Al fondo del pasillo había un ventanal de forma oval por donde entraba tímidamente la luz, que daba un aspecto trágico a los objetos que estaban colocados a ambos lados: sables, puntas, lanzas e instrumentos cortantes de todas clases. Había algunos artefactos parecidos a los antiguos trabucos de chispa, y las piezas que fueron tal vez de artillería ligera, tenían una forma semejante. Tarquino interrogó:
-¿Quieres explicarme qué es todo esto? Moisés le contestó muy afectado:
-Para eso estamos aquí; ven.
Cruzaron rápidamente varios pasillos en los que abundaban aparatos y armas de todas las formas imaginables, hasta que llegaron a una espaciosa sala que en otro tiempo de seguro había servido para que la gente se reuniera en gran cantidad. En el centro estaba un aparato que sugería la idea de un telescopio, forrado por fuera de lámina de aluminio brillante. Seguramente que podía girar en todas direcciones; siempre apuntando al cielo. A su alrededor había una madeja de tuberías de varios gruesos que salían de laboratorios, que a su vez recibían otras cañerías similares procedentes de instalaciones que hacían pensar en altos hornos para fundir hierro. Todo aquello estaba allí aglomerado. Moisés, suspirando, dijo:
-Esto que ves tan reducido en extensión, ocupaba grandes áreas, y no son sino algunas de las instalaciones que se usaron. Aquí no se pudo colocar más que lo que el espacio permitió. Ven hacia acá.
El maestro mostró unos peleles vestidos con ropas blancas, aparentemente ahuladas, parecidas a las que usan en la Tierra los ejércitos esquiadores. Más adelante encontraron unos hombrecillos desnudos carbonizados, otros secos, otros enjutos hasta parecer niños de unos sesenta centímetros de altura, siendo que el tamaño medio de los neptunianos es de un metro noventa centímetros, abundando los de más de dos metros.

Moisés dijo tocando el hombro del aprendiz de espirita:
-Vamos llegando al motivo principal de tu viaje. Sería incompleta la idea que pretendemos inculcarte si no vieras cómo fue una de nuestras matanzas. Nuestro interés no es morboso, sino que pretendemos enseñarte algo que ojalá no ocurra en la Tierra, aunque puede suceder… Retrocedamos en el tiempo, vayamos a los días horribles en que estas armas lo decían todo... Prevente, sufrirás un choque, pues vamos a llevarte al archivo cósmico para que veas un espectáculo inolvidable.
Tarquino perdió la conciencia, y, al recuperarla, se encontró en una ciudad semejante a la que visitaba poco antes, pero ya no era un lugar de ruinas, sino una ciudad profundamente animada. La gente miraba hacia el cielo verdaderamente preocupada y en sus rostros se notaba la angustia, el decaimiento, la desesperación, la demencia y la destrucción. Muchas personas vestían las ropas ahuladas de color blanco y se movían presurosas de uno a otro lado evidentemente sujetas a una ordenanza.
El escenario cambió bruscamente, apareciendo a la vista aquel artefacto parecido al telescopio, de unos veinte metros de largo por cuatro de diámetro. Estaba instalado en campo raso, apuntando al cielo, y varios hombres lo atendían. Abundaban los instrumentos indicadores; las complicadas tuberías rodeaban el artefacto e iban a terminar en casetas que guardaban enormes laboratorios, y más allá, detrás de la vegetación, se levantaban los altos hornos de donde salía humo continuo.
Alguien dio una orden. La multitud que atendía al extraño aparato corrió a ocupar cada cual un puesto bien definido; se colocaron sobre los ojos las escafandras de cristal oscuro, y poco después salía de aquella boca, antes negra, una ráfaga de luz cegadora, como la de los reflectores antiaéreos, y así se mantuvo por largo rato apuntando al cielo entre el bramar de las instalaciones que hacían pensar en el rugir de mil fieras hambrientas.
No comprendía Tarquino qué representaba aquel macabro espectáculo. El maestro le explicó:
-Eso que admiras con terror, es el elemento destructivo, en su más alto grado conseguido por el hombre. Es materia radiante, son gases luminosos; es el invento más cruel que se puede uno imaginar, y lo usaron para atacarse mutuamente hasta el exterminio.
-¿Cómo pueden viajar los gases sin diluirse en la atmósfera? -preguntó Tarquino.
-Porque esa materia se ha convertido en extraña para la atmósfera. Se abre su propio canal en el espacio, hasta llegar adonde encuentra las condiciones necesarias para condensarse. Este ataque, que se hace a muchísimos kilómetros de distancia, ha requerido un minucioso estudio atmosférico. En primer término, que en el lugar donde está situada la máquina, las condiciones sean favorables para el ataque, y en segundo, que las condiciones de la ciudad atacada sean favorables para la condensación. Ahora veamos los efectos.
Bruscamente volvió al escenario la ciudad. La multitud corría; muchos, poseídos de pánico. Los uniformados de blanco, aún con sus escafandras vueltas hacia atrás, procuraban que nadie quedara rezagado y corrieron hacia la puertecilla de donde bajaba un largo e inclinado tobogán. Las personas se sentaban apresuradamente y se abandonaban a la caída. Otras las recogían en el interior, a unos quince metros

de profundidad. Había muchas de estas puertecillas y toboganes por toda la ciudad y a ellas llegaba la multitud aglomerándose a pesar de que nadie se detenía en la resbaladilla. Se oyeron ruidos, se encendieron luces y la atmósfera se opacaba perdiéndose la luz solar como cuando declina la tarde. A la entrada de cada puertecilla había varios aparatos que un hombre atendía. Uno de ellos, semejante a los manómetros de caldera; tenía una manecilla que giraba lenta pero constante. Al fin llegó al límite, y las puertas, de un material parecido al plomo, se cerraron bruscamente. La gente atormentada seguía llegando, pero ya no podía entrar, y eran inútiles los esfuerzos, los gritos y la desesperación. La oscuridad iba en aumento. Los hombres de blanco se habían ajustado la escafandra y ahora cargaban sobre la espalda unos aparatos como cilindros de oxígeno. Esos uniformados, evidentemente soldados, eran muy pocos, mientras que la multitud aún abundaba en la calle, corriendo despavorida, incontenible, enloquecida, abandonando cuanto llevaba en las maños... y la oscuridad descendía del espacio como nube de ceniza, y al tocar a la gente, empezaba por producirle escozor, luego levantaba ámpulas, llagaba completamente los cuerpos y, por último, los iba achicando, enjutando; en algunos casos carbonizando, en otros calcinando... y los edificios se cuarteaban, crujían y se derrumbaban con gran estrépito levantando nubes espesísimas de polvo seco y asfixiante. Hasta los hombres defendidos con las ropas blancas sufrían los efectos, y algunos corrieron a guarecerse en garitas de paredes aparentemente de plomo y de espesor fantástico. Poco después, en las calles, imperaba la muerte. No se manifestaba la existencia de un solo ser humano, animal o vegetal, y los edificios, única manifestación de esa vida, seguían derrumbándose, a medida que la nube de ceniza envolvía la ciudad, quedándose flotando sobre el suelo como la niebla.

¡Allí, en esa nube, estaba condensada toda la vida que no pudo esconderse!

Fuertemente emocionado, Tarquino preguntó:

-¿Cómo es posible esta ola de criminalidad que acabo de ver? ¿Qué instinto puede, por perverso que sea, anhelar que la gente muera así? ¿Es que no hay algún castigo para los inventores de estos malditos aparatos?

El Maestro Moisés, altamente consternado, tardó en contestar:

-Esos gases de materia en alto grado de radiación, al encontrar el elemento que necesitan, empiezan a condensarse; pero a costa de la humedad de todo cuanto encuentran. Las plantas se pulverizan. Las personas, primero se llagan, luego se tornan enjutas, se carbonizan o calcinan y acaban por desaparecer. Todo consiste en la humedad y del lugar en que se encuentren. Los materiales de los edificios sufren una transformación química que los hace perder la cohesión de las moléculas, y ya sin resistencia alguna se derrumban convertidos en polvo finísimo, polvo cósmico.

-¿Pero no hay defensa contra esa arma terrible?

-Sí la había, pero como sucede con todas las armas, ninguna defensa es bastante eficaz para anularlas. Aquí tenían que producir la lluvia artificial como defensa, y a eso se debió que la Humanidad no hubiera sucumbido totalmente.

Tarquino tenía la vista fija en la nube cuya niebla, que flotaba sobre el suelo, se iba haciendo por momentos más espesa, disminuyendo su fuerza destructora. La

oscuridad seguía descendiendo, convirtiéndose en noche lo que debía ser día. Muy en lo alto, seguía la luz cegadora que se descomponía en nubecillas ligeras como el vapor; luego, en una especie de rocío; más abajo parecía ceniza, y, al final, sobre el suelo, se movía como si fuera aceite. ¡Aceite que había absorbido la vida!
Sin previo aviso, Tarquino fue sacado de aquel deprimente espectáculo, y al encontrarse de nuevo frente al terrífico aparato en el interior del museo, soltó un suspiro y casi gritando, dijo emocionado:
-¡Maestro, siento el impulso de destruir a ese monstruo criminal!
Moisés le contestó:
-iEso es lo que queremos! Que todos los hombres sientan el impulso de destruir esos aparatos odiosos, o que se decidan a utilizarlos en beneficio de la Humanidad; por eso aprovechamos la ocasión cuando un espíritu nos pide que le mostremos las causas del dolor humano.
-Maestro, dijiste que los visitantes a este museo se sienten impulsados a abandonarlo, y eso mismo estoy sintiendo ahora. ¡Ya comprendo por qué está todo tan vacío! ¡No quiero saber más de armas, ni de destrucción, maestro; sácame de aquí!
Los guías sonrieron andando hacia el exterior del edificio. Poco antes de salir a la plaza, el aprendiz de espirita vio, bajo cristal, muchas monedas de forma oval. Reflexionó un instante e interrogó:
-Ustedes me hablaron de dinero, ¿no es verdad? Moisés contestó:
-¡Dinero! ¡Ese metal sucio de sudor y sangre que lleva la influencia rapaz de los bandidos, la avaricia de los mercaderes, banqueros, acaparadores e intermediarios! Ese metal motivo de envidia y asesinato, placer del usurero insaciable, re compensa del traidor; motivo de estafas, peso que inclina la balanza de la justicia y abre las puertas de los presidios; salvación del peor hereje, imán de la lujuria y de todos los vicios; ese metal maldito, motor de todas las guerras, lo mismo aquí que en tu mundo, tenía que desaparecer con todos sus congéneres, y para lograrlo, alguien dijo aquí lo mismo que después allá en tu mundo: No hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompen y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde estuviese vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.
-Me impresionan profundamente tus palabras, maestro. Hay algo que me parece de lo más raro: ¿por qué las monedas tienen esa forma oval? Yo diría que redondas son más prácticas.
-De eso no hay lugar a dudas, y la razón está en que todo el edificio tiene esa arquitectura de óvalos por todas partes. La imposición de esa moneda que suprimió la anterior de forma circular, te da la medida del grado de intransigencia religiosa de esos sectarios. No era posible que en todas las monedas apareciera el símbolo de la cruz gamada, puesto que, al igual que en la Tierra, existían piezas de todos los valores, y, además, cada país tenía su propia moneda; pero a medida que fueron dominando a otros países, exigieron que la moneda fuera como la ves, ovalada, con la cruz grabada sobre el cordón. Esto hizo que su poder despótico aumentara y se mantuviera firme por muchísimos años neptunianos, que para ti serian siglos.
El visitante se conformó con hacer un gesto de inteligencia. El guía siguió diciendo

con la misma fogosidad:
-Hemos dicho que la delincuencia de este mundo recibe por castigo reparar estos edificios en proceso de derrumbe y mantener limpias las calles hasta donde es posible; en una palabra, impedir la total destrucción. Pues bien: ese esfuerzo a que se obliga a los castigados es de un valor moral tremendo, puesto que les está diciendo que son ellos quienes tratan de retroceder en los tiempos y rehacer una vida ya muerta, apuntalando esta ciudad que muy pocos visitan, porque a medida que ha evolucionado la Humanidad y se ha convencido de su historial odioso, mejor ha deseado olvidarla; de suerte que hasta se ha propuesto repetidamente su definitiva destrucción; pero no se permitirá, pues si en este mundo ya aprendimos la lección, hay otros, como el tuyo, donde las cosas son distintas. Procuramos, pues, traer a los hombres de buena voluntad de otros lares para que sientan lo que has sentido tú y por ese medio transmitan aunque sea en mínima parte, a sus respectivos cuerpos, un anhelo de renovación, un anhelo de paz; y créeme que algo hemos conseguido.
El guía se detuvo en el quicio quedando de frente al Sol, al parecer pequeño, pero que, sin embargo, iluminaba con radiante intensidad.
-Los desterrados de este mundo -dijo- que ya hicieron conciencia, sienten nostalgia por su antigua casa. Han venido de visita, y al encontrarse las cosas tan cambiadas, han sufrido y se han arrepentido, rogándonos volverlos a incorporar definitivamente; pero eso no lo permite la Ley, y les hemos dicho: si quieres vivir como ahora se vive aquí, lucha para obtenerlo, que al fin, cuando lo hayas logrado, tu satisfacción será grande, puesto que en lo conseguido habrá parte de tu esfuerzo.
-¿Y ellos qué han contestado?
-La mayoría se han mostrado resueltos a morir mil veces en la Tierra hasta conseguir la verdadera libertad.
-¿Y no se ha perdido después ese entusiasmo?
-Algunos lo olvidan; pero afortunadamente, una mayoría está llevando sus propósitos a feliz término.
Moisés hizo una pausa, y, tan bruscamente como había llegado, se retiró diciendo:
-He terminado. Que la paz sea en tu alma, y que este viaje te sirva de lección y provecho.
Tarquino permaneció largo rato sin poder hilvanar sus ideas. Lo único que se le ocurrió preguntar fue:
-¿Y ese enrejado existía antes de la derrota de los detractores?
Así preguntaba, cuando en realidad estaba pensando en el cúmulo de tragedias vistas y en la pandilla de criminales de que le hablaron, y, al recordarlo, un frío de muerte sacudía su ser.
-No -contestó el guía que estaba analizando el torbellino mental que agitaba el alma del aprendiz de espirita-. Sólo existía alrededor del edificio una muralla que rodeaba de misterio a los engreídos superhombres que allí fraguaban sus planes.
Una vez triunfante la justicia, la muralla fue derrumbada, poniendo en su lugar ese enrejado que sirve para impedir que los curiosos destruyan los muros, pues hay la intención de conservarlo como una referencia en la historia respecto de dos épocas: la que terminó con el despotismo y el crimen, y la que comenzó con la luz.

Actualmente los visitantes son pocos; pero en aquellos primeros días, cuando una mayoría anhelaba venganza, sin el enrejado habrían desmoronado todo el edificio aunque hubiera sido con las uñas.
-¡Seguramente fue gigantesco el esfuerzo de esta familia humana para cambiar tan radicalmente su forma de vida! ¿Cómo lo lograron? -preguntó Tarquino.
-En estos casos interviene la Ley del Padre, porque la minoría privilegiada defiende sus prebendas a sangre y fuego. Ya se te ha explicado que la Ley escucha a la mayoría cuando exige orden y trabajo, y falla en su favor separando a los dos grupos. Eso fue lo ocurrido aquí: la Ley determinó que se llevaran a los que estorbaban el progreso y los distribuyó en varios mundos, yendo parte de ellos a la Tierra.
-¿A la Tierra? ¡Ya lo oí varias veces, pero me resulta increíble! ¿Qué motivos podían tener para mandarnos la basura y la corrupción? ¿Para allá nos mandaron a esa gente aquí indeseable? ¿A estos criminales a sangre fría?
-Exactamente; y cuando te mostremos las ruinas Humanas, verás cómo ocurrió eso, y el papel que desempeñaron y siguen desempeñando. ¿Te interesa saber algo más?
-Sí, estoy observando ese edificio convertido en museo, que tiene toda la apariencia de un gran templo, y me pregunto: ¿En todas las humanidades existe esta inclinación a construir templos? En este momento recuerdo unas freses leídas no sé dónde: ¿Qué es preferible: construir un templo o consolar un alma?
-Te contestaré por partes. La tendencia de las humanidades a construir templos es natural y espontánea en sus primeras fases evolutivas hacia la perfección, como sucede en tu mundo, y se debe a que los espíritus sienten el anhelo de elevarse hasta Dios; pero como no lo comprenden, porque no tienen una idea siquiera aproximada de quién y cómo es, resuelven el problema reduciéndolo a su semejanza, para verlo con los sentidos, encerrándolo en cualquier cueva para tenerlo a maño y pedirle. Esto es admisible mientras el espíritu, dominado por la materia y los sentidos, no puede manifestarse libremente; pero una vez que el espíritu ha sobrepasado esta fase, comprueba que pretender encerrar a Dios en un templo es lo mismo que pretender encerrar un rayo de sol dentro de una botella oscura. Ya en este punto, empieza la desmoralización, el desencanto, y los hombres caen en el materialismo absoluto, en que se niega tanto a Dios como a los espíritus. Pero como el progreso no se detiene allí, y el materialismo no es capaz de explicarlo todo, surgen tremendas interrogaciones que obligan a los hombres a pensar nuevamente en Dios; pero ahora, desde un punto de vista más lógico, más natural y siempre sujeto al análisis y comprobación científica. Ya, en este plaño, los templos sobran, porque el espíritu investigador encuentra a Dios en el laboratorio y en el taller. De aquí resulta que cuanto más progresa el hombre, más reconoce a Dios como su Creador, y a la vez más rechaza a los dioses de ira y venganza, dioses de oropel, protectores de mercaderes, ladrones y degenerados; dioses que requieren hombres como representantes, porque no son capaces de manifestarse por sí mismos. El verdadero Creador no requiere de representantes humanos, porque se está mostrando continuamente en todas las manifestaciones de la vida y se le halla presente por doquier en sus leyes inmutables. En cuanto un hombre

vislumbra, qué es la vida, y qué son las leyes naturales, amplia su concepto del Creador, cambiando la adoración ciega y temerosa, por la admiración respetuosa. ¿Preguntabas qué es preferible, si levantar un templo o consolar un alma? Te diré: Consolar un alma es despertarla, es impulsarla en su progreso, es ayudar a forjar un maestro, haciendo de un espíritu oscuro, un espíritu luminoso; y un espíritu vive la eternidad, mientras que los templos duran sólo algunas generaciones, que en la historia de los mundos casi no cuentan. El trabajo de construir templos se pierde pronto por-•que se queda entre las ruinas y el olvido. El trabajo de ayudar a los espíritus se perpetúa porque nunca mueren.

Tarquino se quedó pensativo brevemente y siguió preguntando:

-Si las humanidades, dentro de un mismo grado, son muy parecidas, se me ocurre preguntar si aquí también hay policías.

-¿Policías? -contestó riendo el guía - ¡Saltas muy bruscamente de unos temas a otros!

-Es que elevas demasiado tus concepciones, y cuando profundizas, tengo que hacer un gran esfuerzo para comprenderte. Francamente, prefiero lo que está a mi alcance -afirmó Tarquino.

-No te culpo. Tu espíritu ha resuelto transmitir a la materia todas las impresiones, y eso requiere un trabajo especial; voy a contestar tu pregunta: ¡No, no hay policías ni soldados! Estos cuerpos armados son necesarios donde priva el delito, el vicio y la holgazanería. Aquí sería inconcebible y hasta ofensivo para la población, que un hombre anduviera armado en la calle vigilando a todo el mundo, como si cada quien fuera culpable, pues por el solo hecho de que un policía mire a una persona, ésta tiene derecho a suponer que se le está acusando.

-Según eso tampoco hay ladrones.

-Mira, todo eso de policías, soldados, ladrones, mendigos, sacerdotes, prostitución, vicio en fin, son asuntos de los que sólo te pueden hablar los versados en la historia, porque si lo presuntas a un joven encarnado, se te quedará mirando sin comprender a qué te refieres. Aquí resultaría absurdo que alguien robara comida, cuando puede entrar en la casa que le dé la gana y sentarse a comer. No tendría sentido que robara vestidos, cuando tiene los que necesita y mucho más. ¿Qué otra cosa puede robar?

-¡Dinero! ¿No existe en absoluto?

-Dinero, propiamente dicho, no. Existen divisas que sirven para hacer el intercambio de mercancías, pero carecen de valor acumulativo. ¿Para qué puede servir el dinero en un mundo como éste? Nadie desperdicia nada y, por tanto, no compra más que lo que consume; igual cosa ocurre con la ropa y demás necesidades.

-¿Y las industrias, de quién son propiedad?

-Del mundo. -¿Cómo del mundo?

-Sí, en la Tierra se diría del Estado. Aquí no son dueños los que trabajan dentro de los límites de un factoría, sino todos los ciudadanos. Eso no quiere decir que puedan disponer a su arbitrio, sino que deben cuidar lo que se ha puesto en sus maños.

-¿Y si no lo hacen, qué ocurre?

-La Ley señala que el individuo debe dedicarse a la actividad que más le agrade, porque así rendirá más y mejor. A los que violan la Ley de alguna manera, se les

impone el trabajo que no les guste, según sea su falta; y si eso no da resultado, se les rebaja la categoría en el trabajo, lo cual es una afrenta, y cuando ni así escarmientan, se les obliga a trabajar en la ciudad maldita.
-¿Entonces, definitivamente, no existen las cárceles?
-Sí, cárceles de paso. Aún hay individuos defectuosos, al fin encamados, que cometen delitos sancionados por la Ley. Aquí se tolera dos veces el error, pero a la tercera se aísla al incorregible para que no contamine a los que lo rodean. Aún quedan edificios que se caen de antiquísimos, que fueron cárceles y estuvieron atestados de prisioneros, lo mismo culpables que inocentes. Se les conserva como en la Tierra se conservan las ruinas de los circos romanos, o las de los templos de Grecia. Las cárceles actuales son reducidas y generalmente vacías, pues siempre hay alguien dispuesto a hacerse cargo del incorregible, responder por él y tratar de encauzarlo por el buen camino. Esto se permite aun en los casos de delitos serios como el crimen.
-¿Hay aquí crímenes?
-Sí, los hay aunque en pequeña escala. Esa parte bárbara y primitiva del hombre aún subsiste. Aquí un caso de homicidio provoca una alarma tremenda en todo el mundo y la noticia da vueltas en todos sentidos en unos cuantos minutos.
Tarquino insistió:
-Pero, ¿qué es lo que provoca los crímenes?
-Ya te dije que este mundo es precisamente un grado superior al tuyo, de tal manera que las diferencias no pueden ser fundamentales. Han desaparecido muchísimos estorbos del progreso, pero las pasiones aún no han sido completamente dominadas y a veces se exteriorizan bruscamente en forma de insultos, riñas y hasta crímenes.
-Muy bien; pero ¿cuáles son los móviles de un crimen, si no existe el acumulamiento de riquezas ni el interés del poder, ni el militarismo?
-Si analizamos el asunto desde el punto de vista estrictamente material, los pretextos son, por ejemplo: enemistades en el trabajo, rivalidades amorosas, malos entendimientos o discrepancias de criterio. Ahora, si te remontas al plaño astral, te encontrarás con que esos espíritus son viejos enemigos que aún no han logrado establecer ningún lazo de afinidad, y que si se encuentran en la vida, ha sido precisamente para eso, para relacionarse y fraternizar; pero ya en la práctica vuelven a chocar, a veces con resultados sangrientos. Estos casos son verdaderamente raros, porque aquí se estableció la fraternidad como ley hace más de sesenta siglos terrestres, y por tanto, ya no van quedando más que resabios.
El guía hablaba, como quien está dando por terminada una conversación, a la vez que emprendían el regreso a la Tierra, El planeta Neptuno se fue alejando velozmente. En un principio era de color opaco como lo es la Tierra vista desde un avión; pero a medida que se retiraban, iba adquiriendo brillantez. Se detuvieron en el espacio y el guía comentó:
-Observa la gran luz de mi mundo. Claro que no es de primera magnitud, pero vamos hacia allá. El guía hizo una pausa y continuó:
-Un mundo no se diferencia de una escuela más que en la forma. La duración del mundo comprende un curso completo, como si dijeras primero, segundo, tercer año

de una escuela. Al terminar el curso, la Humanidad aprobada pasa a uno superior y continúa estudiando, teniendo siempre por delante un tiempo sin fin. Pues bien; hay humanidades aprovechadas que adelantan a grandes zancadas, y hay otras que marchan lentamente, tal como hay estudiantes que trabajan, y otros que se pasan la vida haraganeando. Pero llega un momento en que cada Humanidad debe mostrar lo que sabe y para eso son los exámenes. Se presenta una comisión que hace un reconocimiento y balance previos. Esta comisión, que en adelante llamaremos misioneros, se compone siempre de maestros de gran sabiduría, procedentes del mundo en el que reside el Tribunal de la constelación respectiva. Por ejemplo, el Tribunal de nuestro sistema solar está en el mundo Sión.

-¿Qué razón hay para que sea Sión forzosamente? ¿Por qué no pueden salir de otra parte habiendo tantos mundos?

-Porque en Sión está el Tribunal responsable de nuestra galaxia, aunque, naturalmente, debido a la solidaridad universal cuentan con la cooperación de maestros de otros mundos. Pues bien; todos estos maestros llegan a cada mundo llevando un informe detallado de cómo andan las cosas y problemas de todo el orbe. Ya sobre el terreno, estudian las fallas y los progresos, para prestar su atención a las materias flojas. Por último, viene el examen que en tu planeta llaman Juicio Final. De este juicio salen dos grupos: los aprovechados y los remisos. Los primeros siguen en el mundo de que se trate durante corto tiempo, para completar sus afinidades y luego disfrutar unas cortas vacaciones. Los otros, los reprobados, son enviados a mundos que invariablemente deben ser, por lo menos, un grado inferior, a veces varios grados inferiores, según la gravedad del delito.

-¿Como ese mundo que vimos aún en estado de formación? -preguntó Tarquino.

-Poco más o menos. A un mundo como ese a que te refieres van los peores, los más atrasados, sobre todo, los más criminales, los más poseídos de pasiones insanas. A mundos un poco menos espantables van aquellos que sin haber pasado ningún curso, no son de lo peor.

-¡Ese es un castigo terrible!

-No es ningún castigo. Por su modo de ser, por sus costumbres, tendencias y pasiones, es lo que ellos desean, es lo que anhelan: prostitución, vicio, holgazanería, materia; y lo que en verdad se hace, es darles gusto, situarlos en el lugar donde puedan hartarse. ¿No hay un dicho vulgar que dice: yo no le pido a Dios que me dé, sino nada mas que me ponga donde hay? Pues eso hace la Ley: ponerlos donde hay todo lo que les gusta,

Ahora hablemos de Neptuno. Este mundo tocaba a su fin de curso y las cosas andaban poco menos que de cabeza, pues en la Tierra no existen aún armas tan terribles como las que existieron allí. La existencia neptuniana era positivamente una pesadilla y había que arreglarla. Llegó una comisión de misioneros de Sión con la debida oportunidad y puso los puntos sobre las íes, completando las materias abandonadas y combatiendo todo aquello que detenía el progreso, señalando a la vez fecha fija para el Juicio Final; y, por último, este juicio se produjo hace 58 siglos. Examinados que fueron los alumnos, se formaron dos grandes grupos: los aprobados, que teníamos un bello porvenir, y los reprobados que podían contar con que ya no se les exigiría más trabajo, porque iban adonde había otros peores...

-¿ Entonces en Neptuno quedaron exclusivamente espíritus de trabajo?
-Así es. El tiempo transcurrido no ha sido bastante para sacudir completamente el lastre de aquella época caótica. Recuerda que para nosotros el tiempo cuenta de muy distinta manera y que, por tanto, apenas han transcurrido unos cuantos siglos.
-¡Es verdad, y sin embargo, ya observé lo notable del progreso!
Se acercaban a la Tierra, y Tarquino pidió detenerse para echar una última mirada a su alrededor diciendo:
-¡Qué hermoso se ve el universo desde aquí! ¡Me hallo satisfecho, ligero! Siento una especie de alegría que me invade, sin encontrar la razón.
-Lo que sientes es la influencia del mundo de donde acabamos de salir. Es lo que se percibe al entrar a un mundo más evolucionado y que subsiste por cierto tiempo después de salir de él.
-¿Cuál es la razón de eso?
-El ambiente, en general, las influencias astrales que pueden llegar más fácilmente hasta las personas porque encuentran menos obstáculos, las vibraciones del pensamiento que persiguen la consecución de un beneficio colectivo.
-Bueno, maestro, cada vez que te oigo hablar de vibraciones las relaciono con la música.
-Es correcto.
-Pero es que solamente has hablado de vibraciones del pensamiento.
-Las vibraciones se manifiestan en grados hasta el infinito, por ambos extremos. El oído humano de tus días tiene capacidad solamente para cierto número de vibraciones y de allí no se puede pasar mientras esté dentro del curso en que está ahora. Más tarde, al pasar a un plaño superior, las cosas variarán, y, entonces, el hombre contará con órganos que le permitirán distinguir muchas vibraciones intermedias entre las actuales notas del pentagrama universal.
-¿A qué se debe esa limitación?
-A que éste es el límite a donde llega el programa del curso. El material de que están hechos los órganos auditivos no puede dar más. Es como si pretendieras hacer vibrar la cuerda de un bajo con el tono de la prima de un violín. Claro que en lo que le falta a la Humanidad para terminar su cuso en tu mundo, llegará a dominar perfectamente esas vibraciones que hasta ahora han sido privilegio solamente de maestros. Me preguntabas acerca de las vibraciones del pensamiento, y al respecto te puedo decir que éstas son como las de un instrumento, pero que no son audibles; en cambio, ya viste que producen coloración con tintes tan marcados que para los desencarnados es facilísimo comprender. Otro tanto pueden hacer los médiums videntes debidamente desarrollados.
-¿Videntes? ¡Sobre eso hay muy serias confusiones en los medios científicos! -afirmó Tarquino.
-La culpa es de los traficantes de la ciencia; pero esos no son videntes, sino charlatanes, estafadores de la ignorancia. Cuando hablo de videntes, me estoy refiriendo a las personas que se han educado científicamente para el caso y que ejercitan sus facultades con fines de estudio y beneficio general.
-Cambiando de tema, ¿cuáles son las ocupaciones habituales de los espíritus desencarnados? -preguntó el estudiante.

-Constantemente reciben solicitudes de encamados para visitar otros planetas, para revisar archivos y realizar estudios. En fin, que en cuanto el hombre siente la inquietud del saber, sale de las brumas de su mundo en busca de guías que lo auxilien. Ese es tu caso precisamente, y a eso nos dedicamos los espíritus desencarnados que generalmente se nos cree sentados en una nube tocando alguna lira o quemándonos en algún infierno, o penando en una casa vacía. Sí, los desencarnados tenemos múltiples ocupaciones de suma importancia, y lo que es más, todas ellas relacionadas con los encamados y el porvenir del mundo.
-¿Puedes citarme algunos ejemplos? ¡Cómo no! Las tareas más frecuentes son las de recibir a quienes desencarnan, para ayudarlos a que hagan conciencia, a despertar para que salgan de la turbación y puedan empezar un nuevo trabajo.
-Eso equivale a la madre que cuida al niño, ¿no es así? -dijo el terrícola sonriendo.
-Exactamente; y para ese trabajo son designados varios espíritus llamados guías y protectores. El guía equivale a la madre, y los protectores representan a los parientes. Todos ellos se turnan constantemente para no perder de vista al protegido y ayudarlo a despertar. Algunos dan poco trabajo, como Agustín Callado; en cambio, hay otros que cuestan siglos de lucha. La tarea de investigación y ciencia está a cargo de seres preparados, de maestros; y labores como la mía, de llevarte a visitar un mundo o varios, se le dan indistintamente al que pueda desarrollarla apoyándose en la afinidad que exista con el que lo solicita. Hay veces que las visitas son colectivas y en ellas van centenares y miles de espíritus; entonces es necesaria la presencia de muchos espíritus guías. En fin, la cuestión es: no dejar jamás abandonado a quien dé un grito de auxilio, aunque muchas veces es poco lo que se puede hacer en trance» difíciles, porque todo debe sujetarse invariablemente a las leyes inmutables.
-Comprendo que es un grave error esa frase de descansen en paz cuando se trata de difuntos.
-Es un error imperdonable en tu siglo, porque las manifestaciones de la creación no hablan sino de trabajo y más trabajo. ¿Cómo se va a permitir la contemplación inútil y la holgazanería? ¿Cómo va a descansar un espíritu si la Ley del universo es la de! trabajo?
Tarquino reflexionó un instante y comentó:
-Lo que ahora dices, me recuerda la reciente conferencia sobre la India en la que se dijo que ese pueblo vive en la contemplación, abstracción y quietud. ¿Llamarías a eso espiritualidad?
-¡No, definitivamente, no! La espiritualidad se manifiesta por medio de los conceptos claros y limpios de toda opresión dogmática. El razonamiento claro y elevado es, por naturaleza propia, dinámico. Así, pues, una elevada manera de pensar se traduce siempre en acción definida hacia el progreso y de ayuda a los semejantes. Si todo el universo es acción, movimiento intenso, transformación constante, vibración perenne, ¿cómo ha de ser legal que algo o alguien entre en estado de quietud y contemplación, rompiendo con esto la armonía universal? Las personas o espíritus que tal hacen, simplemente se colocan fuera de la Ley, y, por eso, aunque den todo su tiempo despierto a la oración, sufren tan enormemente, sin comprender por qué sus dioses no vienen en su ayuda. Debes recordar que cada humanidad empieza su

tarea como un solo conglomerado y al mismo tiempo. Sin embargo, a lo largo de los siglos van formando grupos aparte los que nacieron cansados, los menos estudiosos, los rebeldes al progreso, los convenencieros que gustan de vivir bien a costa del esfuerzo ajeno. Es así como se van formando esos núcleos rezagados que, en verdad, van formando tremendo lastre en la humanidad y que no deben recibir admiración, sino ayuda para salir de su estancamiento, pues de lo contrario, están destinados a pasar a mundos como "Yale".

-¿Quieres decir que se les castigará?

-No es castigo, sino dejarlos vivir en la pereza lo mismo física que mental y espiritual. En esos mundos podrán vivir por siglos en la desnudez e ignorancia, pero sentados, que es lo que más le agrada.

-Muy bien, maestro. Y cambiando nuevamente de tema, dime: ¿Cómo es que siendo tú nativo de Neptuno, viniste por mí?

-Para que un intérprete sea bueno, incluso entre los espíritus, necesita un amplio conocimiento de los idiomas en que va a trabajar, ¿no te parece?

-Sí, maestro.

-Así también, para ser un buen guía, es necesario conocer los lugares que se van a mostrar, y además entender la manera de pensar del neófito. Tu guía pidió esa ayuda al Consejo de Neptuno, y yo me presté para acompañarte porque conozco bien la Tierra, eso es todo.

-Quiero hacerte otra pregunta, maestro. Me has dicho que los mundos inferiores copian el progreso de otros superiores y que la civilización de la Tierra es copia de la que existía en Neptuno hace unos sesenta siglos. Y ¿cómo puede ser, si en esa labor ha intervenido una gran mayoría de la Humanidad? Yo nunca he oído decir que alguien tenga conciencia de haber llevado a la Tierra algo visto en otros planetas.

-Te equivocas. En primer término, no es verdad que haya intervenido una mayoría; no, es precisamente al contrario; toda la tarea la ha realizado una pequeña, quizá insignificante minoría, y en su oportunidad verás cómo ha sucedido eso. En segundo término, el que un hombre tenga conciencia de llevar de otro mundo lo que inventa o descubre, es según desde el punto de vista que se mire, ¿acaso muchos inventos no han sido efecto de un sueño más o menos agitado? ¿No ha habido descubrimientos después de un momento de reposo del investigador? ¿No han sido otros debido a la casualidad? Pues está muy claro: cuando un hombre descubre algo, lo que en realidad ha ocurrido es que el espíritu logró un desdoblamiento perfecto, al grado de haber podido observar en detalle lo que le interesa. Esto, naturalmente, requiere el previo entrenamiento de pensar. Pues bien, una vez despierto el hombre, se siente inspirado, y entonces realiza el descubrimiento. Nosotros, los desencarnados, digamos yo mismo, he llevado a otros mundos a los que han querido investigar, tal como te he conducido a ti a la vista de otros mundos. A mí me tocó, y me satisface, haber ayudado a investigar a los primeros hombres que pensaron en inventar la radio.

-Este invento ¿fue copiado de algún mundo en particular?

-La mayor parte, de Neptuno; pero siempre hay diferencias de mundo a mundo, ya sea en el grado de transformación en que se encuentre la materia o cualquier otra

circunstancia como, por ejemplo, la atmósfera. Lógicamente, una máquina trasplantada íntegramente de un mundo a otro no nos da los mismos resultados; en tal virtud, los investigadores de la radio, lo mismo que cualquier otro investigador, tuvieron que visitar otros mundos para ver cómo han resuelto el mismo caso, y del conjunto de estas observaciones surge la solución del problema. ¡Eso es lo que el pensador ha dado de su cosecha!

-Luego, ¿no tiene mérito lo que hace una Humanidad, puesto que lo está copiando de otras?

-¿Te parece poco mérito visitar otros mundos, no una sino muchas veces, para estudiar, por ejemplo, una máquina hasta en sus más mínimos detalles y luego plasmar el fruto de ese esfuerzo hasta convertirlo en planos y, al fin, reproducir la máquina? Eso es exactamente lo que hace el hombre encarnado: visita bibliotecas y estudia libros, escudriñando en otros pensamientos para sacar sus propias conclusiones. Así se obtiene la fraternización de los espíritus, de todos los mundos.

Tarquino permanecía silencioso, y el guía, habiendo observado algunas dudas en su mente, continuó:

-Figúrate que en vez de hacer las visitas que ya hemos hecho te hubieras dedicado solamente a estudiar esos aparatos de protección de los vehículos, que tú comparaste con el radar, en cuyo caso, una sola visita no te habría bastado para estudiarlos en todos sus detalles; pero en cada nueva visita hubieras aprendido algo nuevo que, acompañado de los conocimientos que previamente se supone has adquirido, va dando forma a lo que pretendes copiar, hasta que reúnes todas las piezas como las de un rompecabezas y acabas por inventar una máquina. Entonces el resultado es que eres un inventor en la Tierra, pero no en el universo. ¡Hay tantos ejemplos que te podría citar! ¿No sabes de ciertos inventores que tienen el hábito de acostarse a dormir cuando los agobia algún problema, y que al despertar han encontrado la solución buscada o que se hallan ya muy cerca de ella? ¿Qué es lo que hacía Edison cuando más preocupado se hallaba en sus investigaciones? ¿Qué hacía Napoleón cuando estaba en situaciones comprometidas? Ambos, y casi todos los que investigan y piensan, lo que en realidad hacen es descabezar un sueño, como decía Napoleón, y ese corto sueño no es sino la necesidad que el espíritu tiene de alejarse de la materia, para ir en busca de la solución que tanto le interesa.

—Mira maestro: por muy elemental que sea cuanto me dices, siempre lo encuentro complicado.

—No te culpo, porque estas complicaciones se deben a que el hombre dice: mi espíritu; mi alma; como si el espíritu fuera propiedad del cuerpo, siendo exactamente a la inversa, pues ¿quién existió primero, el espíritu o el cuerpo? Entonces, si el espíritu existió primero, y hasta él mismo dispuso de su cuerpo, por

lógica el propietario lo es él; en tal virtud, es correcto decir: Yo, espíritu y mi cuerpo. El espíritu es inmortal, vive eternamente, mientras que el cuerpo solamente unos años. El actor es el espíritu, el instrumento es el cuerpo. Todo lo que yo hago, lo hago como espíritu, valiéndome de un cuerpo físico, sin el cual no podría hacerlo. El herrero no puede forjar un hierro candente sin herramientas especiales, y nos reiríamos si una de esas herramientas asegurara que es ella la qua por sí sola hace el trabajo y acabara por decir: mi herrero.

—Aunque te expresas con claridad, maestro, no deja de tener sus complicaciones.

—Es la falta de costumbre de discutir sobre el tema. Continuemos. El espíritu no puede trazar un plaño y levantar un edificio, o construir una máquina, si no se le proporciona un cuerpo de carne que es su instrumento. ¿Ahora me vas entendiendo?

—Supongo que sí; pero dime, ¿entonces de quién es el mérito en las cosas buenas que se hacen?

-El mérito o desmérito es íntegro de los espíritus. Es mérito, cuando se trata de estudio, trabajo y esfuerzo, para sacar el mayor provecho posible de la materia que se le ha prestado como cuerpo, y desmérito, cuando vicia, enferma y envilece a la materia. Si cuando uninventor muere, para el caso Edison, su cuerpo se desintegra, ¿adonde iría a dar entonces el mérito de su trabajo? Pero sabiendo que el cuerpo es mortal, el mérito sigue íntegro a favor del espíritu inventor, que es quien lo realizó todo. Hay hombres enfermizos y defectuosos que han dado mucho de su cosecha, y se dice de ellos: a pesar de sus lamentables condiciones físicas logró triunfar en la vida haciendo esto y aquello. Esto no es una forma apropiada de expresarse, pues con mucha mayor justeza se reconocería el mérito, si se dijera: A pesar de las pésimas condiciones de esa materia, el espíritu la supo utilizar como un instrumento perfecto.

—Necesito tiempo para analizar lo que he visto, y oído, y, cambiando de tema, contéstame: ¿Los neptunianos encarnados en la Tierra tienen alguna característica por la cual se les pueda reconocer?

—Sí la tienen, y bien clara: Todo individuo que tenga el lóbulo de la oreja pegado a la cara, es un cuerpo que sirve a un espíritu neptuniano.

Tarquino se había quedado pensativo. El guía le permitió reflexionar. Al fin comentó:

—Ya recuerdo que en Neptuno aprecié en muchos ese detalle, pero no le di importancia.

—Eso te permitirá hacer un balance diciendo: si aquel es neptuniano y es buen hombre, quiere decir que ya escarmentó y va en plan de ascenso; pero si este otro

es un malvado, un incitador de guerras y matanzas, un inventor de armas mortíferas, entonces no hay lugar a dudas de que perteneció a la pandilla de zánganos y criminales de que antes te hablamos.

—Eso me da la idea de que, en caso así, serán degradados una vez más. ¿No es cierto?

—En muchos casos así es. Eso lo determinó la Ley hace 39 años, cuando el Tribunal permanente se reunió para realizar el Juicio Final, por eso cada cual, en este momento, ya sabe la suerte que le corresponde.

Otra vez Tarquino se quedó pensativo. El guía comprendió que debía permitirle regresar a su cuerpo para descansar y se despidió sin cumplimientos, diciendo:

—Y ahora, regreso en busca de una nueva ocupación. Espero volver a verte. ¿Quieres regresar solo a te acompaño? Hago esta pregunta, porque te beneficiará seguir solo, eso aumentará tu independencia y te facilitará nuevos experimentos.

—Siendo así, buscaré mi camino solo...

—Eso no es problema. Tu alma se prolongó como un elástico, y ahora todo lo que tienes que hacer es obedecer la atracción que tu cuerpo ejerce sobre ti.

El guía neptuniano se despidió y Tarquino permaneció aún largo rato estático, primero contemplando con nostalgia el espíritu luminoso que se alejaba velozmente, y después, contemplando la creación a través de esa noche oscura, transparente y eterna, sin embargo, llena de luz, puesto que bastaba poner el más insignificante obstáculo para que se manifestara.

Al fin se resolvió a tomar el camino de su casa; pero al penetrar en la zona magnética de la Tierra volvió a sentir aquel choque brusco que lo sacudió cuando inició el viaje, y, aunque se repuso mucho más rápidamente, en su interior había sido rota la grata sensación de que habló con el neptuniano. Ahora se sentía a disgusto, molesto, fuera de ambiente. Perdió la conciencia al entrar en su cuerpo y despertó bruscamente. Bastaron unos minutos de esfuerzo para que Tarquino, sentado en la cama, y sin siquiera haber encendido la luz eléctrica, recordara aquel viaje feliz en todos sus detalles.

16
JUICIO PREVIO

Semanas después de este desdoblamiento, Tarquino se acostó a dormir, y apenas iba conciliando el sueño cuando se le acercó el mismo guía y maestro que lo había

llevado a Neptuno. Le dijo:

—Aún no eres bastante sensible. Hace largo rato que estamos tratando de que entres en reposo, y no lo habíamos conseguido.

—¿Se trata de algo urgente?—interrogó Tarquino, ya plenamente consciente de su nuevo estado.

—Sí. Pongámonos en marcha. Te explicaré el asunto rápidamente, y ojalá no lleguemos tarde a la cita. Frecuentemente se oye hablar de cuando se enjuicia a una persona muerta cuya alma tiene que rendir cuentas, ¿no es cierto?

—Muy cierto.

—Sin embargo, pocos han imaginado qué procedimiento se sigue. Ahora te mostraré los preliminares de un juicio. No es verdad que la Ley espere a que un encarnado muera para ajustarle las cuentas. No, se las comienza a ajustar desde el instante mismo en que empieza a infringir la Ley. Y para recordarle que va por mal camino están los guías y protectores que lo llevan a ver su archivo para hacerle comprender sus errores, de tal suerte, que al final de su existencia ya, no puede alegar desconocimiento de sus deberes. Ahora vamos a presenciar una reunión que hubo en los días difíciles de la Segunda Guerra Mundial. Entonces se llamó a los más culpables de la terrible sangría que inundó al mundo. De los llamados, solamente asistieron algunos por voluntad propia y otros a la fuerza.

—¿Se trataba de algún tribunal?

—No, era simplemente una reunión de espíritus de buena voluntad. De estas reuniones hubo muchas en aquellos días, y todas por el estilo. Los hechos, las figuras y las voces, quedan grabados en el cosmos y, ahora, cuando muchos de aquellos llamados se encuentran ya desencarnados, antes de enviarlos a Sammar o Yale, se les muestra lo que se les dijo y también lo que ellos hicieron y contestaron. Así no pueden alegar ignorancia. Es decir, que lo que vamos a ver es un preliminar de juicio individual.

En ese preciso momento llegaron al lugar donde se efectuaba dicho juicio. Estaban reunidos gran cantidad de espíritus. Tarquino no pudo observar a su alrededor, porque el acto judicial ya había empezado y concentró su atención en lo que se decía:

—... ya han visto aquí, sin usar el cuchillo ni la violencia, lo que tanto admiran —decía un anciano barbado, quien, después de cortísima pausa siguió diciendo—: Acaben ya, por Eloí; acaben ya con tanta sangre. ¿Buscan la vida? ¿Y para eso desgarran la carne? ¡Pero no desgarran la propia, sino la ajena! ¡Inventan pretextos y esclavizan víctimas que luego criminalmente sacrifican! Muchas veces se ha

repetido que pretender ignorancia no releva a nadie de responsabilidad, pues si por materializados los cuerpos no perciben lo que aquí se dice, es una culpa más, y no un atenuante... A su tiempo, cada uno de ustedes también sentirá en propia carne el bisturí, la espada o la metralla, esos instrumentos que tantas veces ustedes han hundido en cuerpos vivientes, para ver palpitar el corazón, esperando ver con los ojos de la carne dónde está la vida. ¡Insensatos, la vida no la podrán ver jamás como pueden ver el fluido eléctrico; sin embargo, cada uno siente la vida y siente también la electricidad! ¡Hace falta infinita paciencia para soportar tanto crimen sin nombre, y no es por demás repetir que ustedes y sus pueblos, que los han ayudado, en su oportunidad responderán de sus crímenes!

El anciano terminó de hablar y Tarquino pudo observar el ambiente.

Los que ocupaban el banquillo de los acusados manifestaban cierta indiferencia mezclada con despotismo y orgulloso aire de superioridad. Casi en su totalidad vestían uniforme militar, y era fácil adivinar quién era alemán, americano, japonés, etc. El color de esos espíritus tenía intensa inclinación al rojo subido, como de carne en el principio de su descomposición, con manchones negros y destellos que les salían en forma de rayos eléctricos de tormenta, a veces rojos, oscurísimos, llegando al negro.

—¿Qué expresan esos rayos, maestro? —preguntó Tarquino.

—Es la vibración del pensamiento, de las sensaciones, emociones, pasiones e intenciones. El tinte rojo que despiden los acusados es su tendencia al crimen en cualquiera de sus formas. El negro expresa las bajísimas pasiones dominantes y los destellos con forma de rayos equivalen a las explosiones que se producen en su interior, con las cuales quisieran fulminar no solamente a los acusadores, sino aniquilarse entre sí, puesto que pertenecen a bandos contrarios, y, sin embargo, son juzgados simultáneamente acusados de un mismo crimen: ¡la guerra! Pon atención, que ahora va a hablar Carlos Darwin.

Un anciano de barba cerrada, completamente blanca, ocupó el lugar prominente en el estrado y empezó diciendo:

—¿Queréis ver cómo empezó la vida? ¿Os interesará saber qué es lo que mueve al hombre? Ahora vais a saber lo que os impulsa a ensangrentaros las manos como lo hacéis.

El orador hizo una señal y en el fondo del auditorio apareció una enorme pantalla, que antes Tarquino no había observado, sobre la cual se proyectaron algunas escenas del origen del hombre, que aparecía sobre la Tierra como fruto de un árbol.

El anciano aseguró:

—Ya lo mostramos antes, y ahora lo repetimos para quien dude...
Se oyó una sonora carcajada que turbó la quietud existente. El que reía gritó:
—¡Ah! Eres tú, Carlos Darwin, al autor del Origen de las especies por selección natural... precisamente tú, que derrumbaste el mito bíblico de la pelota de barro de donde nació Adán... ¿Eres tú quien nos viene ahora con un nuevo mito? ¡Ja, ja, ja…!
El anciano contenía su indignación despidiendo su ser un intenso color rosa pálido que se transformó en anaranjado y después en amarillo. El guía explicó a Tarquino:
—¿Observaste esos cambios de color? Significan, el primero, el amor desinteresado, el segundo, una mezcla de disgusto dominado por alta intelectualidad, y el último, la intelectualidad pura que se impone.
El anciano que ocupaba la tribuna continuó sentenciando:
—¡Sí, soy yo, Carlos Darwin, quien muestra la verdad de cómo empezó la vida del hombre sobre la Tierra, y en su oportunidad volverá al mundo para pregonarla a los cuatro vientos...!
Uno de los prusianos con monóculo en el ojo derecho replicó enfáticamente:
—¿Y sabías esto cuando escribiste tus obras, que yo creía maravillosas?
—Lo sabía en espíritu; pero era demasiada luz para ojos tan pobres. Al ir a la Tierra, llevé como única misión destruir los mitos religiosos, pulverizando tontas creencias; ¿crees que asenté un error?
El que había estado riendo a carcajadas contestó rápidamente:
—Si las cosas son como insistes en mostrarnos, dejaste sobre la Tierra no solamente el error, sino la confusión.
-Llámalo error si así lo quieres; pero fue un error que destruyó a otros mil; sin embargo, no es error, cuando no se firma, y yo no afirmé, simplemente mostré al mundo el fruto de mi trabajo y las conclusiones a que éste me llevó, dejando planteada una interrogación que ninguno de ustedes, a pesar del bisturí y de sus ínfulas ha podido contestar. ¿El porqué de haber dejado esa interrogación? Porque así era menester para hacer pensar a la Humanidad y que ésta, en su día, pudiera recibir la verdad.
Los déspotas de aspecto prusiano oían y contemplaban con desdén al sabio. El protector de Tarquino dijo:
—En este lugar radican los archivos cósmicos. El archivero se dispuso a hablar:
—Aquí se anotan todos los hechos y dichos, y hay algunos de tal fuerza, que por sí solos se convierten en inolvidables. Está presente alguien que juró acatar la Ley haciéndose digno de permanecer en el mundo, y que, por esa promesa, al igual que toda su generación, recibió esta encarnación para rectificar; pero ha claudicado en

sus promesas... ¿Tendré que decir de quién se trata?
Se produjo un penoso silencio. Predominaba la sensación de que estaban frente a reos que, indefectiblemente, serían condenados a la peor pena. El orador continuó:
—Quiero recordar una fecha: 5 de abril de 1912... Tú —señaló a uno de los prusianos— eras muy joven cuando juraste acatamiento a la Ley. Los otros, ya desde entonces se mostraron tal cual son; pero... no es nunca tarde para hacer el último llamado. Tú y todos, recuerdan al maestro Dante; quien los guió a lo que pronto será vuestro nuevo hogar: Sammar, Yale… y os advirtió que esta existencia sería de prueba para demostrar si al fin habíais hecho conciencia.
Estas palabras repercutieron en aquellas almas, empedernidas con la maldad. Cambiaron miradas irradiando el color morado manchado de negro, y al final, el rojo de carne putrefacta. El protector instruyó a Tarquino:
-El orden de esos colores fue depresión por el miedo, el egoísmo orgulloso, y, por último, de rabia impotente. Esos lugares de que hablan, y que mostró el Dante, ya los visitaste tú.
El indicado por el maestro se inclinó ligeramente; parecía pronto a llorar. El que estaba en uso de palabra siguió:
—Las lágrimas engañan a los hombres; pero aquí podemos leer en lo más íntimo de los seres, y estamos observando la hipocresía que os domina, hermano mío, y mejor hacen quienes aceptan de buen grado los castigos, que merecen por sus delitos.
El que hablaba estuvo despidiendo durante su discurso un color entre lila y rosa uniforme, casi sin alteraciones.
El protector instruyó en voz baja a Tarquino:
—Ese color tan definido es la confirmación de su interés por beneficiar a sus semejantes. Ya ves que aquí no sirve de nada hablar mucho. Y como ya lo saben, los acusados prefieren callar.
—¿Quién es ese a quien han acusado tan directamente?
—¡No hables tan alto! —contestó el guía—. Es aquel que en plena guerra llegó por sorpresa a Nueva Escocia con la bandera de paz en la mano.
¿Pedía la paz?
—¡No! Pedía la guerra contra una parte del mundo, tratando de aplastar a un enemigo para luego traicionar al que ahora quería hacer su amigo.
—¡Con razón lo llaman hipócrita!
El aludido permanecía silencioso, como quien medita. Había perdido su arrogancia desdeñosa de poco antes y se esperaba ver de un momento a otro lágrimas en su

rostro. Su color entonces volvía a ser el morado manchado de negro, el cual indicaba intensa depresión de ánimo.

El que estuvo riendo a carcajadas se puso de pie diciendo:

—Creo que por hoy basta. ¡Deseamos retirarnos!

—Ya lo veo—dijo el orador que estaba en el estrado—, y también estoy observando que os ahogáis en vuestro propio odio…; al menos no alegaréis que no hicimos el último esfuerzo... Pero aún no hemos acabado: Vosotros, ¿qué decís? —dijo señalando a tres militares, indudablemente japoneses. Uno de ellos contestó rápidamente:

—¡Nada tenemos que decir! Hemos aprendido a ganarnos la justicia por la fuerza, y son ustedes, los occidentales, quienes nos han enseñado a ganar matando, y para eso nos hemos endurecido el alma, de lo cual tiene la culpa tu dios, a quien no reconocemos.

—Tus palabras son agresivas y quiero que te expliques mejor.

—Las palabras sobran cuando se pueden usar las armas; pero ya que lo pides, contestaré: ¿Qué es el Japón? Una porción de tierra árida, volcánica y miserable, rodeada de mar, y, sin embargo, sin sal. ¿Cuál es nuestra vida y alimentación?, peor que la de muchos animales de Occidente. Hemos tenido que hacer nuestras casas de papel para aprovechar mejor el escasísimo espacio vital con que contamos; y los jardines en esa miserable tierra son un lujo que muy pocos se pueden dispensar. ¡Ah! Nuestra vida hasido una tragedia, y tanta, que hace años tuvimos que restringir la natalidad, es decir, matar a los hijos, dejando sólo uno en cada familia y, de preferencia, hombre. ¿Se puede llamar a esto justicia divina o humana?

El espíritu de la plataforma interrumpió:

—Que hables de justicia o injusticia humana, está bien; pero que hables de injusticia divina, es otra cosa. El japonés continuó con gran fogosidad:

—¡Hablo de injusticia divina! ¿Dónde ha estado tu dios durante estos siglos en que tanto hemos sufrido? ¿Por qué, olvidando que somos seres humanos, se nos condenó a vivir en nuestra casa convertida en prisión? ¡África! ¡India! ¡Australia! ¡Alaska! ¡América! ¡En todos estos lugares y en otros muchos hay cantidad increíble de tierra fértil y buena, que permanece ociosa y que a nosotros nos habría hecho felices. Pero se levantaron las fronteras que nos ahogaron...; no teníamos derecho a semejante privilegio, y mientras que en algunas partes del globo vive una familia por cada veinte kilómetros, y cuando en otras partes abundan las selvas inmensas que desconocen la planta del hombre, nosotros no podemos alargar el cuerpo porque rompemos las paredes del vecino, y se nos obliga a vivir en esa pesadilla, sumidos

entre gigantescas fronteras de agua. Se nos acusa de criminales, porque hemos tenido que arrebatar por la fuerza aquello a que tenemos derecho como hombres. Ha sucedido con nosotros, lo que con el hambriento que es acusado de ladrón cuando roba un pan para comer. No niego que en esta vorágine de pasiones se han infiltrado espíritus que sólo han querido saciar sus propios instintos primitivos y bestiales y se han puesto a la cabeza del pueblo empuñando la bandera de redención, buscando sólo su propio bienestar; pero esto no es culpa nuestra, digo, del pueblo japonés, pues estos sujetos abundan en todas partes y ningún país podría vanagloriarse de ser mejor que nosotros en este sentido. Así, pues, se nos acusa de criminales; pero eso no nos importa. Tenemos que comprar con sangre un derecho. ¿Que ganamos la batalla? ¡Magnífico, impondremos nuestros principios y derechos y nos cobraremos debidamente cuanto nos han hecho sufrir! ¿Que la perdemos? ¡En buena hora, así verá el mundo al desnudo nuestra vida íntima, y quizá, por lástima, se nos dé lo que deberíamos tener simplemente por ser humanos!

Las anteriores palabras fueron pronunciadas con vehemencia. Durante el discurso, el japonés cambió varias veces de color, manifestando los distintos estados de ánimo en que dijo cada cosa; pero no había lugar a dudas de que hablaba con sinceridad, y el color que se mantuvo más firme desde el principio hasta el fin fue el morado manchado, que demostraba la agobiante depresión de ánimo en que se hallaba.

El orador que había permanecido en el estrado, despidiendo constantemente color rosa purísimo, contestó lentamente:

—Tus argumentos pesan y no seré yo quien juzgue de la razón que te asiste. Esto no es un tribunal, sino un llamado que se hace para tratar de restablecer la concordia... Bien pronto la Ley juzgará, y entonces se enderezarán entuertos. Por ahora, bastará a mis propósitos que ustedes vean, que comprendan, que sobre el mundo no hay más que una sola familia, procedente de un solo origen, nacida en una sola forma, que vino a habitar un planeta que es su hogar, provisionalmente, y que de él saldrán dos grandes grupos: uno que seguirá ascendiendo en la escala sin fin, y el otro que tendrá que retroceder un paso, y para ti, hermano, sabes que son dos. Ahora muy pocos lo comprenden, pero esta condición de rezagados los hará sufrir mucho, muchísimo, y el tiempo en estos casos cuenta por millones de siglos.

El japonés volvió a hacer uso de la palabra:

—Lo sé, porque Dante Alighieri nos habló de eso hasta el fastidio. Sospecho la suerte que nos aguarda y yo correré la misma de mi pueblo. Si se nos acusa de

criminales ante las leyes de los hombres, primero, y ante las leyes de tu dios, después, que venga lo que sea, empezaremos de nuevo por el principio. Pero debo advertirte que me satisfacen muy poco tus palabras, pues mientras que a nosotros se nos señala como criminales, hay otros cobardes que lo son de verdad, y, en cambio, se les aclama, admira, estima, y corona de laureles. Lo digo por los que se ocultan tras de mí como si fuesen mi propia sombra.

Al decir esto, el japonés hizo un brusco movimiento dejando al descubierto a tres personajes que hasta entonces habían permanecido ocultos debido a su color negro opaco. Al sentirse aludidos, tomaron al color rojo que denota ira.

El orador del estrado guardó silencio momentáneo. Por los colores de su aureola se veía el cambio del razonamiento amoroso a la indignación, finalmente dominada por la intelectualidad.

Los que así quedaron al descubierto se sentían incómodos, pues sobre ellos se fijaron todas las miradas. El orador dijo lentamente:

—Queridos hermanos: Como espíritus sabíais que estáis cometiendo una insensatez. ¡Vuestro continente!... ¡Pobre continente!, pagará por vuestro crimen. Y no digo más, porque ya he repetido que esto no es un tribunal; pero es siempre oportuno recordaros vuestro deber y los insensatos actos de violencia que habéis cometido.

Allí se hablaba de algo que todos sabían, menos Tarquino, quien preguntó:

—¿Quiénes son? ¿De qué hablan? Uno de ellos me parece que es el Papa, los otros parecen yanquis.

—¡Chis!... es cierto lo que piensas. Ese hombre apoya a los otros dos, a cuyos nombres el mundo ha rendido tributo entre bombos y platillos. Son gente al servicio de la guerra que en esos días han hecho experimentos con una fuerza gigantesca y terrible. El japonés los señaló como criminales monstruosos, y ahora tendrán que ocultar su vergüenza entre los laureles. En adelante no podrán evitar el recuerdo de su crimen.

Los acusados se abstuvieron de contestar. Su actitud era menos déspota que la de los prusianos; sin embargo, manifestaban una arrogancia insultante, propia de quien se siente superior a los que le rodean. El escenario hacía pensar en la reconstrucción de un crimen horrendo con todos sus detalles sangrientos. A pesar de lo mucho que Tarquino se impresionó, no se sentía impulsado a retirarse, pero haciéndole un ademán el protector, abandonaron el lugar. Tarquino preguntó:

—¿Por qué nos salimos? Me interesaba ver la sentencia final.

—Para el objeto que perseguimos, con lo que has visto es bastante. A los otros

criminales se les mostrarán igualmente sus errores y sus crímenes, y no habrá sentencia final, pues ya te dije que no se trata de un juicio, sino de un recordatorio.
-¿Quieres decir que esto es el origen de la sensación de reproche que sentimos en nuestro interior cuando hacemos algo malo?
—Ciertamente. La diferencia estriba en que para los delitos individuales es el guía quien hace ver al espíritu su error y no se organiza un acto de la solemnidad del que acabas de ver; pero cuando se trata de crímenes colectivos, cuyas repercusiones son de carácter mundial, entonces las cosas cambian, y ya ves, grandes maestros toman la iniciativa para volver las cosas a su respectivo orden.
—Pero, maestro, ¿queda en la conciencia de los acusadores un recuerdo, siquiera ligero, de todos estos hechos? —Cuanto más materializado está el hombre, menos sensible es a las influencias espirituales; pero cuando algo queda en su conciencia, empieza a pensar en cómo corregir su yerro, manifestándose esta conciencia en forma de vacilación, de indecisión, que frecuentemente se traduce en falta de tino, en temor inhabitual a lo inexplicable y hasta en derrota. Es exactamente la sensación del que comete un crimen sin tener una idea exacta de lo que sufrirá por él, y luego trata de corregir, ocultar la falta, o huir, hasta que, por último, se entrega a la policía.
—Maestro, decías que ésos son los preliminares del juicio que se hace a los hombres. ¿Cómo es el juicio definitivo?
—A los hombres, a los pueblos, a las naciones y a la Humanidad, se les hacen estos juicios preliminares. El definitivo ya lo verás, porque en su oportunidad te lo mostrarán.
—¿Y qué quiso decir Darwin con aquello del bisturí y de las ínfulas?
—Es que, aprovechando el desorden en que se vive, muchos científicos que se creen médicos y superhombres, han venido haciendo experimentos en carne viva, usando prisioneros Judíos. Han estado matando gente sana para estudiar los órganos vivos, cometiendo estos crímenes frecuentemente por los procedimientos más inhumanos.
¡Qué bárbaros! ¡Eso se antoja propio de mentes alucinadas y morbosas!
—¡Algún día la historia de estos pueblos los avergonzará al recordar tal criminalidad en todos sus detalles!
—¿Y por qué de las palabras tan agresivas de los japoneses?
—Es una larga historia que comienza con su llegada a la Tierra como expulsados de su mundo. Ya ves que su manera de pensar es distinta del resto de la Humanidad, y es que se aferran a esta idea como si fuera su tabla de salvación; precisamente a

todo aquello que ocasionó su primer destierro. El haber encarnado en esas islas tan pobres ahora, se debió a su acendrado egoísmo. En su mundo de origen fueron siempre una casta parasitaria rodeada de privilegios, y al llegar a la Tierra, torpemente creyeron que aislándose así, continuarían con sus privilegios; pero la realidad trágica los ha despertado, y después han sufrido las consecuencias de su egoísta error y, al querer corregirlo, ya lo ves, se ha producido un choque terrible. Más adelante te mostraremos cuándo llegaron para que comprendas hasta dónde un espíritu se vuelve irrazonable cuando decide hundirse. Ya te dijimos que los japoneses, lo mismo que los chinos, los tirios, los troyanos, los mayas, etc., fueron colonias llegadas de otros tantos mundos, de donde fueron expulsados por malversadores y enemigos de la Ley.

—¿Por el estilo de los neptunianos?

—Exactamente; ese es el caso. Todas esas colonias fueron en su tiempo un grado superior a los nativos terrestres, y ya ves lo que en la Tierra han sido. Algunos de ellos llevan camino de seguir en descenso, quién sabe hasta donde, pues ya dice el refrán que "cuando uno resbala no para hasta el infierno".

—Voy a hacerte una pregunta maestro.

—Di.

—¿Absolutamente todo el pueblo japonés pertenece a esa colonia de desterrados? ¿Ocurre otro tanto con el pueblo chino?

-No, porque entonces se habría perdido el tiempo. La colonia era menor en número, considerando el actual, y los desterrados representan el origen del árbol genealógico de esos pueblos. La misión de los espíritus es crear y propiciar afinidades, de manera que ahora hay espíritus encarnados como chinos o japoneses que en su origen fueron de Venus, Neptuno o cualquier otro mundo, incluyendo, naturalmente, a los espíritus nativos de la Tierra.

Con esas palabras, el maestro dio por terminada su charla.

Al despertar, Tarquino estiró la maño para tomar el vaso de agua que estaba sobre la mesa de noche. Encontró una carta llegada recientemente, llena de sorpresas, de Joaquín y Luisa, quienes no comprendían cómo Tarquino pudo saber que Luisa, por tercera vez, iba a ser madre, y aunque prometían ponerle por nombre Agustín en caso de ser varón, exigían explicaciones. Esa era una tarea difícil para Tarquino, explicar que sí existe lo que muchas personas juzgan irreal: la supervivencia del alma y la reencarnación del espíritu.

17
LAS CORRIENTES DEL GOLFO

A tarquino le sucedió lo mismo que le ocurriría a cualquier persona que se dedicara a estos estudios, ejercicios y experimentos metódicos, o sea, que se iba haciendo cada día más sensible, y, por lo tanto, los desdoblamientos y visiones que en un principio tenían lugar con intervalos de meses, ahora iban acortando los lapsos haciéndose más frecuentes. Efectivamente; a mediados de agosto del año de 1949, el neófito volvió a tener uno de estos interesantes desdoblamientos.

Se le presentaron dos espíritus, uno de ellos era su guía, que dijo llamarse Arquímedes, y otro a quien el primero llamaba Roberto. Tarquino supuso que se trataba de Roberto Plinio; pero no llegó a confirmarlo. Después de los amables saludos habituales, Arquímedes dijo a Tarquino poniendo su maño derecha sobre el hombro:

—Amigo mío, se acabaron los paseos de diversión; de aquí en adelante vamos a trabajar.

—¿Qué quieres decir, maestro? —preguntó el aludido.

—Te diste unas vacaciones envidiables yendo de paseo a tierras remotas; pero de aquí en adelante no hablaremos más que del mundo Tierra. Empecemos y por el camino te contaré el propósito con más detalles.

Los tres se elevaron a gran altura, hasta el grado de que a su vista se percibía el trazo de la República Mexicana que se deslizaba hacia el Norte, apareciendo el estrangulamiento de la América Central y luego el continente del Sur. El maestro interrogó:

—¿Sabes qué son las corrientes marinas? Atravesaban en ese momento el Atlántico, apareciendo a la vista el continente africano.

—He oído decir algo; pero no bastante para saberlo con exactitud.

Entonces descendieron hasta una playa del golfo de Guinea. Tarquino sentía un calor insoportable. Allí cerca la vegetación nada tenia de exuberante, más bien daba la sensación de seca, quemada por el sol. Tierra adentro quizá las cosas fueran distintas; pero es el caso que no se movieron de allí. El maestro interrogó:

—¿Sabes qué es lo que nos da la sensación de calor por efecto del sol?

Tarquino meditó un momento y contestó:

—Antes habría asegurado que es el fuego del Sol; pero ahora no sé qué contestar. Pienso que tal vez sean los rayos luminosos que de alguna manera se transforman en calor.

—Razonemos. Pongamos por caso la idea popular de que el Sol es una bola de fuego y que, por lo tanto, el calor que sentimos es el fuego del Sol. ¿Por qué entonces las montañas cuanto más elevadas más se enfrían, y la prueba es que se cubren de hielo? Otro ejemplo: Los aviadores saben que al despegar bajo un sol abrasador y elevarse, unos minutos después su máquina empieza a fallar por el brusco enfriamiento y hasta se congelan los mecanismos y se hielan las hélices y las alas. ¿No es cierto?

—Sí lo es, maestro; se han exhibido tantas películas con este tema que no creo que haya quien lo ignore.

—Explícame la razón del enfriamiento tan repentino, no obstante que el avión o la montaña siguen bajo los rayos solares.

—Eso es muy complicado para mi, y lo más que alcanzo a comprender es que quizá tenga que ver algo el enrarecimiento del aire.

—Cierto, y aquí vuelve aquella pregunta que ya se te hizo antes: ¿Puede el calor atravesar una zona fría sin manifestarse y luego volver a dejarse sentir? Te diré a base de ejemplos, qué es el calor solar que sentimos. Primero, debemos admitir que la Luna ejerce notable influencia sobre la Tierra, al grado de mover de un lado a otro el enorme volumen de las aguas del mar.

—Si, maestro.

—La Luna es un satélite que no se aleja de su órbita, a consecuencia de la atracción terrestre, lo cual quiere decir que la Tierra manda sobre la Luna. Ahora, ampliando el ejemplo, tenemos que la Tierra, respecto del Sol, es lo que la Luna respecto de la Tierra, y, por lo tanto, el mundo no se aleja de su órbita, debido a la tracción solar; y si la Luna es capaz de mover los océanos, lógico es que el Sol pueda hacer mucho más, ¿me vas comprendiendo?

—Perfectamente.

—Aceptado esto, volvamos a la Tierra, encontrando que Bajo una delgada costra terrestre la materia está liquida, pastosa, a una temperatura elevadísima, siendo esta substancia en fusión casi tan sensible al movimiento como el agua. ¿Entiendes?

—Sí, maestro.

—Veamos ahora un fenómeno tan vulgar que no admite discusión. Durante los días de mayor actividad del volcán Paricutín se observó que las espesas nubes de humo no solamente impedían el paso de la luz solar, sino del calor, por lo cual la región se enfrió notablemente.

—Sí, maestro, eso me consta, porque yo lo sentí, y supuse que el frío era

consecuencia precisamente de que no había sol.

—Muy bien; ahora veamos lo que ocurre cuando el globo terrestre se encuentra bajo la acción directa del Sol. En primer lugar, son atraídas las materias gaseosas y calientes, y en segundo, las líquidas, dando como resultado que la Tierra deja escapar de su interior grandes cantidades de calor, que es el que las personas sienten creyendo que proviene del sol.

—¡Caramba, maestro, nunca me lo habría imaginado! Luego, ¿debo entender que el calor no lo recibimos sino que lo damos?

—Exactamente. El fenómeno se opera no solamente en lo que respecta de un cuerpo estelar a otro cuerpo estelar, sino del cuerpo estelar llamado Sol, sobre todas las manifestaciones de la vida, y las personas no son la excepción. Lo que sentimos cuando decimos tener calor, son los desprendimientos moleculares que se producen por efecto de la atracción solar y las moléculas aumentan su velocidad con el aumento de la temperatura, las cuales, al golpear en el cuerpo, transmiten la intensidad del calor. El cuerpo humano contiene más de un sesenta por ciento de líquido caliente que, al ser atraído fuera del cuerpo, produce en las personas la sensación de calor. Otro tanto ocurre con las plantas, cuando los líquidos suben hasta las elevadas hojas de un árbol, de donde se desprenden en forma de vapores ligerísimos. Al ocurrir tal hecho sobreviene el fenómeno de vacío en el interior que absorbe la humedad de la tierra, renovándose así continuamente el agua que es la vida de las plantas. Advierte que mi lenguaje no es científico, es sólo para que entiendas la explicación.

—Muy bien maestro; todo eso me parece lógico, aunque jamás lo había oído decir. Y siendo así, ¿a qué se debe que poniéndose uno a la sombra disminuya notablemente el calor? ¿Acaso esa parte del mundo no sigue bajo la influencia del Sol?

—Cuando una persona está a la sombra, la influencia solar ejercida sobre ella es menor y, en tal virtud, el calor que escapa de su cuerpo es también menor. ¡Eso es lo que da la sensación de frescura!

—¿Quieres decir que la fuerza de atracción radica en la luz?

—Quiero decir que la fuerza de atracción, al hacer vibrar la atmósfera, produce la luz. La fuerza de atracción, en su grado máximo, se manifiesta cuando los rayos solares llegan a la Tierra completamente limpios, y disminuye según sean los obstáculos que encuentren a su paso. Imagínate un electroimán. Si lo acercas a una barra de acero sin ningún obstáculo intermedio, su atracción será definida y perfectamente notable a la vista; pero si le interpones obstáculos, esa fuerza irá

disminuyendo hasta que sea nula. Quisiera ponerte ejemplos más accesibles: Imagínate un tubo de cristal con uno de sus extremos sumergido en una substancia caliente, y el otro conectado a una máquina de succión. ¿Qué ocurriría?

—Que por él subiría la materia caliente.

—Así es, y entonces sucedería que el tubo irradiaría calor como lo irradia cualquier cañería de agua caliente, ¿no es verdad?

—Si, maestro, comprendo bien el ejemplo.

—Pues ése esel caso de los rayos solares. Succionan con tal fuerza sobre la Tierra que impiden que se aleje del Sol; y esa fuerza de succión, naturalmente, se lleva las materias más ligeras, y lógico es que se lleve todo lo que es caliente. Más tarde sabrás qué ocurre con esa micromateria cuando está ya en el espacio.

—Eso quiere decir, maestro, que si se produjera un fortísimo nublado general que cubriera por completo al mundo, éste abandonaría su órbita por escasez de fuerza de atracción, ¿no es verdad?

—Eso es tan cierto que cada vez que en el Sol han aparecido grandes manchas interceptando casi totalmente el paso de los rayos solares, la órbita de la Tierra ha sufrido modificaciones, con los consecuentes cambios atmosféricos y climatéricos; y es más: próximamente los sabios se hallarán frente a un fenómeno de esta índole; pero tan notable, que lo verá todo ser viviente. Pues bien; ahora que ya tienes conocimiento de este hecho, comprenderás por qué los polos Norte y Sur están helados; pues por no recibir los rayos del Sol de manera directa, la materia líquida candente del interior no tiene oportunidad de manifestarse fuera, sino muy relativamente. Claro que todas estas explicaciones, burdas, groseras, hechas así sobre las rodillas, dejan mucho que desear; pero creo que son lo bastante claras para que puedas tener una idea general, y ahora pasemos al asunto principal que nos trajo aquí.

El espíritu llamado Roberto empezó a hablar lentamente como quien está ordenando sus ideas:

—Estamos en el golfo de Guinea. Hasta aquí llegan diversas corrientes marinas, algunas procedentes del Sur, las cuales se disuelven y otras continúan su ruta hacia el Norte. Hagamos caso omiso de ciertos detalles, y pensemos que las corrientes de que vamos a hablar, parten de aquí, nacen aquí, en el golfo de Guinea. Pues bien; estas corrientes son de origen térmico. Por efecto de la rotación terrestre, avanzan de Oriente a Occidente casi paralelamente a la línea ecuatorial, permaneciendo largamente expuestas al sol, por lo cual se calientan, y así continúan hacia el Norte, costeando por el continente americano. Atraviesan el mar Caribe, rodean la

península de Yucatán para entrar en el golfo de México, y salen bañando las costas de Florida para seguir costeando hacia el Norte. Esta es la razón del inmejorable clima de Florida, pues debido a la anchura y profundidad de estas corrientes marinas, alteran los climas por donde van pasando. Pues bien; esta corriente, llamada Corriente del Golfo, o mas conocida por su nombre inglés de Gulf Stream, en su camino hacia el norte se bifurca frente a Groenlandia, entrando una parte hacia la bahía de Baffin donde se disuelve, y la otra sigue hasta más allá del Círculo Polar Ártico, bañando en su recorrido las Islas Británicas, en donde se forma la niebla que les ha dado nombre y que no es sino el vaporcillo producido por la Corriente del Golfo al entrar en condensación. ¿Me vas entendiendo?

—Sí, maestro; pero me surgen infinitas interrogaciones: ¿No se enfría el agua a medida que avanza hacia el Norte?

—Naturalmente que si, y una prueba es que disminuye su profundidad y anchura, de tal suerte que llega un momento en que se confunden las aguas debido al emparejamiento de la temperatura, y por eso se dice que se disuelven. Pues bien; entendido lo anterior, veamos qué es lo que impide que los hielos del Norte avancen hacia el Ecuador congelando poco a poco el planeta. ¡Precisamente son estas corrientes las que atajan los témpanos helados y los disuelven! Pero al ocurrir el deshielo, la corriente pierde su calor. Es así como se mantiene el equilibrio del calor y el frío.

—Si, maestro; pero quisiera aventurar una opinión: Generalmente se acepta que el agua del mar se calienta debido al sol.

—Es verdad, ¿y qué?

—Quiero decir que si los rayos solares, según me acabas de explicar, no son calientes en sí, sino simplemente absorbentes del calor de la Tierra, ¿cómo es que se calienta la superficie del agua del mar? Según mi criterio debía calentarse toda desde el fondo hasta la superficie.

—¿Has visto cuál es el fenómeno aparente que se produce en un recipiente con agua puesta al fuego? Primero aparece caliente el agua de la superficie y después la del fondo, no obstante estar expuesta directamente al fuego. Y ahora, dime, ¿no es el mar un enorme recipiente con fuego debajo? Ya ves que no falla la regla. Y es que los rayos solares absorben el calor del planeta y, al calentarse el agua del fondo, se produce un movimiento de abajo hacia arriba, flotando las moléculas calientes. Esto produce un desplazamiento de grandes masas de agua, contando además con la que se evapora y que disminuye el volumen del mar; entonces se hace necesaria la corriente fría, que por densidad llene el hueco dejado, y es para eso que bajan las

corrientes heladas de los polos, pasando a llenar el lugar desocupado por la evaporación en el Ecuador, de donde resulta un eterno movimiento en todos sentidos, sin el cual el agua del fondo del mar estaría quieta, propiamente dicho: muerta.

—Ya voy comprendiendo, maestro.

—Hemos venido a este lugar porque es aquí donde nace el motivo del presente viaje, o sea, que el actual verano ha sido extraordinariamente cálido, y en seguida vamos a ver los resultados.

A velocidad propia del espíritu, los tres siguieron la ruta de la corriente antes indicada y vieron que, efectivamente, iba costeando, elevando la temperatura en los países por donde pasaba.

El aprendiz de espirita interrogó:

—¿Quieres explicarme, maestro, por qué estas corrientes alteran los climas?

—Porque debido al enorme volumen de agua, llamémosla caliente, de que están formadas, van calentando el aire por donde pasan, y como esto ocurre precisamente sobre la costa, encierran al país o continente propiciando un clima adecuado por lo menos mientras no hay corrientes contrarias en dirección y temperatura, porque entonces se producen choques atmosféricos que se manifiestan en forma de tormentas.

El viaje continuó hasta llegar a la bahía de Baffin, donde se detuvieron brevemente. Aquello era desolador: hielos por todas partes, de una blancura cegadora, sin vestigios de vida alrededor. El instructor de nombre Roberto, siguió su explicación:

—Observa la labor de la Corriente del Golfo al llegar a este lugar.

Tarquino concentró su atención, y creyó notar que el agua socavaba la base de los gigantescos glaciares que luego se derrumbaban con estrépito en el agua. Después de prolongada observación no le quedó la menor duda del fenómeno, pues las montañas de hielo se agrietaban primero, y luego se fraccionaban empezando a navegar hacia el Sur muy lentamente. Roberto interrogó:

—¿Qué es lo que has observado?

—Me parece que el agua templada va abriendo brecha, penetrando en el hielo, de donde resultan grietas que al final, producen los derrumbes. Así nacen esas fracciones flotantes que parecen navegar y que llamamos icebergs.

—Tu observación es correcta. Debo advertirte que en este momento empiezan a llegar las aguas cálidas procedentes de Guinea, de tal suerte que el fenómeno aún es natural y ordinario; pero, tomando en consideración que esta corriente cálida continuará por varios meses, ¿cuál crees que pueda ser el resultado natural?

—No tengo la menor idea, maestro —contestó el aprendiz de espirita.
—Vayamos a otro lugar parecido a éste.
A velocidad del pensamiento se trasladaron a otra región, tan semejante a la anterior que para Tarquino resultaba ser la misma; pero Roberto aclaró:
—Ahora estamos sobre el paralelo 79 Norte. ¿Qué observas?
—Lo mismo poco más o menos que antes: hielos que se agrietan, derrumban, fraccionan y que luego empiezan a navegar.
—Perfectamente. Este es el eterno movimiento de las corrientes marinas. El agua evaporada por los rayos solares deja un enorme vacío, y como el agua caliente es más ligera que la fría, queda en la superficie, mientras que las corrientes frías, originadas en estos lugares helados, toman camino del Ecuador para restablecer el nivel disminuido por la evaporación. Ahora viene lo importante de este viaje: Si el agua caliente fuera bastante para derretir todos los hielos del Polo Norte, daría lugar a un aumento de volumen en las aguas oceánicas tan grande, que inundarían infinidad de tierras bajas y hasta países enteros, alterando completamente el clima del mundo. Hoy por hoy, como lo ves, las montañas de hielo se están fraccionando, y nadie puede prever cuándo el fenómeno volverá a la normalidad. En el golfo de Guinea, la evaporación de este verano ha sido tremenda, el volumen de agua faltante es enorme y las corrientes frías que deben llenar el hueco dejado por la evaporación tienen que ser en mucho de mayor volumen que otros años, y avanzando a mucha mayor velocidad arrastran con ellas los témpanos de hielo. ¿Tienes una idea del resultado final de estos hechos?
—Sospecho que si esos témpanos avanzan demasiado hacia el Ecuador producirán una corriente fría que, al ir costeando, América tendrá por consecuencia un invierno muy inclemente.
—La conclusión es correcta —contestó el maestro—. Esa corriente va a alterar el clima de muchos países, provocando ondas frías, origen de lluvias torrenciales, ríos crecidos, inundaciones en diversos países y tormentas en el mar. Este es nuestro objetivo: que veas por qué los espíritus podemos pronosticar acontecimientos. No se trata de nada sobrenatural, puesto que todo se reduce a trabajar, estudiar y sacar conclusiones.
—¿Y cuándo empezará la onda fría de que me estás hablando?
—Ya produce sus efectos en este mismo lugar, puesto que por el movimiento de los hielos se ha enfriado el aire extraordinariamente, empezando a soplar hacia el Sur —contestó el maestro, y Tarquino interrogó:
—Yo quise decir: ¿cuándo empezará a sentirse el frío en México?

—Todo se reduce a calcular la velocidad de las corrientes frías para saber cuándo se presentarán las primeras manifestaciones en tu país. Este cálculo también lo hicimos, y es de creerse que en México se empezará a sentir el frío durante el mes de octubre sin poder precisar fechas; pero, de lo que sí no hay duda, es que se mantendrá por varios meses hasta que las aguas del Ecuador dejen de ser cálidas para convertirse en templadas, y permitan de nuevo el emparejamiento de temperaturas en estos parajes tal como ha ocurrido desde hace siglos.

—En resumen, ésos son todos los resultados previsibles; las cosas no pasarán de un invierno crudo y molesto —afirmó Tarquino.

—Ciertamente; pero si las corrientes frías de este año llegan demasiado hacia el Sur, impedirán que las cálidas del año entrante, o sea, de 1950, suban lo bastante para normalizar los climas, y esto significará un avance desusado de los hielos hacia el Ecuador.

—¿Quieres decir que podría venir un enfriamiento prolongado?

—Si, en el caso de que el próximo verano no sea suficientemente cálido para restablecer el equilibrio; cosa probable, si se atiende al fenómeno de que los fuertes nublados impidan el calentamiento del agua; pero también puede ocurrir que se repita el verano extremadamente cálido, y entonces el resultado será: los choques térmicos que provocarán lluvias y tempestades con todas las consecuencias imaginables, poniendo en jaque a los pueblos que con frecuencia son víctimas de catástrofes. Aventurando un poco, podemos asegurar que el invierno de 1950 va a ser extremadamente frío y molesto.

Tomó la palabra Arquímedes para decir:

—Y todo eso sin contar con fenómenos de otra índole, como terremotos, que están por ocurrir.

—¿Qué causa determina tu opinión, maestro? Nuevamente el espíritu llamado Roberto explicó:

—Eso sería motivo de un viaje especial a lugares completamente distintos de los que hoy hemos visitado. De todas maneras, debo darte un apunte; De la línea ecuatorial hacia el Sur se están produciendo ciertos movimientos que nos hacen pensar en la próxima aparición de varios volcanes, quizá en cadena, como si se tratara de establecer una línea alrededor del Polo Sur.

—¿Todo eso que dices tiene relación con los sismos que recientemente asolaron al Ecuador?

—Sí, y también con otros volcanes de menor importancia nacidos en África y otros más del Pacífico. Este conjunto de alteraciones atmosféricas y terrestres va hacia

un fin del que tu guía aquí presente te hablará más tarde.
Hubo un silencio reflexivo y Tarquino preguntó:
—¿No podríamos ir a ver cómo se originan estos fenómenos?
El maestro Arquímedes se encogió de hombros diciendo:
—Sí podríamos; pero será mejor dejarlo para cuando le llegue su turno. Te diremos para que tengas noción de ello, que el primer volcán de importancia aparecerá en la República de Chile, o muy cerca de ella, y que ése será el inicio de lo que algunos juzgarán como el principio del fin.
Tarquino, silencioso, pensaba; pero sin observar que mientras adoptaba esa actitud, viajaba juntamente con sus guías a la velocidad del pensamiento. Cuando se dio cuenta, estaba en la orilla de un gran lago rodeado de elevados y deslumbrantes hielos. Del agua se levantaba un vaporcillo blanco, pesado.
Inmediatamente vino a su mente lo que unos días antes le habían dicho en relación a la Antártica, por eso preguntó:
—¿Me van a mostrar lo relativo a los agrietamientos submarinos?
—Sí —contestó secamente Arquímedes. Roberto Plinio agregó con calma:
—Este es el primer lago de agua templada que apareció en la Antártida a principios del presente siglo. Naturalmente, en su origen fue muy pequeño; en cambio ahora, mira, tiene por lo menos diez kilómetros de diámetro y la temperatura del agua que hace pocos años era de un promedio de 16 a 18 grados centígrados, ahora pasa de los 20.
En algunas regiones del lago estallaban burbujas dejando escapar vapor oliente a azufre. Tarquino veía todo aquello y comentó:
—Esto prueba que la temperatura va en alza y que cada día aumentará su tamaño. Permíteme especular un poco sobre el tema, maestro.
—Puedes hacerlo —contestó el aludido.
—Si la temperatura aumenta al grado de licuar grandes masas de estos hielos y esa agua templada se pone en contacto con alguna corriente marina, lo mismo sea el Gulf Stream que alguna del Pacífico, sobrevendría una alteración peligrosa en el clima de varios países, ¿no es verdad?
—Absolutamente —contestó el maestro—, pero lo más grave es que ya para este momento, lo que acabas de presentar como mera suposición, está en vías de hecho, pues en vez de un lago en la Antártida, son ya tres. Hay otro casi de este mismo tamaño, no obstante haberse empezado a formar hace muy pocos años, y el tercero, aún pequeño, pero que nació muy recientemente. Todo esto prueba que en la Antártida se está produciendo un recalentamiento, y lo curioso es que mucho de

esto es ya conocido de científicos, como por ejemplo, que durante los primeros cuarenta años de este siglo, el frío de esta región ha venido disminuyendo a un promedio de medio grado Fahrenheit por año. Ese aumento de temperatura, recientemente se ha acelerado en algunas regiones. Por ejemplo: en la pequeña América ha llegado a 6 y 7 grados por año, mientras que en Spitzbergen, al Norte, ha pasado de los diez grados por año. Comprenderás que si las cosas siguen así, en unos pocos años los hielos desaparecerán de la Antártida.

Tarquino estaba verdaderamente sorprendido, alarmado, pues no se le ocultaba la gravedad del problema. Ciertamente, la desaparición de los hielos no es un fenómeno en sí mismo, sino efecto de otro fenómeno quizá muy peligroso, puesto que representa un desequilibrio en la naturaleza del mundo, y en tal caso, las consecuencias pueden ser de lo más inesperado mundialmente hablando.

Con lo que ya había visto, Tarquino estaba en posibilidad de formarse ideas bastante completas, por eso ahora reflexionaba que quizá el recalentamiento de la Corriente del Golfo tuviera su origen precisamente en la Antártida, sí, porque si de allí las aguas ya salían templadas, ¿qué no les ocurriría al quedar expuestas al intenso sol del Ecuador? Estas aguas toman una dirección casi paralela desde el golfo de Guinea hasta Brasil. Ahora se explicaba el fenómeno de los deshielos del Norte, de los catastróficos ciclones del Atlántico y de sus consecuencias en forma de inundaciones abarcando enormes extensiones. Ciertamente, el fenómeno era ya de dimensiones mundiales.

Roberto Plinio estuvo observando a Tarquino para darle tiempo a digerir las ideas ya expuestas, luego siguió explicando:

—Si la desaparición de los hielos de ambos polos fuera todo lo que se puede esperar, tan malo como esto pueda ser, no seria mucho, sin embargo. Te hemos traído a este lugar, porque en este punto es donde se originan los agrietamientos o "fallas", como técnicamente se les conoce, de las que en principio ya te dijeron algo. En este momento y en esta parte del globo, el mundo aparenta el fondo rajado de una olla de barro, o el de una superficie de lodo secado por el sol. De aquí salen varias grietas, algunas muy cortas, otras de mayor longitud y otras más de dimensiones mundiales. Hay una que va por el Atlántico hacia el Norte, siguiendo una línea sinuosa entre África y América para llegar hasta Noruega. Esta grieta tiene muchas interrupciones, es decir, no es constante, aunque ya para este momento se le puede considerar como un sistema, y sus principales y más serios rompimientos están frente a Estados Unidos de Norteamérica. ¿Vas entendiendo?

Tarquino contestó con firmeza:

—Sí, comprendo perfectamente.
—Muy bien, continuemos. Hay otras dos grietas) principales, ambas proyectándose hacia el Pacífico, aunque con inclinación distinta cada una. La que vamos a seguir rápidamente, toma directamente hacia el Norte siguiendo una línea casi paralela a la costa de América.
Se elevaron los tres espíritus a poca altura sobre las crestas de las montañas de hielo. Desde allí se veía la neblina espesa que se desprendía del agua del lago, y las vertientes de las montañas húmedas con surcos por escurrimientos. En algunos lugares, grandes masas de hielo ya casi sin sustentación, estaban a punto de caer en el agua. Las cimas no eran afiladas y cortantes, sino redondeadas, y esto no era solamente alrededor del lago, sino hasta distancia bien lejana. En la mente de Tarquino el fenómeno adquiría proporciones alarmantes. El guía llamó su atención:
—Viajaremos a velocidad de espíritu algunos miles de kilómetros hasta donde la grieta llega de manera ininterrumpida.
Efectivamente, así lo hicieron, deteniéndose a unos 180 kilómetros frente al cabo de Hornos. Plinio aseguró:
—Aquí se interrumpe bruscamente, y lo curioso es que intermitentemente vuelve a aparecer en cortos tramos frente a la costa chilena y centroamericana, para volverse a interrumpir frente a la costa mexicana, y volver a aparecer bien definida frente a la costa de California. Y así sigue, ininterrumpida, costeando América del Norte, a veces ancha y profunda, otras angosta y casi sin profundidad. A tramos peligrosamente cerca de la costa, otras alejándose, pero siempre sin interrupción.
A velocidad moderada se desplazaron los tres espíritus siguiendo la dirección anunciada por Plinio y, efectivamente, Tarquino pudo comprobar que la costa a veces estaba muy cerca mientras que otras se alejaba, pero sin perderse nunca de vista, excepto frente a la costa mexicana de donde se alejaron varios cientos de kilómetros. Al llegar a California, Plinio afirmó:
—Hemos seguido una línea un tanto teórica, usando sólo los puntos ya conocidos como rompimientos y que a mí me hacen pensar que acabarán por juntarse. A partir de este mismo punto, no seguimos línea teórica, sino precisamente seguimos el agrietamiento que en algunos casos es ya muy antiguo. En otros es reciente.
Así llegaron a Alaska, donde el guía explicó que el agrietamiento submarino se bifurcaba: una rama que pasaba nada menos que debajo de la propia Alaska a la altura de Fairbanks, para curvarse hacia el Norte, y la otra que seguía la línea de las islas Aleutianas. Aquí Tarquino se detuvo para decir:
—Estas islas me producen la sensación de una cordillera volcánica, lo cual

explicaría el agrietamiento.
—¡Exactamente! —contestó Plinio, satisfecho de que el estudiante estuviera aprovechando la lección de geografía objetiva—. Sí, estas islas es lo que quedó fuera del agua al consumarse un antiquísimo cataclismo. Así, pues, para ellas, el actual fenómeno es ya materia conocida. Y ahora, continuemos. Vamos hacia la península Kamchatka, perteneciente a Rusia.
Tarquino comentó:
—Se ve que la naturaleza no se deja influenciar por la política de los hombres.
—¿Por qué lo dices?
—Porque mira, por igual afecta a Estados Unidos y a Rusia, y aquí cabe una pregunta, si me la permites: Si Rusia no tiene Dios y Estados Unidos sí lo tiene, ¿por qué esta igualdad a la hora de la prueba definitiva?
Los guías sonrieron. Plinio urgió:
—Continuemos, que tiempo habrá para comentarios. Efectivamente, a poca altura siguieron viajando frente a las costas, pasando casi sobre el Japón, para continuar hacia China, pero sin llegar a distinguir la costa, lo cual significaba que la grieta se desviaba hacia las islas Filipinas, y, efectivamente, unos instantes después allí llegaron y se detuvieron. Plinio instruyó:
—Por un gran trecho frente a las Filipinas, el agrietamiento se interrumpe, tal como vimos que sucede frente a la costa chilena.
—¿Y eso qué significa? —preguntó Tarquino. El guía le contestó:
—Después veremos globalmente este fenómeno. Continuemos el camino.
Poco después pasaban entre Borneo y Sumatra, donde se quebraba la línea rodeando a Australia por el lado occidental para luego seguir en dirección hacia el Polo Sur. Frente a Nueva Zelandia, muy cerca del paralelo 60 Sur y el meridiano 165, se bifurcaba el agrietamiento, por eso los espíritus se detuvieron. Plinio afirmó:
—Hemos seguido únicamente la grieta principal del sistema, aunque comprenderás que de ella parten otras muchas secundarias. De este punto parte una muy importante hacia la costa chilena. No la seguiremos, porque aún no se ha conectado con la principal, aunque sí es de preverse que eso ocurrirá de un momento a otro. Ahora, sigamos la principal para que veas dónde termina.
Tal como lo dijo lo hicieron y pronto Tarquino se dio cuenta de que entraban en los mares helados y tormentosos de la Antártida, para unos minutos después volver a poner la planta en la orilla del lago de donde originalmente habían partido. Esto planteaba al estudiante tremendas interrogantes, y no solamente a él, sino también a los guías, quienes de tiempo atrás habían venido estudiando el caso,

principalmente Plinio, pero sin poder llegar a conclusiones definitivas debido a lo complejo del problema. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué sucederá en el futuro y qué tan cercano estará ese futuro? ¿Será sólo un pequeño asentamiento ose tratará de algo insólito? Arquímedes, quizá tratando de distraer sus propias preocupaciones, preguntó al estudiante:

—¿Te gustaría ver cómo son esas fallas?

—Naturalmente —contestó Tarquino.

Los espíritus, a grandes distancias de un mundo pueden colocarse en cualquier posición puesto que al fin y al cabo en los espacios interestelares no hay "arriba" ni "abajo"; pero ya sobre la corteza terrestre, prefieren siempre adoptar la posición natural de un ser humano, es decir, estar de pie, no obstante que no les haga falta punto de sustentación debido a que son muchísimo más ligeros que el aire y a que la atracción magnética de la Tierra es de tipo muy distinto al que ejerce sobre los cuerpos materiales. La velocidad molecular necesaria para escapar de la atracción terrestre es de once kilómetros y medio por segundo. Sin esa velocidad ningún cuerpo puede abandonar la atracción terrestre; sin embargo, en el caso de los espíritus, nada de esto cuenta, pues pueden "elevarse" a la velocidad que les acomode, por muy lenta que sea, y abandonar la zona de atracción terrestre. Otro fenómeno es el que se presenta con un cuerpo que se desplaza a mayor velocidad, digamos de doce kilómetros por segundo. Ese objeto queda tan definitivamente fuera de la atracción terrestre, que acaba por caer algún día en el Sol, a no ser que aumente tanto su velocidad que a su vez quede fuera de la atracción solar. En fin, estos son fenómenos que cuentan sólo para el caso de objetos materiales que se mueven sobre la Tierra, pero no para los espíritus. Se dice todo esto, porque quedaría la duda de si un espíritu puede hundirse en el agua no obstante carecer de peso que lo sumerja. Tampoco el agua es un obstáculo en el movimiento de los espíritus, ya que no teniendo masa, tampoco pueden desplazar agua y esto quedó plenamente comprobado cuando los tres espíritus, de manera tan natural como si fueran descendiendo en el aire, descendían en el agua glacial de los mares del Sur. Sin llegar a gran profundidad, vieron cómo es el rompimiento de las rocas, que en nada discrepa de los rompimientos de montañas al aire libre y que nos son tan comunes cuando quedan en cortes verticales a los que solemos llamar "barrancas". La única probable diferencia es, que en las montañas, por efecto de la erosión, los vientos y las lluvias, los filos se redondean. En los rompimientos submarinos esto no ocurre a consecuencia de que a grandes profundidades el movimiento de las aguas es muy lento; así pues, el barro y la arena se diluyen en el agua y se van al fondo,

quedando en pie solamente las rocas afiladas y puntiagudas.
Tarquino comprobó que esos agrietamientos submarinos eran consecuencia de diferencia de peso? y seguramente diferencia de resistencia en la base. Pero allí, la grieta no era muy ancha, en cambio la profundidad era tremenda.
Además de lo anterior, el visitante observó otro fenómeno. Allí, el agua no era tan fría como lo debía ser en esa profundidad, habiendo en la superficie hielos flotantes. Otro fenómeno era el constante desprendimiento en el fondo del agrietamiento de burbujas que denunciaban la presencia tal vez de oxígeno, quizá de vapores de agua o de gases.
Por unos momentos los tres espíritus siguieron a lo largo del fenómeno submarino, comprobando que el panorama varía en dimensiones, pero es el mismo siempre en su apariencia general. Finalmente volvieron a la superficie y poco después estaban en tierra firme.
Tarquino dijo:
—¡Sentémonos! ¿no?
—¿Tienes necesidad de esa postura?
—No; pero es cómoda para comentarios y supongo que tenemos muchos que hacer después de lo que hemos visto.
Los guías no arguyeron, sino que a su vez se tendieron en la playa helada cerca del estudiante. Esta vez fue Arquímedes quien inició la conversación:
—Evidentemente, se trata de un fenómeno de alcance y trascendencia mundial y ya veremos si no llega a afectar al sistema solar.
—¿Por qué lo dices?—preguntó Tarquino alarmado.
—¿No te has dado cuenta de cómo el agrietamiento sugiere la idea de un enorme trozo de tierra que estuviera por desprenderse?
—Si, sí, y por eso estoy alarmado casi desde el principio; pero ¿por qué relacionas eso con el sistema solar?
—Porque si ese desprendimiento llegara a ocurrir, cosa que no es de desearse, significaría un nuevo satélite para la Tierra; y eso, evidentemente, de alguna manera alteraría por algún tiempo nuestras relaciones con los planetas vecinos, por lo menos.
Tarquino, tratando de consolarse a sí mismo, dijo:
—Eso es demasiado, veamos el asunto desde un punto de vista menos complicado —hizo una larga pausa y luego, suspirando, dijo—: ¡Es una lástima que no todo el mundo pueda ver esto que ustedes me han mostrado!
Plinio tomó el uso de la palabra:

—Veamos algunas explicaciones y calculemos algunas consecuencias.
—Sí, sí —interrumpió el estudiante hablando nerviosamente.
—Pues bien; el agrietamiento, como ya se te dijo, en algunos tramos es completo y registra aberturas alarmantes así como profundidades peligrosas mientras que en otros lugares o aún no existe el agrietamiento, o consiste de pequeños puntos aparentemente aislados, que es lo que aparece en la costa chilena y en Filipinas. En resumen, ya para este momento, el sistema del Pacífico registra una longitud de 113 mil kilómetros, una anchura que en algunos casos alcanza los cincuenta kilómetros, y una profundidad que en los casos más serios se acerca a los cuatro kilómetros. ¿Vas entendiendo?
El estudiante asintió con la cabeza. El guía continuó:
—Es de preverse que en un futuro no muy lejano, esta parte de la, costa chilena, así como aquella otra de la costa filipina, tendrán un rompimiento para conectarse definitivamente las grietas principales, lo cual redondearía el sistema. Como comprenderás, el asunto es ahora solamente cuestión de tiempo, pero no hay duda de que ocurrirá con gigantesco baile trágico que puede ser el principio del fin.
—Maestro —dijo Tarquino—, ¡eso significa que también México resultará afectado!
—En las primeras manifestaciones, naturalmente. ¡Pero en las últimas...; ésas no las quiero ver...; toda la humanidad resultará afectada...! Sin embargo, lo que no es posible prever, es si ocurrirá simultáneamente a todo lo largo, o por partes, y si el agrietamiento será lento o veloz, ni tampoco las probables consecuencias exteriores.
—Dime, maestro —rogó Tarquino—, ¿no se pueden aventurar explicaciones al respecto?
—-Naturalmente que sí, y muy cercanas a la realidad. El fondo del océano Pacífico parece estarse elevando de su antiguo nivel, a la vez que el continente americano parece estarse hundiendo. Esto, en verdad, es un movimiento de balanza normal en la vida del planeta y no se detendrá sino hasta que encuentre su completo reacomodo. En donde las fallas son ya viejas se ha producido una especie de cicatrización por donde escapa algo de la presión interna, eliminando un inminente peligro. Pero en donde ahora empiezan, comprenderás que se altera toda la estructura interna que soporta la unidad de la costra terrestre, de manera que al hundirse el continente o parte de él en el fuego líquido del centro de la Tierra, produce una presión extra a la ya existente, por los rompimientos se precipita el agua del mar hasta regiones altamente calientes y, naturalmente, todo esto eleva las presiones internas hasta grados tan altos que, tarde o temprano, tienen que

manifestarse fuera, en la superficie. ¿Cómo crees que puedan ser esas manifestaciones?

—Lo primero que se me ocurre —contestó el interrogado—, es que habrá sismos, maremotos, hundimientos más o menos parciales y la aparición de volcanes lo mismo antiguos que nuevos.

—¡Exactamente, es como dices! —afirmó el guía—. Los volcanes son las chimeneas de respiración por donde escapa la presión interna. Sin ellos, los cataclismos serían sumamente frecuentes. Los reacomodos de las capas alteran ese ritmo, porque frecuentemente se obstruyen los viejos volcanes, de donde nace la necesidad de la aparición de otros nuevos, sin los cuales podría ocurrir una explosión gigantesca como la del Krakatoa en el Pacífico en el siglo pasado. Pero cuando esto ocurre en el mar o muy cerca del mar, el problema se complica, porque el agua se precipita en torrente hasta ponerse en contacto con el fuego, produciendo vapor a elevadísima temperatura que forma presiones tremendas a la vez que busca el punto de la menor resistencia para escapar. Mirando el panorama desde este punto de vista, es de desearse que la Ley superior, que la Justicia divina, facilite la aparición de volcanes, tantos como sean necesarios, en la Antártida, para que por allí escapen todas esas presiones...; pero...

El guía adoptaba una actitud de pesadumbre reflexiva. El estudiante urgió:

—¿Qué hay en tu mente, maestro?

—Los programas de los mundos son hechos desde muchos siglos antes. Todo va funcionando cronométricamente y lo que tiene que suceder, sucederá, porque no es posible alterar un programa.

—Pero, maestro, el porvenir de América se me antoja trágico...

—Yo diría del mundo. ¡Y lo peor de todo es que nada se puede hacer, excepto esperar. ¡ESPERAR!, y cada cual rezarle a su Dios para que no llegue a presentarse un fenómeno estelar que precipite los acontecimientos!

—No entiendo —dijo Tarquino.

—Pues es fácil, la presencia en el cielo de algún cuerpo estelar que en estos momentos produjera una atracción anormal sobre la Tierra, daría como resultado el definitivo rompimiento de lo que aún no está agrietado, y ve tú a saber si eso no llegaría a producir el desprendimiento de ese enorme terreno de tierra que seguramente acabaría con la vida sobre el planeta. Sin embargo, tal vez sea bastante un fenómeno estelar mucho más simple y por cierto frecuente, como es el que se pongan en la misma línea de atracción el Sol, la Luna y algún planeta vecino.

—¿Pero es eso posible? —preguntó Tarquino.

—Tan posible, que ya ha sucedido. Investiga qué fue lo que ocurrió con el volcán Krakatoa en el Pacífico en 1883, así como la catástrofe de Mesina, y la de Lisboa; y, en fin, investiga algunos de los terremotos que más trágicos han sido, para que veas lo que ha sucedido cuando estos fenómenos, aunque locales, no han dejado de ser tremendos, ahora imagina cuando sean mundiales.

—Un momento, maestro. ¿No habrán sido esos fenómenos de que hablas, los preliminares de los agrietamientos que ahora sufrimos?

—¡Exactamente, así es!; pero por muy trágicos que aquéllos hayan sido, vendrán a ser sólo un juguete comparados con lo que se avecina. Y lo peor es que en la Biblia hay una profecía que anuncia para los tiempos finales la presencia de una estrella a la que llama "Ajenjo", afirmando que cuando esa estrella se presente, habrá gran aflicción. El versículo dice así:

"…y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella se dice: "Ajenjo"... y murieron muchos hombres... y hubo gran aflicción..." ¿Qué te parece? Como comprenderás, en las condiciones en que estamos, es de anhelarse que la Biblia esté equivocada, que la profecía falle y que la tal estrella "Ajenjo" no llegue a presentarse nunca.

—Se me ocurre una pregunta, maestro —dijo Tarquino en actitud reflexiva—. Las recientes explosiones de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, así como los experimentos que con éstas y de otros tipos se hagan ¿no ayudarán en la formación de estos agrietamientos?

Los guías se miraron uno al otro con un dengue de disgusto. Arquímedes, hablando lentamente, aseguró:

—Es ahora cuando tienes que recordar lo que se te dijo de la energía cósmica que alimenta a los mundos y que en parte repetiré, por la importancia que tiene en lo que pronto vas a ver. Los espacios interestelares están cargados de energía flotante que tiene la tendencia a dar forma a acumulaciones eléctricas con sus respectivos polos, convirtiéndose en "nubes" magnéticas que actúan como electroimán. Van "cayendo" en los cuerpos que encuentran a su paso. Así, por mutua atracción, penetran en nuestra atmósfera, cuya humedad y naturaleza propia absorbe gran parte de esa electricidad y poder magnético. Sin embargo, la tendencia natural de esas acumulaciones magnéticas es rehacerse de manera que al encontrarse sobre la costra terrestre, suelen haberse convertido ya en peligrosas, a consecuencia de su magnitud, produciendo entre otros fenómenos, atracciones tan dominantes, que se manifiestan en fuertes sismos. ¿Me has comprendido?

Tarquino asintió con la cabeza. El maestro continuó:

—En condiciones normales, el mundo tiene lo necesario para regular estos fenómenos, quitando gran parte de la peligrosidad; pero... acabas de mencionar las explosiones atómicas... ¿Cómo se están manifestando esas explosiones en la atmósfera?

Tarquino se encogió de hombros en actitud de duda. Arquímedes siguió diciendo:

—Esas bombas desintegradoras de la materia, que se van acercando a lo que viste en Neptuno con el nombre de "energía radiante", desde que empezaron, han venido dando forma a una serie de anillos radioactivos muy fuera de la estratosfera, además de que las explosiones en si mismas, por su tremenda vibración, pueden lograr resquebrajamientos peligrosos.

Tarquino se mostraba alarmado. El instructor siguió su cátedra:

—Sí. Ya pronto lo verás. El hombre construirá máquinas capaces de escapar a la atracción terrestre, o lo que es lo mismo, que irán mucho más allá de la estratosfera, y entonces, recuérdalo para entonces, se van a encontrar con esos anillos radioactivos que están rodeando y ahogando al planeta. Esas radiaciones son normales y naturales sólo en mínima parte, es decir, no más de lo que puedan existir en los espacios estelares. Sin embargo, día a día se irán enriqueciendo a consecuencia de las explosiones experimentales de bombas atómicas, y, claro, eso cada día alterará más la libre entrada de los rayos solares, modificándose como consecuencia la estructura de nuestra atmósfera, o lo que es lo mismo, que lentamente se va ahogando al mundo, se le va asfixiando. Y ahora, veamos: ¿Qué efecto producen esos anillos radioactivos sobre las acumulaciones eléctricas de que venimos hablando, y viceversa? Obviamente, los anillos radiactivos están alterando la normalidad sobre el mundo, y, por lo tanto, las "nubes" magnéticas de que hablamos, actuarán de manera negativa, de tal suerte que lo mismo podríamos esperar que a la larga el mundo se paralizara por falta de alimentación magnética, como que esas acumulaciones se enriquecieran al contacto con los anillos, convirtiéndose en sumamente peligrosas al llegar a la superficie terrestre, porque llegarían con una carga magnética capaz de sacudir grandes extensiones, y comprenderás que en estos momentos eso viene a ser tan peligroso como la presencia de la estrella "Ajenjo" de que antes hablamos. Ya lo ves, en este aspecto, resulta imposible poder predecir probabilidades, excepto que se está sometiendo al mundo a una prueba tan difícil que sólo el Creador sabe en qué acabará todo esto.

Tarquino se sentía ya inquieto. Todo eso resultaba tan alarmante, que no atinaba qué opinar. Se limitó a comentar:

—Se me antoja criminal lo que se está haciendo.
—Sí, lo es —afirmó el guía—. Es verdaderamente criminal ignorar o pretender ignorar que esos anillos, por la natural atracción terrestre, no tienden a ensancharse y escapar, sino muy por el contrario, se van estrechando, de manera que lenta pero incesantemente, la radioactividad empieza a caer arrastrada por el polvo cósmico o con la lluvia cuando se pone en contacto con las nubes, fenómeno ya tan vulgar que empieza a convertirse en problema para la aviación comercial. Comprenderás que esa radioactividad, una vez sobre la superficie terrestre, pasa a formar parte de la vegetación, del agua, de los animales y, naturalmente, de los seres humanos.
Tarquino, inquieto, interrumpió:
—¿Hay ya algún síntoma que denuncie el envenenamiento por radioactividad en las personas que viven alejadas del lugar de los experimentos?
—Sí. Ya hay muchos síntomas. No en toda persona se empieza a manifestar de la misma manera; pero, sin embargo, hay tres síntomas inconfundibles, no ya del principio del efecto de las radiaciones, sino de cuando éstas han llegado ya al principio de lo peligroso: un estado de irritabilidad constante al que generalmente se le designa como "neurosis", y lo es, puesto que se trata del sistema nervioso que ha sido muy seriamente afectado. Otro síntoma, y que es más frecuente por ser lo primero que se afecta, es el trastorno gástrico, es decir, enfermedades del estómago. Pregunta a médicos si no es verdad que las enfermedades gástricas han venido en aumento constante a partir del final de la segunda guerra mundial. Y el otro síntoma es la pereza mental, la indiferencia, la pérdida de dinamismo, de iniciativa y de impulso activo.
—Sí, sí —interrumpió Tarquino nerviosamente—. Los periódicos han hablado mucho de estas cosas. Pero, ¿es que los científicos no lo saben?
—¿Tú qué crees?
—¡Que lo han de saber, maestro!
—Pues claro que lo saben, por eso están siempre midiendo la radioactividad por todas partes; pero qué quieres, simplemente están sirviendo al dios de la guerra y no se atreven, ya no digamos a protestar, sino ni siquiera a opinar, por temor a que se les juzgue afectos al bando contrario. Sin embargo, un día tendrán que hacerlo; pero para entonces tal vez será demasiado tarde, pues será cuando media humanidad esté envenenada y el clima del mundo todo trastornado. En esas condiciones, se necesitarán muchas décadas de espera para que los anillos se disuelvan, la radioactividad desaparezca y todo vuelva a la normalidad.
Intervino Punió diciendo:

—¿Has entendido? ¡Con todas las dificultades que el problema de la naturaleza pueda presentar, resulta más fácil prever, o por lo menos suponer, lo que la naturaleza hará, que siquiera imaginar lo que resultará de la estupidez humana!

—¡Maestro, si esto se supiera ampliamente, los pueblos podrían protestar!

—Podrían, sí; pero, ¿qué les ocurriría a los individuos protestarlos? ¡La cárcel para todos ellos! Una protesta colectiva seria la salvación pero, ¿hay un Jesús capaz de mover al mundo? ¿Hay un hombre con la fuerza política necesaria y de respaldo moral indispensable para tal gestión?

—Maestro, se me ocurre una pregunta: ¿No tenemos en estos momentos maestros encamados que se levanten a orientar?

—Sí. Sí los hay, pocos, pero no es esa su misión, al menos por el momento. La época que vive el hombre es la de la balanza, la del juicio, la de las preguntas y respuestas, la época anunciada y que al fin ha llegado. Época en que cada espíritu debe manifestar la cantidad de luz que ha conquistado, y la humanidad en su conjunto demostrar lo que ha logrado. En estos instantes la humanidad debería estar viviendo la fraternidad como Ley única, sin fronteras, ni egoísmos, ni miserias, y ya ves lo que ocurre. El panorama está cada día más oscuro y tormentoso. Se está ya agotando el sexto día de trabajo, y es de preverse que se van a tomar parte del séptimo en ajustar cuentas. Los examinados son los espíritus estudiantes de tu mundo, no los instructores. Ellos están sirviendo solamente de testigos, muy a pesar de lo que les duele. Por eso se puede volver a preguntar: ¿Hay un espíritu terrícola, uno sólo que haya alcanzado tal grado de evolución que pueda detener esta vorágine de pasiones y odios? Tú y toda tu familia tienen la palabra.

Tarquino, que intentaba ocultar su vergüenza, dijo:

—Ciertamente, nada más que estas candentes palabras son ya una sentencia de alcance mundial. ¿A qué mundo irán a parar los figurones de hoy que se hacen pasar por grandes? ¿Grandes de qué? ¿Representan a multitudes o están allí sólo para defender sus vanidades? La miseria espiritual de cada uno de ellos salta a la vista a cada instante, y el día que les quiten los centenares de gendarmes que los rodean, se van a sentir tan desamparados como el pollito que ha perdido de vista a la gallina...

Plinio y Arquímedes se pusieron de pie alargando la maño a Tarquino, a la vez que decían:

—Contentos de lo que estás aprovechando y deseosos de que hagas buen uso de lo que has aprendido hoy, nos despedimos, diciendo: Hasta pronto, hasta cuando la Justicia nos permita volver por ti para enseñarte nuevos panoramas y sacar de ellos

las conclusiones respectivas.
Era evidente que confiaban mucho en Tarquino, pues, por decirlo así, desaparecieron del escenario debido a la tremenda velocidad que desplazaron desde el inicio de la retirada. Tarquino permaneció en ese lugar solamente unos segundos, luego volvió a su cuerpo.
Durante varios días estuvo pensativo, analizando el significado de aquel claro desdoblamiento. Tan preciso que podía discutirse con quien lo deseara y seguramente salir avante.
Ahora no se trataba de mundos más o menos imaginarios y discutibles, sino de la Tierra y de hechos que estarían a su alcance poder comprobar en corto plazo.
Movido por este impulso Tarquino estuvo pendiente de cuanta noticia al respecto dieron los periódicos, anotando, naturalmente, sólo aquello que tuviera una real importancia y trascendencia mundial. Al fin, en junio de 1951, releía con gran emoción sus notas, que decían:
1868.—65.000 personas murieron en pocos minutos por los terremotos de Mesina, ciudad que fue casi totalmente destruida.
1881.—El cataclismo de Sicilia, que sacudió a toda la isla, dio muerte a casi 4.000 personas.
1883.—El terremoto de Ischia produjo más de 3.000 victimas. A consecuencia de la explosión del Krakatoa en el Pacifico, murieron 50.000 personas. Las ondas telúricas de este sismo llegaron a todas partes del mundo. El Krakatoa forma actualmente parte del sistema de grietas submarinas en el Pacífico.
1884.—España sufrió fuertes sacudidas que dieron un saldo de 3.000 muertos.
1885.—En este año hubo tremendos sismos que sacudieron a toda el Asia Central, produciendo destrucción y victimas en más de 4.000 personas.
1886.—En Charleston, Inglaterra, murieron más de 1.000 personas por repentino terremoto.
1906.—200.000 personas víctimas de terremotos que asolaron enorme zona del Pacífico, particularmente Formosa y Chile.
1918.—200.000 personas muertas por terremotos simultáneos en San Francisco, Chile y Guatemala.
1920.—Repite la tragedia en la zona anterior.
1923.—150.000 muertos por terremotos en Japón. Se sintieron estos sismos en gran parte del Pacífico y Sudamérica.
1928.—Tremendos y múltiples sismos sacudieron a América desde el centro de México hasta Perú.

1949.—Septiembre 15.—Radio y prensa siguen hablando del enfriamiento en el Atlántico, pues está azotando un peligroso ciclón procedente del Norte. Este enfriamiento antes de tiempo ha sido tan inclemente que hasta en el Pacífico ha habido perturbaciones muy serias, por fortuna sin consecuencias lamentables.
Septiembre 21.—Ha aumentado muchísimo el frío, y ha estado lloviendo hasta inundar el centro de la ciudad de México como suele ocurrir en plena época de lluvias, pues fue un aguacero torrencial que duró varias horas.
Septiembre 23.—Radio y prensa anuncian la presencia de un ciclón en el Atlántico, segundo de su especie en una semana, y que está soplando a una velocidad de 120 kilómetros por hora.
Septiembre 29.—La temperatura ha seguido en descenso por lo cual se registra un frío de invierno.
Octubre 10.—Se han registrado varios trastornos atmosféricos. Un aguacero torrencial en la sierra provocó catastrófica inundación en Pachuca, Méx.
Octubre 19.—Radio y prensa informan que son ya diez los barcos perdidos en el golfo a consecuencia de los ciclones y que otros muchos han sufrido averías de consideración. Las lluvias en Guatemala aumentaron el caudal de los ríos, provocando inundaciones catastróficas.
Octubre a fin de año.—El frío continuó recrudeciéndose, abundando los días nublados, ventosos y húmedos.
Enero y marzo de 1950.—El promedio de temperatura ha sido fría, frecuentemente con viento y humedad.
Abril 9.—En días de la llamada Semana Santa, imperaba una temperatura demasiado baja para la época, siendo normal que en esta estación del año debe sentirse intensísimo calor. En Cuba bajó la temperatura a 3.3 grados centígrados, o sea la más baja registrada en diez años.
Julio 9.—Así como los descensos de la temperatura fueron causa de preocupación, los sismos en América del Sur se sucedieron con mayor frecuencia y fueron más catastróficos, pues violentos temblores, que pasaron de veinte, sacudieron a Colombia y Venezuela, con los consiguientes saldos sangrientos en las ciudades de Cúcuta, Cucutira, Arboleda, etc. La violencia fue tal, que repercutieron hasta Perú, Ecuador y Chile. Se dijo que el origen era debido a la cordillera de los Andes, que estaba realizando un acomodamiento general.
Principio de Otoño. —Se comprobó que el verano fue más bien frío que normal. La prensa norteamericana dijo, repetidamente, que el invierno se había anticipado, manifestándose mucho más frío que de costumbre, pues hubo bajas de temperatura

no registradas en muchos años.
Noviembre y diciembre. —No hizo falta usar el termómetro en México para saber que estaba haciendo un frío congelante que continuó hasta fines de febrero de 1951. Las tremendas heladas han creado serios problemas en las regiones agrícolas, perdiéndose gran cantidad de siembras. En Estados Unidos se produjeron inundaciones a consecuencia de las extraordinarias nevadas. Por adelantado se temían otras muchas inundaciones para la época del deshielo.
1951. —En diversos lugares del mundo ha habido fuertes terremotos, al grado de que en la India la prensa nos refiere varios casos de montañas que han desaparecido y otras que han surgido.
Abril. —Se desbordó el Mississippi ocasionando grandes pérdidas.
Mayo 8. —Un terremoto ocasionó centenares de muertos y la destrucción de varias poblaciones de la república El Salvador.
Al releer las anteriores notas, en el mes de junio de 1951, Tarquino reflexionaba inquieto: ¿Continuará progresivamente el frío? ¿El próximo verano se equilibrará nuevamente la temperatura, para lo cual necesitaría dejar de alimentar calor la Antártida? Y como consecuencia de estas interrogaciones, se le planteaba a Tarquino esta tremenda incógnita: Si hasta aquí lo dicho por los maestros ha sido cierto, ¿lo será también lo demás anunciado?

18
LOS TIEMPOS LLEGADOS

Tarquino llegó al estudio cuando don Rodrigo acomodaba sus centenares de libros y voluminosos cuadernos de apuntes. La pieza estaba en desorden y no se podía avanzar en este trabajo, debido a las constantes visitas y a que al encontrar alguna lectura que le interesaba, se enfrascaba en ella, dejando pendiente el trabajo de arreglo y limpieza, labor que, en verdad, solamente él podía acometer, pues jamás habría permitido que manos extrañas profanaran sus papeles.
Al maestro no le gustaba perder el tiempo en pláticas triviales, y, en tal virtud, la conversación invariablemente tomaba sesgo de estudio. Esta vez, Tarquino llevaba preparadas algunas interrogaciones:
— ¿Qué es lo que se quiere decir con eso de los tiempos están ya vencidos o que los tiempos ya están llegados?
El anciano continuó su labor: con un trapo limpiaba cuidadosamente cada volumen

y lo colocaba en su debido lugar. Pero luego, suspendiendo esta tarea, se enderezó, se caló los lentes, se quedó mirando fijamente al aprendiz de espirita y le contestó:
— ¿En qué sentido debo entender lo que preguntas? Digo, porque para el materialismo carece de importancia y hasta de sentido, y visto a la luz de la época moderna tiene todas las características de un concepto aniñado e ignorante, basado sólo en leyendas de la Antigüedad, sin ningún fundamento científico.
—Es verdad, maestro; pero los materialistas están en minoría, y, a pesar de todo, yo conozco algunos que dudan de tal aseveración.
—Entonces es necesario saber qué es lo que piensa la mayoría.
—Creo que la mayoría no se ocupa mucho de estas cosas, aunque al hablarles de ellas, por salir del paso, opinan dando la razón a las Escrituras. ¿No es verdad, maestro?
—Hay que convenir que la mayoría está fanatizada en su propio dios, creado a su semejanza y gusto. Para muchas personas, esa frase de los tiempos llegados no pasa de ser un concepto místico y nebuloso, que no les dice nada, y para otras, es algo sobrenatural que juzgan como la probable subversión de las leyes naturales.
—Eso es muy cierto, maestro —interrumpió Tarquino—; pero dime, ¿qué otra cosa pueden pensar unos y otros si no se les ha dicho en qué consisten los tiempos llegados, ni lo que ocurrirá? No me dirás que vendrá la resurrección de los muertos para ser juzgados y seleccionados.
—No, yo no diré tal disparate, pues todo lo que sea violación a las leyes de la Naturaleza es un absurdo, puesto que siendo toda armonía en el universo, malamente el Creador la truncaría para desmentirse a sí mismo como inmutable. Desecha toda idea que manifieste capricho o hechura humana, y vamos al fondo de la cuestión. El mundo no es en el espacio sideral más que un átomo en la composición de un cuerpo cualquiera, ¿no es verdad?
—Cierto. Lo es en su forma, movimiento y distancia relativa —contestó Tarquino.
—Bueno, entendido esto, ¿qué razón hay para suponer que la Tierra sea una excepción en el concierto universal?
— ¿Qué quieres decir?
—Quiero decir, que nuestro miserable planeta está sometido indefectiblemente a la ley de transformación y progreso, exactamente lo mismo que toda partícula de materia. Progresa físicamente por la transformación de los elementos de que está constituido, y moralmente por la purificación de los espíritus que lo habitan. Este doble aspecto del progreso, en verdad, es uno solo, porque uno es relativo del otro. El mundo ha sufrido en diversas épocas grandes transformaciones físicas,

geológicas y atmosféricas que han cambiado sobre la faz de la Tierra las manifestaciones de la vida, de donde resulta que los animales y la vegetación de las edades primitivas no se parecen a las que les siguieron, ni mucho menos a las actuales. Y lo que se dice de las plantas y los animales, se dice del hombre, que a Su vez ha evolucionado.

—¿Quieres decir que primero existieron los animales y luego el hombre?

—No debemos profundizar por hoy en este punto. Vayamos a la contestación que te interesa. ¿Acaso los diversos períodos de la vida terrestre no demuestran los bruscos cambios geoló gicos y las radicales transformaciones animales? ¿No te da tal hecho la sensación de saltos en la evolución relacionando esas épocas con la nuestra?

—Creo que así es —dijo Tarquino.

—Siguiendo con atención el proceso de estos períodos, podemos decir que el mundo, movido por mano inteligente, de vez en cuando se renueva de acuerdo con las necesidades que van surgiendo imperiosas sobre su suelo.

El maestro suspendió definitivamente su labor de acomodar libros y sentándose en la vieja y cómoda butaca puso sobre la mesa los lentes, se restregó los ojos y continuó diciendo:

—¿Acaso la Tierra no se ha empobrecido al grado de que ya no alimenta eficientemente a muchos pueblos? ¿No es cierto que algunas naciones son ya insuficientes para alimentar y dar cabida a sus habitantes, como es el caso de gran parte de Asia y Europa, donde la gente vive apiñada, teniendo que pelear para agrandar sus fronteras? ¿No es verdad que en lo íntimo todo el mundo ansia un cambio general que estabilice la vida y le dé nuevos derroteros, más humanos y más naturales?

—Todo eso es muy cierto, maestro. La inquietud que se vive en lo moral, más que en lo material, quizá sea originada por esas razones que mencionas, aunque haya muchas personas que no lo juzguen así.

—Asentado eso, podemos interrogar: ¿El campesino no voltea la tierra antes de sembrar para garantizar su cosecha?

—Muy cierto —afirmó Tarquino.

—Y si el campesino lo hace, ¿es Dios o la Naturaleza menos inteligente que el campesino?

—¿Quieres decir que está por voltearse la Tierra?

—Ni más ni menos, es lo que quiero decir, y tómalo e n cuantos sentidos se te ocurra, que en todos sucederá. Mira el problema de frente. Ya te habrás dado cuenta por los

periódicos y revistas, que tierras que antes estaban heladas durante todo el año a inmediaciones del Círculo Polar Ártico, actualmente están cubiertas de nieve sólo algunos meses. Allí ha aparecido ya vegetación que antes no existió. ¿De dónde llegaron las semillas? ¿Será que por miles de años estuvieron refrigeradas bajo los hielos y que ahora vuelven a la vida? ¿No crees que eso tal vez nos lleve a conocer cómo fue la vegetación de hace milenios en esa región?

—Si, sí, y eso debe ser de los más interesante—contestó Tarquino maquinalmente.

El maestro continuó:

—Pues verás, los barcos pesqueros de estas regiones, ahora tienen que internarse mucho más al Norte en busca de los bancos de peces que viven cerca de los hielos. Esto viene a complementar lo que tus guías te han mostrado; pero hay algo más. En regiones del desierto de Sahara, en donde por siglos no se sabía lo que era una lluvia, últimamente éstas se han venido repitiendo. ¿No te parece que tenemos a la vista alteraciones que están muy lejos de lo que fue normal? Pero lo peor, lo inquietante, es que nadie sabe cuál es el verdadero origen, el principio. ¡Estamos frente a efectos!, pero, ¿cuál es la causa?

Tarquino se conformó con abrir los ojos interrogantes, pues la idea era tan vasta, que no la pudo razonar de momento.

El maestro sonrió, encendió un cigarrillo que empezó a fumar lentamente y continuó:

—Para algunos, Dios no existe y la Naturaleza es todo, sin llegar a explicarse cómo son las leyes inmutables y por qué manifiestan una sabiduría incomprensible. Para otros, Dios existe; pero como un ser voluntarioso a semejanza del hombre, que interviene en todo, hasta en lo más insignificante, de donde han surgido frases como aquella de: no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios. Y así como para los primeros Dios no existe, para los segundos lo que no existe son las leyes inmutables, puesto que todo lo sujetan a la voluntad caprichosa de un dictador universal. Y no es ni lo uno ni lo otro, porque el universo funciona como un reloj movido por una fuerza tan poderosa que no permite que uno solo de sus mecanismos deje de marchar al unísono del conjunto. Pero esa fuerza no puede hacer lo que le venga en gana y alterar el movimiento de alguna de las piezas en particular, sin alterar el resto del mecanismo. Esa fuerza motriz es tan poderosa que lo mueve y regula todo sin dejar nada estacionario; pero todo sujeto siempre a leyes inviolables, que no por ser desconocidas deben negarse o considerarse sobrenaturales. El universo es un inconmensurable gobierno manejado por seres inteligentes y cultos. Comprenderás que no puedo expresarme de otra manera. Si,

inteligentes, que sin violar una sola ley natural van acondicionando los mundos para que la vida humana sea lo que debe ser, en relación con el grado de progreso de los espíritus; y ya sabes que progreso significa previo trabajo y sacrificio. Esto es, que una transformación del mundo en cualquier forma que ocurra, es lo que el hombre necesita aunque dicho cambio sea causa de sufrimiento. ¿Acaso al voltearse la Tierra para la siembra las lombrices no saltan y se retuercen al recibir los rayos del Sol? ¿No manifiestan así su protesta? ¿Y acaso por ello va a suspenderse el trabajo?

—Pero dime, maestro, ¿los espíritus saben todo eso?

—Naturalmente que lo saben, y de ahí su inquietud. ¿Acaso un estudiante ignora que se acerca el día de exámenes y que no está suficientemente preparado o, a la inversa, si lo está? ¡Y esto no le ocasiona inquietud y zozobra?

—Eso es verdad.

—Hombre, pues a eso es a lo que se llama: los tiempos llegados. El que se sienta satisfecho de sí mismo, debido a la pulcritud de su conducta y a la perfección de su trabajo en provecho de la Humanidad, es ya cuestión de minutos, y el que no se sienta satisfecho de sí mismo a causa de sus imperfecciones es mejor que se conforme a ser reprobado, pues ciertamente ya no cuenta con tiempo para reponer el perdido. Al hablar de tales hechos es conveniente pasar revista a ciertos fenómenos que ponen de manifiesto la inquietud de los espíritus. ¿Recuerdas lo que los maestros te mostraron en relación con las corrientes marinas?

—Sí, maestro, ¿por qué lo preguntas?

—Porque en estos momentos hay en lo espiritual un movimiento semejante: corrientes de pensamiento que circulan vertiginosamente en todas direcciones del planeta. Unas son positivas y constructivas, otras negativas, destructoras.

—Necesito que te expliques, porque no entiendo lo que pretendes explicarme.

—Pues analicemos los detalles. En todas partes del mundo, y México no es excepción, se están multiplicando los grupos de personas que no desean otra cosa que estudiar y fraternizar. Esto, en verdad, es lo que podríamos llamar un movimiento subterráneo que no se manifiesta libremente, porque el odio, el egoísmo y la intransigencia religiosa, lo combaten.

—Pero no comprendo cómo está ocurriendo tal cosa.

—¿No? ¡Pues ya debías saberlo! Muchos individuos se están organizando en pequeñísimos grupos de tendencia esotérica. Unos, cristianos emancipados del Vaticano, es decir, teósofos; otros, espiritistas; otros, de nombres ya muy conocidos o que tornan calificativos raros, simbólicos, como por ejemplo: acuarios; otros que

tratan de revivir la desaparecida Fraternidad blanca; en fin, que se juntan las personas por la afinidad de sus tendencias, gustos y aspiraciones. Unos se reúnen a veces alrededor de antiquísimas filosofías orientales, y otros, en tomo de filosofías modernas lo mismo orientales que occidentales. Todos éstos se agrupan con individuos que pretenden dar vida a una filosofía y a una escuela de su propio tipo, y los más, considerando la Biblia como las huellas reales de los profetas, tratan de unificarse mundialmente, sin más propósito que fraternizar apoyándose en la doctrina de Jesús.

—Pero eso, maestro, produciría algún día el caos, porque supongo que cada cual alegará estar en posesión de la verdad.

—Hay algo de eso; sin embargo, ellos mismos ya empiezan a reconocer que la verdad no está en ningún grupo en particular, sino en la suma de los grupos. Es común y corriente oír decir a los maestros del espacio en los centros espiritas, que el grupo que ellos guían está destinado a realizar una gran labor, una gran misión señalada por las autoridades del gobierno universal.

Tarquino escuchaba esta relación con auténtica extrañeza. El maestro continuó:

—Para un escéptico, estas aseveraciones llegan a ser hasta ridículas, porque si visitas algunos centros espíritas, encuentras en todos ellos la misma aseveración, la misma exigencia de los maestros del espacio, que a toda costa tratan de mantener entrenados en el estudio, la fraternidad y el sufrimiento, a sus adeptos, que esperan recibir altas misiones; pero aún no se les ha dicho en qué consiste esa alta misión; y no se les dirá nunca, porque cuando tengan que desempeñarla, lo sabrán sin que nadie se la diga; y esa misión de que se les habla ahora, es positivamente más importante, más difícil y más dolorosa de lo que ellos mismos se han imaginado.

—Me asustas, maestro, eso parece que encierra una especie de amenaza.

—No se trata de ninguna amenaza, es una simple advertencia. Pues bien; tratándose de grupos no espiritas, y que, por tanto, no reciben la voz directa de los maestros del espacio las palabras son otras, pero dicen lo mismo, pues los individuos que se han constituido en directores, en maestros y en filósofos fundadores de su propia pequeña escuela, reciben por intuición las mismas indicaciones que ya te dije, y, al transmitirlas a los suyos, crean un ambiente de entusiasmo, porque cada cual se siente señalado, elevado, privilegiado, puesto que fuerzas superiores lo están escogiendo para una gran tarea. Estos hermanos tienen efectivamente una gran misión, y cuanto más se acerquen a la fraternidad, a la abnegación y al desinterés de lo material, más entrenados los encontrará la gran labor que se les ha señalado.

—Al oírte hablar, recuerdo que la prensa de vez en cuando se refiere a hombres y grupos de personas que se sienten a sí mismos redentores, por lo cual adoptan actitudes que al re percutir en el público resultan ridículas, puesto que se dicen ser Cristo mismo o algún apóstol.

—Si, ya te dije que por eso esta nueva corriente de pensamiento tiene necesidad de mantenerse subterránea; pero esa circunstancia en nada afectará al movimiento, ni lo detendrá. Entre esos grupos, hay personas ingenuas e incultas que solamente tienen de su parte la buena fe. Hay otras, en fin, que se encuentran en un plano intermedio; pero cada grupo, y cada hombre, para la misión que se les ha señalado, en este momento están ya en su puesto, porque lo que hay que hacer es tan vasto que se necesitará del ignorante en ciencias, pero limpio de corazón, lo mismo que del sabio con tal de que tenga una conducta diáfana y pura. Y acuérdate de lo que voy a decirte: a estos hombres es a quienes siempre se les ha llamado: los escogidos.

—¿Te refieres a las profecías?

—A eso mismo. Hasta ahora se había creído que los escogidos iban a gozar del reino de los cielos simplemente por el favor de Dios; y la verdad es que los escogidos no son más que soldados seleccionados que deben preocuparse por su entrenamiento, pues de otra manera sucumbirían en el gran acontecimiento que está por librarse.

—¡Caramba!, con esas palabras me sugieres algo así como si se acercara el fin del mundo y, como consecuencia: el Juicio Final.

—Que así lo entienda el vulgo no quiere decir que sea verdad. Te voy a poner un ejemplo valiéndome nuevamente del mecanismo de un reloj: Entre cuarto y cuarto de hora sostiene un ritmo acompasado, que jamás haría pensar que pronto va a sonar una campana; pero llegado el instante, mecanismos antes quietos y aparentemente inútiles, entran en movimiento pro duciendo ruidos y fenómenos raros en relación con los minutos precedentes, y, sin embargo, en el reloj no ha ocurrido absolutamente nada anormal, ¿no es verdad?

—Muy cierto —dijo Tarquino admirado. -

—Y luego todo vuelve a su ritmo anterior: la campana permanece en silencio y los mecanismos que la movieron se aquietan y retoma el movimiento acompasado, hasta que llega el nuevo cuarto de hora.

—Sí, maestro, el ejemplo es claro.

—Pues eso es el Juicio Final. Un cuarto de hora que marca el fin de un periodo y el principio de otro; el ritmo que se rompe dando lugar a fenómenos incomprensibles

que se juzgan sobrenaturales, para luego volver a la normalidad hasta que se llega al nuevo fin de época. ¿Me entiendes?

—Supongo que sí. ¿Me quieres decir que está por ocurrir un cataclismo?

—Muy cierto —afirmó el anciano.

—¿Y no destruirá a la civilización actual? ¿A, qué llamas civilización? ¿A poseer máquinas, ó ha haber logrado un alto nivel espiritual?

—Yo diría que las dos cosas, ¿por qué?

—Porque si llamas civilización a poseer máquinas, estás completamente equivocado, y, por lo tanto, si éstas se destruyen, el espíritu no ha perdido nada. Si llamas civilización a un elevado nivel moral y espiritual estarás en lo justo; pero eso es propiedad exclusiva de los espíritus y no se destruye con ningún cataclismo si el espíritu se esfuerza en conservarlo. ¡Acaso no se produce la muerte de un hombre, y su espíritu al reencarnar lo hace manifestando desde un principio su grado de moralidad e inteligencia?

—Tienes razón, pero...

—Pues un cataclismo no puede hacer otra cosa que producir la desencarnación de muchos espíritus, que al volver a encarnar harán acto de presencia con los conocimientos adquiridos hasta la encamación precedente; entonces, ¿por qué temerle a ese cataclismo?

—Se le teme por la muerte...

—Te equivocas; se le teme cuando no se tiene la conciencia suficientemente tranquila para esperarlo serenamente, como le ocurre al estudiante que antes del examen sabe que lo van a reprobar. Le temen los espíritus que no enderezaron a tiempo sus veredas... como se les ordenó hace veinte siglos.

Don Rodrigo dio una chupada a su cigarrillo y continuó sentenciosamente:

—Cuando se habla de cataclismo, generalmente el pensamiento se va hacia hechos de la naturaleza exclusivamente, siendo que cataclismo lo es también la acción negativa y destructora de los propios seres humanos. Tan destructora, que en pocos días puede hacer mucho más de lo que la naturaleza ha hecho con fenómenos telúricos tremendos, asombrosos y trágicos. ¿Quieres que puntualicemos?

—Sí, sí —contestó nerviosamente el estudiante.

—Pues mira, como indicación de que ya se está viviendo el Juicio Final de que tanto se ha hablado, y como indicio del muy próximo final de los tiempos, la humanidad vivirá no solamente la tragedia producida por la naturaleza, sino la catástrofe producida por las propias manos del hombre.

—No te comprendo.
—Es muy fácil. Los odios entre grupos étnicos, entre razas y entre pueblos han venido creando una acumulación emocional que irá estallando esporádicamente en diversas partes del globo, y ojalá no lleguen a unirse todas esas explosiones en una sola. Los anglosajones, la superraza que envenenó a China con el opio impuesto con una guerra criminal, los que apoyados en el poder de su moneda y de sus armas han explotado a tantos millones de seres humanos, los blancos en general que creyéndose propietarios de vidas y haciendas han paseado sus banderas triunfantes sobre los pueblos débiles, todos esos, antes poderosos, muy pronto se van a enfrentar a la natural consecuencia de sus actos.
—¿Qué quieres decir, maestro? —preguntó el estudiante. Por la ventana entraba débil luz de la tarde. El recinto se iba sumiendo en las sombras. El maestro contestó:
—Quiero decir, que los amarillos, despertando del sueño del opio, quizás aún embrutecidos, decidirán cobrarse ojo por ojo y diente por diente. Los negros, cansados de cargar cadenas, las romperán dispuestos a morir; pero, comprenderás que ésa será una batalla gigantesca en la que morirán millares de blancos, para en final perder todo su poder. Los negros y los hijos de negros, en lo espiritual han decidido ya que no habrán de llegar al final de los tiempos con la espalda sangrante por flagelada, encorvados por el peso de grilletes. Desean presentarse ante el Gran Juez en actitud erecta, es decir, que abandonaron ya la posición de bestias de carga. Y el rencor los llevará lejos, muy lejos, no importa qué tantos traidores se interpongan.
El anciano suspiró profundamente. Continuó hablando por inspiración superior:
—Los árabes, el pueblo que un día diera cultura y ciencia al mundo, el que fuera otrora unificado por Mahoma, había caído demasiado bajo. De señor se convirtió en esclavo. De gigante se transformó en enano. Pero los espíritus no podían aceptar el desastre y decidieron empuñar de nuevo su bandera. Han pedido a Mahoma que vuelva, y como ayer, los reintegre a lo que fueron. Así, pues, los árabes se levantarán en lucha tremenda contra todo obstáculo, no importa su tamaño, y como los amarillos, y como los negros y los hijos de los negros, armarán su mano y afinarán su puntería contra todo el que intente ser su amo, pues ya todos los seres humanos quieren ser libres. Los judíos, por su parte, están en su último éxodo, esta vez, de la faz del mundo hacia la tierra de leche y miel que los verá morir como raza. Ellos tuvieron los medios para liberar al mundo y no lo hicieron, antes bien, acumularon dinero y forjaron cadenas. Fundieron cañones para retrasar el avance de la humanidad; pero ahora pagarán por su grave delito.

—El panorama que pintas, maestro, es bien trágico —dijo Tarquino.
—Lo será mucho más de lo que te imaginas. Guerras y rumores de guerras, reyes contra reyes y pueblos contra pueblos. Sangre de bandos opuestos en el mismo río se fundirá. Humo de pólvora por todas partes. Odio e incomprensión. Un callejón sin salida espera a la humanidad para los próximos cincuenta años. Nadie quiere llegar vencido y humillado al final de los tiempos. La era adánica que en su principio se creyó de tan larga duración, seis mil años, se acabó ya, y nuestra angustia es, que por la confusión que nos rodea, ignoramos qué tanto estemos de retrasados en el programa original con que empezamos.
El estudiante no se atrevía a interrumpir, porque el maestro parecía estar hablando por inducción. Lo que decía no era comentario, sino anuncio, una profecía a corto plazo, un juicio general de los valores humanos. Siguió diciendo:
—La ciencia avanza a ritmo acelerado e incontenible. Lo que hoy se hace, debió haberse hecho hace mil años. Hoy debíamos vivir ya la fraternidad y el orden. Debíamos haber ya entrado en contacto directo con humanidades de otros mundos. Debíamos ser una humanidad de luz, no de sombras. Jesús vino, porque el programa no se cumplía. Señaló metas para que se repusiera el tiempo; pero en vez de aprender sus lecciones, se usó su nombre y su martirio para guerras crueles, asesinatos en masa, y retroceso en el conocimiento. Ya en la antigua Grecia se sabía de la redondez de la Tierra; sin embargo, en la Edad Media, hace sólo quinientos años, se le consideraba plana. Ya los egipcios hace cinco mil años sabían de astronomía, lo que tuvieron que venir a redescubrir Copérnico, Kepler, Newton. En lugar de avance constante, la humanidad se precipitó en pendiente de retroceso, y aquí tienes ahora las consecuencias: odio, muerte, caos, angustia, precipitación e improvisación, para tratar de alcanzar en cincuenta años siquiera algunas de las metas señaladas. Estando así las cosas, es muy difícil el entendimiento. Aun entre amigos la comprensión es difícil. El resentimiento, la sospecha, la intransigencia, la crueldad es lo que priva. Nadie comprende a nadie, vivimos la simbólica Torre de Babel y esto, por haber dedicado todo el esfuerzo a la conquista de metas materiales y egoístas, olvidando que el espíritu es primero.
—¡Pero maestro, ese panorama es de lo más desalentador!
—Lo es, porque los que tienen el poder en la mano defienden más su personal orgullo que el interés de su pueblo. Defienden más los dineros de los enriquecidos que el pan diario de los empobrecidos. Habrá teatro, farándula, tramolla, palabras y más palabras; pero todo, sólo para ganar tiempo y hacer aún más cruel tan inevitable final.

El maestro, tras un fuerte y profundo suspiro, se incorporó en su asiento, dio por terminado el tema anterior y luego preguntó a Tarquino.
—¿No has recibido noticias de la familia Callado, de Cobán?
—¡Ah!, si —contestó el estudiante—. ¡Ya nació Agustín!
Dicen que por complacerme y en memoria del difunto, desde el primer momento lo han nombrado Agustín Callado.
Don Rodrigo y Tarquino sonrieron. El anciano comentó:
—¿Difunto? Tal vez tengan razón, pues ahora es tan difunto en el mundo de los espíritus, como antes lo fue en el mundo de los encarnados.

19
FIN DE UN MUNDO Y PRINCIPIO DE OTRO

Las múltiples interrogaciones que mantenían a Tarquino en constante desasosiego, lo impulsaban a la investigación. Ya para entonces, platicar con los seres espirituales era para él cosa completamente corriente, aunque siempre le era necesario provocar el fenómeno mediúmnico, que para otros aparecía como un estado de sonambulismo.
Cierta noche se presentó el espíritu de un maestro y entabló conversación solitaria con Tarquino, a quien decía:
—Hemos estado presentes en tus recientes discusiones con los hermanos del centro espirita. Parece que lo que más preocupa a gran parte de la Humanidad es lo relativo al fin del mundo, a pesar de que los sabios afirman que al planeta aún le queda energía para muchos millones de siglos.
—Cierto, maestro —confirmó Tarquino.
—Si, es natural que las mentalidades privilegiadas que se interesan en estudios filosóficos piensen en estas cosas, pues negándose o afirmándose, de todas maneras tienen vida perenne las inmortales profecías que hablan de cosas ya ocurridas y de otras por ocurrir, como es precisamente el fin del mundo. Generalmente, a los profetas no se les concede ninguna importancia, porque se ha perdido de vista que lo que esos hombres dijeron fue para ser entendido por multitudes gregarias. No podían hablar con mayor claridad, porque no se les había comprendido. Sí, Isaías habló de que no quedaría piedra sobre piedra y que la sangre llegaría al cuello de los caballos que tenían alas y lanzaban fuego. Lo dijo así, porque el caballo era un arma temible y principalísima en las guerras de entonces.

No había otra manera de hacer comprender al individuo de aquella época, lo horrible que serían las matanzas de muchos siglos después, cuando el hombre se sirviera de máquinas terrestres y voladoras que lanzan fuego, siembran la muerte y arrasan pueblos enteros no dejando a su pasó piedra sobre piedra.

Tarquino se sorprendía y solamente acertó a decir:

—Ya voy comprendiendo, ya voy comprendiendo. El maestro continuó:

—Como ejemplo, es aleccionador aquel sueño del rey Nabucodonosor, interpretado por el profeta Daniel. ¿Lo conoces?

—No, maestro, o por lo menos no lo recuerdo.

—Pues sucede que Nabucodonosor, rey de Babilonia, aproximadamente seis siglos antes de Jesús, vio en sueños una enorme estatua con cabeza de oro, el pecho y la caja del cuerpo de plata, y las piernas y pies de arcilla.

Tarquino sonrió malicioso sin interrumpir.

—Se dice —continuó el maestro— que el rey contemplaba el insólito monumento cuando observó que de lo alto de la montaña rodaba una piedra pequeña encontrando en su camino la estatua, contra la que chocó haciéndola añicos, que se convirtieron en polvo, tan fino que bastó un ligero soplo de viento para que desapareciera. La roca, en cambio, fue creciendo de tamaño hasta convertirse en montaña.

Tarquino volvió a sonreír moviendo la cabeza silencioso.

—En la época actual, cualquier persona con un poco de sentido común descubre el significado de semejante sueño, es decir, que un poder cimentado en arcilla, aunque tenga la cabeza de oro y la coraza de plata, se derrumbará al primer soplo para no volverse a levantar jamás, mientras que persistirá inconmensurablemente el universo.

—Eso que dices, maestro, que según creo, si tuvo aplicación en aquella época, más la tiene actualmente, en que la fiebre por la acumulación de riquezas en el mundo está llegando a su clímax.

—Sí, y lo que se dice de un hombre puede aplicarse por igual a una nación. Pues bien, en aquellos tiempos lejanos, a pesar de todo, no era tan fácil interpretar esos sueños. Nabucodonosor llamó a sus sabios para que le explicaran el sueño; pero ya sea que no tuvieron valor de decirle la verdad, o que simplemente no la descubrieron, es el caso que ninguno de ellos dejó satisfecho al rey, quien ordenó llevaran a su presencia a Daniel.

—¿El profeta? ¿Y cuál fue su explicación?

—Según cuentan las crónicas, se refirió exclusivamente al reino de Nabucodonosor,

que adolecía de los mismos defectos de muchos de los gobiernos actuales, que creen que a base de oro podrán convertirse en amos del mundo, sin haberse detenido a observar que tienen los pies de arcilla. La explicación de Daniel dejó tan satisfecho al rey que éste lo premió; pero yo debo decirte que ningún profeta nació, estudió y trabajó solamente para satisfacer el gusto, la vanidad o la necesidad de ningún hombre en particular, aunque éste fuera un rey; en tal virtud, el simbolismo de ese sueño es para todos los hombres, para todos los imperios y para todos los gobernantes del mundo. Los que creen que los profetas hablaron solamente para su época, fallan lastimosamente, pues no se han detenido a analizarlos a fondo. Los profetas sentaron las bases de la moralidad, el orden y la justicia para lo que le quedaba de vida al mundo, tal como otros misioneros dieron la base de las ciencias exactas. Basta observar la precisión de las profecías de Daniel, que han sorprendido a quienes las han juzgado y estudiado, para darse cuenta de que él no habló para un rey, sino para todos los reyes, lo mismo de aquel entonces que de la actualidad.

—Muy bien, maestro; pero dame una explicación más amplia de ese sueño, ¿quieres?

—Vamos por partes. Cuando la alusión es individual, quiere decir que, quien piensa solamente en el oro, oprimiéndose el corazón con plata, es un ser tan débil, que en cualquier momento se derrumbará, y una vez caído no será más que un cúmulo de tierra que cualquier viento arrastrará, no quedando al final ni el recuerdo, puesto que su presencia en el mundo no dejó ninguna utilidad. Ahora, tratándose de reinos, imperios y demás, que para el caso del ejemplo todos son lo mismo, el sueño quiere decir que los pueblos que apoyan a sus gobernantes cuya ambición máxima es acumular dinero, pretendiendo ser fuertes, en realidad no son más que estatuas gigantescas, insensibles y sin entrañas, sin sentimientos ni espíritu, dominados totalmente por el oro, debido al cual no saben pensar más que a través de él, y no sienten más que a impulsos de la plata. Un imperio así, caerá con gran facilidad el día que se enfrente y choque con un pueblo; aunque sea el más pequeño y miserable de la Tierra, aparentemente inferior de raza, pero que esté impulsado por una doctrina, por un sentimiento o aspiración elevada, moralmente hablando. Entonces se repetirá el escenario de David y Goliat: la razón y la inteligencia contra la fuerza y la riqueza. El gigante millonario se desmoronará frente a hombres endebles como Martí.

—Eso es de lo más interesante, maestro, y vaya que les viene a la medida a más de cuatro gobernantes de mis días... Estados Unidos en primer lugar.

—Ciertamente. Piensa en cómo vive actualmente el hombre: materializado no por conceptos científicos, puesto que la ciencia es privilegio de unos pocos, sino embrutecido porque solamente piensa en el oro que lo envilece, en el oro que invariablemente incita al delito y al vicio. El oro contagia de crimen y embrutece las mentes, puesto que reduce el universo al tamaño de las monedas. Reduce la aureola y la elasticidad del alma, porque se enconcha en el egoísmo impenetrable, y al final, las manifestaciones son: guerra, vicio, crímenes y ambiciones sin medida. Al llegar a ese punto, tienes a la sociedad humana convertida en estatua con cabeza de oro, corazón de plata y pies de arcilla. Jamás se llegará a la paz en la Tierra mientras no haya paz en las almas, y no podrá haber paz en las almas si en ellas anidan el odio, la ambición y la egolatría. Una redistribución del mundo en que cada hombre pueda desenvolverse mejor, traería más rápidamente la paz que el afán de convertir en cárcel a las naciones. Entonces, si los hombres por sí solos no son capaces de organizarse y distribuirse equitativamente la riqueza que les ha dado la Naturaleza, tendrá que intervenir la propia Naturaleza para hacer la justicia que el hombre no ha podido o no ha sabido realizar, movido por ambiciones nocivas y criminales; esto es la figura simbólica de la piedra que Nabucodonosor vio rodar.
Tarquino, emocionado, contestó:
—¡Eso quiere decir que en cualquier momento nuestra sociedad actual quedará destruida! ¿No es cierto, maestro?
—Sí, y la piedra que acabará con ella, que más tarde fue nombrada "Ajenjo", muy pronto aparecerá a la vista de todo el mundo. La ráfaga de viento que despertará las conciencias sordas y adormecidas, que abrirá los ojos enrojecidos y refrescará la memoria en los cerebros, empieza ya a tomar forma en el Polo Sur, según te hemos mostrado.
—¿Cómo dices, maestro? ¡Eso ya es una profecía!
—No es mía, fue de Daniel. Lo que los profetas dijeron es un reflejo de lo que vieron en el cosmos, y lo que Daniel vio, por lo cual pudo interpretar satisfactoriamente el sueño de Nabucodonosor, es lo que en seguida vas a ver.
—¿Vas a mostrarme un panorama del mundo? El maestro movió la cabeza asintiendo y continuó:
—Sí, el haberte mostrado esos panoramas dispersos y aparentemente sin trabazón, ha tenido por objeto prepararte para que comprendas lo que te mostraremos luego. A partir de mi próxima visita y plática, seguiremos un programa previamente preparado, y entonces sabrás lo que dijeron, dónde lo aprendieron, y quiénes fueron ellos. Por ahora me limitaré a mostrarte un corto escenario que te lo adelantamos,

para que te formes un concepto general de lo que está por venir, y que es, a la vez, lo que tanto preocupa, y con razón, a muchas gentes, por lo cual se reúnen en grupos que tienen como mira principal la fraternidad.

El maestro permaneció en silencio. Tarquino sintió un choque brusco como los que había sentido cuando se desligaba de la influencia de la Tierra, y al volver en sí, el maestro le dijo:

—Estamos ahora en el archivo cósmico, en el cual lo mismo se puede consultar el más lejano pasado que gran parte del porvenir.

—No te comprendo, maestro.

—Ya me comprenderás. ¿En dónde está y cómo es este archivo? En otra oportunidad te lo mostraremos. Sin equivocarte, puedes llamar a este archivo: museo de los mundos. Museo lo mismo del presente y del pasado que del porvenir. ¿Recuerdas que te hablamos de algunos volcanes del Ecuador enmarcados hacia el Sur?

—Sí, maestro.

—Pues por allí empezaremos. Mira al frente; allí se va a reproducir, como ocurriría en una pantalla cinematográfica, lo que te queremos mostrar.

Efectivamente; el espacio que Tarquino tenía al frente se transformó bruscamente, apareciendo el mundo en miniatura.

Al acercarse a los observadores, se fueron destacando los continentes. Nada, absolutamente nada anormal había en todo eso, o al menos así le pareció al aprendiz de espírita. Pudieron ver con facilidad las ciudades: Nueva York, con sus gigantescos edificios, el gran río Mississippi, California...

Los observadores se deslizaron velozmente de Norte a Sur. El aparato se detuvo en una aldea mexicana. La campiña se extendía hermosa y tranquila, el sol oblicuo hacía pensar en la caída de la tarde. Se acercaron más aún: ahora se veía perfectamente el campo sembrado de trigo, y mucho más allá unas cuantas casas, donde la gente se divertía tranquilamente en un jaripeo.

La escena fue brevísima y al girar el globo volvió a detenerse en escenarios dispersos de diversos países: una taberna llena de hombres que discutían sin razonar; un cabaret donde se desbordaban las pasiones; una arena de boxeo donde dos hombres se golpeaban, aparentemente sin razón; una multitud que se bañaba en el Río de la Plata. Después los escenarios se trasladaron a Europa; pero entonces ya era de noche: Londres, ciudad enormemente extendida; París con sus luces, y luego ciudades semidestruidas por la guerra: Berlín, Colonia, etcétera.

Cada escena tomaba solamente unos segundos y de Europa pasaron a Australia,

país casi sin ciudades, lleno de selvas vírgenes. Después islas dispersas a donde la civilización aún no ha llegado: Japón, isla cárcel; China, patria del hambre y la miseria. Tarquino interrumpió sus reflexiones para decir:

—Maestro, ¿me estás mostrando la vida terrestre en mi época?

—Sí, solamente adelantada unos cuantos años. Ahora vas a encontrar la explicación de las predicciones que tanto cautivan la atención de los profanos. Observando desde aquí, puedes ver la vida como se desenvuelve, y te sitúas en condiciones de predecir a corto plazo. Es lo mismo que si te paras en lo alto de una montaña o, más exactamente, en un helicóptero que permanezca estacionado en el aire y desde allí observas a un hombre o una caravana que avanzan hacia un peligro. Puedes suponer que al llegar esa gente a la barranca, al río, en fin, al motivo del peligro, tropezarán con él y quizá hasta lleguen a encontrar la muerte. ¿Es esto adivinar? ¿Hay en eso algo de sobrenatural?

—Sí, maestro, ese ejemplo es de lo más vulgar, pues en las guerras actuales hay aviadores de observación que pueden predecir el probable recorrido de una columna, el lugar que tiene como objetivo, etcétera.

—Pues bien; ¿no es esto hablar de ayer, hoy y mañana? ¿No son estos aviadores de que hablas, pequeños profetas, individuos en cuya palabra se apoya todo su ejército para salir al paso del enemigo? Y ahora dime: ¿qué tiene esto de sobrenatural?

—Cierto que es perfectamente correcto.

—Claro. Todo lo que han hecho es elevarse un poco sobre la Humanidad para verla en panorámica, como te acabamos de mostrar al mundo. Ahora imagínate, si eso puede hacer un hombre encarnado, ¿qué no podrá hacer el espíritu para quien no existen las distancias ni las alturas, ni los obstáculos? ¿Por qué no ha de poder hablar con gran exactitud de acontecimientos futuros?

El maestro guardó corto silencio, mientras que el mundo volvía a retirarse hasta quedar reducido al tamaño de una esfera de estudio, en la cual apareció un fenómeno escalofriante: se extendía lenta, pero inexorablemente, una mancha roja como sangre que invadía muchos países, desde Europa hasta el Asia. Otro tanto ocurría en Norteamérica, y la mancha, interrumpiéndose a veces, siguió hacia Sudamérica.

Tarquino, atento a los detalles, preguntó asustado:

—¿Esas manchas son de sangre?

—Sí, y ese escenario es el mismo que vio aquél que por eso pudo decir:

Y oiréis guerras, y rumores de guerras: mirad que no os turbéis porque es menester que todo eso acontezca, mas aún no es el final. Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá pestilencias, y hambres, y terremotos por los lugares.

El escenario daba vueltas ininterrumpidamente mientras el guía estuvo hablando. Cuando aquella gigantesca laguna dejó de extenderse, eran pocos los países que no resultaron manchados. Canadá estaba en parte manchado. Estados Unidos había desaparecido bajo la laguna. México tenía solamente algunos trozos limpios. Centroamérica estaba igualmente bajo la mancha sanguinolenta, y de ahí hasta Argentina solamente algunos lugares habían quedado limpios.

Lo que antes fue rojo se oscureció, empezando a arder como lo haría una substancia combustible. El maestro interrogó:

—¿Has observado con cuidado esta mutación?

—Sí, lo que antes era sangre ahora es fuego.

—Muy cierto. Esa es la sangre que ha corrido a través de los siglos, esterilizando las tierras donde ha caído: tierras maldecidas por el propio hombre, que las ha ido haciendo de día en día más pobres e inhospitalarias.

—¿Y el fuego, qué quiere decir?

—Es el fuego de las batallas que la Humanidad tanto gusta recordar y perpetuar pretextando la historia. Muchos héroes se han levantado de esa tierra fangosa de sangre, empuñando una espada sangrienta que apunta al cielo, mientras que otros hombres echan las campanas al vuelo y hacen flamear banderas que a su vez simulan fuego.

El escenario continuaba su fantasmagórica danza. Tarquino arguyó:

—Según lo que veo, las tierras más ensangrentadas y ardientes son: Grecia, Italia, Austria, Francia... ¡Ah!... Creo que la mancha que cubrió a Estados Unidos se transforma del color sangre al oscuro dando la impresión de tinta negra.

—No te equivocas, así es. Y ahora recuerda lo que significan los colores rojo y negro en el pensamiento del hombre. Continuemos.

Esta vez el mundo dio un salto brusco situándose a gran distancia, permitiendo a los observadores verlo en su movimiento, lo mismo de rotación que de translación. El maestro volvió a las explicaciones:

—Ahora vas a ver cómo se cumplirán dentro de breve plazo la mayor parte de las profecías, para que sepas cómo y en qué momento entrarán en acción los escogidos. Es precisamente para estos instantes que se les reunió, instruyó y

entrenó. Esta es la gran misión señalada por los consejos superiores de que se les ha venido hablando y su responsabilidad aumenta desde el momento que saben cuál es su tarea.

—¿Profecías? ¿Cuáles son? —preguntó Tarquino.

—Como aquella que señaló crudamente la época posterior a la primera guerra mundial, o sea la época actual, en la que el hombre ha fracasado ruidosamente al tratar de gobernarse a sí mismo; época aciaga que hace veinte siglos recibió el nombre de: Sustituto temporal del reino de una abominación asoladora. Y ahora, o reconoces que lo que te hemos mostrado y lo que te seguiremos mostrando no es más que el cumplimiento fiel de las profecías, o tendrás que decir que quien primero lo dijo hace veinte siglos fue un mentiroso y engañador.

El guía observó maliciosamente a Tarquino y en silencio señaló hacia el escenario. El mundo oscilaba como un trompo cuando está por caer debido a falta de velocidad, y la órbita se retiraba de una línea punteada que indicaba el lugar por donde debió pasar. El maestro explicó:

—La Tierra abandonó hace años la eclíptica de su vieja órbita, tal como lo viste por la línea punteada, y eso la va acercando a un planeta frío en proceso de desintegración que al cruzarse en su camino ejercerá gran atracción, produciendo el fenómeno que vas a ver.

El mundo se acercó hasta dejar ver una ciudad donde la gente huía asustada, o se hincaba de rodillas, con los brazos en cruz. Una mujer iba cargada con dos criaturas. Corría con el impulso de la desesperación, cuando una tremenda sacudida de la tierra la arrojó a muchos metros de distancia, separándola de sus hijos. De esos tres cuerpos antes adheridos, dos eran ya cadáveres; y uno solo de los niños se levantó del suelo llorando, sin comprender la tragedia que le rodeaba. Más allá, multitud de seres se agitaban con desesperación, ahogadas sus voces entre abundante llanto.

—¡Mis hijos, mis hijos! ¿Dónde están, Dios mío, mis hijos? Y los niños, en otra parte de la ciudad, lloraban balbuciando:

—¡Mamá, mamá, mamacita...!

Los gritos eran acallados por el ensordecedor ulular de las sirenas de bomberos que corrían, multiplicándose para aplacar los voraces incendios. Pero el ulular de las sirenas a su vez se perdía entre los aterradores ruidos subterráneos, entre el estampido seco de los rayos que, con luz cegadora, se clavaban en la tierra, rajando e incendiando los árboles, fundiendo las piezas metálicas por donde penetraban.

Y las sacudidas, jamás sentidas por pueblo alguno, se suspendían por unas horas; a veces sólo por minutos, para volver con renovada energía haciendo ondular la

superficie terrestre como si fuera un mar picado. Los edificios no resistían y caían convertidos en polvo formando grandes montañas de escombros, de entre los cuales salían miembros humanos: piernas sangrantes, brazos desgarrados, manos crispadas.

Mil gargantas simultáneamente pedían auxilio, y no había quién lo prestara. En los intervalos de quietud, que a veces se prolongaban por horas dando esperanza a los corazones, las mujeres, más que los hombres, buscaban entre los escombros o se abrían paso entre la muchedumbre enloquecida, azorada, a la vez que iban diciendo:

—¿Ha visto usted a mi padre?

—¿Ha visto a mi hija?

—¿Ha visto a mi esposo?

Algunas personas habían subido a los árboles desde las primeras sacudidas, y allí permanecían indecisas, sin saber qué hacer, hasta que una nueva sacudida los derrumbaba al suelo como fruta madura.

Los relojes se habían parado en toda la ciudad, quizás en todo el mundo, señalando así el instante trágico en que dio principio aquella danza macabra.

Se interrumpió bruscamente aquel escenario local, para concentrarse en el Polo Sur, que se iba abultando a la vez que se producían enormes grietas que, como brazos, se alargaban para abrazar la esfera en el casquete antártico. De esas grietas salía humo, vapor y ceniza que se elevaban a grande altura oscureciendo el cielo y enfriando la temperatura. En compensación, del firmamento descendían frecuentes centellas entre estampidos ensordecedores y fantásticos, que se clavaban entre el humo hacia el seno de la Tierra.

Nuevamente cambió el escenario, ahora alejándose el mundo cuya rotación descompasada se había acentuado notablemente, haciendo pensar que la esfera estaba por desorbitarse.

El escenario volvió a una ciudad; ahora se trataba de París. La torre Eiffel se balanceaba como lo haría el mástil de un barco en mar picado. Los edificios más elevados ya estaban en el suelo hechos añicos. La población sobreviviente corría despavorida hacia las afueras de la ciudad. Los incendios se multiplicaban. ¡El río Sena se había secado!

Dos moribundos que semiasomaban entre los escombros de una casa, gritaban pidiendo auxilio a un anciano de cabeza blanca que estaba aparentemente sentado cerca de ellos, y no veían que tenía el pelo tinto en sangre, porque tenía el cráneo abierto, y ellos, aún vivos, seguían pidiendo auxilio al muerto.

Se escucharon carcajadas inexplicables que hacían más trágico el espectáculo. Las proferían seres enloquecidos, de rostros angulosos y ojos desorbitados, que deambulaban sin dirección definida, llevando el pelo en desorden. En otros casos, las personas parecían serenas y caminaban como sonámbulos, sin quejarse, quizá sin sufrir. Algunos, hablando solos, y siempre de sus muertos. Ya nadie buscaba su casa, porque no habría siquiera encontrado la calle. Nadie pensaba en dormir ni en comer.

Los movimientos de la Tierra seguían repitiéndose a intervalos cada vez más cortos, a veces de poca intensidad, a veces tan intensos, que desbarataban hasta los montones de escombros, efecto de los derrumbes.

El escenario, nuevamente en panorámica, mostraba las grietas del Polo Sur que desgarraban la Tierra, lanzando humo y cenizas con detonaciones aterradoras. El fuego subía al cielo entre las columnas de humo negro y espeso que se iba extendiendo por todo el orbe.

El punto de mira de los observadores bajó hasta una ciudad del continente americano, donde la gente corría entre el lodo hacia las alturas. Aún quedaban en pie algunos edificios chaparros con letreros en español; pero poco duraba este privilegio, pues con una repentina sacudida se venían abajo con pasmosa facilidad. El agua del mar, de color negro acentuado, que sugería tinta, había subido hasta niveles jamás vistos, inundando ciudades costeras. Los barcos fondeados en la bahía, saltaban en astillas al chocar unos contra otros, luego se hundían y el torbellino de aguas enfurecidas lo cubría todo.

La gente que antes vivió a orillas del mar no podía huir a la velocidad que las aguas avanzaban. Los hombres endurecidos en las batallas, que creyeron haber aniquilado la vida con su metralla, ahora comprobaban que aún no habían visto nada. Constataban que eran verdaderos pigmeos en todos los sentidos imaginables, y veían que el hombre no piensa igual cuando tiene armas en la mano y autoridad para matar con ellas, que cuando algo más poderoso que las armas, amenaza la vida propia.

Sin interrumpir el escenario, el guía explicó:

—Los espíritus, todos, saben que los que sean sorprendidos en este momento con las armas en la mano, avanzando en plan de conquista, sólo para satisfacer ambiciones bastardas y vanidades absurdas, no podrán ser de los escogidos, porque éstos, ya lo sabes, sólo hablarán de fraternidad.

Guardó silencio el guía, mientras que el fantástico escenario continuaba: dando vueltas sin tregua, la lluvia helada se había hecho torrencial. Las aguas de los ríos

crecidos se salían de cauce y tomaban direcciones caprichosas borrando los últimos vestigios de vida. El viento huracanado destruía lo poco que había quedado en pie. El mar, la lluvia, el viento y los sacudimientos iban destruyendo todo relieve continental produciéndose un emparejamiento general de la superficie terrestre que hacía recordar aquello de: …y no quedará piedra sobre piedra...

—¿Qué ciudad es esa que he visto desaparecer, maestro?

—¿Qué importa su nombre? No es sino una de las muchas que para este momento han corrido la misma suerte en todos los continentes de este pobre mundo que ha empezado su fin.

El escenario se concentró en una montaña cubierta de gente aterida de frío y poseída de terror. Respiraban con dificultad debido a los gases deletéreos que iban invadiendo la atmósfera. Esos seres habían perdido por completo el razonamiento. Ya no les quedaba sino el instinto animal de conservación, de sobrevivir individualmente. Aquello no tenía paralelo con nada de lo hasta entonces visto, ni oído, ni imaginado.

Los barcos anclados en los muelles habían sido lanzados varios kilómetros tierra adentro. Por todas partes la multitud trataba de alcanzar las alturas olvidando a sus semejantes, y hasta a sus familiares y seres más queridos. Tampoco se acordaban de sus tradiciones, abandonando a sus dioses que quedaban allá abajo, impotentes, perdidos entre los escombros de un mundo muerto, entre los prejuicios y las vanidades.

Nuevamente cambió el escenario. Esta vez el río Hudson, había desaparecido al igual que el Sena en París, derramándose sus aguas muchos kilómetros antes de la antigua desembocadura, e inundando grandes extensiones en las que abundaban las ciudades.

Los pocos edificios que habían resistido en Nueva York, al fin se desmoronaban debido a nuevas sacudidas, cayendo unos obre otros, amontonándose por todas partes los cadáveres de manera espantosa. En el mar se mezclaban horriblemente pedazos de cuerpos humanos con fragmentos de madera, ropas, y todo cuanto días antes daba vida, luz y esplendor a la gran ciudad; y si no empezaron a producirse emanaciones cadavéricas fue porque el mar penetraba enfurecido, y en su resaca arrastraba cuanto encontraba, entregándolo a la corriente que navegaba hacia el Sur arrastrando los témpanos de hielo. Era de suponerse que de ese mare-mágnum catastrófico apenas se salvaría una pareja para contar lo sucedido.

Una vez más el escenario hizo mutación y el maestro dijo:

—Estamos en París.

—¿París? —preguntó Tarquino sorprendido—. ¡Si tú lo aseguras debe ser!
Aquello no era más que una porción de tierra sembrada de escombros, humeantes en parte, inundados el resto, y totalmente vacía de seres vivientes.
El guía aseguró:
—Hay profecías de cómo terminará su historia París. Algunas aseguran que será consumida por el fuego; otras, ahogada, y otras más que será destruida por un terremoto. La realidad es que las tres se resumen en una; ya lo estás viendo, con la circunstancia de que la suerte de París no es única, pues en todo el mundo sucederá lo mismo.
El escenario cambió bruscamente a alta mar, y allí, los barcos gigantescos, que hasta poco antes habían estado guerreando, lanzando lenguas de fuego, maldiciendo a la vida, a la creación y al trabajo con su horroroso estruendo, carcajeando histéricos con su tableteo, se iban a pique con todo y sus negras bocas muertas; así, los que antes arrojaban fuego y muerte, ahora se enfriaban y gorgoreaban al hundirse.
El escenario volvió a la tierra, antes llamada firme, y que ahora oscilaba como un oleaje agitado por la tormenta, surgiendo montañas donde nunca antes las hubo, y convirtiéndose en barrancas donde siempre hubo montañas. El suelo había perdido la estabilidad secular para convertirse en masa gelatinosa debajo de la cual se escuchaban ruidos que sembraban el pavor y luego se producían explosiones que hacían saltar por el aire lo que fue alguna gran ciudad. En otros casos, ciudades en ruinas, enteras, sufrían un movimiento de translación. Los árboles se agitaban por el terremoto, y luego eran arrastrados con todo y raíz por el viento huracanado. La lluvia seguía torrencial. En lugares donde hubo ríos, desapareció el agua. En otros sitios brotaron veneros termales. En muchos casos las aguas eran tan fétidas que impregnaban la atmósfera con emanaciones sulfurosas provocando náuseas.
Para los aviones, desde un principio fue imposible elevarse, porque las ráfagas de aire helado se habían convertido en huracán, en torbellino, en tempestad que arrancaba los árboles desde la raíz. Para los vehículos era imposible el tránsito, dado que los caminos estaban destruidos y la tierra seguía moviéndose, impidiéndoles controlar su marcha. A la gente le era imposible mantenerse en pie y conservar el equilibrio del cuerpo y de la mente, ¡Volvían los hombres a las primeras edades en que para avanzar se valían de las, cuatro extremidades! Y es que la Tierra se sacudía con estertores de muerte, y los multiplicados cráteres de los volcanes sumían en horrorísimo estruendo a todo el mundo, ensordeciendo a los aún sobrevivientes, que jamás antes vieron cosa igual.

El globo se retiró notándose entonces cómo los hielos de ambos polos se desplazaban, viajando velozmente, hacia el Ecuador, donde seguramente chocarían.

El escenario se transmutó bruscamente; pero ahora lo hacía de una en otra ciudad, no dando tiempo a observar detalles. Se trataba de ciudades lo mismo americanas que europeas o asiáticas. En todas se veía lo mismo; inundaciones de tierras que antes fueron elevadas y multitudes de gente que no sabían qué era aquello, ni se detenían a investigarlo. Nadie trataba de salvar a nadie, todos pensaban sólo en sí mismos. Se suponían que estaban viviendo el fin del mundo y trataban de orar pidiendo misericordia; pero habían olvidado las oraciones impresas y no estaban entrenados para orar con el corazón, y como el terror era superior a la convicción religiosa, acababan por dudar de la ayuda que sus deidades pudieran prestarles. Trataban de huir, siempre huir, sin saber hacia qué sitio. Buscaban montañas, y se quedaban perplejos al no encontrarlas donde siempre estuvieron. En su lugar hallaban grietas profundas y humeantes que les cerraban el paso. Y las mentes se embotaban, oscureciéndose el razonamiento como se oscurecía el cielo. Los idiomas habían desaparecido, porque la gente no hablaba, sólo gesticulaba, profería sonidos incoherentes y primitivos. Los oídos, ensordecidos, solamente escuchaban la voz interior que les recordaba: ...Enderezad vuestras veredas, que el juez vendrá presto... Los ojos vidriosos y desorbitados por el pánico no veían más allá de unos cuantos palmos, porque la atmósfera se había oscurecido convirtiendo en noche lo que debía ser día.

Entre esa muchedumbre desgarrada de ropas y carnes, cuyas facciones iban perdiendo la apariencia humana viviente, era fácil distinguir la abundancia de uniformes de soldados que poco antes fueron enemigos, pero que ahora olvidaban sus querellas, comprobando que sus odios fueron absurdos y que su anhelo de muerte se transformaba en ansia infinita de vivir. Abundaban también las ropas harapientas del labriego, del artesano y del obrero; pero también se veían los restos de casimires de los grandes señores. Habían desaparecido los monóculos, los sombreros de copa, los bastones y todos los oropeles. Habían desaparecido de golpe los conceptos de propiedad, de nacionalidad y de raza. Ahora nadie quería detenerse a discutir tradiciones ni superioridades raciales, ni había quien defendiera fronteras, ni nadie que pensara en respetarlas.

Era positivamente aterrador ver cómo se extinguía el género humano en tan enorme cantidad, que Tarquino llegó a suponer que no quedaría ningún ser con vida. El maestro leyó esa interrogación en la mente del estudiante y le contestó:

—Te equivocas, pues este cataclismo, que por ser tan anunciado y repetido ya nadie le hacía caso, dará muerte solamente a dos terceras partes de la humanidad, debiendo quedar con vida la tercera parte, que será la simiente para una nueva vida, tan nueva, que no le servirá como punto de apoyo nada, absolutamente nada de lo hasta ahora conocido. Acuérdate de aquellas palabras proféticas: ... muchos serán llamados, pero pocos los escogidos... Y si tienes buena memoria, irás recordando otras muchas profecías, alteradas, adornadas y desfiguradas, pero cuya esencia con estos hechos son de una claridad y nitidez asombrosa. Debes pensar también en los pequeños grupos de que te habló don Rodrigo, pues ésta es la gran misión que se les ha encomendado: ayudar, consolar y orientar para evitar la locura general, a la vez que crear el mundo nuevo.

El maestro guardó silencio, y señalando al escenario mostró el mundo que se había retirado suficientemente para verlo en panorámica. Era perfectamente notable una protuberancia que se había formado en el Polo Sur. Una especie de tumor rodeado de fuego casi por todos lados y que en parte corría en línea por los océanos, particularmente el Pacífico. El mundo, en su conjunto, se agitaba en convulsiones de muerte, de agonía, y a medida que la protuberancia se agrandaba, algunos de aquellos países que antes aparecieron manchados de sangre y de negro, se iban hundiendo en las aguas enfurecidas de un mar negro y lodoso que no reconocía costas, ni playas, ni acantilados, pues su potencia arrolladora lo inundaba y destruía todo.

Sin interrumpir el fantástico escenario, el maestro explicó:

—La ley inmutable de la justicia tiene que lavar la sangre que la maldad de los hombres ha derramado, y para que desaparezca todo vestigio de odio y rencor, esa tierra manchada de sangre, quedará para siempre bajo las aguas saladas. Ahora veremos si los que sobrevivan seguirán pensando en el oro, en los placeres, en sus fronteras, que por ninguna parte hallarán, en razas, en idiomas y en religiones.

Tarquino contestó tímidamente, pues estaba bajo la influencia del terror que todo aquello le causaba:

—Para mí, maestro, que en este momento nadie piensa en otra cosa que en salvar su vida, y quizá lo hacen sin pensarlo siquiera.

No siguió hablando, porque vio que el mapa de Europa se transformaba. Hasta ese momento habían sido sólo los preliminares de la gran catástrofe. Sí, porque los países que por tantos siglos dieron forma al continente europeo, se desgarraban y hundían o saltaban, dejando pasar sobre ellos las aguas del Atlántico que se unían al Mediterráneo y seguían en torbellino para chocar con las que procedían del

océano Indico, pues el continente africano se iba de lado, abriéndose el mar Rojo, hundiéndose parte de Egipto y casi toda Arabia y Palestina.
Las Islas Británicas fueron hundiéndose con la misma facilidad con que antes se hundieron sus acorazados, dejando con esto un enorme océano antes no conocido, y que era la suma del Atlántico, mar de Noruega, mar del Norte, mar Báltico, mar Mediterráneo, mar Adriático, mar Rojo y mar Indico.
El aprendiz de espirita exclamó:
—¡Parece que España no se hunde, maestro!
—No, no se hunde. Se ha adherido al África que, como ves, por el otro extremo se va hundiendo.
Efectivamente; España había navegado velozmente hacia el África, embutiéndose en ella, saltando las rocas con estrépito, borrando el estrecho de Gibraltar.
Los hielos gigantes navegaban a la deriva de Norte a Sur y a mayor velocidad de como jamás lo hizo barco alguno, chocando unos contra otros, pegándose a tierras antes tropicales.
Faltaban ojos para ver ese fantástico escenario, que, para reproducirlo fielmente, sería necesario verlo muchas veces y reunir en una sola persona las facultades descriptivas de todos los grandes maestros de la literatura y de la ciencia. Ante semejante espectáculo, Tarquino dijo conmovido, llorando:
—Eso es terrible. ¡Parece como si las rocas se hubieran vuelto repentinamente elásticas! ¿Qué es lo que produce el movimiento en su base? ¡Si no se aquietan acabarán con la vida!
El maestro le contestó serenamente:
—La costra terrestre, endurecida, es tan delgada que proporcionalmente corresponde a lacáscara de una naranja. Quiero decir que no tiene más de ochenta kilómetros de espesor, que no vienen a ser más que la centésima parte del diámetro del globo; y como el resto está en fusión pastosa, una vez cuarteada a costra, con lo cual pierde su solidez, se hunde con la facilidad que estás observando, y al hundirse, a su vez se licúa.
—¿Se hunde en el fuego o nada más en el agua?
—Claro que se hunde en el fuego la parte más baja, quedando entre el agua lo más elevado.
—Pero ¿no es eso producir la muerte?, ¿aniquilar la vida? -preguntó asombrado Tarquino.
—¿La vida? Sí, en parte la del hombre y las bestias; pero al volver la tierra al liquidó candente, lo hace para regenerar la energía perdida y para que algún día vuelva a

servir para la vida.
El globo terráqueo se alejó otra vez. Sufría una nueva y terrible sacudida, mucho más fuerte que todas las anteriores juntas, tan tremenda, que seguramente no quedaron en pie ni las montanas. El maestro ilustró sentenciosamente:
—¿Recuerdas que alguien dijo y otro lo repitió, que no quedaría piedra sobre piedra?
—Si, maestro; pero yo siempre creí que se refería exclusivamente a Jerusalén.
—Esa es la creencia general, pero la verdad es muy otra, y es que la gente acostumbra reducir todo lo que ve y oye al tamaño de su mentalidad. Por eso, cuando se habló del mundo se pensó en Jerusalén; cuando se habló de Dios, se le representó como un ídolo; cuando se habló del universo se pensó que la Tierra era el eje; cuando se habló de la vida, se creyó que el hombre era único, y Dios su semejanza.
Tarquino se abstuvo de contestar, porque era imposible comprender simultáneamente aquellas palabras y aquellos escenarios. Empezaba ya a contagiarse del embotamiento mental en que se había sumido la multitud. En aquella terrible sacudida que acababa de ocurrir, el agua se había elevado tan alto, como las rocas de los volcanes. Había saltado de un mar a otro como una cascada; parecía que se vaciara el mar por un lado mientras crecía repentinamente por el otro, y ese fenómeno se multiplicaba en todas partes donde el agua encontraba un obstáculo. Si algún barco aún navegaba, seguramente que éste fue su fin, y si algún edificio se había sostenido, esta vez se derrumbó.
El panorama del mundo se borró para dejar ver cómo del Polo Sur se desprendía una enorme masa ígnea, que salió disparada como un cohete luminoso, siguiendo una trayectoria curva, llevando como estela de cometa millones de pedruscos ardientes, algunos de los cuales prolongaban su distancia para detenerse brevemente en el espacio y volver a caer en la Tierra. Otros, por el contrario, acortaban la distancia hacia el satélite que seguían y caían sobre el cuerpo ígneo al rojo blanco, haciendo saltar la masa pastosa y caldeada. Otras rocas, las menos, salían disparadas sin rumbo. El maestro explicó:
—Esas rocas que se alejan no serán inútiles en el espacio, pues cumplen una gran misión: ellas son mensajeras que algún día llegarán a otros mundos para decir cómo es el tuyo.
Tarquino observaba el gigantesco pedrusco cuya curva a cada instante era más pronunciada, haciendo suponer que sedisponía a caer de nuevo sobre el planeta de donde salió, pero no caía, no retornaba a su base, sino que, por el contrario, seguía

ascendiendo, o más propiamente dicho, seguía alejándose, pero con la tendencia de acomodarse a una órbita que al fin tornó, y, al hacerlo, el aprendiz de espírita respiró profundadamente, pues tenía los nervios en tensión, pensando en el inminente choque que suponía la total destrucción del mundo Tierra.

El maestro explicó rápidamente:

—Admira la nueva luna de tu mundo, que está indicando el fin de curso llamado Juicio Final, el último minuto de los seis días de la creación, la hora cero del séptimo día a que se refirió Moisés. Aunque su tamaño es menor que el de la anterior, ha disminuido el peso de la Tierra y, por ello, el de sus cosas. El hombre que pesaba 50 kilos, disminuirá quizá a 48 ó 47, o tal vez menos.

Tampoco esta vez contestó Tarquino, porque había vuelto la mirada a su pobre mundo que parecía desangrarse por la enorme y rojísima herida que hervía, que se agitaba, que hacía saltar las piedras como si éstas pretendieran dar alcance al hijo recién nacido. Estaba a la vista aquella mortal cuchillada que no se obscurecía a pesar del agua que parecía iba a inundarla, pero que no llegaba a tocarla, porque se evaporaba mucho antes de entrar en contacto con el fuego.

La atmósfera era oscurísima. Los huracanes en todo el mundo formaban uno solo. La lluvia, consecuencia de la rapidísima evaporación, amenazaba inundar lo poco que había quedado fuera de los mares; pero éstos, ahora desbordaban los continentes, los abandonaban precipitándose a velocidades desconocidas hacia la cavidad dejada por el hijo recién nacido, y en su torrente bramante, arrastraban todo cuanto flotaba: embarcaciones de náufragos desesperados y enloquecidos, témpanos de hielo procedentes del Norte, montones de cadáveres arrebatados a los continentes.

A pesar de los témpanos flotantes, el agua del mar iba subiendo de temperatura, despacio, pero sin interrupción.

Los seres humanos habían perdido la noción del tiempo y de las dimensiones, pues ahora no había luz solar que les permitiera calcular si era día o noche, ni podían tener un segundo de reposo, ni sentían hambre, porque los cuerpos se nutrían de sus propias reservas, enflaqueciendo hasta convertirse en esqueletos. La angustia y el pánico de encontrarse frente a lo anunciado y siempre negado, les había cambiado la relación del tiempo, pues al sentir, en el espíritu, no en los cuerpos, las palabras proféticas, creían retomar a los tiempos bíblicos y hasta veían rostros barbados de los antiguos profetas, algunos de apariencia miserable que hablaban cosas incomprensibles y trascendentales.

Aquello era evidentemente un desdoblamiento de los espíritus que se reintegraban

a su propia historia, y para esos seres los minutos eran siglos, que a veces tenían perspectivas de viejos tiempos pasados y otros del futuro.

Al fin Tarquino se atrevió a opinar, poseído de un sentimiento raro.

—¡ Pero, maestro, esta hecatombe no puede perdurar mucho tiempo, si es que se quiere que la Humanidad y los animales no desaparezcan totalmente de la Tierra!

El maestro contestó sonriendo:

—¿Es común que la madre muera cuando nace el hijo? ¡Durará este dolor justamente el tiempo que debe durar, y quienes estén preparados, quienes con anticipación se hayan encontrado a sí mismos, quienes hayan reconocido y aceptado cumplir su gran misión, lo resistirán! Esta catástrofe durará lo suficiente para que las almas se sacudan hasta la última partícula de maldad; hasta que no quede encarnado sobre la Tierra un solo hombre enemigo del progreso; hasta que cada hombre compruebe, para que no lo niegue más, que su origen es uno, que su padre es uno, que todos los hombres son humanos, sin distingos de razas ni color, porque, para todos, el origen es uno y ningún hombre tiene derecho a quitar la vida ni la libertad a otro hombre. Perdurará lo suficiente para que por el sufrimiento se purifiquen las almas y las auras limpien su luz, porque esa luz después dirá a los observadores del universo el nuevo grado de progreso y civilización que ha alcanzado.

Tarquino estaba lloroso. Ahora no pensaba en su casa, ni en su patria, sino en sus semejantes. Había olvidado sus prejuicios sociales, sus enemistades y rencores, para reconocer que aquello era más doloroso y trágico que todas las guerras y desastres que la Humanidad había padecido.

El maestro interrumpió esa meditación para decir:

—Es bien sabido que los cambios de civilizaciones se han manifestado siempre en forma de ciclos u oleajes separados por épocas, terminadas o marcadas por grandes fenómenos de diversas índoles, como son: plagas, epidemias y cataclismos, después de lo cual ha seguido una notable renovación en la vida, en las ideas y las costumbres. Es decir: que después de cada cataclismo ha surgido un florecimiento de civilización, tal como florece un árbol después de la poda. Y es que en cada caso ha habido un renacimiento en masa de espíritus que habían caído en el tedio y la indolencia, cuando no en el vicio y la maldad, por lo cual se habían constituido en retrógrados y en estorbo del progreso. Cuando los espíritus han llegado a estas condiciones, la Humanidad subsiste a través de una organización social, de una civilización sólo aparente, puesto que la mentalidad, las pasiones, la ambición, que no conoce límites, y la degeneración en todos sentidos, han vuelto al

hombre a la barbarie, a la vida cavernaria, muy a pesar de que éste se siga creyendo civilizado, y de que haya construido máquinas maravillosas, a pesar de la hipocresía en que esconde su degeneración al hablar de amor, religión y temor a Dios.

—Pero, maestro, yo nunca había oído decir de algo siquiera parecido al derrumbe que mis ojos han presenciado. ¿A qué cataclismos te refieres?, digo, hablando del pasado.

—Los ha habido de diversas índoles, aunque ciertamente parciales. ¿Has oído hablar de las ciudades malditas?

—Sí, algo de eso he oído decir.

—Pues ahí tienes uno de los cataclismos que, a pesar de todo, no han escarmentado al hombre. Hay algo que el hombre ya debía saber desde hace siglos y es, que la Humanidad frecuentemente sufre padecimientos y epidemias a consecuencia del enrarecimiento de la atmósfera, ocasionado por los pensamientos del hombre, tan negros como el más denso nublado, y por las corrientes vibratorias de odio criminal. Y cuando esto ocurre, se impone la necesidad de sanear la atmósfera. ¿Cómo? Sacando a los hombres y espíritus que generan esos oleajes de pensamiento turbio. Un caso patente en tus días es la propaganda de guerra que ha producido una corriente especial del pensamiento humano, todo él con miras al crimen organizado, a la destrucción masiva, enrareciendo la atmósfera. ¡Y luego los pueblos se quejan de epidemias que los diezman! ¿No es la muerte lo que quieren? ¿Entonces de qué se asustan? ¿De qué se quejan?

El maestro hizo una pausa para meditar y continuó diciendo:

—Más adelante quizá nos detengamos para analizar estos aspectos en detalle. Por ahora simplemente te diré que en esas ciudades malditas, por afinidad se concentraron todos aquellos espíritus que representaban un lastre para la Humanidad, y fue un cataclismo el que de un solo golpe desprendió este lastre. En esta vez, la vida se renovará por la cruza de sangre de las más opuestas regiones del globo, y encarnarán solamente espíritus de trabajo, sobre quienes descansará la responsabilidad de la fundación de una nueva sociedad, una nueva civilización. Este cataclismo que tanto te asusta destruirá a todos los cuerpos enfermos, todas las ideas turbias, todos los conceptos erróneos y... pondrá en Sanmar y Yale a los espíritus que por gusto se han ganado el pasaje de ida sin regreso. ¡Esos que han inventado las armas, pesadilla de tus días, en esta ocasión podrán comprobar que la Naturaleza sigue siendo superior a ellos aun si se trata de destruir! Y ellos, que en la Tierra buscaban tan afanosamente el uranio, allá, en Sammar y Ya le, tendrán que

empezar por inventar la rueda, descubrir el hierro; pero para lograrlo, serán mártires mil veces, ya que aquí han sido victimarios por millones. Y otros, expertos en la propaganda que ha logrado una psicología guerrera de toda la Humanidad, allá, en su nueva residencia, serán heraldos, quizá trovadores, hasta que inventen la imprenta.

Tarquino escuchaba incrédulo, sin apartar la vista de aquel infierno, de aquella bocaza que despedía fuego a temperaturas insospechadas, lanzando al espacio millones de toneladas de ceniza y piedra.

El maestro trató de conformarlo diciendo:

—El agua irá enfriando los bordes, primero, y el fondo de la herida, después. Y para tu tranquilidad te diré que el momento supremo ya pasó, y de aquí en adelante la tendencia será la vuelta a la calma, es decir, que tu mundo pasó la crisis y pronto entrará en la convalescencia.

—¿Lentamente, dices? ¿Quieres decir transcurridos días?

¿Semanas?

Tarquino, a su vez, había perdido completamente la noción del tiempo y no se daba cuenta de que le habían comprimido los hechos para que pudiera ver en cosa de minutos lo que había ocurrido durante meses. El maestro contestó simplemente:

—No he querido decir ni días ni semanas, sino años.

Fue tal la sorpresa de Tarquino que se quedó perplejo mirando a su guía sin atreverse a contestar, y no le faltaba razón, pues, ¿quién podría sobrevivir a semejante cataclismo si duraba años? El maestro insistió:

—Sí, eso quise decir: ¡años! ¿No has leído a Bakunin?

—No, maestro, ¿por qué?

—Porque él decía que solamente destruyéndolo todo, haciendo tabla rasa de la civilización actual, para que no hubiera más naciones, ni fronteras, ni razas, ni costumbres, ni gobierno, ni dioses, ni cultos, ni religiones, seria posible modelar la vida humana a base de nuevos sistemas.

—Pero eso sería el caos, maestro.

—¿Y no es el caos el espectáculo que has visto? Lo que ocurre es que Bakunin vio este mismo escenario que te estamos mostrando, y al volver el espíritu a su cuerpo no supo interpretar correctamente lo que vio, concibiendo la idea de que por medio de la destrucción total de la sociedad capitalista realizada por el propio hombre, podría reconstruirse el mundo.

—Perdóname, maestro, pero me parece que Bakunin no es el único que así pensó, pues según creo los inventores de las famosas bombas atómicas y "H"

seguramente piensan otro tanto, con la diferencia de que éstos no lo dejan en pensamiento, sino que se preparan y cuentan con elementos para realizarlo.
—Sí, es verdad: Bakunin se equivocó solamente en quién debía ser el destructor de la sociedad, pues todo lo demás lo captó con gran exactitud, y por lo que a los otros se refiere, ellos no son de tan elevados ideales, como lo fue Bakunin, pues mientras que éste pensaba en beneficio de la Humanidad, en libertar al hombre de las cadenas que la sociedad le impone, aquéllos piensan solamente en que si destruyen al enemigo podrán imponer después sus métodos, sus sistemas, sus costumbres, su economía, su raza, sus intereses; en fin, que la mayor dosis de los componentes de esas bombas son el egoísmo y la egolatría.
El guía hizo una pausa y luego continuó:
—Pasemos por alto algunos meses para relatarte lo que sigue.

* * *

El escenario ahora se presentaba en relativa calma. Calma, si e considera cómo se encontraba poco antes. Los continentes seguían hundiéndose, pero no con la celeridad anterior, puesto que el nivel de los mares había bajado hasta dejar descubierto gran parte del fondo del Atlántico y otro tanto del Pacífico, cuyas turbulentas aguas corrían ininterrumpidamente lacia el Sur, dejando al descubierto los destrozos que hicieron. Si los hombres en esos momentos hubieran podido detenerse a observar, habrían identificado huellas de ciudades en lo que antes fuera el fondo del mar y que hablaban de algún olvidado cataclismo semejante a ese del que ahora eran víctimas.
El agua que en los primeros instantes del gran fenómeno subió de nivel inundando las tierras elevadas, ahora intentaba caer en la barranca candente, logrando sólo chasquear, saltando y convirtiéndose en vapor que cubría de neblina tibia gran parte del planeta. El guía explicó:
—En estos días no se conocerán estaciones, no habrá verano ni invierno, ni calendario, y si la vida llega a sostenerse en muchos lugares, será por esta niebla tibia que sustituirá provisionalmente a los rayos solares.
La geografía había cambiado totalmente, y como quiera que a la vista se presentara el globo terráqueo, se le desconcha, pues al atravesar la vista la espesa bruma, se encontraban siempre playas nuevas de donde el agua se alejaba.
Tarquino comentó:
—En las condiciones que se presentan las cosas resulta que las tierras antes hundidas ahora han quedado al descubierto, debido a que las aguas han huido

hacia el gran cráter.

—Muy cierto; pero debes observar que se siguen hundiendo, y ahora no en el agua, puesto que ésta se ha retirado, sino en sí misma.

—Sí, maestro, me parece como si fallaran sus cimientos, como si éstos fueran de arenas movedizas, mientras que, por otro lado, creo que otras tierras se elevan. En lo que yo conocía por océano Pacífico va tomando forma un nuevo continente… ¿estoy equivocado?

—¡No! Quien quiera saber cuáles fueron las tierras prometidas, ¡allí tiene la contestación!

Unas tormentas se disolvían y otras tomaban su lugar; pero ahora ya no existían los hielos polares, porque todo el mundo se encontraba bajo nuevas condiciones atmosféricas. En general, la temperatura se mantenía muy baja, pero no tanto que fuera irresistible, por lo menos hasta donde llegaba la niebla, despedida por el gigantesco cráter, que seguía sin querer admitir el agua, que a su vez insistía en convertirlo en lecho de un nuevo mar.

El aprendiz de espirita ansiaba que todo volviera a la calma para observar la nueva geografía, por eso dijo:

—Mientras el mar esté tan inquieto y agitado, no será posible darse cuenta de qué tierras en final quedarán fuera del agua. Supongo que un gran volumen de éstas se encuentra en suspensión, y cuando se condense, vendrá a ser un nuevo diluvio y, al final, la formación de nuevos mares.

—Ciertamente que así será; y puedes estar seguro que de las tierras viejas solamente quedarán fuera del agua aquello que viste limpio de sangre y de tinta, y las nuevas tierras, es decir, la tierra prometida, no se verá hasta que todo haya vuelto a la normalidad.

—¿No fue Jacob quien habló de esa tierra prometida?

—No. A Jacob M le dijo: *…id a esas islas apartadas que aún no han oído de mí...* Más tarde otro profeta, en Egipto, habló de la tierra de promisión, y entonces la gente confundió las ideas, creyendo que las islas y la tierra de promisión eran una misma cosa, y que todo estaba en Palestina. Ahora ya estás dándote cuenta del error, pues las islas son América y la tierra prometida es ese Nuevo Continente. En todo esto lo que ocurre es que el hombre, como ya te he repetido varias veces, tiene la tendencia a reducirlo todo a su mentalidad, y a la promesa que fue para los espíritus, la creyeron para los cuerpos, por eso pelearon a sangre y fuego por Palestina, donde creían encontrar la felicidad.

El escenario se concentró en el enorme cráter de donde salía la nueva luna. El agua

enfriaba sus bordes, precipitándose como en un resumidero, dejando ver por su transparencia el color rojo y blanco candente, levantándose del centro una gran columna de vapor que se elevaba a grande altura, de donde era arrebatada por el viento huracanado. Ese fenómeno era majestuoso y horripilante a la vez. Seguramente que no podría ser observado con los ojos de la carne, aunque durara miles de años, pues acercarse era morir.

—¿Cuánto tiempo durará este fenómeno, maestro? —interrogó Tarquino.

—Ya te dije que años. Calcula que tiene que enfriarse la herida hasta hacer una costra suficientemente fría, para admitir, por ley natural, el contacto con el agua.

Ciertamente que el fenómeno continuaría ininterrumpidamente por muchos años, elevándose continuamente gran cantidad de ceniza y vapor seco y quemante que, al ser arrastrado por el aire frío, se condensaba y caía en muy lejanas regiones, en forma de lluvias torrenciales, lluvias lodosas y pestilentes, porque el agua y la ceniza se mezclaban en el espacio mucho antes de llegar al suelo.

El guía sonreía por algo que estaba pensando, y al fin aseguró:

—Pasados varios siglos, seguramente habrá quien dé vida a una nueva mitología, y asegurará que los primeros hombres de la tierra fueron hombres-peces.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los supervivientes de tu civilización serán positivamente hombres-peces, a juzgar por la cantidad de agua que durante varias generaciones van a tener que soportar; y he dicho esto, porque hay quienes doctoralmente aseguran que la Humanidad una vez fue mitad hombre, mitad pez, o algo por el estilo.

—¿En qué se funda semejante aserto?

—Ideas, hijo mío. Ideas que el hombre inventa cuando no se puede explicar de otra manera las cosas. Claro que esas ideas siempre tienen un punto de apoyo aunque sea insignificante. Ese punto en que se basan los que así hablan ahora, te lo mostraremos otro día, y no es sino un fenómeno semejante al que estás viendo. Ahora observa que el mundo se sigue resquebrajando, abriendo grietas a veces que luego se cierran estrepitosamente, lo cual equivale a decir: terremotos fantásticos. Y es que las tierras se van acomodando hasta que algún día recuperen su estabilidad.

—Me gustaría ver cómo vive ahora el hombre, maestro, ¿no podrías acercar el escenario lo bastante para verlo?

—No creo que te convenga —contestó el guía haciendo un gesto escéptico—, porque es un espectáculo deprimente, triste, doloroso. Sólo debes calcular que durante el tiempo que el mundo esté así, habrán sucumbido dos de cada tres personas.

—¿Dos de cada tres personas morirán?
—Sí, y los supervivientes, por razón natural, habrán perdido mucho de su equilibrio mental. ¿Para qué quieres ver caravanas desnudas, desnutridas, enloquecidas, muy cercanas al salvajismo? ¡Piensa en cómo fue el hombre primitivo y eso te bastará para formarte una idea!
—Pero, maestro, eso equivale a volver al principio de los tiempos.
—Eso es, ciertamente. Es el amanecer de un nuevo día; es principio de una nueva época, de una nueva edad, de una aurora desconocida por el hombre."
—¿Entonces no quedará en el mundo nada de nuestra civilización?
—Quedará lo necesario para que sirva de punto de partida, de elemento de comparación, como quedaron las pirámides de Egipto, que erróneamente se cree que son tumbas; pero comprenderás que no debe quedar en pie ninguno de los conceptos actuales, pues tarde o temprano el hombre volvería a las andadas: a dar vida a dioses de toda índole, a fabricar héroes dudosos, a inventar instrumentos de tortura y de muerte.
Con la narración explicativa, los hechos seguían cumpliéndose, al grado de presentar en segundos lo que debía ocurrir en años, pues se notaba tendencia a la calma por lo cual los mares iban dando forma a ciertas playas. El maestro instruyó:
—¿No has observado que va tomando forma cada vez más definida un nuevo continente en el Pacífico, a medida que se hunden Canadá, Estados Unidos y la parte norte de México?
—Sí, maestro, eso es perfectamente notable, y además, observo que la geografía del resto de América se ha modificado; pero no creo que vaya a desaparecer, al menos totalmente.
El maestro hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza y contestó:
—Pasemos por alto unos cuantos años más, para que observes mejor.
Efectivamente, el escenario había cambiado; los elementos entraban en orden aunque distaban mucho de estar en condiciones normales. Era como el final de una borrasca: tiempo lluvioso sin ser tormentoso, atmósfera fría, ríos turbulentos de cauce variable y caprichoso, vegetación abundantísima en las viejas tierras, y exclusivamente marina en las nuevas.
La parte norte de México se había convertido en costa de un mar nuevo, combinación del Atlántico y del Pacífico. Alaska era sólo un grande archipiélago. La geografía, en general, había cambiado y seguía en movimiento. La América Latina se había reducido en unas partes y en otras había aumentado, pues primero se rompió la débil faja que une a Yucatán con la América Central, luego se

derrumbaron montanas que llenaron parte del mar de las Antillas. Cuba estaba pegada a México, pero de menor tamaño. El extremo sur de América había sufrido mucho. Australia y Brasil estaban convertidos en los extremos del naciente continente. Las islas japonesas eran sólo arrecifes. China y Rusia, en un principio invadidas por el mar, ahora eran abandonadas por las aguas que se precipitaban arrastrándolo todo en su corriente turbulenta hacia el gran cráter. Mongolia, Siberia y casi todo el casquete polar estaban desnudos de hielo y sus mares, en vez de congelados, eran humeantes.

El escenario volvió a sufrir un rápido cambio que suponía un gran salto en el curso del tiempo. Ya no temblaba, ni las aguas se mostraban furiosas. Todo iba entrando en calma relativa, sin dejar de llover, sin dejar de azotar frecuentes huracanes, sin permitir que el sol penetrara completamente en aquella espesísima capa de nubes oscuras, que habían enfriado la atmósfera hasta convertirla en glacial o poco menos.

¡No existen en este presente ciudades, ni países, ni hombres vestidos, ni civilización! Ahora la multitud incierta y en tinieblas deambula cubriéndose con lo que le sale al paso, alimentándose con lo que puede. Está escuálida y desnutrida. Los rostros manifiestan las huellas dejadas por el terror. Los labios permanecen en silencio, porque no tienen de qué hablar, no pueden hablar y por lo tanto los idiomas carecen de sentido. No queda un solo vestigio de tradición; no hay absolutamente nada que recuerde el pasado. Esos seres han muerto en la Tierra y han vuelto a nacer siendo ya adultos, en otro mundo completamente desconocido, tanto, que ahora consta de dos lunas: una mayor, blanca y brillante, y la otra menor y aún opaca y humeante; pero que se turnan para que no vuelva a existir sobre la Tierra una sola noche oscura. Y si tantos hombres han muerto, ¿qué puede decirse de los animales? Tendrían que surgir nuevas especies, pues las anteriores, si no han desaparecido poco les falta. El escenario se suspendió, a la vez que el maestro decía:

—Para nuestro propósito con lo que has visto es bastante.

—Maestro, no estaré tranquilo si no me das algunas explicaciones —contestó Tarquino.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Cuándo ocurrirá este espectáculo tan horripilante. Arquímedes sonrió explicando:

—Si lo preguntas a los científicos materialistas, te dirán que nunca, o cuando mucho dentro de miles de siglos. Si le preguntas a los versados en las antiguas escrituras y viejísimas profecías, te dirán que el fin del mundo está tan cerca que ya debía haber ocurrido; pero si lo preguntas al espiritismo científico, te contestaremos con una

frase del Viejo Testamento que dice: ... y de este siglo mis hijos serán de luz, porque los verán la luz de mis espíritus que ángeles llamáis...; y lo que acabas de ver, que lo vivirán los que tengan tu edad o menos, lo confirma esta frase. Te contestaremos que el juicio final, con que tanto se ha especulado, ya ocurrió a principios del siglo veinte, y en su oportunidad te diremos fechas y cómo sucedió. Además te diremos también el porqué de este cataclismo, y ya te dijimos quiénes son los que sobrevivirán a él, al final, quizá hasta lo que a tu mundo le falta por rodar llevando al hombre encima.

Tarquino se sentía positivamente inquieto e interrumpió para preguntar:

—¿Quieres decir que las multitudes que vi huir y morir de angustia y terror pertenecen a mi generación? ¿Estaré yo mismo entre esos infelices que huyen sin saber a dónde ir?

—Exactamente, eso he querido decir; pero tú y los que nos han querido escuchar, lleváis la ventaja sobre todos los demás de que estáis ya advertidos, no solamente de los hechos en términos generales, sino hasta en sus detalles; y más todavía: ellos ignoran su alta misión, pues de ella nacerá la nueva generación que debe tener por norma la fraternidad. Esto será para ellos un gran consuelo; les aliviará mucho la carga en el momento crítico y les permitirá razonar, pues no deben morir los escogidos.

—¿Quieres decir que has mostrado todo esto para que puedan huir a tiempo de las tierras que desaparecerán?

—No, no he querido decir eso. Los señalados, señalados están; muchos de ellos desde los días de Jesús: ... muchos son los llamados y pocos los escogidos... ¡Recuérdalo siempre! ¡Y no pienses que alguien escogió a alguien! No, cada cual se ha escogido a sí mismo; cada quien en su libre albedrío, ha trazado su destino. Saber qué continente se hundirá y cuál se salvará, no dará la vida a quienes resolvieron quitársela a sí mismos. Los que han de abandonar este mundo, deben salir juntos no importa donde vivan. Suponte una aldea en la que entra un ejército a sangre y fuego. Parte del pueblo decide quedarse, no importa lo que ocurra, y parte decide seguir al ejército a pesar de que saben que marchan a la muerte. Cada cual escoge su destino. Los del pueblo tendrán que trabajar duro para reconstruirlo y volver a hacerlo habitable, humano y risueño. Los otros, irán a la batalla y a la muerte.

—¡Ya voy comprendiendo, maestro! ¿Luego por eso me enseñaron todos esos mundos, particularmente Sammar y Yale, adonde me dijiste que irán a parar los desterrados de la Tierra?

—Exactamente. Nada se hace por casualidad. Todo lo que te hemos mostrado ha sido con una finalidad, y el que sabe estas cosas, las sabe por justicia; el que no las entiende, es porque está entre los que dudan de quedarse en el pueblo a trabajar o salir con el ejército a la muerte; y los que rechazan ciegamente, son los que aceptan la muerte sin importarles el nuevo destino; son los que se han escogido a si mismos para irse, sin importarles a dónde. Te pondré un ejemplo: Jesús habló hasta el cansancio de estas cosas. ¿Cuántos le hicieron caso? ¡Muy pocos! ¿Cuántos le hacen caso aun ahora? ¡Menos aún! Y no es que con su nombre se comercia y engaña. ¿Y no hubo aquellos días de Jesús un pueblo que gritó a voz en cuello: ¡…crucificadle y que su sangre caiga sobre nuestras cabezas…!? ¿Y hoy día no se le sigue crucificando? ¡Esos, a sí mismos se escogieron desde entonces!, y los otros también se van escogiendo. Ellos no solamente cerraron los oídos a la palabra del maestro, sino que lo maldijeron, y al hacerlo decidieron su suerte. Los de ahora no lo han olvidado, porque del nombre de Jesús viven y por eso lo venden. ¿Quién podrá tachar a la ley de la Justicia Universal de parcial cuando ocurra lo que acabas de ver?

Tarquino se había serenado mucho, pero no se sentía completamente tranquilo, e interrogó:

—¿Y hay alguna manera de saber cuándo llegará el minuto final de los acontecimientos máximos?

—Sí la hay. Ya se te dijo lo del volcán que está por aparecer en la República chilena o en aguas chilenas.

—Está bien, maestro; pero eso significa tener que esperar que vayan sucediendo las cosas, y yo pregunto: ¿No hay algún medio de saber el desarrollo de estos acontecimientos por anticipado?

—Medios hay muchos; uno de ellos la astrología científica, sabido que el mundo está regido alternativamente por influencias astrales a la vez que por alguno de los cuatro elementos: agua, aire, tierra y fuego. Durante la dominación o regencia de uno de estos elementos, todo se manifiesta con cierta tendencia; por ejemplo: si está rigiendo el elemento agua, abundarán las lluvias y todos sus derivados. Si rige el fuego, sentirá intensísimo calor y abundarán los incendios. Cuando rija el aire, abundarán los fuertes vientos y tempestades más o menos secas. Cuando es el elemento tierra, el factor predominante se manifiesta en forma de terremotos. Y luego vienen las combinaciones, como las malas cosechas, que son efecto de combinación de la tierra y el fuego. Tormentas secas en que se combinan tierra y aire; buenas cosechas cuando se juntan tierra y agua, etc.; y así seguirán las

variadísimas combinaciones, como cuando se juntan el agua y el aire en que las tormentas son húmedas. Pues bien; todo lo que se necesita para prever el minuto histórico y trascendental en que ocurrirá el cataclismo, es saber cuándo y a quehora se juntarán estos cuatro elementos manifestándose en forma de choque. Por otra parte, la influencia astral, que normalmente se sucede una después de otra evitando choques bruscos, esta vez entrará en fuerte oposición, coincidiendo, en consecuencia, con la conjunción de los cuatro elementos. Ahí tienes el minuto exacto en que ocurrirá lo que deseas saber. Y para llegar a esta conclusión no necesitas hacer otra clase de operaciones y cálculos que los que se hacen para sacar el horóscopo de una persona, los cuales son todos diferentes, a semejanza de las huellas digitales, pues de un segundo a otro, y aun dentro de una fracción de segundo, cambia la influencia astrológica. Por lo que se refiere al mundo, cada 25.000 años pasa, o al menos pasaba, aproximadamente por el mismo lugar, quedando por lo tanto sujeto a las mismas circunstancias e influencias, con excepción, naturalmente, de los astros que hayan desaparecido, de tal manera, que si estudias la vida del planeta, de hace 250 siglos, tendrás una idea muy aproximada de las condiciones en que se encontrará el mundo, por lo que se refiere a su vegetación, su clima y su fauna, todo lo cual vendrá a serpositivo paraíso para los escogidos.

—Dime, maestro, ¿hay en la Tierra quienes puedan hablar con certeza de estas cosas?

—Sí los hay, aunque no sean muchos; pero desgraciadamente, aunque traten de demostrarlo, nadie les hará caso y serán combatidos por la ciencia llamada positivista, que los ridiculizará hasta destruirlos, sembrando el escepticismo, cuando no la burla; todo lo cual, hará que la Humanidad sea cogida desprevenida, como ya se dijo hace veinte siglos: *...y entonces, el juez vendrá y llegará a ti, como ladrón por sorpresa...* Ya ves si los profetas conocían a la Humanidad, que pudieron indicar hasta los pequeños detalles, y, sin embargo… no hay nada sobrenatural, pues todo se reduce a educar la materia para que el espíritu pueda desdoblarse y ver estas cosas, de las cuales después es fácil hablar. Lo que acabas de ver no es cosa de mi concepto, ni el prejuicio de nadie en particular, sino escenas del archivo de tu mundo, escenas que por estar ya puestas al día, las tiene absolutamente registradas. Las cosas ocurrirán tal como las has visto; si se te escaparon detalles, no es culpa nuestra. Y ahora, si quieres un buen consejo, ...endereza tus veredas…que el juez llega presto.

—¿Todo ocurrirá tal como me lo has mostrado? ¿No hay manera de prevenirse y

saber cuándo tendrán lugar los acontecimientos? ¿Dentro de cuántos años sucederá? ¿Y cuándo ocurrirá el fenómeno?

—Hijo mío, voy a levantar la cortina, para que conozcas cifras exactas, pues leo en tu mente que eso te interesa mucho.

—Es verdad.

—Te acabo de explicar las influencias astrales.

—Sí, maestro.

—¿Recuerdas que dijimos que en 1945 había terminado la influencia de Marte para dar principio a una nueva influencia 36 años?

—Sí, maestro. Me acuerdo de todo eso.

—Pues bien, ya te dijimos que los profetas siempre pronosticaban para el futuro, a veces lejano, pero que ahora empezaban a hablar del pasado, y es eso precisamente lo que voy hacer en este momento. Los 36 años que durará este caos en el mundo, empezaron en el año 1945, y terminarán en el 1.981.

—¿Dijiste 1945?

—Si, eso dije.

—Pero, ¿y el cataclismo? ¡Yo no me he enterado de nada!

—Es natural, puesto que la prensa diaria publica en primer término los hechos de sangre; le da más importancia a las millonadas de dólares que se están gastando en la guerra y ha dejado para planas secundarias en simples notas lo que se refiere a terremotos, volcanes y todo aquello que vienen a ser los primeros síntomas del parto, para el cual el hombre no está preparado. Si hubiera quien hiciera un balance de todos los volcanes y terremotos que ha habido desde 1945 a la fecha, ya verías que es realmente alarmante. Y si se llevara un registro mundial, una gráfica de estos mismos fenómenos en todo el mundo, se vería con claridad que la actividad terráquea va en aumento constante. Sí, va en aumento, y así seguirá hasta llegar a los resultados que ya viste. Después empezará la calma para que, con el nuevo milenio, los supervivientes, los escogidos, puedan saludar al nuevo día desde la tierra prometida; prometida no a un pueblo, sino a los espíritus que salgan triunfantes en la lucha por el progreso. Esos hombres vivirán el fin del siglo con la frente despejada, sin nubes en el porvenir. Tendrán mucho trabajo; pero será un trabajo feliz, porque tendrá por base el trabajo de construcción sobre tierras nacidas para ellos.

—Tus palabras me alivian mucho, maestro; pero, para llegar ese final dichoso, ¡hay que pasar antes por la tragedia enloquecedora que me acabas de mostrar!

—Todos los partos son dolorosos, eso no tiene remedio. ¿Preguntabas cuántos

años durará el fenómeno? Te voy a contestar. ¿Cuánto tiempo necesitas para hundir un acero en la carne?, y ¿cuánto para que esa misma carne se recupere y sane?

—Ya comprendo, quieres decir que los acontecimientos se irán acercando hasta llegar al clímax que ocurrirá en cosa de minutos, y luego, la convalescencia será larga.

El maestro guardó silencio. En el escenario apareció nuevamente el mundo que, al girar sobre su eje, no mostraba ninguna inclinación, por lo cual era de suponerse que sobre sus polos no hubiera grandes hielos, es decir, que su temperatura, probablemente era templada. El enorme cráter dejado por la nueva luna seguía cambiando de lugar, y así lo contó el guía al explicar:

—Como puedes observar, la Tierra tiene ahora tres movimientos: el de translación, el de rotación sobre su eje, que ahora no tiene la menor inclinación respecto del Sol, y un tercero, muy lento, que va invirtiendo los polos. Este tercer movimiento, iniciado hace años, es el que hace pensar a algunas personas que el mundo alguna vez tuvo su eje sobre el plano de su rotación, por esto, muy pronto, lo que fue Polo Sur y Polo Norte vendrá a ser línea ecuatorial. Para entonces, la longitud y la latitud habrán cambiado. Asimismo, los días se irán alargando hasta llegar a cierto límite, pues la velocidad la rotación empezó a disminuir a partir del momento en que nació la nueva luna. Y otro tanto se puede decir del año que dejará de ser de 365 días. Todo esto lo puedes comprobar ahora mismo si observas con cuidado los movimientos. Si la ciencia estuviera preparada para este acontecimiento, ya desde 1945 habría empezado a hacer anotaciones para transmitirlas como legado a los astrónomos del futuro, sin las cuales tendrán que formular teorías e hipótesis, siendo que el material de estudio recopilado actualmente para ellos sería de mucho más valor que el oro. Ojalá que algunos astrónomos, aunque solo fuera por curiosidad, se interesaran en explicar este fenómeno, puesto que todo él ocurrirá como efecto de las atracciones estelares, y esa curiosidad los llevaría seguramente a la certidumbre de que tienen ante sí una gran verdad. Así dejarían a la posteridad algo tan importante como las pirámides de Egipto; que otras generaciones nos legaron.

—¿Y por qué han de ser los astrónomos quienes deben explicar estas cosas?

—Porque las atracciones estelares tendrán mucho que ver en el fenómeno. ¿Conoces detalles del terremoto de Niza en el siglo pasado?

—No, maestro.

—Hubo en Niza un fantástico terremoto precisamente al ocurrir un eclipse central de Sol, encontrándose la Tierra, la Luna y el Sol en una misma línea recta.

¿Coincidencias? ¡Que contesten los astrónomos! Nosotros nos limitamos a mostrarte las cosas como sabemos que ocurrirán, y dejamos que ellos expliquen las razones físicas.

Efectivamente, si Tarquino hubiera sido un experto en la materia habría notado lo que se le indicaba. El mundo se fue acercando en el escenario a una velocidad media, demostrando en su acercamiento que parte del humo, cenizas y demás materias flotaban quizá a más de noventa kilómetros de altura, lo cual había modificado el clima y la tonalidad de la luz solar. Pero la esfera seguía acercándose, permitiendo observar que la geografía distaba mucho de ser lo que fue. Había mares donde antes hubo continentes, y continentes donde antes hubo mares. Seguía acercándose la esfera, hasta que los observadores quedaron dentro de su atmósfera, y entonces Tarquino se dio cuenta de que ésta era aún muy húmeda, aunque las lluvias torrenciales habían cesado. Ahora el Sol aparecía ligeramente amarillo, azul celeste, rojo sangre o anaranjado, según la hora y lugar desde donde se le observara; pero el color dominante durante la mayor parte de las horas del día era dorado.

El ambiente era tibio, y la tranquilidad reinaba. La vegetación crecía a gran prisa como queriendo hacerse gigante. El mar lamía las playas sin estruendo; los vientos eran suaves y agradables.

—¿Y el hombre?—interrogó el estudiante.

—¿El hombre? —contestó el maestro—. ¡Ya está reconstruyendo su casa sobre nuevas bases! Ya empieza a estudiar, a pesar de que aún está dominado por el terror. Tiene que investigar, porque es de su responsabilidad explicar a los que vienen qué fue y por qué todo esto que has visto; y para este momento, para esta época, el hombre de tus días debería dejar su herencia, su huella, su saber, para que la posteridad supiera hasta donde llegó el conocimiento, ya que de la maldad sobrará quien hable. Sí, ellos deben explicarlo apoyándose en las pruebas materiales, y como por estas razones tienen por delante un volumen de trabajo gigantesco, han de menester de un sistema social, político y económico hasta ahora; rechazado, pero que adoptarán por la necesidad que tienen e él.

—¿Y el oro? ¿Y los metales y piedras preciosas? ¿No tratarán de recuperarlos?

—Algunos, quizá; pero donde ahora están no abundan esos metales, aunque hay otros de mayor valor, y de aquí a cuando se encuentren, los hombres habrán perdido su interés por ellos. Esto no se podría explicar solamente desde el punto de vista materialista, y es menester recordar que esos que se quedan, son los escogidos, los trabajadores, los que antes fueron víctimas de la haraganería

organizada; los que han sabido valerse de su esfuerzo para vivir; los que supieron obedecer aquello de: creced y multiplicaos… Ellos, en espíritu, juraron acatar la Ley, y son quienes confirman que… es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el cielo de mi padre… Y no exageró quien así dijo, pues los aprobados vivirán de aquí en adelante en Sammar o Yale y aun en otros mundos más lejanos y primitivos, mientras que los aplicados disfrutarán del reino del padre, que no es de contemplación inútil e inactiva, sino por el contrario, de intenso trabajo constructivo. Se ha insistido en hacer creer que el reino e Dios está entre las nubes y que consiste de una vida soñolienta entre acordes de arpa, y la realidad es que el verdadero reino está precisamente en los mundos, donde en vez del arpa se escucha el repiquetear del martillo sobre el yunque, el aserrar de madera, el rechinar de las máquinas que construyen los mundos. ¡Construir, construir y siempre construir, es la gran misión de los espíritus! Construir, desde una casa de adobe, hasta un mundo, un sol, un sistema planetario o una nebulosa, y así hasta el infinito. Si la contemplación pasiva y la haraganería fueran el reino de Dios, ¡cuántos de esos que ahora están vegetando miserablemente en mundos primitivos estarían sentados sobre una nube, escuchando los cánticos celestes!

—Una pregunta, maestro, ¿tiene el hombre que empezar de nuevo o se apoyará en lo ya conocido?

—Te pondré un ejemplo que te ilustre, que aclare tu mente. Suponte una escuela donde los estudiantes alborotadores se adueñan del plantel y destruyen lo que encuentran a su paso, con intenciones de liquidar la escuela y así librarse de ella: esto son las guerras en tu mundo. Pero interviene la policía y los reduce a la impotencia: esto es la Ley que se manifiesta por medio del cataclismo. Luego viene la investigación que va seleccionando a los responsables para dejarlos bajo reja, a la vez que se deja en libertad a los estudiosos, a los que tienen ganas de trabajar, quienes corren para salvar lo que de su casa de estudios haya quedado en pie, y así normalizar el trabajo. Eso y no otra cosa es todo cuanto acabas de ver. Y ahora, te voy a mostrar cómo empezará, cómo amanecerá ese jardín de goces en la Tierra.

El maestro hizo un ademán y apareció nuevamente en el escenario el firmamento imperturbable, quieto y silencioso, sembrado de estrellas, una de las cuales, cintilante, ejercía tremenda fuerza magnética sobre Tarquino. En ese momento el maestro aseguró:

—Alejándose de la Tierra es como el hombre se puede acercar a Dios, y no porque Dios esté en algún lugar del cielo, sino porque al admirar esta grandeza incomprensible se comprende mejor a Dios.

Esa estrella, tan fuertemente magnética para el aprendiz de espírita, captó toda su atención porque se iba agrandando rápidamente, y a medida que lo hacía perdía brillo, hasta que quedó a la vista una gran esfera casi cubierta de nubes blancas y ligeras. Los mares, vistos desde allí, eran una reproducción del cielo, azules y quietos. La geografía era completamente desconocida. Pero la esfera no se detuvo en su acercamiento sino hasta que los visitantes pusieron la planta sobre la vegetación, que no era maleza árida, leñosa y pobre, sino vegetación enorme, fresca y exuberante, aunque de estructura sencilla, consecuencia natural del ácido carbónico producido por el fenómeno, y por la gran cantidad de agua y el limo arrastrado de unas regiones a otras por las lluvias torrenciales. La luz solar caía a plomo, y, sin embargo, parecía el amanecer después de una noche tormentosa. Las sombras y nubes espesas se habían desvanecido y en lo adelante deberían vivir en el olvido. El rocío temblaba en las hojas gigantes de las plantas nunca antes vistas. El suelo, mojado en las alturas y fangoso en las profundidades, despedía nubecillas de vapor.

Ahora el Sol parecía más pequeño. Hacia pensar que se había alejado del mundo; pero no por ello era menos hermoso, solamente así, después de años de noche tormentosa, se podía apreciar en todo su valor lo que el Sol representaba para la vida en su conjunto.

Reinaba una tranquilidad sin precedentes para el hombre terrestre, pues no había quedado huella de crimen ni delito. La tragedia se había quedado rezagada junto con las sombras del mal. Los pocos viejos que había, jóvenes cuando empezó el gran drama, recordaban el pasado como una pesadilla increíble, irreal, absurda. Las nuevas generaciones, que no sabían de la maldad del hombre, gozaban de la vida que les ofrecía un día mejor que el anterior.

Ya no se rompía el oleaje levantando crestas amenazadoras, sino que el agua lamía cariñosamente las nuevas playas. No se sentía el aire congelante y huracanado, ni se clavaban las centellas incendiando los bosques, sino que la selva cantaba haciendo compañía al arroyo que se deslizaba alegre en busca del río. Los horizontes se habían ampliado. El hombre podía caminar libre como el aire, sin obstáculos humanos que detuvieran su paso. No necesitaba presentar credenciales ni dar explicaciones de adonde iba, porque se habían acabado los extranjeros en la Tierra, en esa tierra prometida a los espíritus de buena voluntad, y en su derecho estaba gozarla, vivirla.

Cayó la tarde dulce y plácida. Desapareció el Sol tras la montaña que otrora fuera profundidad marina, y cuando debía empezar la noche, se produjo un grandioso

fenómeno luminoso que, por su esplendor, por su magnitud es imposible describir: se había iluminado el cielo fantásticamente con luz indirecta, luz de colores diversos como el arcoiris, según fuera el sitio desde donde se observara. ¡Nada hasta entonces había visto el hombre como aquello! Esos colores eran una especie de bandera de dimensiones colosales que cobijaba a todo el mundo! ¡Una bandera para todos los hombres, sin distinción de razas, color o lenguaje!

Tarquino estaba tan confundido que no acertaba a preguntar; pero el maestro que veía su admiración, le dijo:

—Un pequeño paralelo de esto que tus ojos admiran y que te ha dejado mudo, se ha visto desde hace siglos con el nombre de aurora boreal o austral. Ya sé que es pobre el ejemplo, pero con algo hay que compararlo.

Esos colores no se mantenían precisamente como franjas de arcoiris, sino que, a medida que el Sol se hundía en el horizonte, cambiaban de forma adoptando mil figuras caprichosas imposibles de describir. Llegaron a parecer cortinas colgantes; otras veces destellos, como si salieran de la Tierra rayos luminosos, otras hacían suponer que el Sol aún no se ocultaba, y a medida que los minutos transcurrían, el luto se iba apoderando de las figuras disminuyendo sus dimensiones.

—¿Qué es eso que veo, maestro? ¿Qué explicación tiene?

—Cuando te mostramos los anillos de Saturno comentaste que ese mundo tendría, seguramente, mucha luz, ¿lo recuerdas?

—Sí, maestro.

—Pues esto se asemeja un poco al fenómeno de Saturno.

—Pero, ¿qué es lo que lo produce?

—A gran altura se encuentra saturada la atmósfera de partículas microscópicas y cristalizadas, de todas las substancias que viste que arrojaron los volcanes y el gran cráter. Pues bien; esos diminutos cristales han formado prismas gigantescos que vibran de manera especial descomponiendo la luz; y ya lo estás viendo, es algo incomparable, tan maravilloso, que al verlo se compensan los sufrimientos de muchos años, ¿no te parece? Tarquino se abstuvo de contestar, porque el fenómeno se diluía con gran rapidez. El guía siguió explicando:

—Este fenómeno, con los años irá desapareciendo. Mientras tanto, el hombre gozará infinitamente en cada crepúsculo, y en cada amanecer, porque el día así nacerá y así se despedirá: con colores vivos y alegres. Naturalmente, su duración diaria siempre será cosa de minutos, pues debe dar lugar a la noche. No bien había acabado de hablar el maestro, cuando los fantásticos colores se disolvieron en el negro, empezando la noche tranquila y tibia, asomando en el horizonte la vieja luna,

que también había variado de color. Sus matices eran cambiantes según desde donde se observara, y una vez más inspiraba poesía. Llegó al cenit y siguió su ruta descendente; pero antes de haber desaparecido por completo, ya estaba asomando la otra luna, la nueva, la joven luna, que reflejaba pálidamente los rayos solares, produciendo éste fenómeno una profunda nostalgia en los viejos, y gran alegría en los jóvenes, que no sabían lo que era el terror.

¡Alguien había salvado del cataclismo un instrumento musical, o quizá lo había construido, y allá, muy a lo lejos, se escuchaba la vibración de cuerdas que acompañaban un canto, nuevo canto a la vida! ¡Entonces todo parecía cantar!

El maestro rompió bruscamente el encanto, desapareciendo el escenario de ensueño, a la vez que sentenciaba gravemente:

—¿Cuál?

—¡Los espíritus, todos, la saben!

—¿Y si hay quienes la hayan olvidado?

—Peor para ellos. Los que olvidaron, olvidados serán, y no figurarán entre *los escogidos.*

* * *

Vibrando aún en la mente de Tarquino esas últimas palabras del maestro, se despertó bruscamente y sentándose en la cama con la luz eléctrica apagada, empezó mentalmente una revisión de los hechos, particularmente de la gigantesca tragedia que le fue presentada como algo por realizarse.

Un escalofrío corrió por su ser al pensar en sus seres queridos, en Luisa, que para él seguía siendo la mujer joven, alegre y hermosa. Pensaba también en Agustín, ahora convertido en un niño animado por un espíritu viejo, quien a pesar de estar plenamente consciente del dolor que esperaba a su generación, había aceptado la responsabilidad de ayudar en la reconstrucción de un mundo; había aceptado la tarea de cooperar a la cimentación de una nueva civilización para que los espíritus escogidos, al encarnar del año 2000 en adelante, puedan efectivamente disfrutar de una vida mejor; puedan vivir dentro de la justicia, del orden y la armonía a base de respeto mutuo dentro del trabajo y del estudio, única manera de elevarse el espíritu a planos superiores.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Tarquino al pensar en Josefa, madre de Agustín, quien tal vez seguía rezando por el alma de su hijo, sin darse cuenta de que lo tenía de nuevo cerca de ella como ser encarnado, y que hasta se llamaba de nuevo: Agustín Callado.

Luego Tarquino desvió sus meditaciones hacia su futuro inmediato. El guía le había prometido llevarlo a la noche de los tiempos para mostrarle en la pantalla cósmica cómo empezó su existencia el mundo, y cómo empezó el hombre su vida sobre la Tierra. Y se preguntaba: "¿Entenderé esas cosas? ¿Qué sorpresas me tienen reservadas para el futuro los maestros?" Y así, pensando y pensando, se volvió a quedar dormido.

ÍNDICE

Nota del Editor	*	*	*	2
Lo que la crítica dice de Benavides		*	*	2
Primera Parte	*	*	*	5
Agustín Callado	*	*	*	5
Nueva alharaca	*	*	*	9
Filomeno, el ciego	*	*	*	10

En la escuela	*	*	*	12
De regreso a la finca	*	*	*	12
Una defunción	*	*	*	15
Tarquino	*	*	*	16
Luisa	*	*	*	17
Boda trágica	*	*	*	24
Segunda Parte	*	*	*	27
Tarquino en México	*	*	*	27
Hechos insólitos	*	*	*	38
Curaciones maravillosas	*	*	*	43
Comentarios	*	*	*	52
Un mundo increíble	*	*	*	54
Los cadáveres deben ser incinerados			*	68
Médiums y charlatanes		*	*	73
Forma y color del pensamiento			*	75
Una conferencia inquietante		*	*	86
¡Al fin!	*	*	*	93
Un viaje insólito	*	*	*	95
12. Sammar, un mundo de destierro			*	104
13. Vale, otro mundo de destierro		*	*	113
14. Urano	*	*	*	118
15. En Neptuno	*	*	*	121
16. Juicio previo	*	*	*	148
17. Las corrientes del Golfo		*	*	158
18. Los tiempos llegados		*	*	180
19. Fin de un mundo y principio de otro			*	190

Esta es una copia escaneada de la 15ª edición de Junio de 1981, impresa en México por Editores Mexicanos Unidos, S.A.